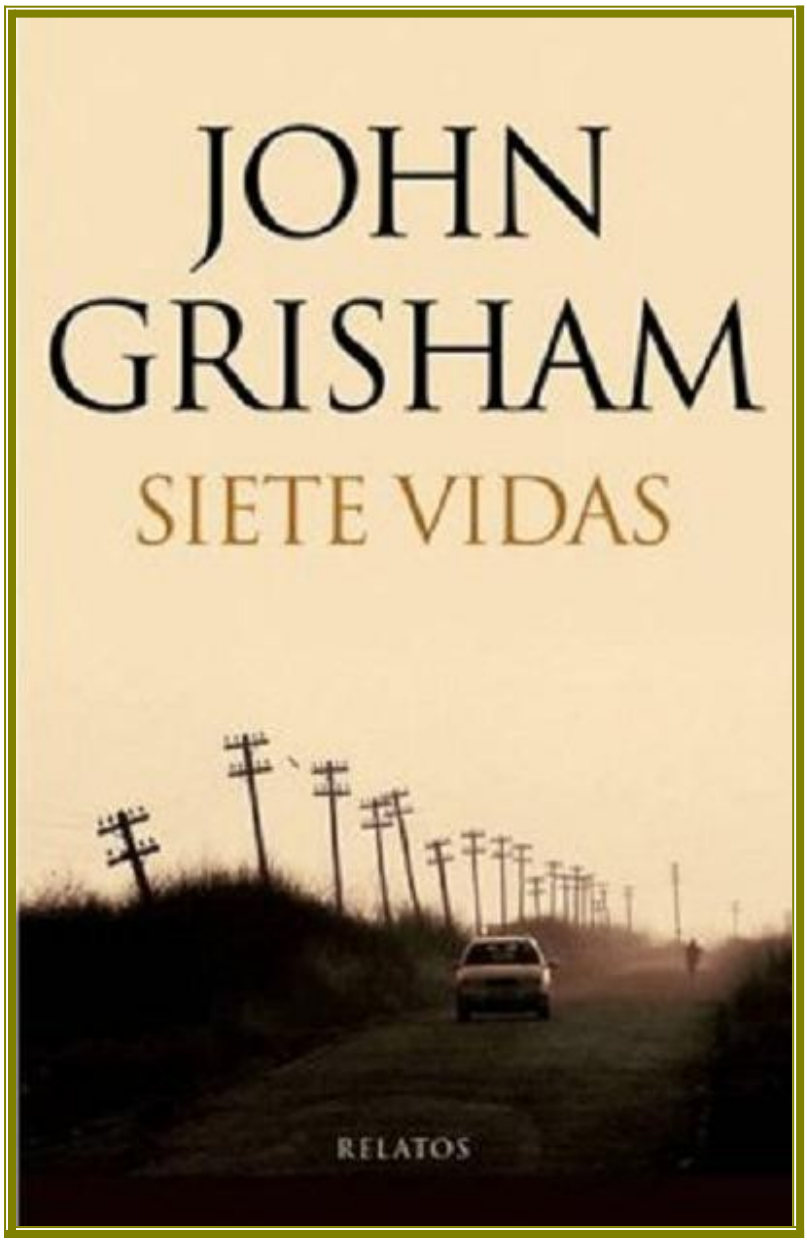

JOHN
GRISHAM
SIETE VIDAS
RELATOS

Monipenny

JOHN GRISHAM

SIETE VIDAS

Para Bobby Moak

Cuando hace veinte años se publicó *Tiempo de matar* enseguida aprendí la dolorosa lección de que vender libros era muchísimo más difícil que escribirlos. Compré un millar de ejemplares y me costó regalarlos todos. Los metí en el maletero del coche y los repartí de puerta en puerta por bibliotecas, clubes de jardinería, colmados, cafeterías y un puñado de librerías. A menudo con la ayuda de mi querido amigo Bobby Moak.

Hay historias que nunca contaremos.

Campaña de donación

Para cuando la noticia del accidente de Bailey se difundió por todo el asentamiento rural de Box Hill, corrían diversas versiones de lo ocurrido. Alguien de la constructora había telefoneado a la madre y le había contado que Bailey se había herido al caerse un andamio en una obra del centro de Memphis, que estaban operándolo, que se encontraba estable y que confiaban en que viviría. La madre, una inválida de más de 180 kilos que, era cosa sabida, se alteraba enseguida, pasó por alto parte de la información y rompió a llorar sin parar. Llamó a amigos y vecinos y, con cada réplica a la trágica noticia, se fueron alterando y exageraron varios detalles. La mujer no apuntó el número de teléfono de la persona de la constructora, de modo que no había a quién telefonear para verificar o descartar los rumores que iban aumentando por minutos.

Uno de los compañeros de Bailey, otro chico de Ford County, llamó a su novia a Box Hill y le dio una versión un tanto diferente: a Bailey lo había atropellado un buldócer situado cerca del andamio y prácticamente lo había matado. Los cirujanos estaban en ello, pero la cosa pintaba mal.

Luego un administrador de un hospital de Memphis telefoneó a casa de Bailey, pidió hablar con la madre y le informaron de que estaba acostada, demasiado alterada para conversar e incapaz de atender al teléfono. La vecina que contestó a la llamada exprimió al administrador en busca de detalles, pero no sacó gran cosa. Algo se había desmoronado en la obra, tal vez la zanja donde el joven estaba trabajando, o alguna otra variante por el estilo. Sí, estaba en el quirófano, y el hospital necesitaba algunas informaciones básicas.

La casita de ladrillos de la madre de Bailey enseguida se convirtió en un lugar muy concurrido. Las visitas empezaron a llegar a última hora de la tarde: amigos, parientes y varios pastores de las pequeñas parroquias desperdigadas por Box Hill. Las mujeres se reunieron en la cocina y el cuarto de estar y cotillearon sin freno mientras el teléfono no dejaba de sonar. Los hombres se agruparon fuera y fumaron. Empezaron a aparecer cazuelas y pasteles.

Con poco que hacer y con escasa información acerca de las

heridas de Bailey, los visitantes se aferraban al dato más nimio, lo analizaban, lo diseccionaban y luego lo pasaban a las mujeres de dentro o a los hombres de fuera. Bailey tenía una pierna destrozada y probablemente habría que amputarla. Tenía daños cerebrales graves. Había caído del andamio desde una altura de cuatro pisos, o quizá ocho. Se había aplastado el pecho. Algunos de los datos y teorías se creaban sobre la marcha. Se realizaron incluso algunas sombrías indagaciones sobre los preparativos para el funeral.

Bailey tenía diecinueve años y en su breve vida jamás había congregado a tantos amigos y admiradores. A medida que pasaban las horas, la comunidad en pleno iba queriéndolo más. Era un buen chico, bien educado, mucho mejor persona que su pobre padre, al que nadie veía desde hacía años.

La ex novia de Bailey se presentó en la casa y pronto se convirtió en el centro de atención. Estaba consternada y abrumada, y lloraba con facilidad, sobre todo cuando hablaban de su querido Bailey. Sin embargo, cuando la información se filtro hasta el dormitorio y la madre se enteró de que la muy fulana estaba en su casa, mandó que la echaran. Entonces la muy fulana se juntó con los hombres de fuera a coquetear y fumar. Al final se marchó, prometiendo que conduciría directamente hacia Memphis para ver a su Bailey.

El primo de un vecino vivía en Memphis y, de mala gana, aceptó ir al hospital a seguir los acontecimientos. Con la primera llamada informó de que efectivamente estaban operando al joven de heridas múltiples pero que parecía que se mantenía estable. Había perdido mucha sangre. En la segunda llamada, el primo aclaró algunos datos. Había hablado con el capataz de la obra y Bailey se había herido al chocar un buldócer con el andamio, derribarlo y tirar al pobre chico a una especie de pozo desde cuatro metros y medio de altura. Estaban levantando las paredes de ladrillo de un edificio de oficinas de seis plantas en Memphis y Bailey trabajaba allí de peón de albañil. El hospital no permitiría las visitas hasta pasadas al menos veinticuatro horas y se necesitaban donaciones de sangre.

¿Peón de albañil? Su madre había alardeado de que Bailey había ascendido rápidamente en la empresa y ya era ayudante de capataz de obra. Sin embargo, dadas las circunstancias, nadie le preguntó por semejante discrepancia.

Al anochecer se presentó un hombre trajeado y explicó que venía a ser algo así como un investigador. Lo pasaron con un tío, el hermano menor de la madre de Bailey, y, en conversación privada en el patio de atrás, entregó la tarjeta de visita de un abogado de Clanton. «El mejor abogado del condado —aseveró—. Y ya estamos trabajando en el caso.»

El tío quedó impresionado y prometió rechazar a los otros abogados —«una panda de cazaambulancias»— y maldecir a cualquier liquidador de seguros que apareciera por allí.

Con el tiempo se habló de organizar un viaje a Memphis.

Aunque estaba a solo un par de horas en coche, lo mismo podrían haber sido cinco. En Box Hill, ir a la gran ciudad significaba conducir una hora hasta Tupelo, población de cincuenta mil habitantes. Memphis estaba en otro estado, en otro mundo, y además los delincuentes campaban a sus anchas. La tasa de asesinatos estaba a la altura de la de Detroit. Veían la carnicería todas las noches en el Canal 5.

La madre de Bailey iba incapacitándose por momentos y saltaba a la vista que no estaba en condiciones de viajar, mucho menos de donar sangre. La hermana vivía en Clanton, pero no podía dejar a los niños solos. Al día siguiente era viernes, un día laborable, y en general se consideraba que un viaje semejante, de ida y vuelta a Memphis, sumado a lo de la sangre, llevaría muchas horas y, en fin, a saber cuándo podrían regresar a Ford County los donantes.

Otra llamada desde Memphis informó de que el chico había salido del quirófano, aferrándose a la vida, y seguía necesitando sangre desesperadamente. Para cuando la noticia llegó al grupo de hombres que holgazaneaba en la entrada sonó a que el pobre Bailey moriría en cualquier momento a menos que sus seres queridos corrieran al hospital y se abrieran las venas.

Enseguida apareció un héroe. Se llamaba Wayne Agnor, un supuesto amigo íntimo de Bailey al que desde su nacimiento llamaban Aggie. Regentaba un garaje con su padre y, por tanto, disfrutaba de la flexibilidad horaria necesaria para un viaje rápido a Memphis. Además tenía camioneta propia, una Dodge último modelo, y aseguraba conocerse Memphis como la palma de la mano.

—Puedo salir ahora mismo —dijo Aggie al grupo, con orgullo, y se corrió la voz por la casa de que estaba organizándose un viaje.

Una de las mujeres calmó las cosas cuando explicó que se necesitaban varios donantes puesto que el hospital solo extraería medio litro de cada uno. «No puedes donar a litros», explicó. Muy pocos habían donado sangre alguna vez y pensar en agujas y tubos asustaba a muchos de ellos. La casa y el jardín delantero quedaron en silencio. Vecinos preocupados que hacía solo unos instantes eran íntimos de Bailey en ese momento empezaban a marcar distancias.

—Yo también voy —anunció por fin otro joven, y lo felicitaron de inmediato.

Se llamaba Calvin Marr y su horario también era flexible, pero por razones diferentes: Calvin había sido despedido de la fábrica de

zapatos de Clanton y cobraba el paro. Le aterraban las agujas pero le intrigaba la aventura de ver Memphis por primera vez. Sería un honor donar sangre.

La idea de un compañero de viaje envalentonó a Aggie, que lanzó el reto:

—¿Alguien más?

Se oyó un murmullo generalizado mientras la mayoría de los hombres se miraba las botas.

—Iremos en mi camioneta y yo pagaré la gasolina —continuó Aggie.

—¿Cuándo salimos? —preguntó Calvin.

—Ahora mismo —contestó Aggie—. Es una urgencia.

—Eso es —añadió alguien.

—Mandaré a Roger —se ofreció un anciano caballero, y el comentario fue acogido con callado escepticismo. Roger, que no estaba presente, no tenía trabajo del que preocuparse porque era incapaz de conservar uno. Había abandonado la secundaria y tenía un vistoso historial de alcohol y drogas. Desde luego las agujas no le intimidaban.

Aunque en general los hombres sabían poco sobre transfusiones, costaba imaginar a una víctima herida de tal gravedad que necesitara la sangre de Roger.

—¿Es que intentas matar a Bailey? —musitó uno de los presentes.

—Roger irá —insistió su padre, con orgullo.

La gran pregunta era: ¿está sobrio? Las batallas de Roger con sus demonios eran ampliamente conocidas y debatidas en Box Hill. Normalmente la mayoría de los lugareños sabía si él había dejado la bebida o no.

—Últimamente se lo ve en buena forma —continuó su padre, aunque con una falta de convicción evidente. Pero la urgencia del momento venció cualquier duda y por fin Aggie preguntó:

—¿Dónde está?

—En casa.

Pues claro que estaba en casa. Roger nunca salía de casa. ¿Adónde iba a ir?

A los pocos minutos las señoras habían preparado un paquete grande con bocadillos y otros alimentos. Abrazaron, felicitaron y mimaron a Aggie y Calvin como si partieran a defender el país. Cuando aceleraron, camino a salvar la vida de Bailey, todo el mundo

estaba en la entrada despidiendo a los jóvenes valientes.

Roger los esperaba junto al buzón y, en cuanto se detuvo la camioneta, se asomó por la ventanilla del acompañante y preguntó:

—¿Pasaremos la noche fuera?

—No entra en mis planes —dijo Aggie.

—Bien.

Tras una breve discusión, finalmente se convino que Roger, de constitución delgada, se sentaría en medio, entre Aggie y Calvin, que eran mucho más grandes y gruesos. Depositaron el paquete de comida en las rodillas de Roger y este, a un kilómetro escaso de Box Hill, empezó a desenvolver un bocadillo de pavo. Con veintisiete años era el mayor de los tres, pero el tiempo no lo había tratado bien. Había pasado por dos divorcios y numerosos intentos frustrados de librarse de sus adicciones. Era enjuto y nervioso y, en cuanto terminó el primer bocadillo, desenvolvió el segundo. Tanto Aggie, de ciento diez kilos, como Calvin, de ciento veinte, declinaron el ofrecimiento. Habían pasado las dos últimas horas en casa de la madre de Bailey comiendo.

La primera conversación giró en torno a Bailey, un hombre al que Roger apenas conocía, pero con el que Aggie y Calvin habían ido al colegio. Puesto que los tres estaban solteros, la conversación pronto se desvió del vecino accidentado y derivó hacia el tema del sexo. Aggie tenía novia y aseguraba estar disfrutando de todas las ventajas de una buena relación. Roger se había acostado con todo lo que se meneaba y siempre andaba al acecho. Calvin, el tímido, todavía era virgen a los veintiún años, aunque jamás lo admitiría. Mintió sin mucho detalle acerca de un par de conquistas y así pudo seguir el juego. Los tres exageraban y los tres lo sabían.

Cuando entraron en Polk County, Roger dijo:

—Para ahí, en el Blue Dot. Tengo que echar una meada.

Aggie se detuvo frente a los surtidores de una tienda de pueblo y Roger corrió al interior del comercio.

—¿Dirías que le está dando a la bebida? —preguntó Calvin mientras esperaban.

—Su padre dice que no.

—Su padre también miente.

Evidentemente, Roger regresó al cabo de unos minutos con un paquete de seis cervezas.

—Por Dios —dijo Aggie.

Una vez acomodados, sacaron la camioneta del solar de grava y aceleraron.

Roger soltó una lata y se la ofreció a Aggie, que la rechazó.

—No, gracias. Estoy conduciendo.

—¿No puedes conducir y beber?

—Esta noche no.

—¿Y tú? —dijo, ofreciéndole la lata a Calvin.

—No, gracias.

—¿Lo estáis dejando o qué? —preguntó Roger al tiempo que abría la lata y vaciaba la mitad de un trago.

—Creía que lo habías dejado —dijo Aggie.

—Y lo hice. Lo dejo constantemente. No es fácil.

En esos momentos Calvin sostenía el paquete de la comida y, por puro aburrimiento, se puso a mordisquear una enorme galleta de avena. Roger se acabó la primera lata y se la entregó a Calvin diciéndole:

—Tírala, ¿quieres?

Calvin bajó la ventanilla y lanzó la lata vacía a la parte de atrás de la ranchera. Cuando subió la ventanilla, Roger ya estaba abriendo otra cerveza. Aggie y Calvin intercambiaron miradas nerviosas.

—¿Puedes donar sangre si has bebido? —preguntó Aggie.

—Pues claro —contestó Roger—. Lo he hecho montones de veces. ¿Vosotros habéis donado alguna vez?

Aggie y Calvin admitieron a regañadientes que nunca lo habían hecho, lo cual animó a Roger a describirles el procedimiento.

—Te obligan a tumbarte porque la mayoría se desmaya. La dichosa aguja es tan grande que muchos se caen en cuanto la ven. Te atan una goma gruesa alrededor del bíceps, luego la enfermera te pega en la parte alta del brazo en busca de una vena grande y gorda. Es mejor mirar para otro lado. Nueve de cada diez veces, clava la aguja y no encuentra la vena, duele del carajo; luego se disculpa mientras la maldices por lo bajo. Si estás de suerte, acierta la vena a la segunda y entonces la sangre fluye por un tubo que acaba en una bolsita. Todo es transparente, de modo que ves la sangre. Flipas de lo oscura que es, de una especie de granate oscuro. Medio litro tarda una eternidad en salir y durante todo ese rato la enfermera no te saca la aguja de la vena. —Eructó cerveza, satisfecho con su aterradora versión de lo que los esperaba.

Condujeron en silencio durante varios kilómetros.

Cuando se acabó la segunda lata, Calvin la tiró atrás y Roger abrió la tercera.

—En realidad la cerveza va bien —dijo Roger mientras se relamía—. Licúa la sangre y aligera el proceso.

Empezaba a resultar evidente que pensaba beberse el paquete entero lo más rápido posible. Aggie iba pensando que tal vez fuera buena idea diluir parte del alcohol. Le habían contado historias acerca de las terroríficas juergas de Roger.

—Me tomaré una —dijo, y Roger le pasó inmediatamente una cerveza.

—Pues yo también —se apuntó Calvin.

—Así se habla —dijo Roger—. No me gusta beber solo. Es el primer síntoma de un alcohólico.

Aggie y Calvin bebieron tranquilamente mientras Roger continuaba engullendo cerveza. Cuando el primer paquete se acabó, anunció justo a tiempo:

—Tengo que mear. Párate ahí, en el Cully's Barbacue.

Estaban en los límites de la pequeña población de New Grove y Aggie comenzaba a preguntarse cuánto podría durar el viaje. Roger desapareció detrás de la tienda y se alivió, luego entró a comprar dos paquetes de seis más. Cuando dejaron atrás New Grove, abrieron las latas y avanzaron por una carretera larga y estrecha.

—¿Nunca habéis ido a los clubes de estriptis de Memphis? —preguntó Roger.

—Nunca he estado en Memphis —admitió Calvin.

—Es broma, ¿no?

—No.

—¿Y tú?

—Sí, yo he ido a un club de estriptis —respondió, orgulloso, Aggie.

—¿A cuál?

—No recuerdo el nombre. Todos son iguales.

—En eso te equivocas —lo corrigió bruscamente Roger, luego prácticamente hizo gárgaras con otro trago de cerveza—. Algunos tienen unas nenas tremendas con cuerpazos estupendos; otros tienen putas de carretera normalitas que no saben bailar.

Eso derivó en una larga digresión acerca de la historia del estriptis legal en Memphis, o al menos sobre la versión de Roger del tema. Al principio, en tiempos pasados, las chicas podían quitárselo todo, hasta la última prenda, y luego saltar a tu mesa para un palpitante, rotante y vibrante baile a ritmo de música atronadora, luces estroboscópicas y estridentes aplausos de los muchachos.

Luego cambiaron la ley y se impusieron los tangas, aunque ciertos clubes lo pasaban por alto. Los bailes sobre la mesa habían dejado paso a los bailes sobre el cliente, que generaron toda una nueva serie de normativas acerca del contacto físico con las chicas. Cuando terminó la historia, Roger recitó de tirón los nombres de media docena de clubes que aseguraba conocer bien y luego los obsequió con un impresionante resumen de sus bailarinas. El lenguaje fue detallado y bastante descriptivo y, cuando por fin terminó, los otros dos necesitaban un par de cervezas frescas.

Calvin, que apenas había tocado las preciosas carnes femeninas, quedó cautivado por la conversación. Además iba contando las latas de cerveza que vaciaba Roger y cuando, más o menos en una hora, llegó a la sexta, quiso decir algo. Pero en lugar de hablar, escuchó a su compañero mucho más vivido que él, un hombre que parecía tener una sed insaciable de cerveza y podía engullirla mientras describía con asombroso detalle a mujeres desnudas.

Con el tiempo la conversación retornó a su origen.

—Es posible que nos dé tiempo de pasar por el Desperado en cuanto acabemos en el hospital —dijo Roger—. Pues eso, para un par de copas y algún que otro bailecito en la mesa.

Aggie conducía con la muñeca derecha apoyada sin fuerza sobre el volante y una cerveza en la mano izquierda. Clavó la vista en la carretera que tenía delante y no contestó a la propuesta. Su novia gritaría y le tiraría de todo si se enteraba de que se había gastado el dinero en un club mirando embobado a unas estrípers. Aunque Calvin, de pronto, se puso nervioso imaginándolo.

—A mí me parece bien.

Un coche se acercaba en sentido contrario y justo antes de que pasara de largo, Aggie, sin darse cuenta, permitió que la rueda delantera de la izquierda rozara la línea amarilla central. Enseguida dio un volantazo. El otro coche viró bruscamente.

—¡Era un poli! —gritó Aggie. Roger y él se giraron a echar un vistazo fugaz. El otro coche se detuvo en seco, con las luces de freno encendidas.

—Joder, sí —confirmó Roger—. De la policía del condado. ¡Vámonos!

—Viene a por nosotros —dijo Calvin, presa del pánico.

—¡Luces azules! ¡Luces azules! —graznó apremiado Roger—. ¡Mierda!

Aggie pisó a fondo instintivamente y el enorme Dodge rugió colina arriba.

—¿Seguro que es buena idea?

—Tú sigue adelante, joder —bramó Roger.

—Hay latas de cerveza por todos lados —añadió Calvin.

—Pero yo no estoy borracho —insistió Aggie—. Huir solo empeora las cosas.

—Ya estamos huyendo —apuntó Roger—. Ahora lo importante es que no nos atrape. —Y, con la misma, vació otra lata de cerveza como si fuera la última.

La ranchera alcanzó los ciento treinta kilómetros por hora, luego los ciento cuarenta y cinco, mientras volaba sobre un largo tramo llano de carretera.

—Se nos acerca muy rápido —anunció Aggie, mirando por el retrovisor y luego de nuevo al frente, a la carretera—. Con las luces encendidas y todo.

—¡Tiremos la cerveza! —dijo Calvin, bajando la ventanilla.

—¡No! —bramó Roger—. ¿Estás loco? No nos atrapará. ¡Más rápido, dale!

La ranchera voló por encima de una cuesta y a punto estuvo de abandonar la calzada, luego chirrió al tomar una curva cerrada y coleó un poco, lo bastante para que Calvin anunciara:

—Nos vamos a matar.

—Cállate —le ladró Roger—. Busca algún desvío. Nos esconderemos.

—Veo un buzón —dijo Aggie, y pisó el freno. El ayudante del sheriff les seguía a escasos segundos, pero no se lo veía. Giraron bruscamente a la derecha y las luces de la camioneta barrieron una granjita oculta bajos varios robles inmensos.

—Apaga las luces —ordenó Roger, como si hubiera pasado por esa situación montones de veces. Aggie apagó el motor, apagó las luces, y la camioneta rodó en silencio por el corto camino de tierra hasta detenerse junto a una ranchera Ford propiedad del señor Buford M. Gates, de la Ruta 5, en Owensville, Mississippi.

El coche patrulla pasó de largo como un rayo sin aminorar, con las luces azules brillando pero la sirena todavía apagada. Los tres donantes permanecieron agazapados en los asientos y, mucho después de que desaparecieran las luces azules, levantaron poco a poco la cabeza.

La casa que habían elegido estaba a oscuras y en silencio. Aparentemente no la protegían perros guardianes. Hasta la luz del porche delantero estaba apagada.

—Buen trabajo —dijo Roger en voz queda mientras recuperaban la respiración.

—Hemos tenido suerte —susurró Aggie.

Observaron la casa y escucharon en dirección a la carretera y, tras varios minutos de maravillado silencio, convinieron en que, efectivamente, habían tenido mucha suerte.

—¿Cuánto tenemos que quedarnos aquí? —preguntó por fin Calvin.

—No mucho —respondió Aggie mientras contemplaba fijamente las ventanas de la casa.

—Oigo un coche —anunció Calvin, y las tres cabezas volvieron a agazaparse. Transcurrieron los segundos y el ayudante del sheriff pasó como una bala en sentido contrario, con las luces en marcha pero todavía sin sirena.

—El hijoputa está buscándonos —masculló Roger.

—Pues claro —dijo Aggie.

Cuando el ruido del coche patrulla se apagó en la distancia, las tres cabezas se levantaron despacio en el interior del Dodge.

—Tengo que echar una meada —anunció Roger.

—Aquí no —dijo Calvin.

—Abre la puerta —insistió Roger.

—¿No puedes esperar?

—No.

Calvin abrió lentamente la portezuela del acompañante, bajó y luego miró cómo Roger se acercaba de puntillas al lateral de la camioneta Ford del señor Gate y empezaba a orinar en la rueda delantera de la derecha.

A diferencia de su marido, la señora Gate tenía el sueño ligero. Estaba segura de que había oído algo fuera y, cuando terminó de despertarse, se convenció todavía más. Buford llevaba roncando una hora, pero ella al final consiguió interrumpir su sueño. El hombre buscó debajo de la cama y agarró la escopeta.

Roger seguía orinando cuando se encendió una lucecita en la cocina. Los tres la vieron al instante.

—¡Corred! —dijo Aggie entre dientes por la ventanilla y luego cogió la llave y arrancó.

Calvin volvió a la camioneta de un salto mientras gruñía «¡Vamos, vamos!» y Aggie metía la marcha atrás de un golpetazo y pisaba el acelerador. Roger se subió los pantalones mientras corría

hacia el Dodge. Se arrojó por un costado y aterrizó bruscamente en la caja de carga entre latas de cerveza vacías, luego se agarró justo al tiempo que la camioneta salía volando por el sendero en dirección a la carretera. Estaban junto al buzón cuando la luz del porche delantero se encendió. La camioneta derrapó en el asfalto mientras se abría lentamente la puerta delantera de la casa y un anciano empujaba la pantalla mosquitera.

—¡Tiene una escopeta! —exclamó Calvin.

—Mala cosa —dijo Aggie al tiempo que golpeaba la palanca de cambio hacia la posición de avance y, en la huida, quemaba neumático durante quince metros. Casi medio kilómetro más adelante, se desvió por un estrecho camino rural y detuvo el motor. Los tres se bajaron a estirar los músculos y se rieron con ganas porque habían escapado por los pelos. Rieron nerviosos y se esforzaron en creer que en ningún momento habían pasado miedo. Especularon acerca del paradero del ayudante del sheriff. Limpiaron la caja de la camioneta y dejaron las latas vacías en una zanja. Pasaron diez minutos y el ayudante del sheriff no dio señales de vida.

Aggie terminó por abordar la cuestión más obvia.

—Chavales, hay que ir a Memphis.

Calvin, más intrigado por el Desperado que por el hospital, añadió:

—Y que lo digas. Se nos está haciendo tarde.

Roger se plantó en mitad de la carretera y anunció:

—Se me ha caído la cartera.

—Que ¿qué?

—Que se me ha caído la cartera.

—¿Dónde?

—Antes. Debe de habérseme caído mientras meaba.

Había muchas probabilidades de que la cartera de Roger no contuviera nada de valor: ni dinero, ni tarjetas de crédito, ni carnet de conducir, ni carnets de ninguna otra clase, nada más útil que, tal vez, un condón viejo. Y Aggie estuvo tentado de preguntarle qué llevaba dentro. Pero no lo hizo, porque sabía que Roger aseguraría que su cartera estaba repleta de objetos valiosos.

—Tengo que recuperarla.

—¿Estás seguro? —preguntó Calvin.

—Llevo el dinero, el carnet, las tarjetas de crédito, todo.

—Pero el viejo tenía una escopeta.

—Y en cuanto salga el sol el viejo encontrará mi cartera, llamará al sheriff, que llamará al sheriff de Ford County y estaremos jodidos. Eres bastante tonto, ¿lo sabías?

—Al menos yo no he perdido la cartera.

—Tiene razón —intervino Aggie—. Tiene que recuperarla. —Los otros dos se fijaron en que Aggie enfatizó el uso de la tercera persona y no dijo nada de «nosotros».

—¿No tendrás miedo, eh, hombretón? —le preguntó Roger a Calvin.

—No tengo miedo porque yo no pienso volver.

—Me parece que tienes miedo.

—Corta el rollo —terció Aggie—. Verás lo que vamos a hacer. Esperaremos a que el viejo vuelva a meterse en la cama, luego regresaremos tranquilamente por la carretera, nos acercaremos a la casa, pero no demasiado, detendremos la camioneta y tú podrás escabullirte por el camino de entrada y encontrar la cartera. Y después nos largamos todos con viento fresco.

—Apuesto a que no lleva nada en la cartera —dijo Calvin.

—Y yo apuesto a que tiene más pasta que la tuya —replicó Roger al tiempo que sacaba otra cerveza de la camioneta.

—Corta el rollo —repitió Aggie.

Se quedaron de pie junto a la camioneta, sorbiendo cerveza y contemplando la carretera vacía a lo lejos y, al cabo de quince minutos que parecieron una hora, subieron a ella, con Roger sentado en la parte trasera. A unos cuatrocientos metros de la casa, Aggie detuvo la camioneta en una zona plana de la carretera. Apagó el motor para poder oír si se acercaba algún vehículo.

—¿No puedes acercarte más? —pidió Roger de pie junto a la puerta del conductor.

—Está al girar la curva —respondió Aggie—. Si nos acercamos más, nos oirán.

Los tres miraron fijamente la carretera a oscuras. Una media luna se asomaba y desaparecía tras las nubes.

—¿Tienes una pistola? —preguntó Roger.

—Tengo una pistola —dijo Aggie—. Pero no es para ti. Tú cuélate en la finca y vuelve sin hacer ruido. No es para tanto; El viejo estará dormido.

—No tendrás miedo, ¿no? —añadió Calvin, colaborador.

—Claro que no.

Y con las mismas, Roger se perdió en la oscuridad. Aggie volvió a arrancar la camioneta y, con las luces apagadas, la giró silenciosamente de forma que apuntara hacia Memphis. Apagó de nuevo el motor y se pusieron a esperar con las dos ventanillas bajadas.

—Se ha bebido ocho cervezas —dijo Calvin por lo bajo—. Va como una cuba.

—Aguanta bien el alcohol.

—Tiene mucha práctica. Puede que esta vez el viejo lo pille.

—En realidad no me importaría, pero entonces nos pillarían también a nosotros.

—A ver, para empezar, ¿por qué le invitaron a venir?

—Cállate. Necesitamos escuchar el tráfico.

Roger abandonó la carretera al ver el buzón. Saltó una zanja, luego se agachó y cruzó un campo de judías próximo a la casa. Si el viejo seguía al acecho, tendría los ojos puestos en la carretera, ¿no? Roger decidió sagazmente que se aproximaría por detrás. Todas las luces estaban apagadas. La casita estaba en calma y silencio. No se movía ni un alma. Bajo las sombras de los robles, Roger se arrastró por la hierba húmeda hasta ver la ranchera Ford. Se detuvo detrás de un cobertizo, cogió aire y se dio cuenta de que necesitaba orinar otra vez. No, se dijo, tendría que esperar. Estaba orgulloso: había llegado hasta allí sin hacer el menor ruido. Luego volvió el pavor: ¿qué cono estaba haciendo? Respiró hondo, se agachó todavía más y reanudó su misión. Cuando el Ford quedó entre la casa y él, Roger se puso a cuatro patas y empezó a abrirse camino por la gravilla del final del sendero.

Avanzaba despacio mientras la gravilla crujía bajo su peso. Maldijo cuando se mojó las manos junto a la rueda delantera de la derecha. Pero al palpar la cartera, sonrió; luego se la guardó rápidamente en el bolsillo trasero de los pantalones. Hizo una pausa, respiró hondo, e inició una retirada silenciosa.

En aquella calma el señor Buford Gates distinguía toda clase de ruidos, algunos reales, otros, producto de las circunstancias. Los ciervos solían pasear a placer por la finca y el hombre pensó que quizá anduvieran en busca de hierba y bayas. Luego oyó algo diferente. Poco a poco se incorporó en su escondite del porche lateral, levantó la escopeta al cielo y disparó dos tiros a la luna solo porque sí.

En la quietud perfecta del anochecer, los disparos resonaron en el aire como obuses, explosiones mortíferas que retumbaron durante kilómetros.

No muy lejos, en la carretera, un súbito chirrido de neumáticos siguió a la detonación y, al menos para Buford, la goma quemada sonó exactamente igual que veinte minutos antes frente a su casa.

«Todavía andan por aquí», se dijo.

La señora Gates abrió la puerta lateral.

—¡Buford!

—Creo que siguen aquí —dijo él, volviendo a cargar su Browning del calibre dieciséis.

—¿Los has visto?

—Quizá.

—¿Cómo que quizá? ¿A qué disparas?

—Tú vuelve adentro, ¿quieres?

La puerta se cerró de un portazo.

Roger estaba debajo de la ranchera Ford, aguantándose la respiración, apretándose la entrepierna, sudando a mares mientras decidía a toda prisa si debía agarrarse a la transmisión que colgaba a escasos centímetros por encima de él o abrirse camino a zarpazos por la gravilla que tenía debajo. Pero no se movió. Las explosiones sónicas todavía repicaban en sus oídos. Los chirridos neumáticos de sus cobardes amigos le hicieron maldecir. Le daba miedo respirar.

Oyó abrirse la puerta otra vez y a la mujer decir:

—Ten una linterna. Así puede que veas a lo que disparas.

Siguió otro portazo mientras la mujer continuaba cacareando. Al cabo de un minuto más o menos, regresó.

—He llamado a la oficina del sheriff. Dicen que Dudley está patrullando.

—Tráeme las llaves de la camioneta. Echaré un vistazo a la carretera.

—No puedes conducir de noche.

—Tú tráeme las dichosas llaves.

Otro portazo. Roger intentó serpentear marcha atrás, pero la gravilla hacía demasiado ruido. Intentó serpentear adelante, en dirección a las voces, pero también se oían demasiados crujidos y arrastres. De modo que decidió esperar. Si la ranchera arrancaba marcha atrás, esperaría hasta el último segundo, se agarraría al parachoques delantero cuando le pasara por encima y se dejaría arrastrar unos metros hasta poder soltarse y escapar corriendo en la noche. Si el viejo le descubría, tardaría unos segundos en detenerse, coger la escopeta, bajar del vehículo y darle caza. Para entonces,

Roger se habría perdido en el bosque. Era un plan y podía funcionar. Por otra parte, las ruedas podían aplastarlo, arrastrarlo por toda la carretera o, simplemente, podían pegarle un tiro.

Buford salió al porche lateral y empezó a buscar con la linterna. Desde la puerta, la señora Gates gritó:

—Te he escondido las llaves. No puedes conducir de noche.

«Esa es mi chica», pensó Roger.

—Será mejor que me des esas llaves.

—Las he escondido.

Buford farfullaba en la oscuridad.

El Dodge recorrió varios kilómetros frenéticos antes de que Aggie por fin aminorara un poco.

—Sabes que tenemos que volver —dijo.

—¿Porqué?

—Si le disparan, tendremos que contar lo ocurrido y entrar en detalles.

—Espero que le disparen y, si le dan, no podrá hablar. Si no puede hablar, no puede delatarnos. Vámonos a Memphis.

—No.

Aggie dio media vuelta y luego condujo en silencio hasta que llegaron al mismo camino rural donde se habían detenido antes. Se sentaron en el capó junto a una cerca y meditaron lo que hacer. Al poco rato oyeron una sirena y luego vieron pasar las luces azules a toda velocidad por la carretera.

—Si ahora pasa una ambulancia, tenemos problemas graves —dijo Aggie.

—Igual que Roger.

Cuando Roger oyó la sirena, le entró el pánico. Pero a medida que el sonido se acercó, comprendió que taparía el ruido de su huida. Encontró una piedra, se revolvió hacia el costado de la camioneta y la arrojó más o menos en dirección a la casa. La piedra golpeó con algo, por lo que la señora Gates preguntó «¿Qué ha sido eso?» y volvió corriendo al porche lateral. Roger se deslizó como una serpiente por debajo del vehículo y salió por encima de la orina fresca que él mismo había dejado, atravesó la hierba mojada y avanzó hasta un roble justo en el instante en que el ayudante Dudley entraba rugiendo en escena. Dudley pisó los frenos y giró violentamente por el camino de entrada, levantando polvo y desperdigando gravilla. El alboroto salvó a Roger. El señor y la señora Gates corrieron al encuentro de Dudley mientras Roger se

adentraba en la oscuridad. En cuestión de segundos estaba detrás de una hilera de arbustos, luego dejó atrás un viejo granero y se perdió en el campo de judías. Pasó media hora.

—Creo que deberíamos volver a la casa y contarlo todo. Así sabremos si Roger está bien —dijo Aggie.

—Pero ¿no nos acusarán de resistencia a la autoridad y, encima, de conducir borrachos? —preguntó Calvin.

—Bueno, pues ¿qué propones?

—Es probable que el ayudante del sheriff ya se haya marchado. No hay ninguna ambulancia, o sea que Roger, dondequiera que esté, se encuentra bien. Apuesto a que está escondido. Yo digo que pasemos por delante de la casa, echemos una buena ojeada y luego sigamos hacia Memphis.

—Vale la pena intentarlo.

Encontraron a Roger junto a la carretera, cojeando en dirección a Memphis. Después de un cruce de palabras entre los tres, decidieron continuar. Roger ocupó su sitio en el centro; Calvin se sentó en el lado de la puerta. Viajaron diez minutos sin pronunciar palabra. Todos con la vista al frente. Los tres enfadados, echando chispas.

Roger tenía la cara arañada y ensangrentada. Apestaba a sudor y a orina, y se había manchado la ropa de tierra y barro. A los pocos kilómetros, Calvin bajó la ventanilla y, unos cuantos kilómetros más adelante, Roger quiso saber:

—¿Por qué no subes la ventanilla?

Pararon a por otro paquete de seis cervezas para calmar los nervios y, después de echar unos tragos, Calvin preguntó:

—¿Te ha disparado?

—No lo sé. No he llegado a verlo.

—Ha sonado como un cañón.

—Deberías haberlo oído desde donde yo estaba.

A Aggie y a Calvin les hizo gracia y se echaron a reír. A Roger, serenados los nervios, le pareció una risa contagiosa y pronto los tres estaban desternillándose del viejo con la escopeta y la mujer que le había escondido las llaves de la ranchera y que probablemente le había salvado la vida a Roger. Y pensar en el ayudante Dudley yendo todavía de un lado a otro por la carretera con las luces encendidas los hizo reír todavía más.

Aggie se ciñó a las carreteras secundarias y cuando, cerca de Memphis, una interceptó la autovía 78, corrieron a la rampa de entrada y se sumaron a los cuatro carriles de tráfico.

—Hay un bar de carretera ahí delante —dijo Roger—. Tengo que lavarme.

Dentro compró una camiseta y una gorra de la NASCAR y luego se frotó manos y cara en el servicio de caballeros. Cuando regresó a la camioneta, Aggie y Calvin quedaron impresionados por el cambio. Partieron de nuevo, cerca ya de los neones luminosos. Eran casi las diez de la noche.

Las vallas publicitarias fueron volviéndose más grandes, más brillantes y habituales, y aunque los chicos no habían mencionado el Desperado en la última hora, lo recordaron de pronto cuando se toparon con la chisporroteante imagen de una joven a punto de reventar la poca ropa que lucía. Se llamaba Tiffany, y sonreía al tráfico desde una inmensa valla publicitaria que anunciaba el Desperado, Club de Caballeros, con las estrípers más calientes de todo el Sur. El Dogde aminoró considerablemente.

Sus piernas desnudas parecían kilométricas y el traje, escueto y brillante, estaba claramente diseñado para desprenderse en un periquete. Tiffany tenía el pelo rubio y cardado, gruesos labios rojos y unos ojos absolutamente ardientes. La mera posibilidad de que pudiera estar trabajando unos kilómetros más adelante en esa misma carretera y de que pudieran detenerse a verla en carne y hueso, bueno, resultaba abrumadora.

Durante unos minutos no se oyó una sola palabra mientras el Dodge iba recuperando velocidad. Al final, habló Aggie:

—Habría que ir al hospital. A estas alturas, Bailey podría haber muerto.

Fue la primera mención a Bailey desde hacía horas.

—El hospital está abierto toda la noche —dijo Roger—.

No cierra. ¿Qué te crees, que cierran por la noche y mandan a todo el mundo a casa? —Para mostrarle su apoyo, Calvin consideró el comentario divertido y se sumó a él con una risotada campechana.

—Entonces, ¿queréis pasaros por el Desperado? —preguntó Aggie, siguiéndoles el juego.

—¿Por qué no? —respondió Roger.

—Ya puestos... —dijo Calvin mientras bebía cerveza e intentaba imaginarse a Tiffany en plena actuación.

—Nos quedaremos una hora y luego saldremos pitando para el hospital —aseguró Roger. Después de diez cervezas, mantenía una coherencia notable.

El gorila de la puerta les lanzó una mirada desconfiada.

—Identificación —le gruñó a Calvin, quien a pesar de sus

veintiún años parecía más joven. Aggie aparentaba su edad. Roger, de veintisiete, podría pasar por cuarentón—. De Mississippi, ¿eh? —comentó el gorila con una clara inclinación en contra de la gente de dicho estado.

—Ajá —dijo Roger.

—Diez dólares de consumición mínima.

—¿Solo porque somos de Mississippi? —preguntó Roger.

—No, listillo, todo el mundo paga la consumición mínima. Si no te gusta, te subes al tractor y te vuelves a casa.

—¿Tratas así de bien a todos los clientes? —dijo Aggie.

—Sí.

Se alejaron, se reunieron y debatieron la cuestión de la consumición mínima y si debían quedarse. Roger explicó que había otro club no muy lejos, pero advirtió que probablemente les clavarían una entrada similar. Mientras cuchicheaban y sopesaban las cosas, Calvin intentó asomarse a la puerta para echar un vistazo rápido a Tiffany. Él votó por quedarse, voto que al final fue unánime.

Una vez dentro, fueron examinados por otros dos gorilas malcarados y fornidos y, luego, conducidos hasta la sala principal, con un escenario redondo en el centro sobre el que en ese momento había dos jóvenes señoritas, una blanca y otra negra, ambas desnudas y girando en todas direcciones.

Calvin se quedó petrificado al verlas. Se olvidó instantáneamente de los diez dólares de la entrada.

Su mesa estaba a menos de seis metros del escenario. El club estaba medio lleno, y el público era joven y trabajador. No eran los únicos chicos de campo de visita en la ciudad. Su camarera iba vestida solo con un tanga y cuando les soltó un cortante «¿Qué va a ser? Mínimo, tres bebidas», Calvin casi se desmaya. Nunca había visto tanta carne prohibida.

—¿Tres bebidas? —preguntó Roger, intentando mantener el contacto visual.

—Eso mismo —le replicó ella.

—¿Cuánto cuesta una cerveza?

—Cinco pavos.

—¿Y tenemos que pedir tres?

—Tres por cabeza. Normas de la casa. Si no os gustan, vais a quejaros a los gorilas esos de ahí. —Señaló con la cabeza hacia la puerta, pero los ojos de ellos no se apartaron de sus pechos.

Pidieron tres cervezas cada uno y estudiaron el entorno. Ahora

había cuatro bailarinas en el escenario, girando todas ellas mientras la música rap atronaba contra las paredes. Las camareras se movían con prontitud entre las mesas como si, en caso de demorarse, fueran a acariciarlas. Muchos de los clientes estaban borrachos y alborotados, y enseguida empezó un baile sobre una mesa. Una camarera se subió a una mesa cercana y comenzó su actuación mientras un grupo de camioneros le embutían dinero en el tanga. Al poco rato, tenía la cinturilla repleta de billetes verdes.

Llegó la bandeja con nueve vasos altos y estrechísimos de cerveza, cerveza de lo más suave y aguada, hasta el punto de parecer limonada rebajada.

—Serán cuarenta y cinco dólares —anunció la camarera, lo que desencadenó un largo y presuroso registro de bolsillos y carteras por parte de los tres chicos. Al final reunieron la suma.

—¿Todavía haces *lap-dance?* —preguntó Roger a la camarera.

—Depende.

—Nunca le han hecho ninguno —explicó Roger señalando a Calvin, a quien se le paró el corazón.

—Veinte pavos —dijo ella.

Roger encontró un billete de veinte dólares y se lo pasó a la chica y, en cuestión de segundos, Amber estaba sentada encima de Calvin que, con sus ciento veinte kilos, tenía regazo suficiente para una pequeña compañía de baile. Mientras atronaba y resonaba la música, Amber se contoneaba y rebotaba, y Calvin, simplemente, cerró los ojos y se preguntó por el amor verdadero.

—Magréale las piernas —apuntó Roger, la voz de la experiencia.

—Nada de tocar —advirtió Amber con dureza, al tiempo que su trasero se acomodaba firmemente entre los inmensos muslos de Calvin. Unos bestias de una mesa cercana contemplaban divertidos el espectáculo y enseguida se pusieron a azuzar a Amber con toda clase de sugerencias obscenas; ella interpretó el papel para su público.

Calvin se preguntaba cuánto duraría aquello. Tenía la frente cubierta de sudor.

De repente Amber dio media vuelta y se colocó de cara a Calvin sin perder el compás y, durante un minuto como mínimo, Calvin sostuvo a una mujer desnuda, bonita y temblorosa, en el regazo. Fue una experiencia que cambió su vida. Nunca volvería a ser el mismo.

Desgraciadamente la canción terminó y Amber se incorporó de un salto y corrió a atender sus mesas.

—Puedes verla luego —dijo Roger—. En un individual.

—¿Qué es eso? —preguntó Aggie.

—Tienen unas habitaciones pequeñas en la parte de atrás donde quedas con las chicas cuando salen de trabajar.

—Mentira.

Calvin seguía sin hablar, completamente mudo mientras observaba a Amber atendiendo pedidos de un lado a otro del club. Pero estaba escuchando, y durante un hueco entre canciones oyó lo que decía Roger. Amber podía ser suya, a solas, en alguna espléndida salita de la parte de atrás.

Se bebieron la cerveza aguada y observaron cómo iban llegando clientes. A las once, el lugar estaba atestado y había más estrípers y bailarinas trabajando en el escenario y entre el gentío. Calvin contempló con ira celosa el baile de Amber sobre el regazo de otro hombre, a menos de tres metros de distancia. Eso sí, se fijó con cierto orgullo en que solo se colocó de cara al cliente unos segundos. Si tuviera mucha pasta, la embutiría alegremente en el tanga de Amber y la tendría bailando toda la noche en el regazo.

Pero la pasta empezaba a ser un problema. Durante otra pausa entre canciones y estrípers, Calvin, en el paro, admitió:

—No sé cuánto podré quedarme. La cerveza es bastante cara.

Las suyas, en vasos de cuarto, ya casi habían desaparecido y los tres habían vigilado lo suficiente a las camareras para saber que los vasos vacíos no duraban mucho en la mesa. Se esperaba que los clientes bebieran a destajo, dejaran propinas generosas y arrojaran dinero a las chicas para conseguir bailes personalizados. El comercio de la carne en Memphis era muy rentable.

—Yo tengo algo de pasta —dijo Aggie.

—Yo tengo tarjetas de crédito —dijo Roger—. Pedid otra ronda mientras echo una meada. —Se levantó y por primera vez pareció tambalearse un poco, luego se perdió entre el humo y la gente.

Calvin llamó por señas a Amber y pidió otra ronda. Ella sonrió y dio su aprobación con un guiño. Lo que Calvin deseaba muchísimo más que el agua de río que estaban bebiendo era más contacto físico con su chica, pero no iba a pasar. En ese momento, se juró redoblar los esfuerzos por encontrar empleo, ahorrar dinero y convertirse en un asiduo del Desperado. Por primera vez en su corta vida, Calvin tenía un objetivo.

Aggie no apartaba la vista del suelo, debajo del asiento vacío de Roger.

—El muy capullo ha vuelto a perder la cartera —dijo, y recogió

una maltratada billetera de lona.

»¿Crees que tendrá alguna tarjeta de crédito?

—No.

—Echemos un vistazo. —Miró alrededor para asegurarse de que Roger no andaba cerca y luego abrió la cartera. Había una tarjeta descuento de un ultramarinos caducada y una colección de tarjetas de visita: dos de abogados, dos de fiadores de fianzas, una de una clínica de rehabilitación y otra de un agente de la condicional. También había, cuidadosamente doblado y parcialmente escondido, un billete de veinte dólares—. Menuda sorpresa. Ni tarjetas de crédito, ni carnet de conducir.

—Y casi le pegan un tiro por recuperarla.

—El tío es idiota, ¿vale? —Aggie cerró la cartera y la dejó en la silla de Roger.

La cerveza llegó al tiempo que Roger regresaba y encontraba la cartera. Juntos reunieron cuarenta y cinco dólares y tres de propina.

—¿Se puede pagar un baile con tarjeta? —le gritó Roger a Amber.

—No, solo en efectivo —le respondió ella a gritos al marcharse.

—¿Qué clase de tarjeta tienes? —preguntó Aggie.

—Varias —contestó Roger como un pez gordo.

Calvin, con el regazo todavía ardiendo, observaba a su querida Amber serpentear entre la multitud. Aggie también miraba a las chicas, pero sin olvidarse de la hora. No tenía idea de cuánto se tardaba en donar medio litro de sangre. Se acercaba la medianoche. Y, aunque intentaba no hacerlo, no podía evitar pensar en su novia y la bronca que le caería si llegaba a enterarse de ese pequeño rodeo.

Roger iba apagándose a marchas forzadas. Se le caían los párpados y cabeceaba.

—Bebed —dijo, con la lengua pastosa, mientras intentaba recuperarse, pero le abandonaban las fuerzas.

Calvin charló entre canciones con dos tipos de otra mesa y en el curso de esa rápida conversación descubrió que la legendaria estríper Tiffany no trabajaba los jueves por la noche.

Cuando se acabó la cerveza, Aggie anunció:

—Me voy. ¿Venís conmigo?

Roger no podía quedarse solo, de manera que más o menos lo arrastraron fuera de la mesa. De camino a la puerta, Amber se deslizó junto a Calvin y le preguntó:

—¿Me dejas?

Él asintió con la cabeza porque no podía hablar.

—Vuelve después, por favor —susurró Amber—. Me pareces una monada.

Uno de los gorilas agarró a Roger y los ayudó a sacarlo de allí.

—¿A qué hora cerráis? —preguntó Calvin.

—A las tres de la mañana —respondió el gorila, y señaló a Roger—: Pero no traigáis a este.

—Oye, ¿dónde queda el hospital? —preguntó Aggie.

—¿Cuál?

Aggie miró a Calvin y Calvin miró a Aggie, y resultó evidente que ninguno tenía ni idea. El gorila esperó pacientemente, luego añadió:

—En esta ciudad hay diez hospitales. ¿Cuál?

—Eh, el más cercano —dijo Aggie.

—El Luterano. ¿Conoces la ciudad?

—Claro.

—Ya, seguro que sí. Pues coges Lamar hacia Parkway y Parkway hacia Poplar. Está justo pasado el Instituto de Secundaria del Este.

—Gracias.

El gorila se despidió y entró en el local. Aggie y Calvin arrastraron a Roger hasta la camioneta, lo empujaron dentro y luego estuvieron media hora dando vueltas por el centro de Memphis buscando el Hospital Luterano inútilmente.

—¿Estás seguro de que es ese hospital? —preguntó varias veces Calvin.

Aggie, de maneras diversas, respondió: «Sí», «Claro», «Probablemente» y «Por supuesto».

Cuando se vieron en el centro de la ciudad, Aggie paró en la acera y preguntó a un taxista que dormitaba detrás del volante.

—No hay ningún Hospital Luterano. Tenemos el Baptista, el Metodista, el Católico, el Central, el De la Misericordia y alguno más, pero ningún Luterano.

—Ya lo sé, hay diez.

—Siete, para ser exactos. ¿De dónde eres?

—Mississippi. Mire, ¿cuál es el más cercano?

—El Hospital de la Misericordia está a cuatro manzanas, todo recto por la avenida Union.

—Gracias.

Encontraron el Hospital de la Misericordia y dejaron a Roger en la camioneta, comatoso. El De la Misericordia era el hospital municipal, el principal destino de las víctimas nocturnas del crimen, el maltrato doméstico, los tiroteos policiales, las disputas entre bandas, las sobredosis y los accidentes de coches provocados por el alcohol. Casi todas esas víctimas eran negras. Ambulancias y coches patrulla pululaban alrededor de la entrada de urgencias. Manadas de familiares desesperados deambulaban en busca de sus víctimas por los pasillos parecidos a calabozos. Chillidos y gritos retumbaban por todo el lugar mientras Aggie y Calvin recorrían kilómetros buscando la ventanilla de información. Al final la encontraron, en un rincón, como escondida a propósito. Una joven mexicana atendía el mostrador mascando chicle y leyendo una revista.

—¿También atienden a blancos? —preguntó, con educación, Aggie.

A lo que la chica replicó con frialdad:

—¿A quién buscan?

—Hemos venido a donar sangre.

—El banco de sangre está al final del pasillo —informó, señalando.

—¿Están abiertos?

—Lo dudo. ¿Para quién quieren donar la sangre?

—Ah, para Bailey —contestó Aggie mientras miraba a Calvin sin comprender.

—¿Nombre de pila? —La joven comenzó a teclear y miró en un monitor.

Aggie y Calvin se miraron con el ceño fruncido, perdidos.

—Creía que Bailey era su nombre de pila —dijo Calvin.

—Yo creía que era el apellido. Le llamaban Buck, ¿no?

—Ya, pero su madre se apellida Caldwell.

—¿Cuántas veces se ha casado?

La muchacha observaba el toma y daca con la boca abierta. Aggie la miró y dijo:

—¿Le sale alguien por el apellido Bailey? La chica tecleó, esperó y luego anunció: —Un tal señor Jerome Bailey, de cuarenta y ocho años, herida de bala.

—¿Alguien más?

—No.

—¿Alguien con Bailey de nombre de pila?

—No entramos los nombres de pila.

—¿Por qué no?

El tiroteo era una escaramuza que había comenzado una hora antes en unos bloques de protección oficial al norte de Memphis. Por alguna razón se había reanudado en el aparcamiento del Hospital de la Misericordia. Roger, inconsciente, volvió en sí de un brinco al oír una ráfaga de disparos cerca de él. A su cerebro le llevó uno o dos segundos reaccionar, pero no tardó mucho en quedarle meridianamente claro que alguien volvía a dispararle. Levantó un poco la cabeza, se asomó ligeramente por la ventanilla del acompañante y le asombró descubrir que no tenía la menor idea de dónde estaba. Veía hileras de coches aparcados por todos lados, una torre de estacionamiento cerca de allí, edificios por doquier y, a lo lejos, destellos de luces rojas y azules.

Más disparos. Roger se agachó, perdió el equilibrio y acabó en el suelo, donde se puso a buscar como un loco alguna arma debajo del asiento. Aggie, como cualquier chaval de Ford County, no viajaría a ningún lado sin protección y Roger sabía que había un arma cerca. Encontró una debajo del asiento del conductor, una automática Husk de nueve milímetros con un cargador de doce balas. Entero. Agarró la pistola, la acarició, besó el cañón y luego, rápidamente, bajó la ventanilla del acompañante. Oyó voces airadas, luego vio lo que sin duda era el coche de un gángster deslizándose sospechosamente por el aparcamiento.

Roger disparó dos veces sin acertar a nada, pero consiguió cambiar la estrategia de la banda. De inmediato el Dodge de Aggie recibió una lluvia de balas de un fusil de asalto. La ventanilla trasera explotó y llenó de cristales toda la cabina e incluso la melena de Roger, que volvió a tirarse al suelo tratando de ponerse a salvo. Salió agachado por la puerta del conductor y empezó a zigzaguear a oscuras entre las filas de coches aparcados. A su espalda se oían más voces enfadadas, luego sonó otro tiro. El siguió adelante; los muslos y las pantorrillas le gritaban mientras mantenía la cabeza a la altura de los neumáticos. Pero no cogió bien una curva completa entre dos coches y cayó contra el guardabarros delantero de un viejo Cadillac. Se sentó un momento en el asfalto, escuchando, respirando, sudando, maldiciendo, pero sin sangrar. Poco a poco levantó la cabeza y comprobó que no lo perseguían, pero decidió no

arriesgarse. Continuó acortando entre coches aparcados hasta que llegó a una calle. Se acercaba un vehículo, así que se escondió la pistola en el bolsillo delantero del pantalón.

Resultaba obvio, incluso para Roger, que esa parte de la ciudad era zona de guerra. Los edificios tenían barrotes gruesos en las ventanas. Las verjas cerradas con cadenas estaban coronadas por alambre de espinos. Los callejones eran oscuros e intimidantes y Roger, en un momento de lucidez, se preguntó qué cono estaba haciendo allí. Solo la pistola lo separaba del pánico absoluto. Avanzó por la acera sopesando su estrategia y decidió que era mejor regresar a la camioneta y esperar a sus amigos. El tiroteo había cesado. Quizá se hubiera presentado la policía y ya no corriera peligro. Se oían voces detrás de él, en la acera, y un vistazo fugaz le reveló a un grupo de jóvenes negros, en su lado de la calle y acortando distancias. Roger apretó el paso. Una piedra aterrizó a su lado y rebotó durante seis metros. Distinguió unas luces más adelante y, al doblar la esquina, entró en un pequeño aparcamiento frente a una tienda abierta las veinticuatro horas.

Había un coche aparcado enfrente del colmado y, junto al vehículo, un hombre y una mujer blancos gritándose. Cuando Roger entró en escena, el hombre lanzó un derechazo y golpeó a la mujer en la cara. El ruido de la carne machacada fue para ponerse enfermo. Roger se quedó paralizado mientras la escena empezaba a grabarse en su mente desordenada.

Pero la mujer esquivó bien el golpe y contraatacó con una combinación increíble. Lanzó un derechazo cruzado que le reventó los labios al hombre, luego se agachó y le asestó un izquierdazo ascendente que le aplastó los testículos. El hombre aulló como un animal y cayó hecho un fardo justo cuando Roger daba un paso al frente. La mujer miró a Roger, miró la pistola, luego vio la banda que se aproximaba por la calle oscura. Si había algún otro blanco consciente en cuatro manzanas a la redonda, no estaba en la calle.

—¿Tienes problemas? —preguntó la mujer.

—Creo que sí. ¿Y tú?

—Me he sentido más a salvo. ¿Tienes carnet de conducir?

—Claro —respondió Roger, a punto de llevarse la mano a la cartera.

—Vamos. —La mujer subió al coche con Roger al volante y con la pistola de su nuevo amigo. Roger hizo chirriar las ruedas y pronto volaban hacia el oeste por la avenida Poplar.

—¿Quién era ese de antes? —preguntó Roger, mirando a la calle y al retrovisor sin parar.

—Mi camello.

—¡Tu camello!

—Sí.

—¿Y lo dejas sin más?

—¿Por qué no bajas esa pistola? —sugirió ella, y Roger se miró la mano izquierda y se dio cuenta de que todavía sostenía el arma. La dejó en el asiento, entre los dos. Ella la cogió de inmediato y, apuntándolo, ordenó—: Calla y conduce.

La policía se había marchado cuando Aggie y Calvin volvieron a la camioneta. Se quedaron pasmados al ver los daños y luego se despacharon a gusto cuando descubrieron que Roger había desaparecido.

—Se ha llevado mi Husk —dijo Aggie, al hurgar bajo el asiento.

—Estúpido hijo de puta —repetía Calvin—. Ojalá esté muerto.

Limpiaron el vidrio de los asientos y se alejaron de allí, ansiosos por salir del centro de Memphis. Entablaron una fugaz conversación acerca de ir en busca de Roger, pero estaban hartos de él. La chica mexicana del mostrador de información les había dado la dirección del Hospital Central, donde era más probable que encontraran a Bailey.

La recepcionista del Central les explicó que el banco de sangre cerraba por la noche, que abriría a las ocho de la mañana y que además seguía una política muy rígida de no aceptar donaciones de personas a todas luces ebrias. El hospital no tenía en ese momento ningún paciente que se llamara o se apellidara Bailey. Cuando ya los echaba, un guarda jurado uniformado apareció de ninguna parte y les pidió que se marcharan. Aggie y Calvin cooperaron y el guarda los acompañó a la salida. Cuando se despedían, Calvin le preguntó:

—Oiga, ¿no sabrá dónde podríamos vender medio litro de sangre?

—Hay un banco de sangre en Watkins, no lejos de aquí.

—¿Cree que estará abierto?

—Sí, permanece abierto toda la noche.

—¿Cómo se llega? —preguntó Aggie.

El guarda les dio indicaciones y luego añadió:

—Pero tengan cuidado. Es donde van todos los adictos cuando necesitan dinero. Un lugar difícil.

El banco de sangre era su único destino. Aggie lo encontró a la primera y cuando pararon el vehículo, confiaban en que el lugar estuviera cerrado. No lo estaba. La recepción era una sala pequeña y asquerosa con una hilera de sillas de plástico y llena de revistas

desperdigadas. Un adicto a algo esperaba en un rincón, en el suelo, acurrucado en posición fetal debajo de una mesilla de café y, obviamente, moribundo. Un tipo de rostro adusto y uniforme quirúrgico trabajaba tras el mostrador y los recibió con un desagradable «¿Qué queréis?».

Aggie carraspeó, echó otro vistazo al adicto del rincón y consiguió escupir:

—¿Aquí compran sangre?

—Pagamos y también la aceptamos gratis.

—¿Cuánto?

—Cincuenta pavos el medio litro.

Para Calvin, con seis dólares y veinticinco centavos en el bolsillo, el precio significaba una consumición mínima, tres cervezas aguadas y otro memorable baile de Amber sobre su regazo. Para Aggie, con dieciocho dólares en el bolsillo y ninguna tarjeta de crédito, el negocio significaba una visita rápida al club de estriptis y gasolina suficiente para volver a casa. Los dos se habían olvidado del pobre Bailey.

Se repartieron formularios. Mientras los rellenaban, el asistente preguntó:

—¿Qué tipo sanguíneo?

La respuesta fue dos caras de incomprensión.

—¿Qué tipo sanguíneo? —repitió.

—Rojo —dijo Aggie, y Calvin soltó una risotada. El asistente ni siquiera insinuó una sonrisa.

—¿Habéis bebido?

—Nos hemos tomado unas cervezas —dijo Aggie.

—Pero no os cobraremos más por el alcohol —añadió enseguida Calvin, y los dos se partieron de risa.

—¿Qué tamaño de aguja preferís? —preguntó el hombre, y se esfumó el buen humor.

Juraron por escrito que no tenían alergias ni enfermedades.

—¿Quién pasa primero?

Ninguno se movió.

—Señor Agnor —dijo el hombre—, sígame.

Aggie le siguió por una puerta hasta una sala grande y cuadrada con dos camas a la derecha y tres a la izquierda. Tumbada en la primera cama de la derecha había una mujer blanca de pecho

protuberante y vestida con chándal y botas de excursionista. Un tubo le recorría el brazo izquierdo hasta una bolsa de plástico transparente a medio llenar por un líquido de color rojo oscuro. Aggie echó una mirada al tubo, a la bolsa y al brazo, y comprendió que la mujer tenía una aguja clavada en la piel. Se desmayó y aterrizó con un golpe seco de cabeza en las baldosas del suelo.

Calvin, que hojeaba nervioso una revista en la silla de plástico junto a la puerta principal sin quitarle ojo al adicto moribundo, oyó un ruido detrás de él, pero no le dio importancia.

Un poco de agua fría y amoníaco volvió en sí a Aggie y, al final, el chico consiguió arrastrarse encima de una de las camas, donde una menuda asiática con la boca cubierta por una gasa blanca empezó a explicarle, con un acento muy marcado, que no iba a pasarle nada y que no había razón para preocuparse.

—Cierre los ojos —le aconsejó, repetidamente.

—En realidad no necesito cincuenta pavos —dijo Aggie, mientras la cabeza le daba vueltas. Ella no lo entendió. Cuando la mujer depositó a su lado una bandeja con diversos accesorios, Aggie echó un vistazo y volvió a marearse.

—Cierre los ojos, por favor —insistió la mujer mientras le frotaba el brazo izquierdo con alcohol, cuyo olor dio náuseas al chico.

—Quédese con el dinero —dijo Aggie. Ella sacó una venda grande y negra, y le tapó la cara; de pronto el mundo de Aggie se quedó a oscuras.

El asistente regresó a recepción y Calvin saltó de la silla.

—Sígueme —dijo el hombre, y Calvin lo siguió. Cuando entró en la sala cuadrada y vio a la mujer de las botas a un lado y a Aggie con una venda extraña al otro, también él se desmayó y se desmoronó cerca del mismo punto donde su amigo había aterrizado unos minutos antes.

—¿Quiénes son estos tipos? —preguntó la mujer de las botas de excursionista.

—Mississippi —dijo el asistente mientras recogía pacientemente a Calvin y esperaba a que volviera en sí. El agua fría y el amoníaco volvieron a ser de utilidad. Aggie lo oía todo desde detrás de su sudario.

Con el tiempo se extrajeron dos medios litros. Cien dólares cambiaron de manos. A las dos y diez de la madrugada, el Dodge devastado por la guerra entró deslizándose en el aparcamiento del Desperado y los dos machos salvajes llegaron para el fin de fiesta. Aligerados de sangre y cargados de testosterona, pagaron la consumición mínima mientras buscaban al gorila mentiroso que los

había mandado en busca del Hospital Luterano. No estaba. Había menos gente y las chicas estaban agotadas. Una estríper avejentada bailaba en el escenario.

Los condujeron a una mesa cerca de la primera y, cómo no, a los pocos segundos apareció Amber.

—¿Qué va a ser, chicos? Mínimo tres copas.

—Hemos vuelto —dijo, orgulloso, Calvin.

—Estupendo. ¿Qué será?

—Cerveza.

—Marchando —dijo, y se fue.

—Creo que no se acuerda de nosotros —comentó Calvin, herido.

—Suéltale veinte pavos y ya verás como te recuerda —replicó Aggie—. No pensarás tirar el dinero en otro baile, ¿no?

—Tal vez.

—Eres igual de burro que Roger.

—Nadie es tan burro como Roger. A saber por dónde anda.

—Flotando río abajo con la garganta cortada.

—¿Qué va a decir su padre?

—Lo que debería decir es: «Ese chaval siempre ha sido idiota». ¿Cómo cono voy a saber lo que dirá? ¿Te importa mucho?

Al otro lado de la sala estaba emborrachándose un grupo de empresarios con trajes oscuros. Uno de ellos cogió a una camarera de la cintura y ella se soltó enseguida de un tirón. Apareció un matón y señaló al tipo, advirtiéndole con dureza: «¡Las chicas no se tocan!». Los trajeados se partieron de risa. Todo les resultaba divertido.

En cuanto Amber sirvió los seis vasos de cerveza, Calvin no pudo evitar soltarle:

—¿Qué tal un *lap-dance?*

Ella frunció el ceño antes de contestar:

—Puede que luego. Estoy bastante cansada.

Y se marchó.

—Intenta ahorrarte el dinero —dijo Aggie. Calvin estaba abatido. Había revivido durante horas el momento en que Amber había separado sus inmensos lomazos y girado alegremente al son de la música. Podía notarla, tocarla, incluso olía su perfume barato.

Una señorita bastante gorda y fofa salió al escenario y empezó a bailar sin gracia. Se desnudó enseguida, pero despertó escaso

interés.

—El turno de noche —apuntó Aggie. Calvin apenas lo oyó.

Estaba observando cómo Amber se pavoneaba por el club. Desde luego se movía más despacio. Era hora de irse a casa.

Para consternación de Calvin, uno de los trajeados tentó a Amber para que le bailara encima. Ella encontró el entusiasmo necesario y enseguida estaba meneándose entre los variados comentarios de los amigos. La rodeaban borrachos embobados. El tipo sobre el que bailaba perdió el control. En contra de la política del club y contraviniendo una ordenanza municipal de la ciudad de Memphis, adelantó ambas manos y le agarró los pechos. Craso error.

En una fracción de segundo ocurrieron varias cosas a la vez. Destelló el flash de una cámara y alguien chilló: «¡Antivicio, está usted detenido!». Mientras, Amber saltó lejos del tipo y gritó algo acerca de sus manos asquerosas. Como los gorilas habían estado vigilando de cerca a los trajeados, se plantaron en la mesa de inmediato. Dos policías de paisano se adelantaron. Uno blandía una cámara y el otro no paraba de repetir: «Antivicio de Memphis, antivicio de Memphis».

Alguien bramó: «¡La poli!». Hubo empujones y empellones y abundancia de blasfemias. La música paró en seco. La gente retrocedió. Durante los primeros segundos la situación permaneció bajo control, hasta que Amber tropezó y se cayó sobre una silla. Ello le provocó un llanto afectado y dramático, y también motivó que Calvin se abalanzara hacia el tumulto y asestara el primer puñetazo. Apuntó al trajeado que había sobado a su chica y lo golpeó con fuerza en la boca. En ese instante, al menos once hombres adultos, la mitad de ellos borrachos, empezaron a repartir puñetazos en todas las direcciones y contra cualquier objetivo. Un gorila atizó un buen golpe a Calvin, por lo que Aggie se sumó a la refriega. Los trajeados atacaban como salvajes a gorilas, polis y palurdos. Alguien arrojó un vaso de cerveza que aterrizó al otro lado de la sala, cerca de una mesa de moteros de mediana edad que hasta ese momento se habían limitado a alentar a gritos a todo el que diera un puñetazo. Sin embargo, el vaso roto molestó a los moteros. Se lanzaron a la carga. Fuera del Desperado, dos polis uniformados habían estado aguardando pacientemente para ayudar a llevarse a las víctimas de la brigada antivicio y, alertados por el alboroto del interior, entraron rápidamente en el club. Cuando comprendieron que la pelea era un desmadre en toda regla, desenfundaron las porras por puro instinto y empezaron a buscar crismas que abrir. La de Aggie fue la primera y, cuando estaba tumbado en el suelo, un poli lo dejó sin sentido. Se hicieron añicos los cristales. Se astillaron las mesas y las sillas, todas ellas baratas. Dos de los moteros recogieron las patas de madera de las sillas para atacar a los gorilas. La melé rugía, las lealtades

cambiaban raudas y los cuerpos caían al suelo. Fueron sumándose bajas hasta que los polis y los gorilas obtuvieron cierta ventaja y terminaron por someter a los trajeados, los moteros, los chicos de Ford County y el resto de los que se habían apuntado a la fiesta. Había sangre por todas partes: en el suelo, en las camisas y en las chaquetas y, sobre todo, en caras y brazos.

Llegó más policía, luego vinieron las ambulancias. Aggie estaba inconsciente y seguía perdiendo sangre de su ya menguado riego. Su estado alarmó a los paramédicos, que se apresuraron a cargarlo en la primera ambulancia. Lo condujeron al Hospital de la Misericordia. Uno de los trajeados también había recibido varios porrazos de un policía y tampoco respondía a ningún estímulo. Lo metieron en una segunda ambulancia. Calvin fue esposado y empujado al asiento trasero de un coche patrulla, donde se le unió un tipo airado de traje gris y camisa blanca empapada de sangre.

Calvin tenía el ojo derecho cerrado por la hinchazón, pero con el izquierdo atisbo la ranchera Dodge de Aggie esperando, tristemente, en el aparcamiento.

Pasadas cinco horas, por fin Calvin obtuvo permiso para telefonear a cobro revertido a su madre, en Box Hill, desde una cabina de la cárcel del condado de Shelby. Sin entrar en detalles, le explicó que estaba en la cárcel; que lo acusaban del delito de lesiones contra un agente de policía, lo que, según un compañero de celda, podía significar diez años de prisión; y que Aggie estaba en el Hospital de la Misericordia con el cráneo reventado. No tenía ni idea de dónde estaba Roger. No mencionó a Bailey.

La llamada telefónica corrió por la comunidad y al cabo de una hora, un coche cargado de amigos partió hacia Memphis para valorar los daños. Descubrieron que Aggie había sobrevivido a la operación para extraerle un coágulo de sangre del cerebro y que a él también se lo acusaba del delito de lesiones a un agente de policía. Un médico explicó a la familia que el chico permanecería en el hospital al menos una semana. La familia no tenía seguro. La policía había confiscado la camioneta y los procedimientos para recuperarla se antojaban inescrutables.

La familia de Calvin descubrió que le pedían una fianza de cincuenta mil dólares, una suma irreal que no podían siquiera plantearse. Lo representaría un abogado de oficio a menos que consiguieran reunir el dinero para contratar a otro en Memphis. El viernes a última hora de la tarde por fin dejaron que un tío de Calvin hablará con el chico en la sala de visitas de la cárcel. Calvin vestía un mono naranja y zapatillas de goma para la ducha del mismo color. Tenía un aspecto espantoso: la cara amoratada e hinchada y el ojo derecho todavía cerrado. Estaba asustado y deprimido, y no entró en detalles.

Seguían sin tener noticias de Roger.

Tras pasar dos días en el hospital, Bailey se había recuperado considerablemente. Tenía la pierna derecha fracturada, no aplastada, y el resto de las heridas eran cortes sin importancia, magulladuras y el pecho muy dolorido. El patrón le consiguió una ambulancia y el domingo a mediodía Bailey abandonó el Hospital Metodista y fue conducido directo a casa de su madre, en Box Hill, donde se le recibió como a un prisionero de guerra liberado. Transcurrieron varias horas antes de que le contaran los esfuerzos de sus amigos por donarle sangre.

Ocho días después, Aggie volvió a casa para recuperarse. El médico confiaba en que se recobrara del todo, pero llevaría tiempo. El abogado se las había apañado para reducir los cargos a una simple agresión. A la luz de los daños infligidos por los policías, era justo darle un respiro a Aggie. Su novia pasó a verlo para poner fin a la relación. La leyenda del viaje por carretera y la reyerta en el club de estriptis de Memphis los perseguiría siempre y ella no quería formar parte de algo así. Además, corrían rumores harto significativos de que Aggie tenía daños cerebrales y la chica ya le había echado el ojo a otro.

Tres meses después, Calvin regresó a Ford County. Su abogado negoció un acuerdo para reducir las lesiones de delito a falta, pero el trato exigía tres meses en la Granja Penal del Condado de Shelby. A Calvin no le gustaba el acuerdo, pero la perspectiva de ir a juicio en Memphis y encararse a la policía de la ciudad no le apetecía. Si lo declaraban culpable del delito de lesiones, pasaría años en prisión.

En los días posteriores a la reyerta, y para sorpresa de todo el mundo, no se encontró el cadáver ensangrentado de Roger Tucker en ningún callejón oscuro del centro de Memphis. Roger no apareció, aunque tampoco nadie lo buscó activamente. Pasado un mes del viaje por carretera, Roger llamó a su padre desde una cabina cerca de Denver. Decía estar recorriendo el país en autoestop, solo, y estar pasándolo de miedo. Dos meses después fue arrestado por robar en una tienda de Spokane y pasó sesenta días en la cárcel municipal.

Roger tardó casi un año en volver a casa.

Recoger a Raymond

El señor McBride regentaba un taller de tapicería en la vieja nave frigorífica de la calle Lee, a escasas manzanas de la plaza del centro de Clanton. Para transportar los sofás y las sillas de un lado a otro utilizaba una furgoneta Ford blanca con TAPICERÍA MCBRIDE pintado en letras negras y gruesas encima de un número de teléfono y la dirección de la calle Lee. La furgoneta, siempre limpia y pausada, era una imagen habitual en Clanton y el señor McBride bastante conocido, puesto que se trataba del único tapicero de la ciudad. Rara vez prestaba la furgoneta, aunque se la pedían más a menudo de lo que le habría gustado. Solía responder con un amable: «No, tengo encargos que atender».

Aunque le dijo que sí a Leon Graney, y lo hizo por dos razones. La primera, las circunstancias que rodearon la petición fueron bastante inusuales y, la segunda, el jefe de Leon en la fábrica de lámparas era primo tercero del señor McBride. Siendo como son las relaciones en una ciudad pequeña, Leon Graney llegó al taller de tapicería según lo convenido, a las cuatro en punto de una calurosa tarde de miércoles a finales de julio.

Casi todo Ford County estaba escuchando la radio y sabía de sobra que las cosas no marchaban bien para la familia Graney.

El señor McBride acompañó a Leon hasta la furgoneta, le entregó la llave y le dijo:

—Cuídamela.

Leon aceptó la llave y respondió:

—Muy agradecido.

—Te he llenado el depósito. Tendría que bastar para ir y volver.

—¿Cuánto te debo?

El señor McBride negó con la cabeza y escupió en el suelo junto a la furgoneta.

—Nada. Va de mi cuenta. Tú devuélvela con el depósito lleno.

—Me sentiría mejor si pudiera pagar algo —protestó Leon.

—No.

—Bueno, pues entonces, gracias.

—La necesito mañana a mediodía.

—Aquí estaré. ¿Te importa que deje aquí la ranchera? —Leon señaló con la cabeza una vieja ranchera japonesa calzada entre dos coches al otro lado del solar.

—Está bien.

Leon abrió la portezuela y se metió en la furgoneta. Arrancó el motor, ajustó el asiento y los espejos. El señor McBride se acercó a la puerta del conductor, encendió un cigarrillo sin filtro y observó a Leon.

—¿Sabes? Hay a quien esto no le gusta.

—Gracias, pero a la mayoría no le importa —replicó Leon. Estaba preocupado y no tenía humor para chácharas.

—A mí me parece mal.

—Gracias. Volveré antes de mediodía —dijo en voz baja Leon, luego retrocedió y desapareció calle abajo. Se acomodó en el asiento, probó los frenos y aceleró poco a poco el motor para comprobar la potencia. Al cabo de veinte minutos estaba lejos de Clanton, en las profundidades de las colinas del norte de Ford County. A las afueras del asentamiento de Pleasant Ridge la carretera se volvía de grava, las casas eran más pequeñas y estaban más espaciadas. Leon tomó un camino corto que se detenía frente a una casa con forma de una caja con matojos en las puertas y un tejado de placa de asfalto que necesitaba que lo cambiaran. Era el hogar de los Graney, el lugar donde había crecido junto a sus hermanos, la única constante en sus tristes y caóticas vidas. Una chapucera rampa de contrachapado conducía a la puerta lateral para que su madre, Inez Graney, pudiera ir y venir en la silla de ruedas.

Para cuando Leon apagó el motor, la puerta lateral se había abierto e Inez salía por la rampa. Detrás de ella venía la masa ingente de su hijo mediano, Butch, que todavía vivía con su madre porque nunca había vivido en otro sitio, al menos, en el mundo libre. Dieciséis de sus cuarenta y seis años los había pasado entre rejas y daba el tipo de un criminal de carrera: coleta larga, tachuelas en las orejas, toda suerte de vello facial, bíceps inmensos y una colección de tatuajes baratos que le había hecho un artista de la prisión a cambio de cigarrillos. Pese a su pasado, Butch trataba a su madre y su silla de ruedas con suma ternura y cuidado, hablando delicadamente al oído de la anciana mientras se enfrentaban juntos a la rampa.

Leon observó y esperó, luego se encaminó a la parte trasera de

la furgoneta y abrió las puertas dobles. Butch y él levantaron con suavidad a su madre y la sentaron dentro. Butch la empujó hasta la consola que separaba los dos asientos de cubo atornillados al suelo. Leon aseguró la silla con tiras de cordel bramante que alguien de McBride había dejado en la furgoneta y, una vez Inez estuvo bien sujeta, sus chicos fueron a acomodarse a sus asientos. Dio comienzo el viaje. A los diez minutos estaban de regreso sobre el asfalto y camino a una larga noche.

Inez tenía setenta y dos años, tres hijos y al menos cuatro nietos y era una vieja solitaria y con mala salud que ya no recordaba la última vez que había tenido algo de buena suerte. Aunque se había considerado soltera durante casi treinta años, no estaba, al menos que supiera, legalmente divorciada de la criatura miserable que prácticamente la había violado cuando tenía diecisiete años, la había desposado a los dieciocho, le había hecho tres niños y luego, gracias a Dios, había desaparecido de la faz de la tierra. Las pocas veces que rezaba, Inez nunca olvidaba incluir una ferviente petición para que Ernie se mantuviera alejado de ella y se quedara dondequiera que le hubiera llevado su mísera vida, si es que no había llegado ya a algún doloroso final, que era en realidad el sueño de Inez aunque no tuviera la osadía de pedírselo al Señor. Ernie seguía teniendo la culpa de todo: de la mala salud y la pobreza de Inez, de lo bajo que había caído en la vida, de su aislamiento, de su falta de amistades, incluso del desdén de su propia familia. Pero la condena más severa contra Ernie derivaba del modo despreciable en que había tratado a sus tres hijos. Abandonarlos había sido muchísimo más piadoso que pegarles.

Para cuando alcanzaron la autovía, los tres necesitaban un cigarrillo.

—¿A McBride le molestará que fumemos? —preguntó Butch. Al fumar tres cajetillas diarias, siempre estaba llevándose la mano al bolsillo.

—Aquí dentro han fumado —dijo Inez—. Huele a fosa de alquitrán. ¿Está en marcha el aire acondicionado, Leon?

—Sí, pero con las ventanillas bajadas no se nota.

Sin preocuparles en exceso las preferencias del señor McBride sobre la posibilidad de fumar en la furgoneta, pronto se pusieron a echar humo con las ventanillas bajadas, por lo que el viento caliente se colaba a ráfagas y se arremolinaba en el interior. Una vez dentro, el viento no tenía salida, no había más ventanillas, ni respiraderos, nada por donde salir, de modo que volvía rugiendo al frente y envolvía a los tres Graney, que iban con la vista clavada en la carretera, fumando atentamente, aparentemente ajenos a todo mientras la furgoneta recorría la carretera comarcal. Butch y Leon

sacudían despreocupadamente las cenizas por las ventanillas. Inez depositaba delicadamente las suyas en la palma ahuecada de su mano izquierda.

—¿Cuánto te ha cobrado McBride? —preguntó Butch desde el asiento del acompañante.

Leon meneó la cabeza.

—Nada. Hasta me ha llenado el depósito. Dice que no está de acuerdo con esto. Que hay mucha gente a la que no le gusta.

—No estoy seguro de creérmelo.

—Yo no me lo creo.

Cuando los tres cigarrillos se consumieron, Leon y Butch subieron las ventanillas y toquetearon el aire acondicionado y los respiraderos. Salían chorros de aire caliente y el calor no remitió hasta pasados varios minutos. Los tres estaban sudando.

—¿Vas bien ahí atrás? —preguntó Leon, mirando por encima del hombro y sonriendo a su madre.

—Estoy bien. Gracias. ¿Funciona el aire acondicionado?

—Sí, empieza a enfriar,

—Pues yo no noto nada.

—¿Quieres parar a tomar un refresco o algo?

—No. Démonos prisa.

—Yo me tomaría una cerveza —dijo Butch y, tal como esperaba, Leon inmediatamente negó con la cabeza e Inez disparó un enfático «No».

—Nada de beber —dijo la madre, y se aparcó el tema. Cuando Ernie abandonó a la familia hacía años, solo se había llevado consigo una escopeta, algo de ropa y el licor de su provisión privada. Había sido un borracho violento y sus hijos todavía arrastraban las cicatrices, físicas y emocionales, de su trato. A Leon, el mayor, le había afectado más la brutalidad que a sus hermanos menores y ya de niño equiparaba el alcohol con el horror de un padre mal tratador. El jamás había tomado una copa, aunque con el tiempo había encontrado otros vicios. Butch, por su parte, bebía como un cosaco desde la primera adolescencia, aunque nunca había sucumbido a la tentación de colar nada de alcohol en casa de su madre. Raymond, el benjamín, había elegido seguir el ejemplo de Butch en lugar del de Leon.

Para aparcar un tema tan desagradable, Leon preguntó a su madre por las últimas noticias sobre una amiga que vivía en esa misma carretera, una vieja solterona que llevaba años muñéndose de cáncer. Inez, como siempre, se animó al comentar los achaques y

tratamientos de los vecinos, así como los propios. El aire acondicionado por fin se abrió paso y el espeso bochorno del interior de la furgoneta empezó a remitir. Cuando dejó de sudar, Butch se llevó la mano al bolsillo, pescó un cigarrillo, lo prendió y luego bajó la ventanilla. La temperatura subió al instante. Pronto estaban los tres fumando y las ventanillas fueron bajando hasta que el calor y la nicotina volvieron a espesar el aire.

Cuando terminaron, Inez le dijo a Leon:

—Raymond llamó hace un par de horas.

No era ninguna sorpresa. Raymond había estado llamando a cobro revertido desde hacía días, y no solo a su madre. El teléfono de Leon sonaba tan a menudo que su (tercera) mujer se negaba a contestar. Otros, por el resto de la ciudad, no aceptaban el cobro revertido.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Leon, pero solo porque tenía que contestar algo. Sabía exactamente lo que había dicho Raymond, tal vez no de manera literal, pero sí en general.

—Dice que la cosa pinta realmente bien, dice que es probable que tenga que despedir al equipo de abogados que tiene ahora para poder contratar a otro. Ya conoces a Raymond. Les dice a los abogados lo que tienen que hacer y los tipos se desviven por él.

Sin girar la cabeza, Butch miró a Leon a los ojos y este le devolvió la mirada. No se dijo nada porque sobraban las palabras.

—Dice que el equipo nuevo pertenece a una firma de Chicago con mil abogados en nómina. ¿Te lo imaginas? Mil abogados trabajando para Raymond. Y el tipo les dice lo que tienen que hacer.

Otra mirada fugaz entre el conductor y el pasajero de la derecha. Inez tenía cataratas y su visión periférica había empeorado. Si hubiese visto las miradas que intercambiaban sus dos hijos mayores no le habrían gustado.

—Dice que acaban de descubrir una prueba nueva que deberían haber mostrado en el juicio pero que no salió a relucir porque los polis y el fiscal la taparon y que con esta prueba nueva confía en conseguir un juicio nuevo aquí, en Clanton, aunque no está seguro de querer que sea aquí, de modo que quizá lo cambie a otro sitio. Está pensando en los alrededores del Delta, porque en los jurados del Delta entran más negros y según Raymond en estos casos los negros se compadecen más. ¿A ti qué te parece, Leon?

—Desde luego en el Delta hay más negros —dijo Leon. Butch gruñó y masculló, pero no se le entendió nada.

—Dice que no se fía de nadie de Ford County, en especial de la ley y los jueces. Sabe Dios que jamás nos han dado un respiro.

Leon y Butch asintieron en silencio. Los dos habían sido aplastados por la ley en Ford County, Butch mucho más que Leon. Y aunque se habían confesado culpables de sus crímenes al negociar los acuerdos, siempre habían creído que se los perseguía simplemente por ser Graney.

—Eso sí, no sé si yo aguantaré otro juicio —dijo la mujer, y sus palabras se fueron apagando.

Leon quería decir que las probabilidades de que Raymond consiguiera un nuevo juicio eran menos que pocas y que su hermano llevaba dando la lata con lo del juicio nuevo desde hacía más de una década. Butch quería decir más o menos lo mismo, pero habría añadido que estaba harto de las chorradas carcelarias de Raymond sobre abogados, juicios y pruebas nuevas, y que ya era hora de que el chaval dejara de echarle la culpa a los demás y se tomara la medicina como un hombre.

Pero ninguno dijo ni mu.

—Dice que ninguno de los dos le enviasteis los estipendios del mes pasado. ¿Es verdad?

Pasaron ocho kilómetros sin que se pronunciara ninguna otra palabra.

—¿Me habéis oído? —dijo Inez—. Raymond dice que no le habéis mandado por correo los estipendios del mes de junio, y ya estamos en julio. ¿Se os ha olvidado?

Leon habló el primero, y se despachó.

—¿Olvidarlo? ¿Cómo íbamos a olvidarlo? Es de lo único que habla. Recibo una carta al día, a veces dos, aunque no las leo todas, pero en cada una menciona el estipendio. «Gracias por la pasta, hermano.» «No te olvides de la pasta, Leon, cuento contigo, hermanito.» «Necesito el dinero para pagar a los abogados, ya sabes cuánto cobran esos chupasangres.» «No he visto el estipendio de este mes, hermano.»

—¿Qué cono es un estipendio? —espetó Butch desde la derecha, con la voz repentinamente tensa.

—Según el diccionario Webster's, un pago fijo o regular —contestó Leon.

—O sea, dinero, ¿no?

—Exacto.

—Entonces, ¿por qué no puede decir algo del estilo: «Mándame el maldito dinero»? O «¿Dónde está el dichoso dinero?». ¿Por qué tiene que emplear palabras tan elegantes?

—Hemos tenido esta conversación miles de veces —intervino

Inez.

—Bueno, fuiste tú el que le envió el diccionario —le dijo Leon a Butch.

—Eso fue hace diez años, como mínimo. Y me lo suplicó.

—Bueno, pues aún lo tiene, todavía lo está desgastando buscando palabras que jamás había visto.

—A menudo me pregunto si sus abogados entenderán el vocabulario que usa —reflexionó Butch.

—Estáis intentando cambiar de tema —dijo Inez—. ¿Por qué no le enviasteis su estipendio del mes pasado?

—Creía que lo había mandado —repuso Butch sin convicción.

—No me lo creo —replicó su madre.

—El talón está en el correo —dijo Leon.

—Tampoco me lo creo. Todos acordamos mandarle cien dólares cada uno, cada mes, los doce meses del año. Es lo menos que podemos hacer. Sé que cuesta, sobre todo a mí, que vivo de la Seguridad Social, Pero vosotros tenéis empleo, chicos, y lo menos que podéis hacer es arañar cien dólares cada uno para que vuestro hermano pequeño pueda comprar comida aceptable y pagar a los abogados.

—¿Tenemos que pasar por todo esto otra vez? —preguntó Leon.

—Lo oigo a diario —dijo Butch—. Si no de boca de Raymond, al teléfono o por correo, entonces de boca de mamá.

—¿Te quejas? —preguntó la madre—. ¿Algún problema con el alojamiento? Vives en mi casa gratis y ¿aun así te quejas?

—Vamos, va —dijo Leon.

—¿Quién cuidará de ti? —se defendió Butch.

—Basta. Siempre estáis con lo mismo.

Los tres respiraron hondo y luego buscaron un cigarrillo. Tras un pitillo largo y tranquilo, se prepararon para el siguiente asalto. Inez arrancó con un amable: «Yo nunca me salto ningún mes. Y, si os acordáis bien, tampoco me salté ninguno cuando los dos estuvisteis presos en Parchman».

Leon gruñó, palmeó el volante y repuso, enfadado:

—De eso hace veinticinco años, mamá. ¿A qué viene sacarlo ahora? No me ha caído ni una multa por exceso de velocidad desde que me concedieron la condicional.

Butch, cuya vida delictiva había sido mucho más variopinta que

la de Leon y que todavía seguía en libertad condicional, no dijo nada.

—Nunca me he saltado un mes —dijo la madre.

—Vamos, mujer.

—Y a veces eran doscientos dólares mensuales porque os tenía a los dos encerrados a la vez, si no recuerdo mal. Supongo que he tenido suerte de que nunca coincidierais los tres entre rejas. No habría podido pagar ni el recibo de la luz.

—Creía que esos abogados trabajaban gratis —apuntó Butch, en un esfuerzo por desviar la atención de sí mismo y confiando en redirigirla hacia un objetivo de fuera de la familia.

—Así es —dijo Leon—. Se llama trabajo *pro bono* y todos los abogados deben hacer alguno. Por lo que yo sé, esas firmas grandes que intervienen en casos así no esperan que les paguen.

—Entonces, ¿qué hace Raymond con trescientos dólares mensuales si no paga abogados?

—Ya hemos hablado de eso —dijo Inez.

—Seguro que se gasta una fortuna en bolígrafos, papel, sobres y sellos —dijo Leon—. Asegura que escribe diez cartas al día. Joder, solo con eso salen más de cien dólares al mes.

—Además está escribiendo ocho novelas —se apresuró a añadir Butch—. ¿O eran nueve, mamá? No me acuerdo.

—Nueve.

—Nueve novelas, varios volúmenes de poesía, un puñado de relatos, cientos de canciones. Piensa en la de papel que debe de gastar —dijo Butch.

—¿Estás choteándote de Raymond? —preguntó la madre.

—Jamás.

—Una vez vendió un cuento —dijo ella.

—Claro que sí. ¿Cómo se llamaba la revista? *¿Coches Trucados?* Le pagaron cuarenta pavos por un—cuento sobre un hombre que robaba mil tapacubos. Ya lo dicen, escribe sobre algo que conozcas.

—¿Cuántos relatos has vendido tú? —le preguntó su madre.

—Ninguno, porque no he escrito ninguno, y la razón por la que no he escrito ninguno es porque soy consciente de que no tengo talento para escribir. Si mi hermanito pequeño se diera cuenta de que tampoco tiene ninguna clase de talento artístico, podría ahorrar algo de dinero y cientos de personas se librarían de sus tonterías.

—Eres muy cruel.

—No, mamá, soy sincero. Y si hubieras sido sincera con él hace mucho, quizá habría dejado de escribir. Pero no. Te leíste sus libros, sus poemas y sus cuentos, y le dijiste que eran buenos. Y escribió más, con palabras más largas, frases más largas, párrafos más largos, y ha llegado un punto en que apenas se entiende nada de lo que escribe.

—De modo que es culpa mía.

—Al cien por cien, no.

—Escribe como terapia.

—Yo he pasado por lo mismo. No veo en qué puede ayudarlo escribir.

—Él dice que lo ayuda.

—¿Escribe a mano o usa máquina de escribir? —interrumpió Leon.

—Máquina de escribir —respondió Butch.

—¿Quién pasa los textos a máquina?

—Tiene que pagar a un tipo de la biblioteca —dijo Inez—. Un dólar la página, y uno de los libros pasaba de las ochocientas. Eso sí, lo leí hasta la última palabra.

—¿Y entendiste alguna? —preguntó Butch.

—La mayoría. Con diccionario. Ay, Señor, no sé de dónde saca las palabras ese chico.

—Y Raymond envió los libros a Nueva York para que se los publicaran, ¿verdad? —preguntó Leon, presionando.

—Sí, y se los devolvieron. Supongo que tampoco entendieron todas las palabras.

—Cualquiera diría que esa gente de Nueva York lo entendería —dijo Leon.

—Nadie entiende lo que dice —apuntó Butch—. Ese es el problema del Raymond novelista, del Raymond poeta, del Raymond prisionero político, del Raymond cantautor y del Raymond abogado. Nadie en su sano juicio podría tener la menor idea de lo que dice Raymond en cuanto se pone a escribir.

—De modo que si lo estoy entendiendo bien —prosiguió Leon—, gran parte de los gastos de Raymond derivan de financiar su carrera literaria. Papel, sellos, mecanografiado, copias y envíos de ida y vuelta a Nueva York. ¿Correcto, mamá?

—Supongo.

—Y es dudoso que haya invertido sus estipendios en pagar a los

abogados —dedujo Leon.

—Muy dudoso —convino Butch—. Y no te olvides de su carrera musical. Gasta dinero en cuerdas de guitarra y partituras. Además, ahora los prisioneros pueden alquilar cintas. Así se convirtió Raymond en cantante de blues. Escuchó a B.B. King y Muddy Waters y, según dice, ahora entretiene a sus colegas del corredor de la muerte con sesiones nocturnas de blues.

—Uf, ya lo sé. Me lo ha contado por carta.

—Siempre tuvo buena voz —dijo Inez.

—Pues yo nunca lo oí cantar —replicó Leon.

—Ni yo —añadió Butch.

Estaban en la circunvalación de Oxford, a dos horas de Parchman. La furgoneta del tapicero parecía tirar mejor a 96 kilómetros por hora; cualquier velocidad superior sacudía ligeramente las ruedas delanteras. No tenían prisa. Al oeste de Oxford las colinas empezaron a menguar; el Delta no distaba demasiado. Inez reconoció una pequeña iglesia rural de color blanco a la derecha, pegada a un cementerio, y se le ocurrió que la iglesia no había cambiado nada en todos los años que llevaban haciendo ese viaje hasta la penitenciaría del estado. Se preguntó cuántas mujeres de Ford County habían hecho tantos viajes como ella, pero sabía la respuesta. Leon había inaugurado la tradición muchos años atrás con una encarcelación de treinta meses y, por entonces, le estaba permitido recibir visitas el primer domingo de mes. A veces Butch llevaba a su madre en coche y otras veces Inez pagaba al hijo de un vecino, pera nunca se saltó una visita y siempre le llevó dulces de mantequilla de cacahuete y pasta de dientes. Seis meses después de que Leon consiguiera la condicional, era él quien llevaba en coche a su madre para visitar a Butch. Luego fueron Butch y Raymond, pero en módulos diferentes con normas distintas.

Luego Raymond mató a un ayudante del sheriff y lo encerraron en el corredor de la muerte, que se regía por reglas propias.

Con la práctica, las tareas más desagradables se hacen llevaderas, e Inez Graney había aprendido a esperar con ilusión las visitas. Sus hijos habían sido condenados por el resto del condado, pero su madre nunca los abandonaría. Estuvo presente cuando nacieron y estuvo presente cuando les pegaban. Había padecido sus comparecencias ante los tribunales y sus vistas para conseguir la condicional, y le había contado a todo el que había querido escucharla que eran buenos chicos a los que había maltratado el hombre con el que ella había elegido casarse. Todo era culpa de ella. Si se hubiera casado con un buen hombre, quizá sus hijos habrían llevado vidas normales.

—¿Crees que la mujer esa también estará? —preguntó Leon.

—Señor, Señor —gimió Inez.

—¿Por qué iba a perderse el espectáculo? —contestó Butch—. Seguro que anda por ahí.

—Señor, Señor.

La mujer esa era Tallulah, una chiflada que había entrado en sus vidas años atrás y que se las había apañado para empeorar una situación ya de por sí mala. Había contactado con Raymond a través de un grupo abolicionista y él, muy en su línea, había respondido con una larga carta llena de alegatos de inocencia, acusaciones de malos tratos y sus tonterías habituales acerca de sus incipientes carreras literaria y musical. Le envió varios poemas, sonetos de amor, y ella se obsesionó con Raymond. Se conocieron en la sala de visitas del corredor de la muerte y, a través de una gruesa ventana metálica, se enamoraron. Raymond le cantó algunas tonadillas blues y Tallulah cayó rendida. Hablaron de casarse, pero pospusieron el enlace hasta que el entonces marido de Tallulah fuera ejecutado por el estado de Georgia. Tras un breve luto, Tallulah viajó a Parchman para una estrafalaria ceremonia que no reconocía ninguna ley estatal ni ninguna doctrina religiosa conocida. De todos modos, Raymond estaba enamorado y, por tanto, inspirado, y su prodigiosa producción epistolar alcanzó nuevas cimas. La familia fue advertida de que Tallulah se moría de ganas de visitar Ford County y conocer a sus nuevos parientes. De hecho fue a Ford County, pero cuando su familia política se negó a recibirla, decidió visitar el *Ford County Times,* donde compartió su visión de la difícil situación del pobre Raymond Graney y sus promesas de que nuevas pruebas lo exculparían de la muerte del ayudante. También anunció que estaba embarazada de Raymond como resultado de las visitas conyugales que ahora se les permitían a los presos del corredor de la muerte.

Tallulah salió en primera plana, con foto y todo, pero el reportero había sido lo bastante listo para comprobar la historia en Parchman. Los reclusos no tenían derecho a visitas conyugales, en especial los del corredor de la muerte. Y no había constancia oficial del matrimonio. Impertérrita, Tallulah continuó ondeando la bandera de Raymond y llegó tan lejos que incluso transportó varios de los voluminosos manuscritos de Raymond a Nueva York, donde de nuevo fueron rechazados por editores cortos de miras. Con el tiempo Tallulah fue desvaneciéndose, aunque Inez, Leon y Butch vivían aterrados ante la posibilidad de que pronto, en alguna parte, naciera otro Graney. Pese a las normas relativas a las visitas conyugales, conocían a Raymond. Encontraría la manera.

Al cabo de dos años, Raymond informó a la familia de que quería divorciarse de Tallulah y, para hacerlo debidamente,

necesitaba quinientos dólares. Ello desencadenó otro desagradable episodio de discusiones e insultos, y el dinero se recaudó únicamente después de que Raymond amenazara con suicidarse, y no tras la primera amenaza. Al poco de enviados los cheques, Raymond comunicó por carta la estupenda noticia de que se había reconciliado con Tallulah. No se ofreció a devolver el dinero a Inez, Butch y Leon, aunque los tres se lo sugirieron. Raymond se negó aduciendo que su nuevo equipo de abogados lo necesitaba para contratar a expertos y detectives.

Lo que fastidiaba a Leon y Butch era el derecho que creía tener su hermano, como si ellos, la familia, le debieran el dinero a causa de la persecución que padecía. Al inicio de la encarcelación, tanto Leon como Butch le habían recordado a Raymond que él no les había mandado ni un centavo cuando habían estado entre rejas y él libre. Lo cual había conducido a otro desagradable episodio en el que Inez se había visto obligada a mediar.

La madre iba sentada, inclinada e inmóvil, en la silla de ruedas con una bolsa grande de lona sobre las piernas. Mientras los recuerdos de Tallulah empezaban a disiparse, Inez abrió la bolsa y extrajo una carta de Raymond, la más reciente. Abrió el sobre, liso y blanco, con el anverso cubierto por las cursivas arremolinadas de Raymond, y desplegó dos páginas de bloc amarillas.

> Queridísima madre:
>
> Se está haciendo cada vez más obvio y aparente que las engorrosas e inmanejables incluso letárgicas maquinaciones de nuestro nada equitativo y deshonroso incluso corrupto sistema judicial han puesto inevitable e irrevocablemente sus detestables e infames ojos en mí.

Inez cogió aliento, luego volvió a leer la frase. La mayoría de las palabras parecían conocidas. Tras años leyendo con una carta en una mano y el diccionario en la otra, le sorprendía cuánto se había ampliado su vocabulario.

Butch echó un vistazo atrás, vio la carta y negó con la cabeza, pero no dijo nada.

> No obstante, el estado de Mississippi volverá a ver frustrado y desbaratado y abandonado en total y vana degradación su propósito de extraer sangre de Raymond T. Graney. Puesto que me he procurado y contratado los servicios de un joven abogado de asombrosas capacidades, un extraordinario defensor juiciosamente elegido por mí de entre las innumerables legiones de abogados que prácticamente se postran literalmente a mis pies.

Otra pausa, otra relectura rápida. Inez a duras penas avanzaba.

> Como cabría conjeturar, un abogado de tan exquisitas y superlativas incluso singulares competencias y destrezas no puede obrar y abogar efectivamente en mi nombre sin apropiada restitución.

—¿Qué es restituir? —preguntó Inez.

—Deletréamelo —pidió Butch.

La madre lo deletreó despacio y luego los tres meditaron la palabra. Este ejercicio de habilidades lingüísticas se había vuelto tan rutinario como hablar del tiempo.

—¿Cómo lo emplea? —preguntó Butch, así que su madre leyó la frase.

—Dinero —dijo Butch, y Leon enseguida se mostró de acuerdo. Las palabras misteriosas de Raymond a menudo guardaban relación con el dinero.

—Déjame adivinar. Tiene un nuevo abogado y necesita algo de dinero extra para pagarle.

Inez no le hizo caso y siguió leyendo.

> Con gran renuencia e inquietud os suplico e imploro desesperadamente que me procuréis la harto razonable suma de mil quinientos dólares que hallará uso directo en mi defensa e indudablemente destrabará y me emancipará y por lo demás me salvará el pellejo. Vamos, mamá, es hora de que la familia una sus manos y metafóricamente ponga los carromatos en círculo. Vuestra renuencia, vuestra contumacia incluso, será considerada negligencia perniciosa.

—¿Qué significa contumacia? —preguntó la madre.

—Deletréamelo —dijo Leon. Ella deletreó «contumacia», luego «perniciosa» y después de un debate poco entusiasta quedó claro que ninguno de los tres tenía ni idea.

> Un último apunte antes de pasar a otra correspondencia más apremiante: Butch y Leon han vuelto a olvidar mis estipendios. Sus últimas perfidias afectan al mes de junio y ya estamos a mediados de julio. Por favor, atormenta, acosa, veja, zahiere y fastidia a esos dos

burros hasta que cumplan sus compromisos para con mi defensa.

Con amor, como siempre, de tu hijo más querido y apreciado,

RAYMOND

Todas las cartas recibidas por un recluso del corredor de la muerte eran leídas en la sala del correo de Parchman y todas las enviadas pasaban por un escrutinio similar. Inez se había compadecido a menudo del pobrecillo encargado de leer las misivas de Raymond. A ella siempre la agotaban, principalmente porque exigían cierto trabajo. Le daba miedo pasar por alto algo importante.

Las cartas la consumían. Las canciones la dormían. Las novelas le daban migraña. La poesía resultaba impenetrable.

Inez contestaba a las cartas dos veces a la semana, sin falta, porque si se olvidaba de su hijo pequeño aunque solo fuera un día, sabía que recibiría un aluvión de insultos, unas cuatro o cinco páginas de lenguaje virulento con palabras que a menudo no se encontraban en los diccionarios. E incluso el más leve retraso en el envío del estipendio desencadenaba desagradables llamadas a cobro revertido.

Raymond había sido el mejor estudiante de los tres, aunque ninguno había terminado la secundaria. Leon había sido mejor atleta, Butch mejor músico, pero el pequeño Raymond tenía inteligencia. Y estudió once cursos antes de que lo pillaran con una moto robada y le cayeran sesenta días en un correccional. Tenía dieciséis años, cinco menos que Butch y diez menos que Leon, y los chicos Graney ya empezaban a labrarse una reputación como hábiles ladrones de coches. Raymond se unió al negocio familiar y se olvidó de la escuela.

—¿Cuánto quiere esta vez? —preguntó Butch.

—Mil quinientos, para un nuevo abogado. Dice que no le mandasteis los estipendios del mes pasado.

—Pasa, mamá —dijo Leon en tono cortante, y durante largo rato no se dijo nada más.

Cuando la primera banda robacoches cayó, Leon cargó con las culpas y cumplió sentencia en Parchman. Al salir se casó con su segunda mujer y consiguió enderezar su camino. Butch y Raymond no hicieron el menor esfuerzo por enderezar los suyos; de hecho, expandieron sus actividades. Comerciaban con armas y electrodomésticos robados, tuvieron sus escarceos con el tráfico de marihuana, distribuían destilados ilegales y, por supuesto, robaban coches y los vendían a varios desguaces del norte de Mississippi. A Butch lo pillaron cuando robó un tráiler de dieciocho ruedas que se

suponía lleno de televisores Sony pero que en realidad iba cargado de alambradas. Los televisores son fáciles de mover en el mercado negro. Las alambradas resultaron bastante más difíciles. Sea como fuere, el sheriff organizó una redada en el escondite de Butch y encontró el contrabando, por inútil que este fuera. Butch declaró y fue condenado a dieciocho meses de cárcel, su primera temporada en Parchman. Raymond eludió el juicio y vivió para seguir robando. Se ciñó a su primer amor —coches y camionetas— y prosperó, aunque malgastó todas las ganancias en bebercio, juego y una pasmosa racha de malas mujeres.

Desde el inicio de sus carreras delictivas, los hermanos Graney fueron acosados por un repelente ayudante del sheriff llamado Coy Childers. Coy sospechaba de ellos ante cualquier falta o delito cometido en Ford County. Los vigilaba, los seguía, los amenazaba, los hostigaba y, con razón o sin ella, los arrestó en diversas ocasiones. Los tres habían sufrido las palizas de Coy en los calabozos de Ford County. Se habían quejado amargamente al sheriff, el jefe de Coy, pero nadie escucha los lloriqueos de reconocidos delincuentes. Y todos los Graney se hicieron famosos.

Para vengarse, Raymond robó el coche patrulla de Coy y lo vendió a un taller de desguace de Memphis. Se quedó la radio policial y se la devolvió a Coy por correo en un paquete sin ninguna seña. Raymond fue arrestado y habría sido apaleado de no ser por la intervención del abogado que le había asignado el estado. No había prueba alguna, nada que lo conectara con el delito salvo algunas sospechas bien fundadas. Pasados dos meses, cuando Raymond ya estaba en la calle, Coy le compró a su mujer un Chevrolet Impala nuevo. Raymond se apresuró a robarlo del aparcamiento de la iglesia durante la oración del miércoles por la noche y a venderlo a un taller de desguace de cerca de Tupelo. Para entonces, Coy juraba abiertamente que mataría a Raymond Graney.

No hubo testigos del asesinato real, o al menos ninguno dispuesto a testificar. Ocurrió un viernes por la noche, tarde, en un camino de grava no lejos de la caravana doble que Raymond compartía con su última novia. Según la teoría de la acusación, Coy había aparcado el coche y se había acercado a pie, sigilosamente y solo, con la idea de enfrentarse a Raymond e incluso puede que de arrestarle. Unos cazadores de ciervos encontraron a Coy al amanecer. Le habían disparado dos veces en la frente con un rifle de gran potencia y yacía en una leve hondonada del camino, por lo cual se había acumulado una gran cantidad de sangre alrededor del cadáver. Las fotos de la escena del crimen hicieron vomitar a dos miembros del jurado.

Raymond y su chica alegaron que en ese momento estaban en un bar de mala muerte, pero evidentemente debían de ser los únicos

clientes porque no se encontró ningún testigo que confirmase la coartada. Balística ligó las balas con un rifle robado vendido por un conocido socio de Raymond en el hampa y, pese a no existir prueba alguna de que Raymond alguna vez poseyera, robara o tuviera el arma, bastó con la sospecha. El fiscal convenció al jurado de que Raymond tuvo el motivo: odiaba a Coy y, al fin y al cabo, era un delincuente condenado; tuvo la oportunidad: Coy fue hallado cerca de la caravana de Raymond, sin vecinos en varios kilómetros; y tuvo los medios: la presunta arma del crimen fue exhibida en el juzgado complementada con un visor del ejército que habría permitido al asesino ver en la oscuridad, a pesar de que nada indicaba que se hubiera añadido semejante visor al arma cuando esta se empleó para matar a Coy.

La coartada de Raymond era endeble. Su novia también tenía un historial delictivo y resultaba un testigo penoso. El defensor de oficio citó a tres personas que supuestamente debían testificar que habían oído jurar a Coy que mataría a Raymond Graney. Las tres titubearon bajo la presión de verse sentadas en el estrado y escudriñadas por la mirada fija del sheriff y al menos una decena de sus ayudantes uniformados. Para empezar, la estrategia de la defensa era discutible. Si Raymond creía que Coy iba a matarlo, ¿actuó en defensa propia? ¿Admitía entonces el crimen? No, no lo admitía. Insistía en que no tenía idea de nada y estaba bailando en un bar cuando algún otro acabó con Coy.

A pesar de la abrumadora presión pública para condenar a Raymond, el jurado deliberó durante dos días antes de terminar haciéndolo.

Pasado un año, los federales desarticularon una red de tráfico de metanfetaminas y como consecuencia de una docena de precipitadas negociaciones entre la fiscalía y la defensa se descubrió que el ayudante Coy Childers había estado muy implicado en el sindicato de distribución de droga. En el condado de Marshall, a unos cien kilómetros de Ford County, habían tenido lugar otros dos asesinatos muy similares en los detalles. La reputación estelar de Coy entre los lugareños quedó gravemente empañada. Empezaron a correr rumores sobre el verdadero asesino, aunque Raymond se mantuvo como principal sospechoso.

El tribunal superior del estado ratificó la sentencia condenatoria y la pena de muerte. Sucesivas apelaciones resultaron en nuevas ratificaciones y, en esa época, pasados once años, al caso empezaba a acabársele la cuerda.

Al oeste de Batesville, las colinas por fin dejaron paso a la planicie y la carretera atravesaba tupidos campos de algodón y soja estivales. Los granjeros a lomos de sus John Deere verdes asomaban a lo largo de la carretera como si la hubieran construido para

tractores en lugar de automóviles. Pero los Graney no tenían prisa. La furgoneta siguió avanzando, pasó junto a una desmotadora ociosa, a estrechas casuchas abandonadas, a modernas caravanas dobles con antenas parabólicas y grandes camiones aparcados a las puertas y a alguna que otra casa de calidad algo retirada para alejar el tráfico de los hacendados. En la ciudad de Marks, Leon giró hacia el sur y siguieron adentrándose en el Delta.

—Seguro que está Charlene —dijo Inez.

—Segurísimo:—dijo Leon.

—No se lo perdería por nada del mundo —dijo Butch.

Charlene era la viuda de Coy, una sufridora mujer que había acogido el martirio de su marido con un entusiasmo poco corriente. A lo largo de los años se había inscrito en todos los grupos de víctimas que pudo encontrar, estatales y nacionales. Amenazó con denunciar a los periódicos o a cualquiera que pusiera en tela de juicio la integridad de Coy. Había escrito largas cartas al director exigiendo una justicia más rápida para Raymond Graney. Y no se había perdido una sola vista del proceso, viajando incluso hasta Nueva Orleans cuando el caso llegó ante el Tribunal Federal de Apelaciones del Distrito Quinto.

—Ha rezado para que llegara este día —dijo Leon.

—Bueno, pues que siga rezando porque Raymond ha dicho que hoy no es el día —dijo Inez—. Me ha prometido que sus abogados son mucho mejores que los fiscales y que están preparando papeleo para parar un tren.

Leon miró a Butch, que le sostuvo la mirada y luego la desvió a los campos de algodón. Atravesaron los asentamientos agrícolas de Vanee, Tuwiler y Rome cuando el sol por fin empezaba a desvanecerse. El anochecer trajo consigo enjambres de insectos que chocaban con el capó y el parabrisas. Los Graney fumaban con las ventanillas bajadas, sin decir gran cosa. La cercanía de Parchman siempre los apagaba: a Butch y Leon por razones evidentes, y a Inez porque le recordaba sus defectos como madre.

Parchman era una prisión de triste fama, pero también una granja, una plantación que se extendía a lo largo de más de siete mil trescientas hectáreas de rica tierra negra que durante décadas había proporcionado algodón y ganancias al estado hasta que intervinieron los tribunales federales y abolieron la esclavitud. En otro juicio, otro tribunal federal acabó con la segregación. Posteriores litigios habían mejorado algo las condiciones de vida, aunque la violencia había empeorado.

A Leon, treinta meses allí dentro lo habían apartado del delito, y eso era lo que los ciudadanos respetuosos de la ley pedían de una

prisión. A Butch, su primera condena le demostró que podría sobrevivir a otra y no hubo coche ni camión a salvo en todo Ford County.

La Ruta 3 corría recta y por el llano, y había poco tráfico. Casi había oscurecido cuando la furgoneta pasó junto a la pequeña señal verde que anunciaba sin más: Parchman. Delante se adivinaban luces, actividad, algún acontecimiento inusual. A la derecha se levantaba la entrada de piedra blanca de la prisión y, al otro lado de la carretera, alguien había montado un circo en un descampado de grava. Los manifestantes contrarios a la pena de muerte estaban ocupados. Algunos rezaban arrodillados en círculo. Otros desfilaban en apretada formación con pancartas hechas a mano en favor de Ray Graney. Otro grupo cantaba un himno. Otro estaba de rodillas alrededor de un cura con velas encendidas. Un poco más adelante, un grupo más reducido coreaba consignas en favor de la ejecución e insultos contra los partidarios de Graney. Ayudantes del sheriff de paisano mantenían el orden. Los equipos de televisión se afanaban en grabarlo todo.

Leon paró en la garita de vigilancia, atestada de guardias de prisiones y personal de seguridad nervioso. Un guardia con un portafolio se acercó a la portezuela del conductor y preguntó:

—¿Nombre?

—Graney, familia del señor Raymond Graney. Leon, Butch y nuestra madre, Inez.

El guardia no apuntó nada, dio un paso atrás y antes de irse consiguió decir: «Espere un minuto». Tres guardias esperaban de pie frente a la furgoneta, en una barricada que cruzaba el camino de entrada.

—Ha ido a buscar a Fitch —dijo Butch—. ¿Os apostáis algo?

—No —replicó Leon.

Fitch era no sé sabía qué clase de ayudante del alcaide, un empleado de prisiones de carrera cuyo aburrido trabajo solo animaban una fuga o una ejecución. Vestido con botas de vaquero y falso Stetson, y con un pistolón colgándole de la cadera, se paseaba por Parchman como si le perteneciera. Mientras se acercaba a la camioneta dijo en voz alta:

—Bien, bien, los chicos Graney de vuelta en su sitio. ¿Habéis venido para algún arreglillo, chicos? Tenemos una silla eléctrica vieja a la que podríais cambiar la tapicería. —Se rió de su propia gracia y se oyeron más risas a su espalda.

—Buenas noches, señor Fitch —dijo Leon—. Nos acompaña nuestra madre.

—Buenas noches, señora —saludó Fitch echando un vistazo al interior de la camioneta. Inez no respondió.

»¿De dónde habéis sacado la furgoneta?

—Nos la han dejado —contestó Leon. Butch clavaba la vista al frente y se negaba a mirar a Fitch.

—Y una mierda. ¿Cuándo fue la última vez que pedisteis algo prestado? Seguro que el señor McBride está buscando su furgoneta. Debería telefonearle.

—Hágalo, Fitch —dijo Leon.

—Señor Fitch, para ti.

—Como guste.

Fitch descargó un escupitajo. Señaló adelante con la cabeza como si él, y solo él, controlara los detalles.

—Supongo que sabéis adonde vais. Desde luego habéis pasado aquí suficiente tiempo. Seguid a ese coche negro hasta máxima seguridad. Allí os cachearán.

Hizo un gesto a los guardias de la barricada. Se abrió un hueco y los Graney dejaron a Fitch sin decir palabra. Durante unos minutos siguieron a un coche sin matrícula lleno de hombres armados. Fueron pasando un módulo tras otro, todos separados, todos rodeados de vallas metálicas coronadas por alambre de espinos. Butch echó un vistazo al módulo donde había renunciado a varios años de su vida. En una zona abierta y bien iluminada, el «patio», la llamaban, vio el inevitable partido de baloncesto con hombres descamisados empapados en sudor, siempre a una falta de otra reyerta salvaje. Vio a los más tranquilos sentados en mesas de picnic, esperando a la revista de las diez de la noche, esperando a que el calor amainase porque el aire acondicionado de los barracones rara vez funcionaba, sobre todo en julio.

Como de costumbre, Leon echó un vistazo a su antiguo módulo pero no se detuvo a pensar en el tiempo que había pasado allí. Después de tantos años, había conseguido guardar bien hondo las cicatrices emocionales del maltrato físico. La población convicta se componía de un ochenta por ciento de negros y Parchman era uno de los escasos lugares de Mississippi donde los blancos no dictaban las normas.

El módulo de alta seguridad era un edificio de tejado plano estilo años cincuenta, de una sola planta y de ladrillo rojo, como tantas escuelas de primaria construidas por la misma época. También estaba rodeado por una valla metálica con alambre de espinos y vigilado por guardias repantigados en varias torres, aunque esa noche todo el que llevaba uniforme estaba alerta y

nervioso. Leon aparcó donde le indicaron, luego un pequeño batallón de adustos guardias los cacheó a conciencia a él y a Butch. Descargaron a Inez, la empujaron hasta un control improvisado y allí la inspeccionaron cuidadosamente dos guardias de sexo femenino. Los escoltaron al interior del edificio a través de varias puertas pesadas, por delante de varios guardias más y por fin hasta una salita que nunca habían visto. La sala de visitas estaba en otro sitio. Dos guardias se quedaron con ellos mientras se acomodaban. La salita tenía un sofá, dos sillas plegables, una fila de archivadores viejos y aspecto de ser el despacho de algún burócrata insignificante al que habían echado de allí por una noche.

Los dos guardias de prisiones pesaban al menos ciento diez kilos cada uno, tenían cuellos de sesenta centímetros y las cabezas afeitadas de rigor. Tras cinco incómodos minutos en la sala con la familia, Butch se hartó. Se adelantó unos pasos y se atrevió a preguntar:

—¿Qué estáis haciendo aquí exactamente?

—Cumplir órdenes —dijo uno.

—¿De quién?

—Del alcaide.

—¿Os dais cuenta de lo tontos que parecéis? He aquí la familia de un condenado esperando a pasar unos minutos con su hermano en esta mierda de agujero sin ventanas, de paredes grises y con una única puerta, y vosotros aquí, vigilándonos como si fuéramos peligrosos. ¿No veis que es estúpido?

Ambos cuellos parecieron expandirse. Ambas caras se tornaron escarlatas. Si Butch hubiera sido un recluso, le habrían dado una paliza, pero no lo era. Era un ciudadano, un ex convicto que odiaba a todos los polis, agentes, guardias, vigilantes y empleados de seguridad que había visto en su vida. Cualquier hombre de uniforme era el enemigo.

—Señor, siéntese, por favor —pidió uno, fríamente.

—En caso de que no os hayáis enterado, idiotas, esta sala puede vigilarse igual de bien desde el otro lado de la puerta. Lo juro. Es verdad. Sé que probablemente no os habrán entrenado lo suficiente para daros cuenta, pero basta con que crucéis esa puerta y plantéis vuestros culos gordos del otro lado para que todo siga igual de seguro y nosotros tengamos algo de privacidad. Podríamos hablar con nuestro hermano pequeño sin tener que preocuparnos de lo que cotilleen unos payasos como vosotros.

—Será mejor que cortes el rollo, tío.

—Vamos, solo un paso, cruzáis la puerta, la cerráis, le claváis

la vista y la vigiláis. Sé que podéis, chicos. Sé que sabréis mantenernos a salvo aquí dentro.

Por supuesto los guardias no se movieron y Butch terminó por sentarse en una silla plegable junto a su madre. Al cabo de treinta minutos de espera que parecieron eternizarse, el alcaide entró con su séquito y se presentó.

—La ejecución está programada para un minuto después de la medianoche —anunció en tono oficial, como si estuviera tratando de una reunión rutinaria con el personal—. Se nos ha informado de que no esperemos una llamada de último minuto desde el despacho del gobernador. —Ni pizca de compasión.

Inez se llevó las dos manos a la cara y rompió a llorar en silencio.

El alcaide prosiguió:

—Sus abogados andan ocupados con cosas de última hora como hacen siempre, pero los nuestros nos dicen que el indulto es improbable.

Leon y Butch miraron fijamente al suelo.

—En estos casos relajamos un poco las normas. Pueden quedarse aquí todo el tiempo que quieran, enseguida traeremos a Raymond. Lamento que haya acabado así. Si puedo hacer algo por ustedes, díganmelo.

—Saque a esos dos capullos de aquí—dijo Butch, señalando a los guardias—. Nos gustaría tener algo de intimidad.

El alcaide dudó, miró alrededor y luego contestó:

—No hay problema.

Se marchó y se llevó consigo a los dos guardias. Un cuarto de hora después la puerta volvió a abrirse y Raymond entró con una gran sonrisa y se dirigió directo a su madre. Tras un largo abrazo y algunas lágrimas, dio sendos abrazos de oso a sus hermanos y les informó de que el viento soplaba a su favor. Acercaron las sillas al sofá y se sentaron en un corrillo, con Raymond estrujando las manos de su madre.

—Tenemos a esos hijos de puta dominados —dijo Raymond, todavía sonriendo, la imagen misma de la confianza—. Mis abogados los están ahogando con un camión de peticiones de hábeas corpus ahora mismo, mientras hablamos, y están convencidos de que el Tribunal Supremo de Estados Unidos dictará un auto de avocación en menos de una hora.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Inez.

—Significa que el Tribunal Supremo se aviene a ver la causa y

por tanto esta se retrasa automáticamente. Significa que probablemente nos concedan un juicio nuevo en Ford County, aunque no estoy seguro de querer que sea allí.

Llevaba ropa de presidiario, sin calcetines, y un par de sandalias de goma baratas. Y saltaba a la vista que estaba echando carnes. Tenía las mejillas redondas e hinchadas. Un michelín de más le colgaba por encima del cinturón. Hacía casi seis semanas que no lo veían y se notaba que había ganado peso. Como de costumbre, estuvo hablando de cuestiones que ellos ni entendían ni creían, al menos en lo tocante a Butch y Leon. Raymond había nacido con una imaginación fértil, una lengua rápida y una incapacidad innata de decir la verdad.

Sabía mentir.

—Ahora mismo tengo a dos docenas de abogados peleando. La fiscalía no puede seguirles el ritmo.

—¿Cuándo tendrás noticias del tribunal? —preguntó Inez.

—En cualquier minuto. Tengo a jueces federales esperando en Jackson, Nueva Orleans y Washington, listos para patearle el culo al estado.

Después de once años recibiendo generosas patadas del estado en el culo, costaba creer que ahora, tan tarde, Raymond hubiese conseguido darle la vuelta a la tortilla. Leon y Butch asintieron con gesto grave, como si se lo creyeran y estuvieran convencidos de que no iba a ocurrir lo inevitable. Hacía años que sabían que su hermano pequeño había tendido una emboscada a Coy y prácticamente le había volado la cabeza con un rifle robado. Raymond le había contado a Butch años atrás, mucho después de acabar en el corredor de la muerte, que aquella noche iba tan colocado que apenas recordaba el asesinato.

—Además tenemos a unos peces gordos de la abogacía de Jackson presionando al gobernador por si acaso el Tribunal Supremo se vuelve a acobardar —dijo Raymond.

Los tres asintieron, pero nadie mencionó los comentarios del alcaide.

—¿Has recibido mi última carta, mamá? ¿La que habla del nuevo abogado?

—Pues claro. La he leído por el camino —contestó la mujer, asintiendo.

—Me gustaría contratarle en cuanto llegue la orden para un nuevo juicio. Es de Mobile, y te digo yo que está hecho una buena pieza. Pero ya hablaremos de él.

—Claro, hijo.

—Gracias. Mira, mamá, sé que es duro, pero tienes que tener fe en mí y en mis abogados. Hace ya un año que dirijo mi propia defensa, mangoneando a los abogados porque hoy día es lo que hay que hacer, y las cosas saldrán bien, mamá. Confía en mí.

—Lo hago, ya lo hago.

Raymond se levantó de un salto y alzó los brazos de golpe, estirándose con los ojos cerrados.

—Ahora voy a yoga. ¿Os lo había contado?

Los tres asintieron. Sus cartas estaban cargadas de detalles sobre su última fascinación. En el transcurso de los años la familia había soportado las explicaciones, sin aliento, de su conversión al budismo, luego al islam, después al hinduismo, y su descubrimiento de la meditación, el kung-fu, el aeróbic, la halterofilia, el ayuno y, por supuesto, su empeño en convertirse en poeta, novelista, cantante y músico. Poco había pasado por alto en sus cartas a casa.

Cualquiera que fuera su pasión actual, resultaba evidente que había abandonado el ayuno y el aeróbic. Raymond estaba tan gordo que al sentarse se le tensaban los pantalones.

—¿Has traído pastelillos de chocolate? —le preguntó a su madre. Le encantaban los pastelillos de chocolate con nueces de su madre.

—No, cielo, lo siento. Este asunto no me deja vivir.

—Siempre traes pastelillos.

—Lo siento.

Típico de Raymond. Reprocharle una tontería a su madre horas antes de su último paseo.

—Bueno, pero no vuelvas a olvidártelos.

—No lo haré, tesoro.

—Y otra cosa. Tallulah estará al caer. Le gustaría conoceros porque siempre la habéis rechazado. Da igual lo que penséis, forma parte de la familia. Y os pido como favor, en este momento tan desafortunado de mi vida, que la aceptéis y la tratéis bien.

Leon y Butch no pudieron responder, pero Inez se las apañó para decir:

—Sí, cariño.

—Cuando salga de este dichoso lugar, nos mudaremos a Hawai y tendremos diez niños. No pienso quedarme en Mississippi, no después de todo esto. De modo que en adelante será de la familia.

Por primera vez Leon consultó el reloj de pulsera con la idea de que solo faltaban un par de horas para su liberación. Butch también

estaba pensando, pero en cosas muy diferentes. La idea de estrangular a Raymond hasta matarlo antes de que el estado acabara con él le planteaba un interesante dilema.

Raymond se incorporó de pronto y dijo:

—Bueno, veréis, tengo que reunirme con los abogados. Volveré dentro de media hora.

Se dirigió a la puerta, la abrió y luego adelantó los brazos para que lo esposaran. La puerta se cerró e Inez dijo:

—Parece que todo va bien.

—Mira, mamá, será mejor escuchar al alcaide —aconsejó Leon.

—Raymond se está engañando —añadió Butch. Ella rompió otra vez a llorar.

El capellán era un cura católico: el padre Leland, según se presentó a la familia en voz baja. Lo invitaron a sentarse.

—Lamento profundamente esta situación —dijo el cura, en tono sombrío—. Es la peor parte de mi trabajo.

Los católicos no abundaban en Ford County y, ciertamente, los Graney no conocían a ninguno. Miraron con suspicacia la tira de tela blanca que le rodeaba el cuello.

—He intentado hablar con Raymond —continuó el padre Leland —. Pero no le interesa mucho la fe cristiana. Me dijo que no iba a misa desde crío.

—Debería haberlo llevado más —se lamentó Inez.

—De hecho, se declara ateo.

—Señor, Señor.

Por supuesto, los tres Graney sabían desde hacía tiempo que Raymond había renunciado a toda creencia religiosa y había proclamado que no existía ningún Dios. También lo habían leído con insoportables pormenores en sus cartas interminables.

—No somos gente de iglesia —admitió Leon.

—Rezaré por todos vosotros.

—Raymond robó el coche nuevo de la mujer del ayudante del sheriff del aparcamiento de la iglesia —apuntó Butch—. ¿Se lo contó?

—No. Últimamente hemos hablado mucho y me ha contado muchas anécdotas. Pero esa no.

—Gracias por ser tan amable con Raymond, señor —dijo Inez.

—Me quedaré con él hasta el final.

—De modo que ¿de veras van a hacerlo? —preguntó la mujer.

—A estas alturas haría falta un milagro para evitarlo.

—Ayúdanos, Señor —rogó Inez.

—Oremos —dijo el padre Leland. Cerró los ojos, juntó las manos y empezó—: Querido Padre Celestial, acuérdate de nosotros en esta hora y deja que tu Espíritu Santo penetre en este lugar y nos dé la paz. Da fuerza y sabiduría a los abogados y jueces que en este momento están trabajando laboriosamente. Da coraje a Raymond mientras se prepara. —El padre Leland dejó una pausa de un segundo y abrió ligeramente el ojo izquierdo. Los tres Graney clavaban la vista en él como si tuviera dos cabezas. Inquieto, cerró el ojo y finalizó con un apresurado—: Y Padre, concede tu gracia y tu perdón a los oficiales y al pueblo de Mississippi, porque no saben lo que hacen.

El cura se despidió y los Graney esperaron unos minutos a que regresara Raymond. Llevaba la guitarra consigo y, en cuanto se sentó en el sofá, rasgó algunos acordes. Cerró los ojos y empezó a tararear, luego cantó:

Tengo tiempo para verte, nena
Tengo tiempo para visitarte
Tengo tiempo para quedarme
Porque no tengo tiempo para morir.

—Es un viejo tema de Mudcat Malone —explicó—. Uno de mis favoritos.

Tengo tiempo para verte sonreír
Tengo tiempo para verte llorar
Tengo tiempo para abrazarte, nena
Porque no tengo tiempo para morir.

La canción no se parecía a nada que hubieran escuchado antes. Butch una vez había tocado el banjo en un grupo de bluegrass, pero hacía muchos años que había abandonado la música. No tenía nada de voz, un rasgo de la familia que compartía su hermano menor. Raymond recitaba a dolorosas sacudidas guturales, en un intento afectado de sonar como un cantante negro de blues, por lo visto, como uno víctima de una terrible aflicción.

Tengo tiempo para ser tu papi
Tengo tiempo para ser tu hombre
Tengo tiempo para ser tu amante
Porque no tengo tiempo para morir.

Cuando cesaron las palabras, Raymond siguió rasgueando y se las apañó para tocar una melodía de forma pasable. Sin embargo, Butch no pudo evitar pensar que tras once años practicando en la celda, su interpretación era rudimentaria.

—Qué bonito —dijo Inez.

—Gracias, mamá. Esta es de Little Bennie Burke, probablemente el mejor de todos. Es de Indianola, ¿lo sabíais?

No lo sabían. Como la mayoría de los blancos de las montañas, no sabían nada de blues ni les importaba.

El rostro de Raymond volvió a contorsionarse. Raymond rasgueó con más fuerza.

Hice las maletas el lunes
El martes me despedí
El miércoles la vi
El jueves se largó
Este viernes me han pagado
Al tipo le pareció bien
Podía permitírselo
Esta noche me voy.

Leon consultó el reloj. Eran casi las once de la noche, solo faltaba una hora para irse. No estaba seguro de poder escuchar otra hora de blues, pero se resignó. Tanto cantar también ponía nervioso a Butch, pero consiguió permanecer sentado quieto y con los ojos cerrados como si la música y la letra lo serenaran.

Estoy harto de recoger algodón
Estoy harto de jugar a los dados
Estoy harto de que me fastidien
Estoy harto de intentar ser amable
Estoy harto de trabajar por nada
Estoy harto de tener que pelear
Ahora lo he dejado todo atrás
Esta noche me voy.

Luego Raymond se olvidó de la letra pero continuó tarareando. Cuando por fin paró, permaneció un minuto más o menos sentado con los ojos cerrados, como si la música lo hubiera transportado a otro mundo, a un lugar mucho más agradable.

—¿Qué hora es, hermano? —le preguntó a Leon.

—Las once.

—Tengo que ir a ver a los abogados. Esperan el fallo en cualquier momento.

Dejó la guitarra en un rincón, luego llamó a la puerta y la cruzó. Los guardias lo esposaron y lo guiaron. A los pocos minutos llegó personal de cocina con escolta armada. Apresuradamente, desplegaron una mesa cuadrada y la cubrieron con una cantidad bastante generosa de comida. Los olores inundaron inmediatamente la sala, y Leon y Butch se sintieron desfallecer de hambre. No habían comido desde mediodía. Inez estaba demasiado consternada para pensar en comida, aunque examinó el festín. Siluro rebozado, patatas fritas, tortas de maíz, ensalada de repollo, todo en el centro de la mesa. A la derecha había una hamburguesa con queso mastodóntica con otra ración de patatas fritas y aros de cebolla. A la izquierda había una pizza mediana con pepperoni y queso caliente y burbujeante. Justo delante del siluro había una rodaja enorme de lo que parecía tarta de limón y, a su lado, un plato de postre cubierto de pastel de chocolate. Calzado justo al borde de la mesa había un cuenco de helado de vainilla.

Mientras los tres Graney miraban embobados la comida, uno de los guardias explicó:

—Para su última comida le damos todo lo que quiera.

Cuando se quedaron solos, Butch y Leon intentaron obviar la comida, que prácticamente podían tocar, pero los aromas eran irresistibles. Siluro rebozado y frito en aceite de maíz. Aritos de cebolla frita. Pepperoni. El ambiente de la pequeña sala estaba cargado de olores deliciosos que competían entre sí.

El festín cundiría sin problemas para cuatro personas.

A las once y cuarto Raymond entró ruidosamente. Agarraba a los guardias y se quejaba incoherentemente de sus abogados. Cuando vio la comida, olvidó sus problemas y a su familia y ocupó el único asiento a la mesa. Sirviéndose principalmente de los dedos, engulló varios montones de patatas y aritos de cebolla, y empezó a hablar.

—Los muy idiotas del Distrito Quinto han rechazado nuestra apelación. Teníamos un hábeas corpus precioso, yo mismo lo escribí. Ahora vamos a por Washington, al Tribunal Supremo. Allí tengo a todo un bufete de abogados listos para atacar. La cosa pinta bien.

Consiguió hábilmente meterse más comida en la boca y masticarla sin parar de hablar. Inez se miraba fijamente los pies y se secaba las lágrimas. Butch y Leon aparentaban escuchar pacientemente mientras examinaban el suelo embaldosado.

—¿Habéis vito a Tallulah? —preguntó Raymond, todavía

mascando tras un trago de té helado.

—No —dijo Leon.

—Zorra. Solo quiere los derechos del libro de mi vida. Nada más. Pues no va a pasar. Os dejo todos los derechos literarios a los tres. ¿Qué os parece?

—Bien —dijo Leon.

—Genial —dijo Butch.

El capítulo final de su vida lo tenían a mano. Raymond ya había escrito su autobiografía —doscientas páginas— y varias editoriales estadounidenses la habían rechazado.

Siguió mascando, causando estragos en el siluro, la hamburguesa y la pizza sin orden ni concierto. Movía el tenedor y los dedos por la mesa, a menudo en direcciones distintas, clavando, ensartando, agarrando y apaleando comida a la boca tan rápido como podía tragarla. Un cerdo famélico en un comedero habría hecho menos ruido. Inez nunca había dedicado demasiado tiempo a los modales en la mesa y sus hijos habían cogido todos los vicios. Pero once años en el corredor de la muerte habían llevado a Raymond a nuevos estratos de mal comportamiento. Sin embargo, la tercera mujer de Leon había sido educada como es debido. A los diez minutos de la última cena, Leon estalló:

—¿Tienes que relamerte así? —espetó.

—Joder, haces más ruido que un caballo comiendo maíz —añadió Butch al instante.

Raymond se paró en seco, miró a sus dos hermanos y, durante unos segundos largos y tensos, la situación pudo haber derivado en cualquier sentido. Podría haber estallado en una clásica pelea Graney, con abundancia de palabrotas e insultos personales. Con los años habían tenido lugar varias discusiones bastante feas en la sala de visitas del corredor de la muerte, todas ellas dolorosas, todas memorables. Pero Raymond, dicho sea en su honor, optó por un enfoque más delicado:

—Es mi última cena. Y mi familia se dedica a criticarme.

—Yo no —dijo Inez.

—Gracias, mamá.

Leon separó las manos en gesto de rendición.

—Lo siento. Todos estamos un poco tensos —dijo.

—¿Tensos? —repitió Raymond—. ¿Tú crees que estás tenso?

—Perdona, Ray.

—A mí también —dijo Butch, pero solo porque era lo que se

esperaba.

—¿Quieres una torta de maíz? —le ofreció Ray a Butch.

Hacía unos minutos aquella última comida había parecido un banquete irresistible. En cambio ahora, tras el asalto desenfrenado de Raymond, solo quedaban migajas. Pese a ello, Butch se moría de ganas de unas patatas y una torta de maíz, pero declinó el ofrecimiento. Había algo que estaba mal, algo inquietante en el hecho de picar de los restos de la última comida de alguien.

—No, gracias —contestó.

Tras coger aire, Raymond continuó arrasando, aunque a paso más lento y pausado. Se acabó la tarta de limón y el pastel de chocolate con helado, eructó y se rió:

—No es mi última comida, os lo prometo.

Llamaron a la puerta y un guardia entró en la sala.

—El señor Tanner quiere verlo —informó.

—Que pase —dijo Raymond—. Mi abogado jefe —anunció, orgulloso, a la familia.

El señor Tanner era un joven calvo y menudo vestido con una americana azul marino descolorida, pantalones caqui viejos y unas zapatillas deportivas aún más viejas. No usaba corbata. Llevaba un grueso fajo de papeles. Tenía el rostro demacrado y pálido, y parecía necesitar un largo descanso. Raymond se apresuró a presentarlo a la familia, pero el señor Tanner no mostró ningún interés por conocer a gente en ese momento.

—El Tribunal Supremo ha denegado nuestra petición —anunció a Raymond, con gravedad.

Raymond tragó fuerte y luego la habitación quedó en silencio.

—¿Y el gobernador?—preguntó Leon—. ¿No hay un montón de abogados hablando con él?

Tanner lanzó una mirada de incomprensión a Raymond, quien contestó:

—Los despedí.

—Pero ¿y los abogados de Washington? —preguntó Butch.

—También los despedí.

—¿El bufete tan importante de Chicago? —dijo Leon.

—También despedidos.

La mirada de Tanner iba saltando de Graney en Graney.

—No parece el mejor momento para ir despidiendo abogados —

opinó Leon.

—¿Qué abogados? —preguntó Tanner—. Yo soy el único abogado que trabaja en el caso.

—Tú también estás despedido —dijo Raymond, y dejó de un golpe el vaso de té helado sobre la mesa, salpicando de hielo y líquido la pared—. ¡Vamos, matadme! —gritó—. Ya no me importa.

Durante unos segundos nadie respiró, luego la puerta se abrió de pronto y el alcaide regresó rodeado de su séquito.

—Es la hora, Raymond —anunció, con cierta impaciencia—. Las apelaciones no han salido adelante y el gobernador se ha ido a la cama.

Se produjo una pausa larga y densa mientras asimilaban lo irrevocable de la situación. Inez estaba llorando. Leon fijaba su mirada vacía en la pared donde el té y el hielo resbalaban hacia el suelo. Butch contemplaba con tristeza las dos últimas tortas de maíz. Tanner parecía a punto de desmayarse.

Raymond se aclaró la garganta y dijo:

—Me gustaría ver al católico ese. Necesitamos rezar.

—Lo mandaré venir —dijo el alcaide—. Puedes pasar un último momento con tu familia, luego habrá que marcharse.

El alcaide salió con sus asistentes. Tanner los siguió sin demora.

Los hombros de Raymond se hundieron, su cara palideció. Todo el desafío y la bravuconería se habían desvanecido. Caminó despacio hacia su madre, cayó de rodillas ante ella y apoyó la cabeza en su regazo. Inez se la acarició, se secó los ojos y siguió lamentándose:

—Señor, Señor.

—Lo siento muchísimo, mamá —farfulló Raymond—. Lo siento muchísimo.

Lloraron juntos un momento mientras Leon y Butch permanecían de pie a su lado, en silencio. El padre Leland entró en la sala y Raymond se levantó poco a poco. Tenía los ojos llorosos y rojos, y la voz débil y suave.

—Supongo que se acabó —le dijo al cura, que asintió con tristeza y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Te acompañaré en tu soledad, Raymond. Si quieres podemos rezar una última vez.

—Puede que no sea mala idea.

La puerta volvió a abrirse y el alcaide regresó. Se dirigió a los

Graney y al padre Leland.

—Escúchenme, por favor. Esta es mi cuarta ejecución y ya he aprendido algunas cosas. Una de ellas es que no es buena idea que la madre presencie la ejecución. Señora Graney, le sugiero encarecidamente que se quede aquí, en esta sala, durante la próxima hora más o menos, hasta que todo haya terminado. Tenemos una enfermera para que la acompañe y podrá suministrarle un sedante, lo cual le recomiendo. Por favor. —Miró a Leon y a Butch, y les suplicó con la mirada. Los dos captaron el mensaje.

—Quiero estar hasta el final —dijo Inez, luego gimió tan fuerte que hasta al alcaide se le puso la carne de gallina.

Butch se acercó a su madre y le acarició el hombro.

—Tienes que quedarte aquí, mamá —le dijo Leon.

Inez volvió a gemir.

—Se quedará —le aseguró Leon al alcaide—. Tráigale la pastilla.

Raymond abrazó a sus dos hermanos y, por primera vez, les dijo que les quería, un acto difícil incluso en ese momento atroz. Besó a su madre en la mejilla y se despidió.

—Sé un hombre —dijo Butch con los dientes apretados y los ojos húmedos, y se abrazaron por última vez.

Se llevaron a Raymond y la enfermera entró en la sala. La mujer entregó a Inez una píldora y un vaso de agua y, a los pocos minutos, la madre se desplomó en la silla de ruedas. La enfermera se sentó a su lado.

—Lo siento mucho —les dijo a Butch y Leon.

A las doce y cuarto la puerta se abrió y el guardia dijo: «Acompáñenme». Los hermanos fueron conducidos fuera de la habitación, al pasillo, que estaba atestado de guardias y agentes y otros curiosos con suerte que habían conseguido acceso, y luego de vuelta a la entrada principal. Fuera, el aire era denso y el calor no había amainado. Rápidamente Leon y Butch se encendieron unos cigarrillos mientras recorrían una acera estrecha pegada al ala derecha del módulo de máxima seguridad, pasaron junto a ventanas abiertas cubiertas de gruesos barrotes negros y, mientras caminaban despreocupadamente hacia la sala de ejecuciones, oyeron a los otros condenados golpeando las puertas de las celdas, protestando a gritos, haciendo todo el ruido que podían a modo de despedida final a uno de los suyos.

Butch y Leon fumaban frenéticamente y también querían gritar algo, cualquier cosa en apoyo de los reclusos. Pero ninguno dijo nada. Giraron una esquina y vieron un edificio de ladrillo rojo

pequeño y plano a cuya puerta se agolpaban guardias y otras personas. Al lado esperaba una ambulancia. La escolta los condujo por una puerta lateral a una sala para los testigos atestada y, al entrar, vieron las caras que esperaban, pero no les interesaban. El sheriff Walls estaba presente porque así lo exigía la ley. El fiscal también estaba, por elección propia. Charlene, la sufrida viuda de Coy, estaba sentada junto al sheriff. La acompañaban dos chicas corpulentas que sin duda eran sus hijas. Una pared de plexiglás separaba el lado de la sala para las víctimas y les permitía ver a la familia del condenado, pero impedía que le hicieran comentarios o la insultaran. Butch y Leon se sentaron en sillas de plástico. Varios desconocidos se movían a sus espaldas y, cuando todo el mundo ocupó su sitio, la puerta se cerró. La sala estaba repleta y caliente.

Miraban fijamente a nada. Unas cortinas negras tapaban las ventanas de delante para que no vieran los siniestros preparativos que tenían lugar al otro lado. Llegaban ruidos, movimientos indistinguibles. De pronto las cortinas se abrieron de un tirón y se vieron contemplando la sala de ejecuciones, de cuatro metros por cuatro y medio, con un suelo de cemento recién pintado. En el centro estaba la cámara de gas, un cilindro plateado con forma de octógono y ventanas propias que aseguraban una visión y verificación de la muerte adecuadas.

Y allí estaba Raymond, atado a la silla dentro de la cámara de gas, con la cabeza sujeta por unas horrendas correas que lo obligaban a mirar al frente e impedían que viera a los testigos. En ese momento parecía estar mirando arriba mientras el alcaide hablaba con él. El abogado de la prisión estaba presente, al igual que algunos guardias y, por supuesto, el verdugo y su ayudante. Todos andaban ocupados en sus tareas, lo que fuera que debieran hacer, con miradas decididas y adustas, como si les preocupara el ritual. De hecho, salvo el alcaide y el abogado, todos eran voluntarios.

Un pequeño altavoz colgaba de un clavo en la sala de los testigos y transmitía los ruidos finales.

El abogado dio un paso hacia la puerta de la cámara.

—Raymond —dijo—, le ley me exige que te lea la sentencia de muerte. —Alzó un folio y continuó—: De conformidad con un veredicto de culpabilidad y una sentencia de muerte pronunciados en tu contra por el Tribunal del Distrito de Ford County, por la presente se te condena a morir por gas letal en la cámara de gas de la Penitenciaría del Estado de Parchman, Mississippi. Que Dios se apiade de tu alma. —Luego se retiró y descolgó el teléfono de la pared. Escuchó y añadió—: Sin suspensión.

—¿Alguna razón por la que la ejecución no deba seguir adelante? —preguntó el alcaide.

—No —contestó el abogado.

—¿Quieres decir unas últimas palabras, Raymond?

La voz de Raymond apenas resultaba audible, pero en el silencio perfecto de la sala de testigos se escuchó bien:

—Siento lo que hice. Pido a la familia de Coy Childers que me perdone. Ya he recibido el perdón de mi Señor. Acabemos con esto.

Los guardias salieron de la sala de ejecuciones, dejando al alcaide y al abogado dentro, que se alejaron de Raymond cuanto pudieron. El verdugo se adelantó y cerró la estrecha puerta de la cámara. Su ayudante comprobó el sellado. Cuando la cámara estuvo preparada, echaron un vistazo alrededor de la sala: una inspección rápida. Todo correcto. El verdugo desapareció dentro de un armario, la sala química, desde donde controlaba las válvulas.

Pasaron unos largos segundos. Los testigos contemplaban horrorizados y fascinados, aguantando la respiración. También Raymond contuvo la respiración, pero no por mucho tiempo.

El verdugo colocó un bote plástico de ácido sulfúrico dentro de un tubo que conectaba la sala química con un cuenco en la base de la cámara, justo debajo de la silla que ahora ocupaba Raymond. Tiró de una palanca para soltar el bote. Se oyó un clic, y casi todos los que miraban se estremecieron. Raymond también se estremeció. Sus dedos se aferraron a los brazos de la silla. Su columna se tensó. Pasaron los segundos, luego el ácido sulfúrico se mezcló con una colección de bolitas de cianuro del interior del cuenco y el vapor letal empezó a subir. Cuando Raymond por fin exhaló, cuando ya no pudo seguir aguantándose la respiración, aspiró todo el veneno posible para acelerar el proceso. Su cuerpo entero reaccionó al instante con sacudidas y giros. Sus hombros se echaron atrás. Su barbilla y su frente lucharon enérgicamente contra la abrazadera de cuero de la cabeza. Sus manos, brazos y piernas se agitaron con violencia mientras el vapor ascendía y se espesaba.

Su cuerpo reaccionó y peleó durante un minuto más o menos, luego el cianuro tomó el control. Las convulsiones se apaciguaron. La cabeza se calmó. Los dedos relajaron la garra mortal con que aferraban los brazos de la silla. El aire siguió espesándose mientras la respiración de Raymond se ralentizaba y terminaba por detenerse. Algún temblor final, una última sacudida de los músculos pectorales, una vibración de las manos y, por fin, se acabó.

Fue declarado muerto a las doce y treinta y un minutos. Se corrieron las cortinas negras y se apremió a los testigos para que abandonaran la sala. Fuera, Butch y Leon se apoyaron en un rincón del edificio de ladrillos rojos y se fumaron un cigarrillo.

Dentro de la sala de ejecuciones se abrió un respiradero

encima de la cámara y el gas escapó hacia el aire bochornoso de Parchman. Un cuarto de hora después, unos guardias con guantes soltaron a Raymond y sacaron su cadáver de la cámara con ciertas dificultades. Cortaron sus ropas para incinerarlas. Lavaron el cadáver con mangueras de agua fría y luego lo secaron con trapos de cocina, volvieron a vestirlo de presidiario y lo depositaron en un ataúd de pino barato.

Leon y Butch se sentaron con su madre y esperaron al alcaide. Inez seguía sedada, pero entendía perfectamente lo que había ocurrido en los minutos previos. Tenía la cabeza enterrada entre las manos y lloraba por lo bajo, musitando algo de vez en cuando. Entró un guardia y pidió las llaves de la furgoneta del señor McBride. Pasó una hora.

El alcaide, recién llegado de la comparecencia ante la prensa, por fin entró en la sala. Dio el pésame con alguna frase tonta, se las apañó para aparentar tristeza y compasión y luego pidió a Leon que firmara algunos formularios. Explicó que Raymond había dejado casi mil dólares en su cuenta de la prisión y que antes de una semana recibirían un talón. Dijo que el ataúd y cuatro cajas con las pertenencias de Raymond —guitarra, ropa, libros, correspondencia, material jurídico y manuscritos— habían sido cargados en la furgoneta. Ya podían irse.

Apartaron a un lado el ataúd para meter la silla de Inez en la parte trasera de la furgoneta y, al tocarlo, la mujer se vino abajo. Leon y Butch cambiaron de sitio las cajas, sujetaron la silla de ruedas y volvieron a mover el ataúd. Cuando todo estuvo en su sitio, siguieron a un coche repleto de guardias de regreso a la entrada de la prisión, cruzaron la verja y, al tomar la Ruta 3, pasaron de largo frente a los últimos manifestantes. Los equipos de televisión se habían marchado. Leon y Butch se encendieron un cigarrillo, pero Inez estaba demasiado afectada para fumar. Nadie habló durante kilómetros mientras atravesaban campos de algodón y de soja. Cerca de la ciudad de Marks, Leon atisbo un colmado de los que abren toda la noche. Compró un refresco para Butch y dos cafés largos para él y para su madre.

Cuando el Delta dejó paso a la zona montañosa, se sintieron mejor.

—¿Cuáles fueron sus últimas palabras? —preguntó Inez, con la lengua entumecida.

—Se disculpó —dijo Butch—. Pidió a Charlene que lo perdonara.

—¿Así que Charlene lo vio?

—Sí. No creerías que iba a perdérselo.

—Debería haberlo visto.

—No, mamá —dijo Leon—. Puedes dar gracias durante el resto de tu vida de no haber presenciado la ejecución. Tu último recuerdo de Raymond es un largo abrazo y una bonita despedida. No pienses que te has perdido algo, por favor.

—Ha sido horrible —dijo Butch.

—Debería haberlo visto.

En la ciudad de Batesville pasaron frente a un local de comida rápida que anunciaba bocaditos de pollo y servicio las veinticuatro horas. Leon se desvió.

—No me importaría ir al baño —dijo Inez.

A las tres y cuarto de la madrugada no había clientes. Butch empujó la silla de su madre hasta una mesa cerca de la entrada y comieron en silencio. La furgoneta con el ataúd de Raymond esperaba a menos de nueve metros.

Inez consiguió comer algunos bocados, luego perdió el apetito. Butch y Leon devoraron la comida como refugiados.

Entraron en Ford County justo pasadas las cinco de la mañana; todavía era negra noche y las carreteras estaban vacías. Condujeron hacia Pleasant Ridge, en el extremo norte del condado, a una pequeña iglesia pentecostal donde estacionaron en el aparcamiento de grava y esperaron. Con el primer rayo de sol, oyeron un motor que se encendía a lo lejos.

—Espera aquí —le dijo Leon a Butch; bajó de la furgoneta y desapareció.

Detrás de la iglesia había un cementerio y, en su extremo más alejado, una excavadora acababa de empezar a cavar la tumba. La excavadora pertenecía al jefe de un primo. A las seis y media, llegaron varios hombres de la iglesia y se dirigieron a la tumba. Leon metió la furgoneta por un sendero de tierra y la detuvo junto a la excavadora, que había terminado de cavar y en esos momentos se limitaba a esperar. Los hombres sacaron el ataúd de la furgoneta. Butch y Leon depositaron cuidadosamente la silla de su madre en el suelo y la empujaron siguiendo el ataúd.

Lo bajaron con sogas, que retiraron en cuanto el ataúd se aposentó sobre los cuatro topes del fondo. El predicador leyó un breve versículo de las Escrituras y luego dijo una oración. Leon y Butch tiraron un puñado de tierra sobre la caja, luego agradecieron a los hombres su asistencia.

Mientras ellos se alejaban con la furgoneta, la excavadora rellenaba la tumba.

La casa estaba vacía: no esperaban vecinos preocupados ni familiares de duelo. Descargaron a Inez y la empujaron al interior de la vivienda y al dormitorio. Enseguida se durmió. Guardaron las cuatro cajas en el cobertizo, donde su contenido se desgastaría y se desvanecería a la par que los recuerdos de Raymond.

Se decidió que Butch se quedaría en casa ese día para cuidar de Inez y espantar a los periodistas. La semana anterior habían recibido muchas llamadas y seguro que se presentaba alguien con una cámara. Butch trabajaba en un aserradero, su jefe lo comprendería.

Leon condujo hasta Clanton y se detuvo al borde de la ciudad para repostar gasolina. A las ocho en punto de la mañana estacionó en el aparcamiento de la Tapicería McBride y devolvió la furgoneta. Un empleado le explicó que el señor McBride todavía no había llegado, que probablemente estaría en la cafetería y que normalmente empezaba a trabajar hacia las nueve. Leon le entregó las llaves, le dio las gracias y se marchó.

Condujo hacia la fábrica de lámparas, al este de la ciudad, y fichó a las ocho y media, como siempre.

Expedientes pez

Tras diecisiete años ganándose la vida en un bufete jurídico que, por alguna razón ya olvidada, gradualmente había ido quedando reducido a poco más que casos de divorcio y bancarrota, resultaba sorprendente, incluso pasados los años, que una llamada telefónica pudiera cambiar tantas cosas. En tanto que ajetreado abogado a cargo de desesperados problemas ajenos, Mack Stafford había hecho y recibido todo tipo de llamadas telefónicas capaces de cambiar la vida: llamadas para iniciar y acordar divorcios, llamadas para comunicar desalentadoras decisiones judiciales relativas a la custodia de los hijos, llamadas para informar a hombres honrados de que no les pagarían. En su mayor parte, llamadas desagradables. Nunca había pensado en la posibilidad de que una llamada pudiera conducir de forma tan rápida y dramática a su propio divorcio y bancarrota.

Llegó durante el almuerzo de un martes gris y aburrido pero sin demasiado trabajo, a primeros de febrero, y como era justo después de mediodía, Mack contestó en persona. Freda, la secretaria, había salido a hacer un recado y comerse un bocadillo y, dado que su pequeño bufete no empleaba a nadie más, Mack se quedó a atender al teléfono. Tal como se desarrollaron los acontecimientos, el hecho de que estuviera solo resultó crucial. Si Freda hubiera contestado al teléfono, se habrían planteado preguntas, muchas preguntas. De hecho, la mayoría de lo que pasó después no habría ocurrido si Freda hubiera estado en su puesto, en la recepción, cerca de la puerta delantera de un pequeño local llamado Bufete Jurídico de Jacob McKinley Stafford, S. L.

Al tercer timbrazo, Mack cogió el teléfono de su escritorio de la trastienda y contestó con su acostumbrado y brusco «Bufete jurídico». Recibía una media de cincuenta llamadas diarias, la mayoría de cónyuges enfrentados y acreedores insatisfechos, y hacía ya mucho que tenía por costumbre disimular la voz y ocultar su nombre cuando se veía obligado a aceptar llamadas sin el filtro de Freda. Detestaba contestar al teléfono, pero también necesitaba trabajo. Como cualquier otro abogado de Clanton, y eran muchos, nunca sabía si la siguiente llamada sería la gran llamada, el pez

gordo, el gran caso que podía desembocar en unas minutas espléndidas y puede que incluso en la jubilación. Mack soñaba con esa llamada desde hacía más años de los que se dignaba a admitir.

Y ese frío día invernal, con un leve anuncio de nieve en el aire, la llamada por fin llegó.

Una voz masculina con otro acento, de alguien de más al norte, replicó:

—Sí, con el señor Mack Stafford, por favor.

La voz sonaba demasiado refinada y lejana para preocuparle, de modo que contestó:

—Al habla.

—¿El señor Mack Stafford, abogado?

—Correcto. ¿Quién llama?

—Me llamo Marty Rosenberg y pertenezco al bufete Durban & Lang de Nueva York.

—¿Nueva York? —preguntó Mack, demasiado rápido. Por supuesto que Nueva York. Aunque su ejercicio de la profesión no le había llevado cerca de la gran ciudad, conocía a Durban & Lang. Todos los abogados de Estados Unidos habían oído hablar de ellos.

—Exacto. ¿Puedo llamarle Mack? —La voz hablaba rápido pero educadamente y de pronto Mack imaginó al señor Rosenberg sentado en un espléndido despacho con obras de arte en las paredes, y colegas y secretarias afanándose por satisfacer todas sus necesidades. Sin embargo, rodeado de tamaño poder, el señor Rosenberg deseaba mostrarse amistoso. Una oleada de inseguridad bañó a Mack mientras miraba su lúgubre cuartito y se preguntaba si el señor Rosenberg habría decidido ya que no era más que otro pobre perdedor de provincias porque contestaba al teléfono en persona.

—Claro. Te llamaré Marty.

—Estupendo.

—Perdona que haya contestado yo mismo al teléfono, Marty, pero mi secretaria ha salido a almorzar. —Era importante para Mack aclarar las cosas y hacer saber a aquel tipo que él era un abogado de verdad con una secretaria de verdad.

—Sí, bueno, he olvidado que ahí es una hora menos —dijo Marty con un atisbo de desdén, la primera pista de que quizá los separara mucho más que una simple hora.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Mack, haciéndose con el control de la conversación. Basta de cháchara. Los dos eran abogados importantes, ocupados. La cabeza le trabajaba a toda

máquina mientras intentaba pensar en cualquier caso, en cualquier expediente, en cualquier asunto jurídico que pudiera merecer el interés de un bufete legal tan grande y prestigioso.

—Bueno, representamos a una empresa suiza que recientemente adquirió la mayoría del grupo Tinzo de Corea del Sur. ¿Conoces Tinzo?

—Por supuesto —se apresuró a replicar Mack, mientras su mente agitaba la memoria en busca de algún recuerdo de Tinzo. De hecho, le sonaba, aunque muy vagamente.

—De acuerdo con ciertos documentos ya viejos de la empresa, en cierta ocasión representaste a unos leñadores que decían haberse accidentado por culpa de unas motosierras defectuosas manufacturadas por la división filipina de Tinzo.

¡Ah, ese Tinzo! Por fin Mack se había metido en el partido. Ahora lo recordaba, aunque todavía no se supiera los detalles al dedillo. Se trataba de casos viejos, rancios y casi olvidados porque Mack había puesto en ello todo su empeño.

—Unas heridas espantosas —dijo, no obstante. Por espantosas que pudieran haber sido, nunca fueron tan graves como para que Mack presentara una demanda. Había aceptado el caso hacía años pero lo dejó correr al ver que no podría colar un acuerdo rápido. Su teoría de la responsabilidad era, cuando menos, endeble. De hecho las motosierras Tinzo en cuestión tenían un historial de seguridad impresionante. Y, lo más importante, litigar por la responsabilidad de un producto resultaba complicado, caro, quedaba por encima de sus capacidades y normalmente implicaba juicios con jurado, algo que Mack siempre intentaba evitar. Se consolaba presentando demandas de divorcio y bancarrotas personales y gestionando algún que otro testamento o escritura. Un consuelo escaso en términos monetarios, pero Mack y la mayoría de los abogados de Clanton alcanzaban a ganarse la vida evitando casi cualquier riesgo.

—No tenemos constancia de que se haya presentado ninguna demanda —estaba diciendo Marty.

—Todavía no —contestó Mack con toda la chulería que logró reunir.

—¿Cuántos de esos casos llevas, Mack?

—Cuatro —dijo, aunque ignoraba la cifra exacta.

—Sí, es lo que dicen nuestros archivos. Tenemos cuatro cartas que enviaste a la empresa hace ya tiempo. Sin embargo, no parece que haya habido mucha actividad desde el envío inicial de correspondencia.

—Los casos siguen abiertos —repuso Mack, y en esencia

mentía. Los expedientes seguían abiertos técnicamente, pero no los había tocado desde hacía años. El los llamaba expedientes pez. Cuanto más tiempo pasaban sin tocarse, más apestaban—. Tenemos una ley de prescripción de seis años —añadió, con cierta petulancia, como si pudiese poner las cosas en marcha al día siguiente e iniciar toda clase de litigios despiadados.

—Algo poco usual, la verdad —reflexionó Marty—. Los expedientes no registran una sola novedad desde hace cuatro años.

En un esfuerzo por desviar la conversación de su falta de iniciativa, Mack optó por ir al grano.

—¿Adonde quieres ir a parar, Marty?

—Bueno, nuestro cliente suizo quiere poner al día la contabilidad y deshacerse de cualquier posible responsabilidad legal. Son europeos, claro, y no entienden nuestro retorcido sistema. Francamente, están aterrados.

—Y con razón —saltó Mack, como si rutinariamente sacara ingentes sumas de dinero de malhechores corporativos.

—Quieren el asunto fuera de los libros y me han dado instrucciones para que explore la posibilidad de un acuerdo.

Mack estaba de pie, con el teléfono calzado entre la mandíbula y el hombro, el pulso a cien y las manos peleándose por encontrar un expediente pez entre un montón de escombros del aparador combado de detrás del escritorio, una búsqueda frenética de los nombres de los clientes que habían quedado lisiados años atrás por culpa del descuidado diseño y producción de las motosierras Tinzo. «¿Cómo dices? ¿Un acuerdo? ¿Como dinero que cambia de manos de los ricos a manos de los pobres?» Mack no podía creerse lo que estaba escuchando.

—¿Sigues ahí, Mack? —preguntó Marty.

—Eh, sí, estoy hojeando un expediente. Veamos, las motosierras eran todas la misma, el modelo 56X, sesenta y un centímetros con el sobrenombre de LazerCut, un modelo profesional para uso industrial que por alguna razón incorporaba un guardacadena defectuoso y peligroso.

—Exacto, Mack. No llamo para discutir si podrían ser o no defectuosas, para eso están los juicios. Hablo de un acuerdo, Mack. ¿Me sigues?

«Con todo mi ser», estuvo a punto de escapársele a Mack.

—Desde luego. Me alegra llegar a un acuerdo. Salta a la vista que tienes algo en mente. Oigámoslo. —Había vuelto a sentarse y estaba revolviendo el expediente, buscando fechas, rezando para que la ley de prescripción de seis años no hubiera expirado para ninguno

de esos casos ahora tan importantes.

—Sí, Mack, cuento con algo de dinero para ofrecer, pero debo advertirte de antemano que mi cliente me ha ordenado que no negocie. Si podemos zanjar la cuestión rápido, rapidísimo, entonces, firmaremos los cheques. Pero en cuanto empiece el regateo, el dinero se esfumará. ¿Queda claro, Mack?

Huy, sí. Cristalino. El señor Marty Rosenberg en su bonito despacho en las alturas de Manhattan no tenía idea de lo rápido, fácil y barato que podía hacer desaparecer los expedientes pez. Mack aceptaría cualquier cosa. Los clientes más perjudicados hacía tiempo que habían dejado de telefonear.

—De acuerdo —dijo Mack.

Marty cambió de marcha y sus palabras se volvieron aún más secas:

—Suponemos que defender estos casos en un tribunal federal de esa zona, suponiendo que pudiéramos agruparlos y celebrar un único juicio, costaría unos cien mil dólares. Obviamente estirándolo mucho, puesto que no se ha puesto ninguna denuncia y, francamente, parece poco probable que se haga dado lo delgado que es el expediente. Añádele otros cien mil por daños, ninguno de los cuales, te recuerdo, ha sido documentado, pero entendemos que se habrán perdido algunos dedos o manos. En fin, pagaremos cien mil por reclamación, le agregas las costas de la defensa y el total que te queda sobre la mesa es de medio millón de pavos.

Mack se quedó boquiabierto, y a punto estuvo de tragarse el teléfono. Estaba dispuesto a pedir al menos tres veces la primera cantidad que mencionara Marty, una simple rutina de abogado, pero durante unos segundos no pudo ni hablar ni respirar.

Marty continuó.

—Dinero por adelantado, confidencial, sin admitir ninguna responsabilidad, es una oferta válida durante treinta días, hasta el 10 de marzo.

Una oferta de diez mil dólares por reclamación habría sido impactante, algo caído del cielo. Mack dio una boqueada e intentó pensar alguna respuesta.

Marty continuó:

—Una vez más, Mack, te repito que solo intentamos dejar el balance a cero. ¿Qué te parece?

«¿Qué me parece? —dijo Mack—. Me parece que mi parte es del cuarenta por ciento y no cuesta mucho hacer cálculos. Me parece que el año pasado entré un bruto de noventa y cinco mil dólares y la mitad se fue en gastos de estructura: el salario de Freda y las

facturas del despacho, lo que me dejó con un neto aproximado de cuarenta y seis mil dólares antes de impuestos, que, me parece, fue algo menos de lo que ganó mi mujer como subdirectora del Instituto de Secundaria Clan—ton. Ahora mismo me parecen muchas cosas, algunas totalmente aleatorias como *1)* ¿Es una broma?; 2) ¿Qué compañero de la facultad se esconde detrás de esto?; *3)* Suponiendo que sea de verdad, ¿cómo puedo mantener alejados a los lobos de estas minutas maravillosas?; *4)* Mi mujer y mis dos hijas se pulirán la pasta en menos de un mes; *5)* Freda me exigirá una prima sustancial; y *6)* ¿Cómo puedo abordar a los clientes de las motosierras después de tantos años de negligencia? Y demás. Me parecen muchas cosas, señor Rosenberg.»

—Muy generoso, Marty —consiguió decir finalmente Mack—. Estoy seguro de que a mis clientes les parecerá bien. —Tras la impresión, su cerebro empezaba a centrarse de nuevo.

—Bien. ¿Trato hecho?

—Bueno, veamos. Como es lógico necesito consultarlo con mis clientes y tal vez me lleve unos días. ¿Puedo llamarte dentro de una semana?

—Por supuesto. Pero estamos deseando zanjar el tema, así que date prisa. Y, Mack, insisto de nuevo en que buscamos confidencialidad. ¿Estamos de acuerdo en enterrar los acuerdos, Mack?

Por esa cantidad de dinero, Mack estaría de acuerdo con cualquier cosa.

—Lo comprendo —dijo—. Ni una palabra a nadie. —Y lo decía en serio. Ya estaba pensando en todas las personas que jamás sabrían de ese número ganador de la lotería.

—Estupendo. ¿Me llamas en una semana?

—Eso es, Marty. Y, escucha, mi secretaria es una bocazas. Será mejor que no vuelvas a telefonear al despacho. Te llamaré el martes que viene. ¿A qué hora te va bien?

—¿Hacia las once, hora del Este?

—Muy bien, Marty.

Intercambiaron números de teléfono y direcciones, y se despidieron. Según el reloj digital del teléfono de Mack, la llamada había durado ocho minutos y cuarenta segundos.

El teléfono volvió a sonar justo después de que Marty colgara, pero Mack solo pudo mirarlo fijamente. No se atrevía a tentar a la suerte. En su defecto, se dirigió a la parte delantera del bufete, al gran escaparate con su nombre pintado en el cristal, y miró al otro lado de la calle, hacia los juzgados de Ford County donde, en ese

momento, varios abogados rurales de tres al cuarto estaban en la planta alta comiendo bocadillos fríos en el despacho del juez y regateando otros cincuenta dólares en la manutención de los niños y si la mujer debería quedarse el Honda y el marido el Toyota. Sabía que estaban porque siempre estaban allí y, a menudo, él también. Y al final del pasillo, en la oficina del secretario, había más abogados repasando registros de la propiedad y listas de embargos y mapas catastrales viejos y polvorientos mientras bromeaban con humor cansino, se contaban chistes y anécdotas y ocurrencias que habían escuchado mil veces. Hacía uno o dos años, alguien había contado en la ciudad de Clan—ton cincuenta y un abogados, y prácticamente todos se apiñaban alrededor de la plaza, en bufetes de cara al juzgado. Comían en los mismos restaurantes, se reunían en las mismas cafeterías, bebían en los mismos bares, apremiaban a los mismos clientes y casi todos ellos abrigaban las mismas quejas y reparos acerca de la profesión que habían elegido. De algún modo, una ciudad de diez mil habitantes generaba suficientes conflictos para mantener a cincuenta y un abogados cuando en realidad se necesitaban menos de la mitad.

Mack rara vez se había sentido necesitado. Por supuesto, su mujer e hijas lo necesitaban, aunque Mack se preguntaba a menudo si no serían más felices sin él, pero la ciudad y sus necesidades legales sin duda sobrevivirían sin problemas a su ausencia. De hecho, se había percatado hacía ya tiempo de que pocos se darían cuenta si de pronto cerraba el bufete. Ningún cliente se quedaría sin representación. Los otros abogados sonreirían en secreto porque tendrían un competidor menos. Al cabo de un mes nadie le echaría de menos en los juzgados. Todo eso lo había entristecido durante años. Pero lo que de verdad lo deprimía no era el presente o el pasado, sino el futuro. La perspectiva de despertarse un día a la edad de sesenta años y seguir marchando penosamente hacia el bufete —sin duda, el mismo bufete— y continuar ocupándose de divorcios amistosos y bancarrotas de poca monta en nombre de personas que apenas podían pagar sus modestas minutas, bueno, bastaba con eso para amargarle todos los días de su vida. Bastaba para convertir a Mack en un hombre muy infeliz.

Quería huir. Y quería hacerlo mientras aún fuera joven.

Un abogado llamado Wilkins pasó por la acera sin mirar el ventanal de Mack. Wilkins era un capullo que trabajaba cuatro puertas más allá. Años atrás, mientras tomaba unas copas a última hora de la tarde con otros tres abogados, uno de los cuales era Wilkins, Mack había hablado de más y divulgado los pormenores de su gran plan para arrasar en el litigio de las motosierras. Por supuesto su plan no iba a ninguna parte y cuando Mack no pudo convencer a ninguno de los abogados procesalistas del estado, más competentes que él, para que se sumara al caso, sus expedientes de

la motosierra empezaron a apestar. Wilkins, gilipollas siempre, cuando se encontraba a Mack en presencia de otros abogados solía comentar algo del estilo: «Oye, Mack, ¿cómo andan los casos esos de la motosierra?». Aunque con el tiempo, hasta Wilkins se olvidó de ellos.

¡Eh, Wilkins, chavalote, mira qué acuerdo! Medio millón de pavos sobre la mesa, doscientos mil dólares directos a mi bolsillo. Como mínimo, tal vez más. Wilkins, tú no has sacado doscientos mil dólares ni sumando los últimos cinco años.

Pero Mack sabía que Wilkins jamás se enteraría. Nadie se enteraría, y a él ya le iba bien.

Freda pronto liaría su habitual entrada ruidosa. Mack corrió a su escritorio, llamó al número de Nueva York y preguntó por Marty Rosenberg y, cuando la secretaria contestó, él colgó y sonrió. Había consultado la agenda de la tarde y era tan deprimente como el tiempo. Un divorcio nuevo a las dos y media y otro en marcha a las cuatro y media. Tenía una lista de quince llamadas pendientes, ninguna de las cuales le apetecía hacer. Los expedientes pez del aparador se enconaban en el olvido. Mack cogió el abrigo, dejó el maletín y se escabulló por la puerta de atrás.

Su coche era un pequeño BMW con ciento sesenta mil kilómetros recorridos. El arrendamiento expiraba al cabo de cinco meses y Mack ya andaba preocupado por qué conduciría a continuación. Puesto que se supone que los abogados, con independencia de lo pobres que puedan ser, deben conducir algo impresionante, había estado mirando y comparando sin decir nada, procurando guardar el secreto. Su mujer no aprobaría cualquier elección y simplemente Mack no estaba listo para la pelea.

Su ruta cervecera favorita comenzaba en la Parker's Country Store, trece kilómetros al sur de la ciudad, en una pequeña comunidad donde nadie lo reconocía jamás. Compró un paquete de seis brillantes botellines verdes de importación, algo de calidad para un día especial, y continuó hacia el sur por estrechas carreteras secundarias hasta que no quedó otro coche en circulación. Escuchó a Jimmy Buffett cantar sobre navegar y beber ron y llevar una vida con la que Mack soñaba desde hacía tiempo. El verano antes de entrar en la facultad de derecho, pasó dos semanas buceando en las Bahamas. Fue su primer viaje al extranjero y anhelaba repetirlo. Con los años, a medida que el tedio de la práctica jurídica lo abrumaba y el matrimonio lo llenaba cada vez menos, escuchaba más a Buffett. Podría vivir en un velero. Estaba preparado.

Aparcó en una zona apartada para picnics del lago Chatulla, la mayor masa de agua en ochenta kilómetros a la redonda, y dejó el motor en marcha, la calefacción encendida y la ventanilla abierta un

dedo. Fue dando sorbos a la cerveza y contemplando el lago, un lugar bullicioso en verano, con pequeños catamaranes y motoras de esquí acuático, pero desierto en febrero.

La voz de Marty todavía sonaba reciente y clara. Todavía resultaba fácil repetir su conversación casi palabra por palabra. Mack habló consigo mismo, luego cantó con Buffett.

Era su momento, una oportunidad que con toda probabilidad jamás volvería a presentársele. Mack por fin se convenció de que no estaba soñando, de que el dinero estaba sobre la mesa. Hizo números y luego volvió a hacerlos una y otra vez.

Empezó a caer una nieve ligera, copos que se derretían nada más tocar el suelo. La ciudad se emocionaba con la mera amenaza de que se acumularan un par de centímetros y ahora que caían cuatro copos, Mack sabía que los niños del colegio estarían mirando por las ventanas, atolondrados ante la perspectiva de que los mandaran a casa a jugar. Probablemente su mujer estaba telefoneando al bufete con instrucciones para pasar a recoger a las niñas. Freda estaría buscándolo. A la tercera cerveza, se durmió.

Faltó a la cita de las dos y media, y le dio igual. También faltó a la de las cuatro y media. Se guardó una cerveza para el camino de vuelta y, a las cinco y cuarto, entró por la puerta trasera del despacho y enseguida se topó frente a frente con una secretaria extremadamente agitada.

—¿Dónde ha estado? —preguntó Freda.

—He ido a dar una vuelta en coche —dijo Mack, mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba en el pasillo.

Freda entró detrás de él en el despacho, con los brazos en jarras, igual que hacía su mujer.

—Se ha saltado dos citas: los Madden y los Garner. Y no están nada contentos. Apesta a destilería.

—En las destilerías fabrican cerveza, ¿no?

—Supongo. Acaba usted de tirar mil dólares.

—¿Y qué? —Se desplomó en la butaca y tiró algunas carpetas de la mesa.

—¿Y qué? Pues que necesitamos todas las minutas que podamos conseguir. No está usted en posición de rechazar clientes. El mes pasado no cubrimos los gastos generales y este mes es aún más flojo. —Su voz sonaba atacada, chillona, rauda, llevaba horas acumulando veneno—. Hay una pila de facturas sobre mi mesa y nada de dinero en el banco. Al otro banco le gustaría ver cierto progreso en la línea de crédito esa que, por alguna razón, decidió usted abrir.

—¿Cuánto hace que trabajas para mí, Freda?

—Cinco años.

—Suficiente. Recoge tus cosas y vete. Ahora.

Freda ahogó un grito. Se llevó ambas manos a la boca. —¿Me despide? —consiguió preguntar.

—No. Estoy recortando gastos generales. Reduciendo personal.

Ella se revolvió con rapidez, soltando una risotada nerviosa.

—¿Y quién va a contestar al teléfono, escribir a máquina, pagar las facturas, organizar el archivo, atender a los clientes y evitar que se meta en problemas?

—Nadie.

—Está usted borracho, Mack.

—No lo bastante.

—No puede sobrevivir sin mí.

—Vete, por favor. No pienso discutir.

—Va a perder hasta la camisa —gruñó ella.

—Ya la he perdido.

—Bueno, desde luego, está perdiendo la cabeza.

—Encima. Por favor.

Se marchó enfurruñada y Mack apoyó los pies en la mesa. Freda estuvo unos diez minutos golpeando cajones y pisoteando por la oficina, luego chilló:

—Es usted un asqueroso hijo de perra, ¿lo sabía?

—Entendido. Adiós.

La puerta delantera se cerró de un portazo y todo quedó en silencio. Se había dado el primer paso.

Una hora después, Mack volvió a irse. Fuera estaba oscuro y frío, y ya no nevaba. Mack seguía sediento y no quería ir a casa, tampoco quería que lo vieran en uno de los tres bares del centro de Clanton.

El motel Riviera estaba al este de la ciudad, en la carretera de Memphis. Era un tugurio estilo años cincuenta con habitaciones minúsculas, algunas disponibles por horas, un pequeño café y un pequeño salón. Mack se apostó en la barra y pidió una cerveza de barril. La *jukebox* emitía música country, la pantalla del televisor daba baloncesto universitario y hacían acto de presencia la acostumbrada colección de viajeros con presupuesto limitado y lugareños aburridos, todos ellos bastante mayores de cincuenta

años. Mack solo reconoció al camarero, un veterano cuyo nombre no recordaba. Mack no era un asiduo del Riviera.

Pidió un cigarro, lo encendió, bebió cerveza y, pasados unos minutos, sacó un pequeño bloc de notas y empezó a garabatear. Para ocultar parte de su caos financiero a su mujer, Mack había registrado el bufete como una sociedad de responsabilidad limitada o S. L., la actual moda entre los abogados. Él era el único propietario y la mayoría de sus deudas se cargaban a la sociedad: una línea de crédito de veinticinco mil dólares que tenía ya seis años y no daba síntomas de reducirse; dos tarjetas de crédito del bufete que utilizaba para pequeños gastos, tanto personales como de negocios, y que se aprovechaban al máximo hasta los diez mil dólares de límite y se mantenían a flote mediante pagos mínimos; y las deudas normales de mobiliario y equipo. La mayor obligación de la S. L. era una hipoteca de ciento veinte mil dólares sobre el edificio del despacho que Mack había adquirido hacía ocho años en contra de las objeciones, bastante vociferantes, de su mujer. La cuota mensual era de mil cuatrocientos dólares, en absoluto aliviados por el espacio vacío de la segunda planta que Mack estaba seguro de poder alquilar cuando compró el lugar.

Ese magnífico y sombrío día de febrero, Mack debía dos meses de hipoteca.

Pidió otra cerveza y cuadró sus miserias. Podía declararse en bancarrota, pasar los casos pendientes a algún amigo abogado y largarse como un hombre libre sin rastro de vergüenza ni humillación porque él, Mack Stafford, no pensaba quedarse para que lo señalaran y cuchichearan.

Lo de la oficina era fácil. El matrimonio era otra cuestión.

Bebió hasta las diez y luego regresó a casa en coche. Aparcó en el camino de entrada a su modesta casita de una zona vieja de Clanton, apagó el motor y las luces, se quedó sentado tras el volante y fijó la vista en el hogar. Las luces del cuarto de estar estaban encendidas. Lo estaba esperando.

Habían comprado la casa a la abuela de su mujer poco después de casarse, hacía quince años, y durante esos quince años Lisa había querido algo más grande. Su hermana se había casado con un médico y el matrimonio vivía en una casa estupenda junto al club de campo, donde residían todos los demás médicos y banqueros y algunos abogados. La vida era mucho mejor allí porque las casas eran más nuevas, tenían piscina y pista de tenis y un campo de golf a la vuelta de la esquina. Durante gran parte de su vida de casado, a Mack se le había recordado que no estaba avanzando en su subida por la escala social. ¿Avanzar? Mack sabía que en realidad reculaban. Cuanto más tiempo permanecieran en casa de la abuela,

más pequeña sería.

La familia de Lisa había sido propietaria de la única planta de cemento de Clanton durante generaciones y, si bien ese hecho los mantenía en lo alto de las clases sociales de la ciudad, no aportaba demasiado a sus cuentas corrientes. Estaban aquejados de «dinero de la familia», un estatus que tenía mucho que ver con el esnobismo y prácticamente nada con activos tangibles. Casarse con un abogado pareció una buena idea en su momento, pero pasados quince años Lisa empezaba a dudarlo y Mack lo sabía.

Se encendió la luz del porche.

Si la pelea había de parecerse a tantas otras, las niñas —Helen y Margo— ocuparían asientos de primera fila. Probablemente su madre habría estado llamando por teléfono y tirando cosas durante varias horas y, en el fragor de la destrucción, se habría asegurado de que las niñas supieran quién tenía razón y quién no. Las dos eran ya jóvenes adolescentes que daban muestras de acabar siendo igualitas que Lisa cuando crecieran. Mack las quería, claro, pero ya había tomado la decisión, con la tercera cerveza del lago, de que podía vivir sin ellas.

La puerta principal se abrió y allí estaba Lisa. Salió de un paso al estrecho porche y miró al otro lado del gélido jardín, directamente a los ojos temblorosos de Mack. Él le sostuvo la mirada, luego abrió la portezuela del conductor y bajó del coche. Dio un portazo. Lisa le soltó con un desagradable:

—¿Dónde has estado?

—En la oficina —replicó él al tiempo que daba un paso adelante y se ordenaba caminar con cuidado y no dar tumbos como un borracho. Tenía la boca llena de chicle de menta, aunque no esperaba engañar a nadie. El caminito bajaba en ligera pendiente desde la casa a la calle.

—¿Dónde has estado? —inquirió Lisa de nuevo, todavía más fuerte.

—Los vecinos, por favor. —Mack no vio el trozo de hielo entre su coche y el de su mujer y, para cuando lo descubrió, la situación se había descontrolado. Salió disparado hacia delante, chillando, y su frente chocó con el parachoques trasero del coche de su mujer. El mundo se oscureció durante unos instantes y, cuando Mack volvió en sí, oyó varias voces femeninas desquiciadas, una de las cuales anunció:

—Está borracho.

«Gracias, Lisa.»

Se había abierto la cabeza y no podía enfocar la vista. Lisa

pululaba a su alrededor diciendo cosas como: «¡Dios mío, sangre!». Y: «¡Vuestro padre es un borracho!». Y: «Llamad a urgencias».

Afortunadamente Mack recuperó la conciencia y en cuanto oyó de nuevo, escuchó una voz masculina al mando. El señor Browning, de la casa de al lado.

—Cuidado con el hielo, Lisa, y pásame la manta. Hay mucha sangre.

—Ha bebido —dijo Lisa, siempre en busca de aliados.

—No creo que note nada —añadió, servicial, el señor Browning. Mack y él llevaban años enemistados.

Aunque estaba aturdido y podría haber dicho algo, Mack decidió, allí tumbado en el frío, limitarse a cerrar los ojos y dejar que otros se preocuparan por él. Al poco, oyó una ambulancia.

Lo cierto es que disfrutó del hospital. Los medicamentos eran deliciosos, a las enfermeras les parecía mono y el ingreso le proporcionaba la excusa perfecta para mantenerse alejado del bufete. Tenía seis puntos y un moratón bastante feo en la frente pero, tal como Lisa había informado a alguien por teléfono cuando lo creía dormido, no había «más daños cerebrales». En cuanto se determinó que las heridas eran superficiales, Lisa evitó el hospital y mantuvo a las niñas apartadas. Mack no tenía prisa por irse y ella no tenía prisa por que volviera a casa. Pero al cabo de un par de días el médico ordenó el alta. Mientras Mack recogía sus pertenencias y se despedía de las enfermeras, Lisa entró en la habitación y cerró la puerta. Se sentó en la única silla, se cruzó de brazos y piernas como si planeara quedarse allí varias horas, y Mack se relajó en la cama. Todavía le duraba la última dosis de Percocet y se sentía con la cabeza maravillosamente ligera.

—Has despedido a Freda —dijo Lisa, con las mandíbulas apretadas y las cejas arqueadas.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me he cansado de oírla. ¿Qué más te da? Odias a Freda.

—¿Qué pasará con el bufete?

—Para empezar será un lugar muchísimo más tranquilo. Ya he despedido a otras secretarias antes. No es para tanto.

Siguió una pausa mientras Lisa descruzaba los brazos y empezaba a retorcerse un mechón de cabello. Eso significaba que estaba sopesando algo serio y a punto de descargar.

—Tenemos hora con la doctora Juanita mañana a las cinco —anunció. Hecho. Innegociable.

La doctora Juanita era uno de los tres consejeros matrimoniales con licencia de Clanton. Mack la conocía profesional—mente debido a su trabajo como abogado matrimonialista. La conocía personalmente porque Lisa lo había arrastrado a las tres consultas en busca de consejo. Mack necesitaba consejo. Lisa, por supuesto, no. La doctora Juanita siempre se ponía del lado de las mujeres y por tanto la elección de Lisa no lo sorprendió.

—¿Cómo están las niñas? —preguntó Mack. Sabía que la respuesta sería desagradable, pero si no preguntaba, luego Lisa se quejaría a la doctora Juanita de que ni siquiera se había interesado por las niñas.

—Humilladas. Su padre llega a casa de noche y borracho y se cae en el camino de entrada, se abre la cabeza, lo trasladan al hospital y allí le encuentran el doble de alcohol en sangre de lo permitido. Toda la ciudad está enterada.

—Si todo el mundo lo sabe es porque tú has corrido la voz. ¿Por qué no puedes tener la boca cerrada?

Mack enrojeció, los ojos le brillaban de odio.

—Eres, eres patético. Eres un borracho miserable y patético, ¿lo sabías?

—No estoy de acuerdo.

—¿Cuánto bebes?

—Demasiado poco.

—Necesitas ayuda, Mack, ayuda de verdad.

—¿Y se supone que la voy a conseguir de la doctora Juanita?

Lisa se puso en pie de un salto y avanzó a pisotones hacia la puerta.

—No pienso pelearme en un hospital.

—Pues claro que no. Prefieres pelear en casa delante de las niñas.

Lisa abrió la puerta de un tirón.

—Mañana a las cinco en punto, y será mejor que vayas.

—Me lo pensaré.

—Y esta noche no vengas a casa.

Lisa dio un portazo y Mack oyó sus tacones alejarse repiqueteando enfadados.

El primer cliente de Mack en la acción colectiva de la motosierra era un leñador profesional de madera para pasta de papel llamado Odell Grove. Hacía casi cinco años, el hijo de diecinueve años del señor Grove había necesitado un divorcio rápido y sus pasos lo habían conducido al bufete de Mack. En el proceso de representar al chico, también leñador profesional de madera para pasta de papel, Mack se enteró del encontronazo de Odell con una motosierra que resultó ser más peligrosa que la mayoría. Durante una operación rutinaria, la cadena se partió, el protector falló y Odell perdió el ojo izquierdo. Ahora llevaba un parche y fue ese parche el que ayudó a Mack a identificar a aquel cliente largo tiempo olvidado cuando entró en la cafetería de camioneros de las afueras de la pequeña población de Karraway. Pasaban unos minutos de las ocho, la mañana siguiente a haber recibido el alta hospitalaria, la mañana siguiente a haber dormido en el despacho. Mack se había colado en casa después de que las niñas salieran para el colegio y había cogido algo de ropa. Para confundirse con los lugareños, vestía botas y un conjunto de camuflaje que se ponía a veces cuando iba a cazar ciervos. Un gorro de lana verde encasquetado bajo cubría la herida reciente de la frente, pero no podía ocultar el cardenal. Mack estaba tomando analgésicos y llevaba un colocón. Las pastillas le dieron el valor para enfrentarse a un encuentro tan desagradable. No tenía opción.

Odell con su parche negro en el ojo estaba comiendo y charlando ruidosamente tres mesas más allá y no miró a Mack ni una sola vez. Según el expediente, se habían conocido en ese mismo local para camioneros hacía cuatro años y tres meses, cuando Mack informó por primera vez a Odell de que tenía un caso bueno, sólido, contra el fabricante de la motosierra. Su último contacto había tenido lugar casi dos años atrás, cuando Odell telefoneó al bufete con algunas preguntas bastante mordaces acerca del progreso de aquel caso tan bueno y tan sólido. Después, el expediente empezó a oler.

Mack bebía café en la barra, ojeando un periódico y esperando a que la clientela de primera hora de la mañana se fuera a trabajar. Al final, Odell y sus dos colegas terminaron el desayuno y pasaron por la caja registradora. Mack dejó un dólar por el café y salió detrás de ellos. Cuando se encaminaban al camión maderero, Mack tragó saliva y llamó: «Odell». Los tres hombres se pararon y Mack se

apresuró a ofrecerles un cordial saludo.

—Odell, soy yo, Mack Stafford. Llevé el divorcio de tu hijo Luke.

—¿El abogado? —preguntó Odell, confuso. Le miró las botas, la indumentaria de caza, el gorro de esquiar pegado a los ojos.

—Claro, de Clanton. ¿Tienes un minuto?

—¿Qué...?

—Será solo un minuto. Negocios.

Odell miró a los otros dos y los tres se encogieron de hombros.

—Esperaremos en el camión —dijo uno de ellos.

Como la mayoría de los hombres que pasan el tiempo derribando árboles en las profundidades del bosque, Odell era de pecho y espaldas anchos, antebrazos enormes y manos curtidas. Y con el ojo sano era capaz de expresar más desdén que la mayoría de los hombres con los dos.

—¿Qué pasa? —gruñó, luego escupió. Un palillo le asomaba por la comisura de la boca. Tenía una cicatriz en la mejilla izquierda, cortesía de Tinzo. El accidente le había costado un globo ocular y una boca que parecía, poco más o menos, pasta para papel.

—Estoy reduciendo poco a poco el trabajo del bufete —dijo Mack.

—¿Qué cono quieres decir con eso?

—Pues que cierro la oficina. Y creo que podría sacar algo de dinero de tu caso.

—Creo que ya lo había oído antes.

—El trato es el siguiente. Puedo conseguirte veinticinco mil en efectivo, dinero contante y sonante, en un par de semanas, pero solo si lo mantienes en estricto secreto. Y me refiero a estar callado como una tumba. No puedes contárselo a nadie.

A un hombre que nunca había visto cinco mil dólares en efectivo, la perspectiva lo atrajo instantáneamente. Odell echó un vistazo alrededor para cerciorarse de que estaban solos. Toqueteó el palillo como si lo ayudara a pensar.

—Algo huele mal —dijo. Le temblaba el ojo del parche.

—No es complicado, Odell. Se trata de un acuerdo rápido porque otra empresa va a comprar la que fabricó la motosierra. Pasa constantemente. Quisieran olvidarse de viejas reclamaciones.

—¿Y es todo legal? —preguntó Odell, suspicaz, como si aquel abogado no fuera de fiar.

—Por supuesto. Pagarán, pero solo si se mantiene la confidencialidad. Además, piensa en los problemas a los que te enfrentarías si la gente se enterara de que tienes tanto dinero.

Odell miró el camión maderero y a los dos colegas que esperaban sentados en el interior. Luego pensó en su mujer, y en su suegra, y en su hijo encarcelado por cuestiones de drogas, y en su hijo en el paro, y al poco había pensado en montones de personas que se avendrían contentas a ayudarlo a gastar el dinero. Mack sabía en qué estaba pensando y añadió:

—Dinero contante y sonante, Odell. Directo de mi bolsillo al tuyo, sin que nadie se entere. Ni siquiera Hacienda.

—¿No podríamos conseguir algo más?

Mack frunció el ceño y pateó una piedra.

—Ni un céntimo más, Odell. Ni un céntimo. Veinticinco mil o nada. Y tenemos que actuar con rapidez. Puedo entregarte el dinero antes de un mes.

—¿Qué tengo que hacer?

—Reúnete aquí conmigo el viernes de la semana próxima, a las ocho de la mañana. Necesitaré una firma para conseguirte el dinero.

—¿Cuánto sacas tú?

—Eso no importa. ¿Quieres la pasta o no?

—No es mucho por un ojo.

—No te falta razón, pero es todo lo que vas a conseguir. ¿Sí o no?

Odell escupió otra vez y movió el palillo de un lado a otro. Por fin, contestó:

—De acuerdo.

—Bien. El próximo viernes a las ocho de la mañana. Ven solo.

Durante su primer encuentro, años atrás, Odell había mencionado que conocía a otro leñador que había perdido una mano utilizando el mismo modelo de motosierra Tinzo. Ese segundo accidente había inspirado a Mack sueños de un ataque más amplio, una acción colectiva en nombre de docenas, quizá cientos de demandantes lisiados. Casi podía tocar el dinero, años atrás.

El demandante número dos había sido localizado en Polk County, en un lúgubre agujero en las profundidades de un pinar. Se llamaba Jerrol Baker, tenía treinta y un años, y era un ex leñador incapacitado para seguir ejerciendo con una sola mano. En su defecto, el leñador y su primo habían construido un laboratorio de metanfetaminas en su caravana doble y Jerrol ganaba mucho más

como químico que de leñador. Sin embargo, su nueva carrera resultó igual de peligrosa y Jerrol escapó por los pelos de una muerte atroz cuando el laboratorio explotó, quemando equipo, inventario, caravana y primo. Jerrol fue acusado y condenado a prisión y, desde allí, escribió varias cartas a su abogado, que no recibieron respuesta, pidiéndole que le pusiera al día sobre aquel caso tan bueno y tan sólido que tenían contra Tinzo. A los pocos meses salió en libertad condicional y se rumoreaba que había vuelto a la zona. Mack no hablaba con él desde hacía dos años.

Y hablar con él ahora representaría un reto, si no un imposible. La casa de la madre de Jerrol estaba abandonada. Un vecino de la misma calle se negó a cooperar hasta que Mack le explicó que le debía trescientos dólares a Jerrol y necesitaba entregarle un cheque. Dado que era probable que Jerrol debiera dinero a la mayoría de los vecinos de su madre, no hizo falta entrar en detalles. Desde luego Mack no parecía un policía de narcóticos ni un agente judicial o de la condicional. El vecino señaló en dirección a la colina y Mack siguió sus indicaciones. Fue soltando más pistas acerca de repartir dinero mientras iba adentrándose en los pinares de Polk County. Era casi mediodía cuando el camino de grava llegó a su fin. Una caravana antigua descansaba tristemente sobre bloques de hormigón cubiertos de enredaderas silvestres. Mack, con una pistola del 38 en el bolsillo, se aproximó lentamente a la vivienda. La puerta se abrió poco a poco, combándose sobre los goznes.

Jerrol salió al destartalado porche de tablones y echó un vistazo a Mack, que se paralizó a unos seis metros. Jerrol no llevaba camisa pero sí tinta, una colorida colección de tatuajes carcelarios le adornaba brazos y pecho. Tenía el pelo largo y sucio, y su flaco cuerpo delataba los estragos de las metanfetaminas. Había perdido la mano izquierda gracias a Tinzo, pero en la derecha sostenía una escopeta de cañón recortado. Asintió, pero no habló. Tenía los ojos hundidos, fantasmagóricos.

—Soy Mack Stafford, abogado de Clanton. Creo que eres Jerrol Baker, ¿me equivoco?

Mack más o menos esperaba que la escopeta empezara a disparar, pero no se movió. Por extraño que pareciera, el cliente sonrió, con una mueca desdentada que asustaba más que el arma.

—Yo mismo —gruñó.

Charlaron unos diez minutos, en un intercambio sorprendentemente civilizado dados el escenario y su historia en común. En cuanto Jerrol comprendió que estaba a punto de recibir veinticinco mil dólares en efectivo y que nadie lo sabría, se convirtió en un buen niño y hasta invitó a Mack a su casa. Mack declinó la invitación.

Cuando se aposentaron en las butacas de cuero y miraron a la consejera sentada al otro lado de la mesa, la doctora Juanita ya había sido informada de todo y solo fingía mantenerse abierta de miras. Mack estuvo a punto de preguntarle cuántas veces había hablado con las niñas, pero su estrategia se basaba en evitar el conflicto.

Tras unos comentarios pensados para relajar al marido y la mujer y para despertar confianza y bienestar, la doctora Juanita los invitó a decir algo. Lisa, nada sorprendente, habló primero. Cotorreó quince minutos seguidos acerca de su infelicidad, de su vacío, de sus frustraciones, y no escatimó palabras para describir la falta de afecto y ambición de su marido y su creciente dependencia del alcohol.

Mack tenía la frente azul y negra, cubierta en una tercera parte por una venda blanca de tamaño considerable, de modo que no solo se le describió como borracho, sino que además lo parecía. Se mordió la lengua, escuchó, intentó mostrarse triste y deprimido. Cuando le tocó el turno de hablar, manifestó algunas de las preocupaciones ya expuestas pero sin soltar ninguna bomba. La mayoría de los problemas de la pareja eran culpa suya y estaba dispuesto a admitirlo.

Cuando concluyó, la doctora Juanita los separó. Lisa salió primero y volvió al vestíbulo a hojear revistas mientras recargaba energía. Mack se quedó a enfrentarse a solas con la consejera. La primera vez que soportó semejante tortura, se puso nervioso. Ahora, sin embargo, había aguantado ya tantas sesiones que le daba igual. Nada que dijera ayudaría a salvar su matrimonio, así que ¿para qué hablar?

—Tengo la impresión de que quiere escapar del matrimonio — empezó a decir delicada y sabiamente la doctora Juanita mirándolo con cautela.

—Quiero escapar del matrimonio porque ella quiere verme fuera de él. Quiere una vida mejor, una casa más grande, un marido más importante. Yo soy demasiado insignificante.

—¿Se ríen juntos alguna vez?

—Si estamos viendo algo divertido en la televisión. Yo me río, ella se ríe, las niñas se ríen.

—¿Qué me dice del sexo?

—Bueno, ambos tenemos cuarenta y dos años, y nuestra media es de una relación al mes, lo cual es triste porque nuestros encuentros duran un máximo de cinco minutos. No hay pasión, ni

romanticismo, nos limitamos a matar el nervio. Es bastante metódico, como unir los puntos de un dibujo. Me da la impresión de que Lisa podría prescindir por completo del tema.

La doctora Juanita tomó algunas notas, de manera muy similar a como las tomaba Mack ante un cliente que no decía nada pero con el que no obstante algo había que anotar.

—¿Cuánto bebe? —preguntó la doctora.

—Desde luego no tanto como ella dice. En su familia nadie bebe, de modo que tres cervezas una noche se convierten en una juerga habitual.

—Pero bebe usted demasiado.

—El otro día al volver a casa, el día de la nevada, me resbalé en el hielo, me golpeé la cabeza y ahora medio Clanton cree que volví borracho dando tumbos y me caí en la entrada, me partí la crisma y ahora actúo raro. Está reclutando aliados, Juanita, ¿no lo entiende? Está contándole a todo el mundo lo asqueroso que soy porque quiere tenerlos de su parte cuando presente la demanda de divorcio. Ya ha delimitado el campo de batalla. Es inevitable.

—¿Se rinde?

—Me rindo. Total, incondicionalmente.

Resultó que ese domingo era el segundo del mes, el día que Mack odiaba más que cualquier otro. El segundo domingo del mes la familia de Lisa, el clan Bunning, debía reunirse obligatoriamente en casa de sus padres para picar algo después de misa. No se aceptaban excusas, a menos que un miembro de la familia se encontrara fuera de la ciudad e, incluso en tal caso, la ausencia se recibía con malas caras y el ausente solía ser objeto de hirientes cotilleos, aunque lejos de la presencia de los niños, eso sí.

Mack, con la frente de un tono azul todavía más oscuro y la hinchazón aún evidente, no pudo resistir la tentación de una memorable despedida final. Se saltó el oficio, decidió no ducharse ni afeitarse, se puso unos vaqueros viejos y una sudadera sucia y, para añadir dramatismo, retiró la gasa blanca que le cubría la herida para arruinarles el pica-pica cuando vieran sus puntos horripilantes. Llegó unos minutos tarde, pero lo bastante temprano para privar a los adultos de unas rondas preliminares de palique malintencionado. Lisa no le hizo el menor caso, como casi todos los demás. Sus hijas se escondieron en la solana con sus primas, que, por supuesto, estaban al corriente del escándalo y querían conocer los detalles de cómo se

había abierto la cabeza.

En cierto momento, justo antes de sentarse a la mesa, Lisa lo rozó y farfulló entre dientes:

—¿Por qué no te vas?

A lo que Mack respondió con alegría:

—Porque me muero de hambre y no he comido estofado quemado desde el segundo domingo del mes pasado.

Todos los presentes, dieciséis en total, y después del padre de Lisa, que todavía vestía la camisa blanca y la corbata de ir a misa, bendijeron el día con la súplica de rigor al Todopoderoso, se pasaron la comida y empezaron a comer. Como siempre, transcurrieron unos treinta segundos antes de que el padre de Lisa se pusiera a discutir sobre el precio del cemento. Las mujeres fueron amontonándose en pequeñas bolsas laterales de cotilleo. Dos de los sobrinos de Mack, sentados al otro lado de la mesa, se limitaron a mirarle fijamente los puntos, incapaces de comer. Por fin la madre de Lisa, la abuela, llegó a ese momento inevitable en que no pudo morderse la lengua por más tiempo. Durante una pausa, anunció a todo volumen:

—Mack, esa pobre cabeza tuya tiene una pinta espantosa. Debe de dolerte mucho.

—No noto nada —replicó Mack, anticipándose al aldabonazo—. Tomo unas medicinas estupendas.

—¿Qué pasó? —La pregunta vino del cuñado, el médico, la única persona de la mesa aparte de Mack con acceso a su historial médico. No cabía duda de que el médico prácticamente había memorizado las gráficas de Mack, interrogado a los doctores, enfermeras y camilleros que lo habían atendido y sabía más que el propio afectado de su estado. Mientras Mack planeaba su salida de la abogacía, su único pesar era no haber denunciado nunca a su cuñado por negligencia médica. Otros desde luego lo habían hecho, y habían cobrado.

—Venía de tomar unas copas —contestó Mack, orgullosamente —. Llegué tarde a casa, me resbalé en el hielo y me golpeé en la cabeza.

Las espaldas se enderezaron al unísono en torno a la mesa de aquella familia fervientemente abstemia.

—No me digáis que no os habéis enterado de los detalles —prosiguió Mack—. Lisa lo vio. Se lo ha contado a todo el mundo.

—Mack, por favor —rogó Lisa, soltando el tenedor. Todos los tenedores se detuvieron de pronto salvo el de Mack, quien lo hundió en su montón de pollo gomoso y se lo llevó a la boca.

—Por favor ¿qué? —dijo con la boca llena, mostrando el pollo—. Te has asegurado de que todos los que se sientan a esta mesa conozcan tu versión de lo ocurrido. —Mack masticaba, hablaba y señalaba con el tenedor a su mujer, situada en la otra punta de la mesa, cerca de su padre—. Y probablemente les habrás contado también la visita a la consejera matrimonial, ¿no?

—Por Dios —exclamó Lisa.

—Y además estoy durmiendo en el despacho, ¿acaso no lo sabemos todos? Ya no puedo ir a casa porque, bueno, mira, podría volver a resbalar y caerme otra vez. O lo que sea. Podría emborracharme y pegar a las niñas. ¿Quién sabe? ¿Verdad, Lisa?

—Basta, Mack —ordenó el padre de Lisa, en tono autoritario.

—Sí, señor. Perdone. El pollo está prácticamente crudo. ¿Quién lo ha cocinado?

Eso irritó a su suegra. La abuela tensó aún más la espalda. Arqueó las cejas.

—Bueno, Mack, he sido yo. ¿Alguna otra queja de la comida?

—Buf, toneladas de quejas, pero qué coño.

—Cuidado con esa lengua, Mack —lo advirtió el suegro.

—¿Veis lo que digo? —presionó por lo bajo Lisa—. Se está viniendo abajo.

La mayoría asintieron con gesto grave. Helen, la hija pequeña de Mack y Lisa, rompió a llorar en silencio.

—Te encanta decirlo, ¿verdad? —bramó Mack desde su extremo de la mesa—. Le dijiste lo mismo a la consejera matrimonial. Se lo has dicho a todo el mundo. Mack se golpeó en la cabeza y ahora ha perdido la puta chaveta.

—Mack, no tolero semejante lenguaje —insistió, tozudo, el suegro—. Abandona la mesa, por favor.

—Perdón. Encantado de irme. —Se levantó y devolvió la silla a su sitio de una patada—. Y os alegrará saber que no pienso volver. Qué emoción, ¿eh?

Cuando abandonó la mesa reinaba un silencio denso. Lo último que oyó fue a Lisa disculpándose.

El lunes, Mack rodeó la plaza a pie hasta el amplio y concurrido despacho de Harry Rex Vonner, un amigo que sin duda era el abogado matrimonialista más repugnante de Ford County. Harry Rex era un camorrista vocinglero y musculoso que mascaba puros negros, gruñía a sus secretarias, gruñía a los oficiales del juzgado, controlaba las listas de casos, intimidaba a los jueces y aterrorizaba a cualquier divorciante de la otra parte. Su oficina era

un vertedero con cajas de expedientes en el vestíbulo, papeleras rebosantes, pilas de revistas viejas en las estanterías, una gruesa capa de humo azul del tabaco justo por debajo del techo, otra capa gruesa de polvo sobre los muebles y, siempre, una variopinta colección de clientes esperando sin demasiado entusiasmo cerca de la entrada. El lugar era un zoológico. Nada iba a su hora. Siempre había alguien contestando a gritos. Los teléfonos sonaban sin parar. La foto—copiadora estaba siempre atascada. Y así. Mack había visitado el lugar varias veces por negocios y le encantaba aquel caos.

—Me he enterado de que te vienes abajo, chaval —empezó diciendo Harry Rex cuando se encontraron en la puerta del despacho. Era una sala grande, sin ventanas, ubicada al fondo del edificio, lejos de los clientes que esperaban. Estaba llena de librerías, cajas, pruebas procesales, fotografías ampliadas y montones de gruesas declaraciones, y cubría las paredes una maraña de fotos baratas, principalmente de Harry Rex rifle en mano y sonriendo junto a animales muertos. Mack no recordaba su última visita, pero estaba seguro de que nada había cambiado desde entonces.

Se sentaron, Harry Rex detrás de un escritorio inmenso desbordado de papeles y Mack en una silla de lona desgastada que se tambaleaba adelante y atrás.

—Me he dado un golpe en la cabeza, nada más —dijo Mack.

—Estás espantoso.

—Gracias.

—¿Ya ha presentado la demanda?

—No. Acabo de comprobarlo. Dijo que recurriría a una chica de Tupelo, que aquí no puede fiarse de nadie. No quiero pelea, Harry Rex. Que se lo quede todo: las niñas, la casa y todo lo que contiene. Voy a declararme en bancarrota, cierro el negocio y me mudo.

Harry Rex cortó lentamente la punta de otro puro negro, luego se lo colocó en la comisura de los labios.

—Te vienes abajo, chaval. —Rex rondaba la cincuentena pero parecía mucho más viejo y más sabio. Solía añadir la coletilla «chaval», un apelativo cariñoso, al hablar con cualquiera más joven que él.

—Llamémosle crisis de la mediana edad. Tengo cuarenta y dos años, y estoy harto de ser abogado. Mi matrimonio no funciona. Ni mi profesión. Es hora de cambiar, de buscar un escenario nuevo.

—Mira, chaval, yo he pasado por tres matrimonios. Librarse de una mujer no es razón suficiente para esconder la cola y echar a correr.

—No he venido a que me aconsejes sobre mi carrera, Harry

Rex. Quiero contratarte para que me lleves el divorcio y la quiebra. Ya me he encargado del papeleo. Basta con que tus esbirros lo presenten y se aseguren de que estoy cubierto.

—¿Adónde te vas?

—A algún sitio lejos de aquí. Todavía no estoy seguro, pero cuando llegue te lo haré saber. Volveré si hago falta. Sigo siendo padre, ¿sabes?

Harry Rex se desplomó en su butaca. Exhaló y miró alrededor, a las montañas de expedientes apilados de cualquier modo por el suelo, rodeando el escritorio. Miró el teléfono, donde parpadeaban cinco luces rojas.

—¿Puedo irme contigo? —preguntó.

—Lo siento. Tienes que quedarte a hacerme de abogado. Tengo doce casos de divorcio abiertos, casi todos no disputados, además de ocho quiebras, una adopción, dos patrimonios, dos accidentes de coche, una indemnización laboral y dos pequeñas disputas de negocios. Las minutas totales de los próximos seis meses ascienden a unos veinticinco mil dólares. Me gustaría que me quitaras esos casos de las manos.

—Son un montón de basura.

—Sí, la misma basura que llevo diecisiete años apaleando. Descárgala en alguno de los abogados a los que aún no has hecho socio y dale una prima. No tienen la menor complicación, créeme.

—¿Cuánto puedes pagar por la pensión de las niñas?

—El máximo son tres mil mensuales, que es muchísimo más de lo que pongo ahora. Empieza por dos mil y a ver qué tal. Diferencias irreconciliables, que demande ella, que yo me apunto. La custodia para ella, pero quiero ver a las niñas siempre que esté en la ciudad. Que se quede con la casa, el coche, las cuentas bancarias, todo. La quiero fuera de la bancarrota. No se incluyen los bienes conjuntos.

—¿Qué declaras en bancarrota?

—El Bufete Jurídico de Jacob McKinley Stafford, S. L. Que en paz descanse.

Harry Rex mascó el puro y miró la petición de declaración de bancarrota. No incluía nada destacable, solo la habitual acumulación de tarjetas de crédito, la omnipresente línea de crédito sin asegurar y la onerosa hipoteca.

—No tienes por qué hacerlo. Tú puedes con esto.

—Ya he preparado la petición, Harry Rex. La decisión está tomada, junto con otras muchas. Me piro, ¿estamos? Me largo. Desaparezco.

—Tienes agallas.

—No. La mayoría opinaría que huir es un acto de cobardía.

—¿Y a ti qué te parece?

—A mí me da igual. Si no me voy ahora, me quedaré aquí para siempre. Es mi única oportunidad.

—Así se habla, chaval.

A las once en punto de la mañana del martes, una gloriosa semana después de la primera llamada telefónica, Mack realizó la segunda. Mientras marcaba los números sonreía y se felicitaba por los asombrosos logros de los últimos siete días. El plan estaba funcionando a la perfección, de momento ni una pega, salvo quizá la herida de la cabeza, pero hasta eso había sabido urdir hábilmente en la fuga. Mack estaba herido, había sido hospitalizado por un golpe en la cabeza. Pues claro que actuaba de forma extraña.

«El señor Marty Rosenberg», dijo en tono simpático, y esperó a que avisaran al gran hombre. Este respondió enseguida y ambos intercambiaron los prolegómenos de rigor. Marty parecía no tener prisa, se dejaba llevar por el flujo de cháchara vacía, y de pronto a Mack le preocupó que esa falta de eficiencia desembocara en un cambio de planes, en alguna mala noticia. Decidió ir al grano.

—A ver, Marty. Me he reunido con mis cuatro clientes y, como habrás adivinado, están deseando aceptar tu oferta. Finiquitaremos el tema por medio millón de pavos.

—Sí, bueno, ¿era medio millón, Mack? —Parecía dudar.

A Mack se le paró el corazón y ahogó un grito.

—Por supuesto, Marty —contestó, luego añadió unas risas falsas como si el viejo Marty estuviera gastándole una de sus bromas —. Ofreciste cien mil por cada uno de los cuatro más otros cien mil por las costas de la defensa.

Mack oyó un revuelto de papeles en Nueva York.

—Hum, veamos, Mack. Estos son los casos de Tinzo, ¿no?

—Exacto, Marty —confirmó Mack, no sin cierto miedo y frustración. Y desesperación. El hombre del talonario ni siquiera sabía del cierto de qué estaban hablando. Hacía una semana había actuado con perfecta eficiencia. Ahora titubeaba.

Y entonces, la más horrible de las declaraciones:

—Me temo que me he confundido de casos.

—¡Estás de broma! —graznó Mack, demasiado tajante. «Serénate», se dijo.

—¿De verdad ofrecimos tanto por esos casos? —preguntó Marty, revisando notas mientras hablaba.

—Por supuesto. Y yo, de buena fe, transmití la oferta a mis clientes. Tenemos un trato, Marty. Hicisteis una oferta razonable y la aceptamos. Ahora no puedes echarte atrás.

—Es solo que parece un poco elevada, nada más. Llevo demasiados casos de responsabilidad por productos defectuosos.

«Bueno, pues felicidades —estuvo a punto de decir Mack—. Tienes carretadas de trabajo que hacer para clientes que pueden pagarte carretadas de dinero.» Mack se secó el sudor de la frente y vio escabullirse todo ante sus ojos. «Que no te entre el pánico», se dijo.

—No es tan elevada, Marty. Deberías ver a Odell Grove tuerto y a Jerrol Baker sin la mano izquierda, y a Doug Jumper con la mano derecha destrozada e inútil y a Travis Johnson con esos muñoncitos en lugar de dedos. Deberías hablar con esos hombres, Marty, y ver las vidas miserables que llevan, el daño que les han hecho las motosierras Tinzo, y creo que convendrías conmigo en que la oferta de medio millón no solo es razonable, sino quizá tirando a un poco a escasa. —Mack exhaló y casi se sonrió al acabar. No había sido un mal alegato final. Tal vez debería pasar más tiempo en los tribunales.

—No tengo tiempo para discutir sobre los detalles ni la responsabilidad legal, Mark, yo...

—Mack. Mack Stafford, abogado, Clanton, Mississippi.

—Eso, perdona. —Más ruido de papeles en Nueva York. Voces apagadas de fondo mientras el señor Rosenberg daba instrucciones a otros. Luego regresó, con la voz redirigida—. Te das cuentas de que Tinzo ha ido a juicio cuatro veces por esta motosierra y ha ganado los cuatro juicios, ¿verdad, Mack? Es un caballo ganador, no hay responsabilidad legal.

Por supuesto Mack no lo sabía porque se había olvidado de esa pequeña demanda colectiva. Pero contestó a la desesperada:

—Sí, y he analizado esos juicios. Pero creía que no querías discutir el tema de la responsabilidad legal, Marty.

—Vale, tienes razón. Te enviaré los documentos del acuerdo por fax.

Mack respiró hondo.

—¿Cuándo puedes devolvérmelos? —preguntó Marty.

—Dentro de un par de días.

Regatearon un poco los términos concretos de los documentos. Negociaron la manera de repartir el dinero. Permanecieron otros veinte minutos al teléfono haciendo lo que se espera de unos abogados.

Cuando por fin Mack colgó, cerró los ojos, apoyó los pies en la mesa y se echó para atrás en la mecedora giratoria. Estaba seco, exhausto, y seguía asustado, pero se recuperaba a marchas forzadas. Sonrió, y enseguida empezó a tararear una melodía de Jimmy Buffett.

El teléfono no paraba de sonar.

La verdad era que no había conseguido dar con Travis Johnson ni Doug Jumper. Se rumoreaba que Travis andaba por el Oeste al volante de un camión, algo que, evidentemente, podía hacer con solo siete dedos enteros. Travis tenía una ex mujer con una casa llena de niños y un libro de contabilidad plagado de pensiones alimenticias impagadas. Trabajaba por la noche en Clanton, en un colmado que abría las veinticuatro horas, y tenía poco que contarle a Mack. Recordaba sus promesas de conseguir algo de dinero cuando Travis perdió parte de tres dedos. Según unos conocidos, Travis se había escapado el año anterior y no tenía intención de regresar a Ford County.

De Doug Jumper se decía que había muerto. Había sido encarcelado en Tennessee acusado de agresión y hacía tres años que no se le veía el pelo. Nunca había tenido padre. Su madre se mudó. Quedaban algunos parientes desperdigados por el condado, pero en conjunto mostraron escaso interés por hablar de Doug y todavía menos en hacerlo con un abogado, ni siquiera con uno vestido de cazador o con vaqueros gastados y botas de montaña, ni con cualquiera de los otros conjuntos que Mack se ponía para confundirse entre los nativos. Su consabido numerito de balancear la zanahoria de algún vago cheque a nombre de Doug Jumper no funcionó. Nada funcionaba, y al cabo de dos semanas de búsqueda, Mack acabó rindiéndose cuando escuchó por tercera o cuarta vez el rumor de que «el chico estaba muerto».

Obtuvo las firmas reglamentarias de Odell Grove y Jerrol Baker —la de Jerrol, poco más que una triste curva dibujada con la mano derecha— y luego cometió su primer delito. En Nueva York, Marty Rosenberg necesitaba la atestación por notario público de los acuerdos de descargo, una práctica habitual en cualquier caso. Pero

Mack había despedido a su notario y procurarse los servicios de otro habría resultado demasiado complicado.

En su escritorio, con las puertas cerradas con llave, Mack falsificó cuidadosamente el nombre de Freda haciéndola pasar por notario público, luego aplicó el sello notarial con uno ya expirado que guardaba en un archivador bajo llave. Certificó notarialmente la firma de Odell, después la de Jerrol, y luego se paró a admirar su obra. Llevaba días planeándolo y estaba convencido de que nunca lo pillarían. Las falsificaciones eran bonitas, el sello notarial modificado apenas se reconocía y, en Nueva York, nadie se tomaría la molestia de analizarlos. El señor Rosenberg y su equipo de primera tenían tanta prisa por cerrar aquellos casos que echarían una simple ojeada al papeleo de Mack, confirmarían algún detalle y luego devolverían los documentos.

Los delitos se complicaron cuando falsificó las firmas de Travis Johnson y Doug Jumper, lo cual, por supuesto, estaba justificado porque se había esforzado de buena fe en encontrarlos y, si alguna vez regresaban a la superficie, les entregaría gustoso los mismos veinticinco mil dólares que iba a pagarles a Odell y Jerrol. En el caso, lógicamente, de que todavía estuviera por la zona.

Pero Mack no tenía planes de quedarse.

A la mañana siguiente utilizó el Servicio Postal Estadounidense —probablemente otra violación de la ley, en este caso, federal, pero tampoco eso le preocupó— y envió el paquete por correo urgente a Nueva York.

Luego se declaró en bancarrota y, durante el proceso, rompió otra ley al no desvelar las minutas que esperaba cobrar por la obra de arte realizada con las motosierras. Cabía argüir, y tal vez así lo argumentara si lo atrapaban, que todavía no había cobrado dichas minutas, pero esa discusión no la ganaba ni siquiera consigo mismo. Tampoco es que lo intentara. Daba igual, nadie de Clanton ni Mississippi vería jamás las minutas.

No se afeitaba desde hacía dos semanas y en su opinión la barba entrecana lo favorecía bastante. Dejó de comer y de llevar abrigo y corbata. Ya no tenía puntos ni morados en la frente. Cuando lo veían por la ciudad, algo que no ocurría a menudo, la gente dudaba y murmuraba porque por las calles circulaba el rumor de que el pobre Mack estaba perdiéndolo todo. La noticia de su bancarrota corrió por los juzgados y, cuando se sumó a la demanda de divorcio presentada por Lisa, se convirtió en el único tema de conversación de abogados, funcionarios y secretarias. El bufete permanecía cerrado durante las horas laborables, y después. Nadie contestaba al teléfono.

El dinero de la motosierra fue transferido a una cuenta nueva

abierta en un banco de Memphis y, desde allí, dispersado con discreción. Mack sacó cincuenta mil dólares en efectivo, pagó a Odell Grove y Jerrol Baker y se sintió bien por ello. Claro que tenían derecho a algo más, al menos de acuerdo con los términos de los contratos, hace tiempo olvidados, que Mack les había plantado debajo de las narices cuando lo contrataron. Pero, al menos para Mack, la ocasión requería de una interpretación más flexible de los mencionados contratos, y ello por diversas razones. La primera, sus clientes estaban muy contentos. La segunda, sus clientes despilfarrarían cualquier cantidad por encima de los veinticinco mil dólares, por tanto, por mor de preservar el dinero, Mack decidió que debía hacerse cargo de la mayor parte del mismo. La tercera, veinticinco mil dólares constituían un acuerdo justo vistas las heridas de los afectados y, en especial, en vistas de que ninguno de los dos habría recibido nada si Mack no hubiera sido lo bastante astuto para planear el ardid del litigio por la motosierra.

Las razones cuarta, quinta y sexta discurrían por la misma línea de pensamiento. Mack estaba harto de racionalizar sus acciones. Estaba dando por culo a sus clientes y lo sabía.

Ahora era un sinvergüenza. Falsificaba documentos, ocultaba bienes, estafaba a clientes. Y si se hubiera permitido pensar en cualquiera de tales acciones, se habría deprimido. Lo cierto era que Mack estaba tan emocionado con su huida que le daba la risa en las situaciones más extrañas. Una vez cometido el delito, no había marcha atrás, y eso también le gustó.

Le dio a Harry Rex un talón de cincuenta mil dólares para cubrir las consecuencias iniciales del divorcio y ejecutó los papeles necesarios para autorizar a su abogado a actuar en su nombre y poner orden en sus asuntos. El resto del dinero lo envió por giro a un banco de América Central.

El último acto de su despedida, tan bien planeada y brillantemente ejecutada, consistió en una reunión con sus hijas. Tras varias conversaciones telefónicas irritantes, al final Lisa había transigido y se había avenido a dejarlo entrar en casa durante una hora el jueves por la noche. Ella no estaría, pero regresaría al cabo de sesenta minutos exactos.

En algún punto de las reglas no escritas del comportamiento humano, una persona sabia decidió una vez la obligatoriedad de tales reuniones. Ciertamente Mack podría habérsela ahorrado, pero entonces habría sido un cobarde además de un sinvergüenza. Ninguna norma era segura. Suponía que para las niñas era

importante tener la ocasión de desahogarse, de llorar, de preguntar el porqué. No debería haberse preocupado. Lisa las había adoctrinado tan a fondo que a duras penas soportaron un abrazo. Les prometió verlas lo más a menudo posible aunque pensaba irse de la ciudad. Lo aceptaron con mayor escepticismo del que Mack creía posible. Tras una media hora larga e incómoda, Mack estrujó los cuerpos tensos de sus hijas otra vez y corrió al coche. Mientras se alejaba, estaba convencido de que las tres mujeres estaban planeando una vida de felicidad sin él.

Y si se hubiera permitido pensar en sus fracasos y defectos, le habría ganado la melancolía. Se resistió a las ganas de rememorar cuando las niñas eran más pequeñas y la vida más feliz. ¿Alguna vez habían sido realmente felices? No lo sabía.

Regresó al bufete, entró, como en esa época hacía siempre, por la puerta trasera y dio un último paseo por el lugar. Todos los casos abiertos habían pasado a manos de Harry Rex. Los viejos se habían quemado. Los libros de leyes, el material de oficina, el mobiliario y los cuadros baratos de las paredes se habían vendido o regalado. Llenó media maleta de tamaño mediano con contenidos cuidadosamente seleccionados. Nada de trajes, corbatas, camisas de vestir, americanas ni zapatos elegantes: todas esas prendas las había donado a la beneficencia. Mack se iba con ropas más ligeras.

Cogió un autobús a Memphis, desde allí un avión a Miami y luego otro a Nassau, donde durmió una noche antes de coger un vuelo a Belice, capital. Allí aguardó una hora en el sofocante aeropuerto, bebiendo cerveza en el minúsculo bar, escuchando a unos canadienses bulliciosos charlar acaloradamente de la pesca del pez ratón y soñando con lo que le esperaba. En realidad no estaba seguro de qué le esperaba, pero desde luego sería algo mucho más atractivo que el desastre que dejaba atrás.

El dinero estaba en Belice, un país con un tratado de extradición con Estados Unidos más formal que práctico. Si alguien seguía su pista, y Mack confiaba firmemente en que no ocurriría, podría pasar sin problemas a Panamá. En su opinión, las probabilidades de que lo atraparan allí eran irrisorias y si alguien empezaba a husmear en Clanton, Harry Rex se enteraría con tiempo.

El avión a Cayo Ámbar Gris era un viejo Cessna Caravan, un aparato de veinte plazas que iba lleno de estadounidenses cebados, demasiado anchos para los estrechos asientos. Miró por la ventanilla hacia la brillante superficie aguamarina de tres mil pies más abajo, un agua cálida y salada en la que pronto nadaría. En la isla, al norte de la ciudad principal de San Pedro, encontró habitación en un pequeño y pintoresco complejo a orillas del mar llamado Arrecife de Rico. Todas las habitaciones eran cabañas de techo de paja con un porchecito delantero. Cada porche tenía una hamaca grande, lo que

dejaba pocas dudas acerca de las prioridades del lugar. Mack pagó una semana en efectivo, nunca más volvería a usar tarjetas de crédito, y se apresuró a cambiarse de ropa: camiseta, vaqueros cortos y viejos, gorra de béisbol, y adiós a los zapatos. Enseguida encontró el abrevadero, se pidió un ron y conoció a un tal Coz. Coz fondeaba en un extremo de la barra de madera de teca y daba la impresión de llevar amarrado allí cierto tiempo. Llevaba el pelo, largo y gris, recogido en una cola de caballo. Tenía la piel de color bronce y correosa. Hablaba con un desvaído acento de Nueva Inglaterra y no tardó mucho, fumando como un carretero y bebiendo ron tostado, en dejar escapar que en otras épocas había estado involucrado en una empresa de Boston no definida. Husmeó y fisgoneó en el pasado de Mack, pero Mack estaba demasiado nervioso para divulgar nada.

—¿Cuánto piensas quedarte? —preguntó Coz.

—Lo suficiente para coger color —contestó Mack.

—Te llevará un tiempo. Mira qué sol. Es brutal.

Coz tenía consejos sobre infinidad de cosas en Belice. Cuando se percató de que su compañero de bar no soltaba prenda, dijo:

—Eres listo. Por aquí es mejor no hablar de más. Hay montones de yanquis escapados de algo.

Más tarde, en la hamaca, Mack se dejó mecer por la brisa mientras contemplaba el océano, escuchaba el oleaje, bebía ron con soda y se preguntaba si también él escapaba de algo. No le perseguía ninguna orden de búsqueda y captura, ningún auto judicial, ningún acreedor. Al menos que él supiera. Tampoco esperaba que lo hicieran. Al día siguiente mismo podía volver a casa si así lo decidía, pero la idea le desagradaba. Su casa ya no existía. Su casa era de lo que había escapado. La impresión de la marcha todavía le pesaba, pero sin duda el ron la aligeraba.

Mack pasó la primera semana en la hamaca o en la piscina, empapándose de sol antes de apresurarse a volver al porche para un nuevo aplazamiento. Cuando no estaba dormitando, bronceándose u holgazaneando en el bar, daba largos paseos por la orilla del mar. Se decía que estaría bien algo de compañía. Charlaba con los turistas de los hotelitos y las cabañas de pesca, y por fin tuvo suerte con una agradable señorita de Detroit. A veces se aburría, pero aburrirse en Belice era muchísimo mejor que aburrirse en Clanton.

El 25 de marzo, Mack se despertó después de una pesadilla. Por alguna espantosa razón recordaba la fecha porque ese día, en Clanton, comenzaba un nuevo curso de la Sala de la Cancillería y, en circunstancias normales, Mack estaría en la lista de pleitos de la sala principal. Allí, junto con otra veintena de abogados, contestaría al oír su nombre e informaría a la jueza de que el señor y la señora

Talycual estaban presentes y dispuestos a divorciarse. Ese día tenía al menos tres casos. Desgraciadamente, todavía recordaba sus nombres. No era más que una cadena de montaje y Mack, un trabajador mal pagado y sustituible.

Tumbado desnudo bajo los árboles, cerró los ojos. Inhaló y olió el aroma a roble mohoso y a cuero del viejo tribunal. Oyó las voces de los otros abogados peleándose con impaciencia por detalles de último minuto. Vio al juez con su toga vieja y descolorida sentado en un butacón inmenso y esperando, impaciente, a firmar los papeles con que disolver otro matrimonio fraguado en el cielo.

Luego abrió los ojos, y mientras contemplaba el lento y silencioso girar del ventilador del techo y escuchaba los sonidos matinales del océano, Mack Stafford se sintió súbita y completamente embargado por la dicha de la libertad. Rápidamente se puso unos pantalones cortos y corrió por la playa hasta un embarcadero que se adentraba sesenta metros en el agua. Aceleró y corrió por el embarcadero sin aminorar el paso al acercarse al final. Mack se lanzó por el aire entre risas y cayó con un potente chapuzón. El agua caliente como una sauna lo empujó hacia la superficie y Mack empezó a nadar.

Casino

El fullero más ambicioso de Clanton era un vendedor de tractores llamado Bobby Carl Leach. A partir de un gran solar dedicado a la venta de grava situado en la carretera, al norte de la ciudad, Bobby Carl había construido un imperio que, en algún momento, llegó a abarcar un servicio de excavadora y niveladora, una flota de camiones madereros, dos cabañas con bufete libre de siluro, un motel, un terreno maderero salvaje en el que el sheriff encontró una plantación de marihuana y una colección de propiedades que principalmente comprendía varios edificios vacíos repartidos por Clanton. La mayoría terminaban ardiendo. Los incendios provocados perseguían a Bobby Carl igual que los litigios. Los pleitos no le eran desconocidos; de hecho, le encantaba alardear de todos los abogados que mantenía ocupados. Con un historial variopinto de negocios turbios, divorcios, auditorías de Hacienda, reclamaciones fraudulentas de seguros y casi acusaciones, Bobby Carl constituía él solo una pequeña industria, al menos para la abogacía local. Y aunque siempre le rondaban los problemas, nunca se le había procesado por nada serio. Con el tiempo, esta habilidad para evitar la ley se sumó a su reputación previa y la mayoría de Clanton disfrutaba repitiendo y embelleciendo anécdotas sobre los asuntos de Bobby Carl.

El coche de su elección era un Cadillac De Ville, siempre granate, nuevo e inmaculado. Lo cambiaba cada doce meses por el último modelo. Nadie más se atrevía a conducir el mismo coche. Una vez se compró un Rolls-Royce, el único en más de trescientos kilómetros a la redonda, pero le duró menos de un año. Cuando comprendió que un vehículo tan exótico causaba escaso impacto en los lugareños, se deshizo de él. La gente no tenía ni idea de dónde lo fabricaban ni de cuánto costaba. Ninguno de los mecánicos de la ciudad le ponía la mano encima, aunque tampoco importaba porque era imposible encontrar piezas de recambio.

Bobby Carl calzaba botas vaqueras peligrosamente puntiagudas, vestía camisas blancas almidonadas y trajes oscuros de tres piezas cuyos bolsillos rebosaban siempre de dinero. Y adornaba cada conjunto con una asombrosa colección de oro: gordos relojes,

gruesas cadenas, pulseras y hebillas de cinturón y agujas de camisa y de corbata. Bobby Carl acumulaba oro igual que algunas mujeres acaparan zapatos. Lucía ribetes de oro en los coches, el despacho, los maletines, las navajas, los marcos de fotos, incluso en la fontanería de casa. También le gustaban los diamantes. Hacienda no podía seguir la pista de un activo tan móvil y el mercado negro constituía el lugar de compra natural para Bobby Carl.

Chabacano como era en público, defendía con fanatismo su vida privada. Vivía discretamente en una misteriosa casa contemporánea en las montañas del este de Clanton y el hecho de que muy poca gente hubiera visto el lugar alimentaba los rumores de que se utilizaba para toda clase de actividades ilegales e inmorales. No les faltaba razón. Como es natural un hombre de su posición social atraía a mujeres de la más baja estofa, y a Bobby Carl le encantaban las señoras. Se casó con varias de ellas, siempre para lamentarlo después. Le gustaba el alcohol, pero nunca en exceso. Disfrutaba de amistades desenfrenadas y fiestas desmadradas, pero nunca perdió una hora de trabajo por culpa de la resaca. El dinero le importaba demasiado.

Cada mañana a las cinco en punto, domingos inclusive, su De Ville granate daba una vuelta rápida al juzgado de Ford County, en el centro de Clanton. Las tiendas y las oficinas estaban siempre vacías y a oscuras, cosa que le agradaba mucho. Que durmieran. Los banqueros, abogados, agentes de la propiedad inmobiliaria y comerciantes que contaban historias sobre él y envidiaban su dinero nunca estaban trabajando a las cinco de la mañana. El saboreaba la oscuridad y la tranquilidad, la ausencia de competencia de esas horas. Tras su vuelta de la victoria diaria, aceleraba en dirección a la oficina, que estaba en el solar dedicado a la venta de tractores y era, sin discusión, la mayor del condado. Ocupaba la segunda planta de un viejo edificio de ladrillos rojos construido antes de Pearl Harbor y desde detrás de sus ventanas tintadas Bobby Carl podía vigilar sus tractores mientras contemplaba el tráfico de la carretera.

Solo y feliz a primera hora de la mañana, empezaba todos los días con una taza de café cargado que vaciaba mientras leía la prensa. Se suscribía a todos los diarios que podía recibir a domicilio —de Memphis, Jackson, Tupelo— y a los seminarios de los condados circundantes. Leía y engullía café con ganas, peinaba los periódicos en busca no de noticias, sino de oportunidades. Edificios en venta, tierras de cultivo, ejecuciones, fábricas que iban y venían, subastas, quiebras, liquidaciones, peticiones de ofertas, fusiones bancarias, anuncios de obra pública. Las paredes de su despacho estaban empapeladas con mapas parcelarios y fotografías aéreas de ciudades y condados. Tenía los catastros locales en el ordenador. Sabía quién iba atrasado en sus impuestos de la propiedad, desde cuándo y cuánto debía, y recababa y almacenaba esa información en las horas

previas al amanecer, mientras todos los demás dormían.

Su mayor debilidad, muy por delante de las mujeres y el whisky, era el juego. Tenía una historia larga y fea con Las Vegas, los clubes de póquer y los corredores de apuestas deportivas. Regularmente se dejaba una suma considerable en el canódromo de West Memphis y una vez estuvo a punto de arruinarse en un crucero a Bermudas. Y cuando, para sorpresa de todos, llegaron los casinos a Mississippi, el imperio de Bobby Carl comenzó a asumir niveles de endeudamiento preocupantes. De todas formas solo un banco de la zona trataba con él y cuando Bobby Carl intentó que este cubriera sus pérdidas en las mesas de *crap,* tuvo que empeñar parte de su oro en Memphis para poder pagar. Entonces ardió un edificio. Bobby Carl acosó a la aseguradora hasta conseguir un acuerdo y su crisis de liquidez remitió, de momento.

Los indios choctaws habían construido el único casino sin salida al mar del estado. Estaba en el condado de Neshoba, dos horas al sur de Clanton, y allí Bobby Clanton tiró los dados por última vez. Perdió una pequeña fortuna y, mientras conducía de vuelta a casa bajo los efectos del alcohol, se juró que no volvería a jugar nunca más. Basta ya. Era un juego de bobos. Con razón los tipos listos construían nuevos casinos sin parar.

Bobby Carl se consideraba un tipo listo.

Sus investigaciones pronto le revelaron que el Departamento de Interior reconocía quinientas sesenta y dos tribus de nativos americanos en todo el país, pero solo a los choctaws en Mississippi. En otro tiempo los indios habían abundado en el estado —al menos se contaban diecinueve grandes tribus— pero la mayoría habían sido reubicados a la fuerza en la década de 1830 y enviados a Oklahoma. Solo quedaban tres mil choctaws y, gracias al casino, prosperaban sin problemas.

Hacía falta competencia. Posteriores investigaciones revelaron que en otra época la segunda población más numerosa había sido de origen yazoo y, mucho antes de la llegada del hombre blanco, su territorio cubría virtualmente todo lo que hoy constituye la mitad norte de Mississippi, incluido Ford County. Bobby Carl pagó unos cuantos dólares a una empresa de investigaciones genealógicas para que le entregara un dudoso árbol familiar que pretendía demostrar que el bisabuelo de su padre tenía una dieciseisava parte de sangre yazoo.

Un plan de negocio empezó a cobrar formar.

Cuarenta y ocho kilómetros al oeste de Clanton, en la frontera con Polk County, había una tienda de pueblo propiedad de un viejo de tez ligeramente oscura, pelo largo y trenzado y un anillo turquesa en cada dedo. Lo llamaban Jefe Larry, básicamente porque aseguraba ser indio de pura cepa y tener papeles que así lo demostraban. Era yazoo y a mucha honra, y para convencer a la gente de su autenticidad, vendía toda suerte de baratijas y recuerdos indios además de huevos y cerveza fresca. Un tipi fabricado en China se erguía junto a la carretera y un oso negro, un vejestorio moribundo, dormitaba en una jaula junto a la puerta. Como la del Jefe era la única tienda en quince kilómetros a la redonda, recibía un tráfico considerable de lugareños y además vendía algo de gasolina a algún que otro turista perdido que aprovechaba para sacarle una foto.

El Jefe Larry venía a ser una especie de activista. Rara vez sonreía y daba la impresión de cargar sobre sus hombros el peso de su sufrido y olvidado pueblo. Escribía cartas airadas a congresistas, gobernadores y burócratas, y colgaba las respuestas detrás de la caja registradora. A la más mínima provocación, soltaba una amarga diatriba sobre la última tanda de injusticias cometidas contra «su pueblo». La historia era uno de sus temas predilectos y podía y solía disertar durante horas sobre el llamativo y conmovedor robo de «su tierra». La mayoría de los lugareños procuraban limitarse a hacer algún comentario breve cuando pagaban la compra. Aunque a algunos les gustaba acercarse una silla y dejar despotricar al Jefe.

Hacía más de dos décadas que el Jefe Larry intentaba localizar a otros yazoos de la zona. La mayoría de los que recibían sus cartas desconocían su herencia india y, desde luego, no querían saber nada de ella. Estaban totalmente asimilados, mezclados, formaban matrimonios mixtos, e ignoraban la versión del Jefe de su acervo genético. ¡Eran blancos! Al fin y al cabo estaban en Mississippi y allí cualquier atisbo de sangre morena presagiaba algo mucho peor que un pequeño y ancestral escarceo con los nativos. La mayoría de los que se molestaban en contestar, aseguraban ser anglosajones de pura cepa. Dos amenazaron con demandarlo y uno con matarlo. Pero él siguió adelante y, cuando hubo organizado un heterogéneo grupo de dos docenas de pobres desgraciados, fundó la Nación Yazoo y presentó la solicitud de reconocimiento al Departamento de Interior.

Pasaron los años. El juego se introdujo en las reservas de todo el país y, de pronto, la tierra india se revalorizó.

Cuando Bobby Carl decidió que era en parte yazoo, empezó a involucrarse discretamente en su lucha. Con ayuda de un destacado bufete de Tupelo, presionó en los lugares adecuados de Washington y los yazoos consiguieron el reconocimiento oficial de tribu. No tenían tierra, pero las directrices federales no la exigían.

Bobby Carl tenía las tierras. Dieciséis hectáreas de matorrales y pinos situadas en la misma carretera que el tipi del Jefe Larry.

Cuando llegó la confirmación de Washington, la orgullosa nueva tribu se reunió en la trastienda del Jefe para celebrarlo. Invitaron a su congresista, pero estaba ocupado en el Capitolio. Invitaron al gobernador, pero no obtuvieron respuesta. Invitaron a otros funcionarios estatales, pero deberes más importantes los reclamaban. Invitaron a políticos locales, pero también ellos estaban trabajando en otros lugares. Solo un humilde y pálido subsecretario de algo acudió en nombre del Departamento de Interior y entregó los documentos oficiales. No obstante, la ocasión impresionó a los yazoos, la mayoría tan pálidos como el burócrata. No sorprendió a nadie que Larry fuera elegido jefe vitalicio por unanimidad. No se mencionó salario alguno. Pero se habló mucho de un hogar, de un pedazo de tierra donde poder construir una oficina o sede, una seña de identidad y propósito.

Al día siguiente, el De Ville granate de Bobby Carl entró deslizándose en el aparcamiento sin asfaltar de la tienda del Jefe. Bobby Carl no conocía al Jefe Larry y jamás había puesto un pie en su comercio. Vio el falso tipi, se fijó en la pintura desconchada de las paredes exteriores, descubrió con desdén los viejos surtidores de gasolina, se paró frente a la jaula del oso el tiempo suficiente para determinar que la criatura en realidad estaba viva y luego entró a encontrarse con su hermano de sangre.

Por suerte el Jefe no había oído hablar de Bobby Carl Leach. De lo contrario, podría haberle vendido un refresco light y haberle deseado un buen día. Pero a los pocos sorbos, en cuanto se hizo patente que el cliente no tenía prisa por irse, el Jefe preguntó:

—¿Es usted de por aquí?

—De la otra punta del condado —contestó Bobby Carl mientras tocaba una lanza falsa que formaba parte de un equipo de guerrero apache de un expositor situado junto al mostrador—. Felicidades por el reconocimiento federal.

El pecho del Jefe se hinchó instantáneamente y el tendero dibujó su primera sonrisa.

—Gracias. ¿Cómo se ha enterado? ¿Ha salido en la prensa?

—No. Alguien me lo dijo. Soy un poco yazoo.

Inmediatamente la sonrisa se desvaneció y los ojos negros del Jefe enfocaron con aire severo el traje caro de Bobby Carl; chaqueta de lana, camisa blanca almidonada, llamativa corbata con estampado de cachemir, pulseras de oro, reloj de oro, gemelos de oro, hebilla de oro, lo repasó de arriba abajo, hasta las botas vaqueras con puntera de jabalina. Luego estudió el pelo: teñido y permanentado con

algunos cabellos rizados y encrespados justo alrededor de las orejas. Los ojos eran verde azulados, irlandeses y furtivos. El Jefe, por supuesto, prefería a alguien más parecido a él, a alguien que al menos tuviera algunos rasgos característicos de los nativos americanos. Pero en esos tiempos había que apañarse con lo que se podía conseguir. El acervo genético era tan exiguo que lo único importante era considerarse yazoo.

—Es verdad —insistió Bobby Carl, luego se tocó el bolsillo interior del abrigo—. Tengo documentos que lo prueban.

El Jefe le quitó importancia con un ademán.

—No son necesarios. Un placer, señor…

—Leach, Bobby Carl Leach.

Mientras se comía un bocadillo, Bobby Carl explicó que conocía bien al jefe de la nación choctaw, opinaba que los dos grandes hombres debían conocerse. El Jefe Larry siempre había envidiado a los choctaws por su prestigio y empeño en perdurar. También había leído sobre su rentabilísimo casino, cuya recaudación mantenía a la tribu, construía escuelas y clínicas, y enviaba a los jóvenes a la universidad con becas. Bobby Carl, el humanitario, se aferró a las ventajas sociales de los choctaws derivadas de la sabiduría de los indios para explotar las ansias de juego y alcohol del hombre blanco.

Al día siguiente, salieron de viaje por la reserva choctaw. Bobby Carl conducía y hablaba sin parar y, para cuando llegaron al casino, había convencido al Jefe Larry de que ellos, orgullosos yazoos, podían duplicar la operación y prosperar como joven nación. El jefe choctaw curiosamente estaba ocupado en otros negocios, pero un subalterno los guió de mala gana en una visita por el creciente complejo de casino y hotel, así como por los dos campos de golf de dieciocho hoyos, el centro de convenciones y el aeropuerto privado, todo ello en una zona rural y abandonada del condado de Neshoba.

«Le da miedo la competencia», susurró Bobby Carl al Jefe Larry mientras su guía les mostraba el lugar sin el menor entusiasmo.

De camino a casa, Bobby Carl expuso su plan. Él donaría dieciséis hectáreas de tierra a los yazoos. ¡Por fin la tribu tendría un hogar! Y allí se construirían un casino. Bobby Carl conocía a un arquitecto y a un contratista y a un banquero, y conocía a los políticos locales y en conjunto estaba claro que llevaba cierto tiempo planeándolo todo. El Jefe Larry estaba demasiado aturdido y era demasiado ingenuo para preguntar nada. De repente el futuro auguraba grandes promesas, con las que el dinero poco tenía que ver. El tema en cuestión era el respeto. El Jefe Larry había soñado con un hogar para su pueblo, un lugar definido donde sus hermanos

y hermanas pudieran vivir y prosperar e intentar recuperar su acervo.

Bobby Carl también soñaba, pero sus sueños tenían poco que ver con la gloria de una tribu largo tiempo olvidada.

El trato le proporcionaría la mitad de los intereses del casino, a cambio de los cuales donaría las dieciséis hectáreas, conseguiría financiación para el negocio y contrataría a los abogados para contentar a teóricos e inoperantes organismos reguladores. Puesto que el casino se ubicaría en territorio indio, en realidad había muy poco que regular. Desde luego ni el condado ni el estado podían detenerlos, como habían fallado en firme anteriores litigios por todo el país.

Al final de un largo día y, mientras se tomaban un refresco en la trastienda del Jefe, los dos hermanos de sangre chocaron la mano y brindaron por el futuro.

La parcela de dieciséis hectáreas cambió de propietarios, los buldóceres allanaron hasta el último centímetro, los abogados se lanzaron a la carga, el banquero terminó por ver la luz y, al cabo de un mes, todo Clanton vivía consumido por la horrible noticia de que iban a abrir un casino en Ford County. Los rumores corrieron durante días en las cafeterías de la plaza y en los juzgados, y en las oficinas del centro apenas se hablaba de otra cosa. El nombre de Bobby Carl apareció vinculado al escándalo desde el principio, lo que le dio cierto aire de ominosa credibilidad. Le iba como anillo al dedo, era justo la clase de empresa inmoral y rentable a la que se entregaría con denuedo. Él lo negaba en público y lo confirmaba en privado, y filtraba la noticia a cualquiera que considerara digno de difundirla.

Cuando dos meses después se vertió el primer hormigón, ningún líder local participó en ninguna ceremonia echando la primera palada de tierra, ni hubo discursos prometiendo puestos de trabajo ni los habituales posados para las cámaras. Estaba pensado para que no fuera un acontecimiento y, de no ser por un periodista novato que seguía un chivatazo, el inicio de las obras habría pasado inadvertido. Sin embargo, la siguiente edición del *Ford County Times* publicó en primera plana una gran fotografía de una hormigonera rodeada de trabajadores. El titular gritaba: «El casino ya está aquí». Un breve artículo añadía escasos detalles, principalmente porque nadie había querido hablar. El Jefe Larry andaba demasiado ocupado detrás del mostrador. Bobby Carl Leach había salido de la ciudad para atender asuntos urgentes. La Agencia de Asuntos Indios del Departamento de Interior no se mostró nada cooperativa. Una fuente anónima contribuyó confirmando, extraoficialmente, que el casino abriría «dentro de unos meses».

La noticia y la fotografía de primera plana confirmaban los rumores, y la ciudad estalló. Los predicadores baptistas se organizaron y el domingo siguiente descargaron agrias condenas del juego y males afines sobre sus feligreses. Llamaron a su gente a actuar. ¡Escribid cartas! ¡Llamad a vuestros dirigentes políticos! ¡Vigilad a vuestros vecinos para que no sucumban al pecado del juego! Debían evitar que semejante cáncer afectara a su comunidad. Los indios volvían al ataque.

La siguiente edición del *Times* vino cargada de furiosas cartas al director y ni una sola en favor del casino. Satán les acechaba y la gente decente debía «cerrar un círculo de carromatos» para rechazar sus diabólicas intenciones. Cuando el Consejo Comarcal de Alcaldes se reunió, como de costumbre, el lunes por la mañana, la sesión se trasladó a la sala principal para dar cabida a la muchedumbre airada que se había congregado. Los cinco alcaldes se parapetaron detrás de su abogado, que intentó explicar al gentío que el condado no podía hacer nada para detener la construcción del casino. Simple y llanamente, se trataba de un asunto federal. Los yazoos habían sido reconocidos oficialmente. Era dueños de la tierra. Los indios habían construido casinos al menos en otros veintiséis estados, normalmente a pesar de la oposición local. Grupos de ciudadanos preocupados los habían demandado y habían perdido todos y cada uno de los juicios.

¿Era cierto que la fuerza que empujaba de verdad el proyecto era Bobby Carl Leach?, preguntó alguien.

El abogado había estado tomándose unas copas con Bobby Carl dos noches atrás. No podía negar lo que toda la ciudad sospechaba.

—Eso creo —dijo, prudente—. Pero no estamos al corriente de todos los datos relativos al casino. Y además, el señor Leach desciende de los yazoos.

Una ola de risas estentóreas recorrió la sala, seguida de abucheos y silbidos.

—¡Diría que es enano si así pudiera ganar un dólar! —gritó alguien, comentario que provocó aún más risas y burlas.

Chillaron y abuchearon y silbaron durante una hora, pero al final la reunión perdió fuelle. Se hizo evidente que el condado no podía parar el casino.

Y así siguió. Más cartas al director, más sermones, más llamadas telefónicas a cargos elegidos democráticamente, algunas actualizaciones en el periódico. Con el transcurrir de las semanas y los meses, la oposición fue perdiendo interés. Bobby Carl fue discreto y apenas se dejó ver por la ciudad. No obstante acudía todas las mañanas a las siete en punto a la obra, a gritar al encargado y amenazar con prenderle fuego a alguien.

El Casino Lucky Jack se terminó justo un año después de que los yazoos recibieran el reconocimiento oficial de Washington. Todo en él era barato. El salón de juegos era una combinación diseñada a toda prisa de tres edificios metálicos prefabricados y completada por falsas fachadas de ladrillo blanco y montones de neones. Se le había adosado un hotel de cincuenta habitaciones, diseñado para que sobresaliera lo más posible. Con seis plantas de pequeños cuartuchos atiborrados a 49,95 dólares la noche, era el edificio más alto del condado. Dentro del casino, el motivo era el Salvaje Oeste, indios y vaqueros, caravanas de carromatos, pistoleros, salones y tipis. Cuadros chabacanos empapelaban las paredes de escenas de batallas en las que los indios, por si alguien se molestaba en comprobarlo, superaban ligeramente en número a los blancos. Los suelos estaban cubiertos por una moqueta gruesa y hortera, con estampados compuestos por imágenes de caballos y ganado. La atmósfera reinante era la de un bullicioso salón de convenciones montado lo más rápido posible para atraer a los jugadores. Bobby Carl se había encargado de casi todo el diseño. El personal se formaba a toda prisa. «Cien puestos de trabajo», le replicaba Bobby Carl a cualquiera que criticara el casino. El Jefe Larry vestía las ropas ceremoniales yazoos o, al menos, su versión de las mismas, y se dedicaba a pasear por la sala de juegos y charlar con los clientes y garantizar que se sintieran como si estuvieran en un auténtico territorio indio. De las dos docenas oficiales de yazoos, quince trabajaban en el casino. Se les proporcionaron cintas del pelo y plumas, y se les enseñó a dirigir el blackjack, uno de los trabajos más lucrativos.

El futuro se auguraba cargado de planes —un campo de golf, un centro de convenciones, una piscina cubierta, etcétera— pero primero tenían que ganar algo de dinero. Necesitaban jugadores.

La inauguración evitó el bombo y platillo. Bobby Carl sabía que cámaras, periodistas y un exceso de atención espantarían a muchos curiosos, de modo que el Lucky Jack abrió con discreción. Bobby Carl publicó anuncios en los periódicos de los condados circundantes prometiendo mayores probabilidades y tragaperras más generosas y «el salón de póquer más grande de Mississippi». Una mentira flagrante, pero nadie se atrevió a refutarla en público. El negocio arrancó lento; efectivamente, los lugareños no se acercaban al casino. La mayoría de la clientela provenía de los condados de alrededor y pocos de los primeros jugadores se quedaban a dormir. El altísimo hotel estaba vacío. El Jefe Larry casi no tenía con quien hablar mientras vagaba por la sala.

Pasada la primera semana, corrió la voz por Clanton de que el casino estaba en apuros. Expertos en la materia pontificaban en las cafeterías de la plaza. Varios de los más valientes admitían haber visitado el Lucky Jack e informaban, felices, de que el lugar estaba prácticamente desierto. Los predicadores se jactaban desde los pulpitos: Satán había sido derrotado. Una vez más, los indios habían sido aplastados.

Tras dos semanas de escasa actividad, Bobby Carl decidió que había llegado el momento de hacer trampas. Encontró a una vieja novia, una dispuesta a ver su cara en todos los diarios, y amañó las tragaperras para que ganara la asombrosa suma de catorce mil dólares con una ficha de dólar. Otro topo, uno de Polk County, ganó ocho mil dólares en «las mejores tragaperras a este lado de Las Vegas». Los dos ganadores posaron para las fotos con el Jefe Larry mientras este les entregaba, con gran ceremonia, los cheques ampliados y Bobby Carl pagaba anuncios a toda página en ocho semanarios, entre ellos el *Ford County Times.*

El señuelo de fortunas instantáneas resultó abrumador. El negoció se dobló, y triplicó. A las seis semanas, el Lucky Jack era rentable. El hotel ofrecía habitaciones gratis con los paquetes de fin de semana y a menudo no quedaban plazas. Empezaron a llegar vehículos de otros estados. Vallas publicitaban por todo el norte de Mississippi la buena vida del Lucky Jack.

La buena vida estaba dejando atrás a Stella. Tenía cuarenta y ocho años, una hija adulta y un marido al que ya no amaba. Cuando se casó con Sidney, hacía ya décadas, sabía que era callado, aburrido, no particularmente guapo y falto de ambición y, ahora que se acercaba a los cincuenta, no recordaba por qué ni cómo la había atraído. El romanticismo y el deseo no duraron mucho y, para cuando nació su hija, los dos se limitaban a repetir la rutina aprendida. El día que cumplió treinta años, Stella le confesó a su hermana que no era feliz. Esta, con un divorcio a cuestas y otro en proceso, le aconsejó que se deshiciera de Sidney y encontrara otro hombre con personalidad, alguien que disfrutara de la vida y, preferiblemente, con posibles. En cambio, Stella se centró en su hija y empezó a tomar pastillas anticonceptivas en secreto. La idea de otro hijo con algún gen de Sidney no le hacía ni pizca de gracia.

Ahora habían pasado dieciocho años y su hija se había ido. Sidney había engordado unos cuantos kilos y era cada vez más gris, sedentario y aburrido. Trabajaba compilando información para una empresa aseguradora de tamaño medio y se contentaba con ir

cumpliendo años y soñar con un retiro magnífico que, por la razón que fuera, confiaba en que sería mucho más emocionante que los primeros sesenta años de su vida. Stella no se engañaba. Sabía que Sidney, en activo o jubilado, sería la misma rata insufrible cuyos tontos rituales cotidianos jamás cambiarían y terminarían por volverla loca.

Quería escapar.

Sabía que él la quería, la adoraba incluso, pero Stella no podía corresponderle. Durante años intentó convencerse de que su matrimonio aún se cimentaba en el amor, en ese amor de raíces profundas, duradero y nada romántico que sobrevive década tras década. Pero al final renunció a esa funesta idea.

Detestaba romperle el corazón, pero con el tiempo Sidney lo superaría.

Stella adelgazó nueve kilos, se oscureció el pelo, cargó un poco las tintas en el maquillaje y flirteó con la idea de unos pechos nuevos. Sidney lo presenció todo divertido. Su preciosa mujer ahora aparentaba diez años menos. ¡Era un hombre afortunado!

Aunque su suerte se acabó cuando una noche llegó a casa y la encontró vacía. La mayor parte de los muebles seguía allí, pero su mujer no. Los armarios de Stella estaban vacíos. Su mujer se había llevado algo de ropa de cama y de menaje, pero sin avaricia. Lo cierto era que Stella no quería nada de Sidney salvo el divorcio.

Los documentos estaban en la mesa de la cocina: una demanda conjunta de divorcio por razón de diferencias irreconciliables. ¡Preparada por un abogado! Menuda emboscada. Sidney la leyó entre lágrimas y luego lloró aún más cuando leyó las dos páginas de lacónica despedida de Stella. Se pasaron más o menos una semana discutiendo por teléfono, dale que te pego, una y otra vez. Él le suplicaba que regresara a casa. Ella se negaba, decía que todo había acabado, que por favor firmara los papeles y dejara de llorar.

Habían vivido durante años en las afueras de la pequeña ciudad de Karraway, un lugarcito desolado, ideal para un hombre como Sidney. Sin embargo Stella estaba harta. Ahora vivía en Clanton, cabeza de partido, una ciudad grande con club de campo y algunos salones. Vivía con una vieja amiga, dormía en el sótano, buscaba trabajo. Sidney intentó encontrarla, pero ella lo esquivó. Su hija telefoneó desde Texas y enseguida se puso del lado de la madre.

La casa, que siempre había tendido a la tranquilidad, en esos momentos parecía una tumba y Sidney no lo soportaba. Se acostumbró a esperar a que anocheciera, luego iba en coche a Clanton, daba la vuelta a la plaza y callejeaba por el centro mirando a un lado y a otro con la fervorosa esperanza de dar con su mujer y de que ella lo viera y su cruel corazón se derritiera y la vida volviera

a ser tan buena como antes. Nunca la veía y seguía conduciendo, lejos de la ciudad, por el campo.

Una noche pasó frente al colmado del Jefe Larry y, después, se desvió hacia el concurrido aparcamiento del casino Lucky Jack. Quizá Stella estuviera allí. Quizá anhelara tan desesperadamente las luces y la vida veloz que se rebajara a visitar semejante antro. Era solo una idea, una excusa para ver aquello de lo que hablaba todo el mundo. ¿Quién habría soñado siquiera con que habría un casino en el retrógrado interior rural de Ford County? Sidney vagó por la moqueta hortera, habló con el Jefe Larry, observó a un grupo de paletos borrachos perder la paga jugando a los dados, se rió de los patéticos viejales que tiraban sus ahorros por las ranuras de las tragaperras y escuchó brevemente a un espantoso *crooner country* que intentaba imitar a Hank Williams en un pequeño escenario. Algunos maduritos desinhibidos y con sobrepeso se bamboleaban y se movían lánguidamente por la pista de baile delante de la banda. Algunos de ellos, camorristas de tomo y lomo. Stella no andaba por allí. No estaba en el bar, no estaba en el bufete ni en el salón de póquer. En cierto modo Sidney se sintió aliviado, aunque con el corazón todavía roto.

Hacía años que no jugaba a las cartas, pero recordaba las normas básicas del veintiuno, un juego que le había enseñado su padre. Después de media hora dando vueltas por las mesas de blackjack, por fin reunió el coraje para tomar asiento en la mesa de los cinco dólares y pedir cambio de veinte. Jugó una hora y ganó ochenta y cinco dólares. Dedicó el día siguiente a estudiar las reglas del blackjack —probabilidades básicas, doblar, dividir pares, los intríngulis de una apuesta segura— y la noche siguiente regresó a la misma mesa y ganó más de cuatrocientos dólares. Estudió un poco más y la tercera noche jugó durante tres horas, sin beber nada salvo café solo, y se marchó con mil setecientos cincuenta dólares. El juego le pareció simple y sencillo. Había un modo perfecto de jugar cada mano; basándose en lo que mostraba la banca y siguiendo las probabilidades estándares, el jugador podía ganar seis manos de cada diez. Había que sumarle el pago por conseguir un blackjack y el casino tenía todas las de perder.

Entonces, ¿por qué tanta gente perdía? Sidney estaba consternado ante la ignorancia y las apuestas descabelladas de los otros jugadores. La ingesta continuada de alcohol no ayudaba y, en una tierra donde se reprimía la bebida por considerarse un pecado gravísimo, a muchos el flujo ilimitado de alcohol del Lucky Jack les resultaba irresistible.

Sidney estudiaba, jugaba, bebía café solo que le servían las camareras de los cócteles y jugaba un poco más. Compró libros y vídeos de autoayuda y aprendió a contar las cartas, una estrategia

difícil que a menudo funcionaba de maravilla pero que también podía acabar con el jugador expulsado de la mayoría de los casinos. Y, lo más importante, aprendió la disciplina necesaria para calcular las probabilidades, para abandonar cuando iba perdiendo y para cambiar radicalmente las apuestas a medida que el mazo encogía.

Dejó de conducir por Clanton en busca de su mujer y en su lugar iba directo al Lucky Jack, donde, la mayoría de las noches, jugaba durante una o dos horas y se llevaba a casa al menos mil dólares. Cuanto más ganaba, más se percataba de los ceños fruncidos de los supervisores de mesa. Los jóvenes cachas de trajes baratos —seguridad, supuso— parecían vigilarle más de cerca. Continuamente rechazaba recibir un trato especial: la firma de un «carnet de socio» que daba derecho a todo tipo de regalos a los asiduos que apostaban fuerte. Se negaba a aceptar ninguna clase de carnet. Su libro favorito se titulaba *Saltar la banca* y el autor, un ex jugador convertido en escritor, predicaba el mensaje del disimulo y el engaño: «No repitas nunca ropa, no lleves joyas, sombrero, gorras, gafas. Nunca juegues en la misma mesa más de una hora. Nunca des tu nombre. Llévate a un amigo y pídele que te llame Frank o Charlie o cualquier otra cosa. Apuesta mal de vez en cuando. Cambia de bebida habitual, pero mantente alejado del alcohol». La razón era simple. La ley permitía que cualquier casino del país pidiera a cualquier jugador que abandonara el recinto. Si sospechaban que contabas las cartas o hacías trampas o si estabas ganando demasiado y sencillamente se habían hartado de ti, podían darte la patada. Sin razón. Una variedad de identidades los despistaba.

El éxito del juego dio a Sidney un nuevo propósito en la vida, pero en la oscuridad de la noche aún despertaba y alargaba la mano en busca de Stella. Un juez había firmado la sentencia de divorcio. Ella no volvería, pero él seguía alargando la mano de todos modos, soñando con la mujer que amaría siempre.

Stella no sufría en soledad. La noticia de que había una nueva divorciada atractiva en la ciudad corrió como la pólvora y, al poco, Stella se encontró en una fiesta en la que conoció al infame Bobby Carl Leach. Aunque era algo mayor que las mujeres que solía perseguir, Bobby Carl la encontró atractiva y sensual. La encandiló con su retahíla de cumplidos y fingió quedarse prendado de cada palabra que Stella pronunciaba. La noche siguiente cenaron juntos y se acostaron justo después del postre. Aunque Bobby Carl era rudo y vulgar, a Stella le pareció una experiencia estimulante. Maravillosamente distinta de las cópulas estoicas y gélidas que mantenía con Sidney.

No mucho tiempo después Stella consiguió un trabajo bien remunerado como secretaria/ayudante del señor Leach; era la última de una larga lista de mujeres que se habían incorporado a la plantilla

por razones ajenas a sus capacidades organizativas. Pero si el señor Leach esperaba que Stella se limitara a contestar al teléfono y desnudarse a la carta, estaba equivocado. Rápidamente ella pasó revista a su imperio y no encontró nada de interés. Maderas, tierras silvestres, propiedades alquiladas, equipos agrícolas y hoteles de poca categoría resultaban igual de aburridos que Sidney, en especial cuando los comparaba con el oropel de un casino. Su lugar era el Lucky Jack y pronto se apropió de la oficina con vistas a la sala de juegos de la planta alta, por donde Bobby Carl deambulaba a última hora de la noche con un gin-tonic en la mano y la vista fija en las innumerables videocámaras mientras contaba su dinero. El título de Stella cambió a directora de operaciones y la mujer planeó una expansión de la zona de comedor y quizá una piscina interior. Tenía montones de ideas y Bobby Carl estaba encantado de contar con una compañera de cama tan fácil que además compartiera su misma pasión por el negocio. De vuelta en Karraway, Sidney oyó los rumores de que su querida Stella se había liado con el granuja de Leach y eso lo deprimió más. Lo ponía enfermo. Pensó en un asesinato, luego en un suicidio. Soñaba maneras de impresionarla y recuperarla. Cuando se enteró de que Stella dirigía el casino, dejó de ir; pero no de jugar. Al revés, amplió su juego con largos fines de semana en los casinos del condado de Tunica, junto al río Mississippi. Ganó catorce mil dólares en una sesión maratoniana en el casino choctaw del condado de Neshoba y le pidieron que abandonara el Grand Casino de Biloxi después de limpiar dos mesas por valor de treinta y ocho mil dólares. Se tomó una semana de vacaciones y fue a Las Vegas, donde jugó en un casino diferente cada cuatro horas y partió de la ciudad con sesenta mil dólares en ganancias. Dejó el trabajo y pasó un par de semanas en las Bahamas, acumulando montones de fichas de cien dólares en los casinos de Freeport y Nassau. Se compró una autocaravana y viajó por todo el país, merodeando por cualquier reserva con casino. En una docena de ellas más o menos lo encontró, y todos se alegraron de verlo marchar. Luego pasó otro mes en Las Vegas, estudiando en la mesa privada del mayor maestro mundial, el hombre que había escrito *Saltar la banca.* La tutoría personalizada le costó a Sidney cincuenta mil dólares, pero mereció la pena. Su maestro lo convenció de que tenía el talento, la disciplina y el temple necesarios para jugar al blackjack de manera profesional. Rara vez hacía semejante elogio.

Al cabo de cuatro meses el Lucky Jack se había asentado en la escena local. La oposición se había difuminado; obviamente el casino no iba a desaparecer. Se convirtió en un centro de encuentro para

clubes sociales, reuniones de ex alumnos, despedidas de soltero e incluso algunas bodas. El Jefe Larry empezó a planear la construcción de la oficina central yazoo y se emocionaba al contemplar el auge de su tribu. Gente que se había mostrado bastante reacia a la sugerencia de un posible antepasado indio, ahora se proclamaba con orgullo yazoo puro. La mayoría querían trabajo, y cuando el Jefe mencionó la idea de compartir los beneficios en forma de dádivas mensuales, la tribu superó de pronto el centenar de miembros.

Bobby Carl, claro, se embolsaba su parte de los ingresos, pero aún no le dominaba la avaricia. Al contrario, empujado por Stella, pidió más dinero prestado para financiar un campo de golf y un centro de convenciones. El banco contemplaba con grato asombro la entrada de liquidez y enseguida concedió el crédito. A los seis meses de la inauguración, el Lucky Jack debía dos millones de dólares y a nadie le preocupaba.

Durante los veintiséis años que había pasado con Sidney, Stella nunca había salido del país y había visto muy poco de Estados Unidos. La idea que Sidney tenía de unas vacaciones era alquilar un apartamento barato en una playa de Florida y nunca más de cinco días seguidos. Su nuevo hombre, en cambio, adoraba los barcos y los cruceros, y por eso a Stella se le ocurrió la idea de un crucero de San Valentín por el Caribe para diez parejas afortunadas. Publicitó el concurso, amañó los resultados, eligió a algunas de sus nuevas amistades y algunos amigos de Bobby Carl y luego comunicó los ganadores en otro anuncio a toda página en la prensa local. Y para allá que se fueron. Bobby Carl y Stella, un puñado de ejecutivos de casino (afortunadamente el Jefe Larry declinó la invitación) y las diez parejas afortunadas partieron de Clanton en limusina camino del aeropuerto de Memphis. Desde allí, volaron a Miami y se embarcaron con otros cuatro mil viajeros en una excursión íntima por las islas.

Cuando estuvieron fuera del país comenzó la matanza del día de San Valentín. Sidney entró en el Lucky Jack una noche de mucho ajetreo: Stella había anunciado toda clase de regalos románticos baratos y el lugar estaba a reventar. Era Sidney, pero no se parecía en nada al Sidney que habían visto la última vez en el casino. Llevaba el pelo largo y apelmazado, teñido de negro y colgando por encima de las orejas. Hacía un mes que no se afeitaba y se había teñido la barba con el mismo tiente barato que había empleado para el cabello. Llevaba unas gafas grandes y redondas de carey, también tintadas, y costaba verle los ojos. Vestía cazadora de motorista de cuero y vaqueros, y seis de sus dedos lucían anillos de piedras y metales variados. Una desconcertante boina negra, ligeramente caída a la izquierda, le cubría la mayor parte de la cabeza. Y en honor a los chicos de seguridad que controlaban los monitores de la

planta alta, un falso tatuaje obsceno le adornaba el dorso de cada mano.

Nadie había visto nunca a ese Sidney.

De las veinte mesas de blackjack, solo tres estaban destinadas a los jugadores más osados. La apuesta mínima era de cien dólares la mano y solían ser mesas poco concurridas. Sidney tomó asiento en una, soltó un fajo de billetes y pidió: «Cinco mil, en fichas de cien». El crupier sonrió mientras recogía el dinero y lo extendía sobre la mesa. Un supervisor de mesa vigilaba atentamente por encima del hombro. Se intercambiaron miradas y gestos alrededor de la mesa y los ojos de la planta alta cobraron vida. Había otros dos apostantes en la mesa que apenas se dieron cuenta de nada. Los dos estaban bebiendo y apurando sus últimas fichas.

Sidney jugó como un aficionado y perdió dos mil dólares en veinte minutos. El supervisor se relajó; no tenía de qué preocuparse.

—¿Tiene la tarjeta del club? —le preguntó a Sidney.

—No —repuso tajante Sidney—. Y no me la ofrezcas.

Los otros dos hombres dejaron la mesa y Sidney amplió el campo de operaciones. Jugando en tres plazas y apostando quinientos dólares en cada una, enseguida recuperó los dos mil y añadió otros cuatro mil quinientos a su montón de fichas. El supervisor se paseaba intentando no mirar fijamente. El crupier barajaba las cartas mientras una camarera traía un vodka con zumo de naranja, del que Sidney tomaba sorbos sin apenas beber nada. Jugando en cuatro plazas, a mil dólares cada una, recuperó lo invertido en quince minutos, luego ganó seis manos seguidas por un total de veinticuatro mil dólares. Eran demasiadas fichas de cien para moverlas con comodidad, de modo que pidió pasarse a las púrpuras. La mesa solo tenía veinte fichas de mil dólares. El crupier tuvo que pedir un descanso mientras el supervisor iba a por más dinero.

—¿Le apetecería cenar? —preguntó, algo nervioso.

—No tengo hambre —contestó Sidney—. Pero voy a ir al servicio.

Cuando se reanudó el juego, Sidney, que seguía solo en la mesa y empezaba a atraer a algún curioso, jugó cuatro plazas de dos mil. Durante quince minutos cubrió lo apostado, luego echó un vistazo al supervisor y preguntó de repente:

—¿Tienen otro crupier?

—Por supuesto.

—Prefiero una mujer.

—Desde luego.

Una joven hispana se acercó a la mesa y le deseó buena suerte. Sidney no respondió. Se jugó mil dólares en cada una de las cuatro plazas, perdió tres manos seguidas y luego subió la apuesta a tres mil dólares la mano y ganó cuatro del tirón.

El casino iba perdiendo sesenta mil dólares. Hasta el momento el récord del Lucky Jack en una noche era de ciento diez mil dólares. Un médico de Memphis había conseguido un botín, solo para perder mucho más la noche siguiente. «Que ganen —le gustaba decir a Bobby Carl—. Ya lo recuperaremos.»

—Me apetece un helado —dijo Sidney en dirección al supervisor de mesa, que chasqueó los dedos al instante.

—¿De qué lo quiere?

—Pistacho.

Enseguida llegaron un cuenco y una cuchara de plástico, y Sidney le dio de propina a la camarera su última ficha de cien. Comió un poco de helado y luego colocó cinco mil dólares en cada casilla. Jugar veinte mil dólares en una mano era raro, y el rumor se extendió por el casino. Una muchedumbre pululaba detrás de Sidney, pero él ni se enteraba. Ganó siete de las diez manos siguientes y llegó a ciento dos mil dólares. Mientras el crupier barajaba, Sidney comía helado despacio y se limitaba a no quitarle ojo a las cartas.

Con la talla nueva cambió las apuestas de diez mil a veinte mil dólares por mano. Cuando ganó ochenta mil dólares más, el supervisor de mesa intervino.

—Ya basta. Está contando las cartas.

—Se equivoca —replicó Sidney.

—Déjelo —dijo alguien a sus espaldas, pero el supervisor no le hizo caso.

El crupier se desentendió de la discusión.

—Está contando —repitió el supervisor.

—No es ilegal —se defendió Sidney.

—No, pero tenemos nuestras propias reglas.

—Tonterías —gruñó Sidney, y comió otra cucharada.

—Ya. Le voy a pedir que se vaya.

—Bien. Quiero mi pasta.

—Le extenderemos un cheque.

—Y una mierda. He entrado aquí con efectivo y pienso irme con

efectivo.

—¿Le importaría acompañarme, caballero?

—¿Adónde?

—Tratemos el asunto en la caja.

—Estupendo. Pero exijo efectivo.

La muchedumbre los vio desaparecer. En el despacho del cajero, Sidney mostró un carnet de conducir falso que le identificaba como un tal señor Jack Ross de Dothan, Alabama. El cajero y el supervisor rellenaron el formulario de Hacienda y, tras una acalorada discusión, Sidney salió con una bolsa de lona llena con ciento ochenta y cuatro mil dólares en billetes de cien.

Regresó a la noche siguiente con un traje oscuro, camisa blanca y corbata, y con un aspecto considerablemente diferente. La barba, el pelo largo, los anillos, los tatuajes, la boina y las gafas de memo habían desaparecido. Ese día llevaba la cabeza afeitada al cero y lucía un fino mostacho gris y gafas de montura metálica para leer colgadas de la punta de la nariz. Eligió otra mesa con otro crupier. El supervisor de la noche anterior no trabajaba. Sidney dejó el dinero sobre la mesa y pidió veinticuatro fichas de mil dólares. Jugó durante media hora, ganó doce manos de quince y luego pidió una mesa privada. El supervisor lo condujo a una salita cerca de la sala de póquer. Los chicos de seguridad de la planta alta estaban en sus puestos, vigilando el menor movimiento.

—Querría fichas de diez mil —anunció Sidney—. Y un crupier hombre.

Sin problemas.

—¿Le apetece tomar algo?

—Un Sprite y unas galletitas saladas.

Se sacó más dinero del bolsillo y contó las fichas después de cambiarlo. Había veinte. Jugó en tres plazas a la vez y al cabo de quince minutos tenía treinta y dos fichas. Otro supervisor y el encargado de turno se habían sumado a la reunión y miraban, con rostro grave, desde detrás del crupier.

Sidney masticaba galletitas como si jugara en las tragaperras de dos dólares. Pero en cambio, estaba apostando diez mil dólares en cada una de las cuatro casillas. Luego veinte mil y después otra vez diez mil. Cuando el mazo bajó, de pronto apostó cincuenta mil dólares en las seis plazas. El crupier había levantado un cinco, su peor carta. Sidney partió tranquilamente un par de sietes y dobló un diez. El crupier dio la vuelta a una reina, luego sacó despacio la siguiente carta. Era un nueve, lo que sumaba veinticuatro. Sidney se embolsó cuatrocientos mil dólares y el primer supervisor de mesa

bordeó el desmayo.

—Tal vez deberíamos tomarnos un descanso —propuso el encargado.

—Bueno, yo primero acabaría el mazo y después descansaría —dijo Sidney.

—No —repuso el encargado.

—Quiere recuperar el dinero, ¿verdad?

El crupier titubeó y lanzó una mirada desesperada al encargado. ¿Dónde estaba Bobby Carl cuando se lo necesitaba?

—Trato hecho —dijo Sidney con una sonrisa—. Es solo dinero. Si nunca he salido de un casino con dinero en el bolsillo...

—¿Le importaría darnos su nombre?

—Cómo no. Sidney Lewis. —Sacó la cartera y tiró a la mesa su carnet de conducir, sin importarle que apareciera su nombre de verdad. No pensaba volver. El encargado y los supervisores de mesa lo estudiaron, cualquier cosa con tal de ganar algo de tiempo.

—¿Había estado antes en el casino? —preguntó el encargado.

—Vine hace unos meses. ¿Vamos a jugar? ¿Qué clase de casino es este? Ahora, reparta.

El encargado le devolvió el carnet a regañadientes y Sidney lo dejó sobre la mesa, cerca de su altísimo montón de fichas. El encargado asintió ligeramente en dirección al crupier. Sidney tenía una sola ficha de diez mil dólares en cada una de las seis plazas y se aprestó a añadir cuatro más en cada una. De pronto había trescientos mil dólares en juego. Si ganaba la mitad de las plazas, seguiría jugando. Si perdía, se retiraría y se marcharía con una ganancia neta de seiscientos mil dólares en dos noches, una bonita suma de dinero que satisfaría en gran medida el odio que sentía por Bobby Carl Leach.

Las cartas fueron cayendo lentamente sobre la mesa y el crupier dejó boca arriba un seis. Sidney dividió dos jotas, un movimiento temerario contra el que prevenían muchos expertos, luego no quiso más naipes. Cuando el crupier giró la carta tapada y reveló un nueve, Sidney no dejó traslucir la menor expresión, pero el encargado y los dos supervisores de mesa palidecieron. El crupier tenía que jugar teniendo ya un quince y lo hizo de muy mala gana. Sacó un siete y sumó veintidós.

El encargado se adelantó de un salto y dijo:

—Ya basta. Está contando las cartas. —Se secó las gotas de sudor de la frente.

—Tiene que ser broma —replicó Sidney—. ¿Qué clase de antro

es este?

—Se acabó, amigo —dijo el encargado, luego lanzó una mirada a los dos corpulentos guardas de seguridad y estos se materializaron instantáneamente detrás de Sidney, que se metió tranquilamente una galletita en la boca y la partió ruidosamente. Sonrió al encargado y al supervisor, y decidió poner fin a la velada.

—En metálico —anunció.

—Quizá haya algún problema —respondió el encargado.

Escoltaron a Sidney hasta el despacho del encargado en la planta alta, donde el séquito al completo se reunió a puerta cerrada. Nadie se sentó.

—Exijo dinero en efectivo.

—Le daremos un talón —repitió el encargado.

—No tienen el dinero, ¿verdad? —se mofó Sidney—. Este casino de pacotilla no tiene dinero y no puede pagar sus deudas.

—Tenemos el dinero —afirmó el encargado, sin convicción—. Y estaremos encantados de extenderle un cheque.

Sidney lo miró, a él, a los dos supervisores y a los dos guardas de seguridad.

—No me lo devolverán, ¿no?

—Por supuesto que no, pero le rogaría que lo retenga sesenta y dos horas.

—¿Con qué banco?

—Merchants, en Clanton.

A las nueve en punto de la mañana siguiente, Sidney y su abogado entraron en el Merchants Bank de la plaza central de Clanton y exigieron ver al director. Cuando estuvieron en su despacho, Sidney sacó un talón del casino Lucky Jack por la suma de novecientos cuarenta y cinco mil dólares, a cobrar dentro de tres días. El director lo examinó, se limpió la cara y luego, con voz rota, anunció:

—Lo lamento, pero no podemos aceptar este cheque.

—¿Y dentro de tres días? —preguntó el abogado.

—Lo dudo mucho.

—¿Ha hablado usted con el casino?

—Sí, en diversas ocasiones.

Una hora después, Sidney y su abogado entraban en los juzgados de Ford County, en la oficina del secretario de la

cancillería, y presentaban una demanda de inhibitoria temporal para conseguir el cierre inmediato del Lucky Jack y el pago de la deuda. El juez, el honorable Willis Bradshaw, convocó una vista urgente a las nueve de la mañana siguiente.

Bobby Carl desembarcó en Puerto Rico y se desvivió por encontrar vuelos de regreso a Memphis. Llegó a Ford County a última hora de esa misma noche y, en un supercompacto alquilado en Hertz, puso rumbo directo al casino, donde encontró un puñado de jugadores y aún menos empleados que estuvieran al corriente de lo ocurrido la noche anterior. El encargado se había despedido y no había forma de localizarlo. Sobre uno de los supervisores de mesa que trató con Sidney también se rumoreaba que había escapado del condado. Bobby Carl amenazó con quemarlos a todos salvo al Jefe Larry, que estaba superado por el caos. A medianoche, Bobby Carl se reunía con el director del banco y un equipo de abogados, y el nivel de ansiedad se desbordaba.

Stella continuaba de crucero, pero incapaz de divertirse. En plena confusión, cuando Bobby Carl gritaba al teléfono y arrojaba cosas, le había oído aullar: «¡Sidney Lewis! ¿Quién cojones es Sidney Lewis?».

Ella no dijo nada, al menos nada sobre el Sidney Lewis que conocía, y le parecía imposible creer que su ex marido hubiese sido capaz de hacer saltar la banca. Con todo, se sentía muy incómoda y cuando el barco atracó en George Town, en Gran Caimán, cogió un taxi al aeropuerto y regresó a casa.

El juez Bradshaw dio la bienvenida a la multitud de espectadores congregados en el juzgado. Les dio las gracias por asistir y les invitó a repetir la visita en el futuro. Luego preguntó si los abogados estaban listos para proceder.

Bobby Carl, con los ojos rojos, ojeroso y sin afeitar, estaba sentado a una mesa con tres de sus abogados y el Jefe Larry, que jamás había pisado un juzgado y estaba tan nervioso que se limitaba a cerrar los ojos, por lo que parecía meditar. Bobby Carl, que había visto muchos juzgados, estaba igual de estresado. Había hipotecado cuanto poseía para el préstamo bancario y ahora el futuro de su casino, así como del resto de sus activos, corría un gran peligro.

Uno de sus abogados se apresuró a levantarse.

—Sí, señoría, estamos listos, pero hemos presentado una solicitud de declaración de no ha lugar por falta de competencia. Es materia para un tribunal federal, no estatal.

—He leído su petición —dijo el juez Bradshaw, y saltaba a la vista que no le había gustado lo que había leído—. Me considero competente.

—Entonces presentaremos la petición al juez federal esta misma mañana —replicó el abogado.

—No puedo evitar que presente usted sus peticiones.

El juez Bradshaw había dedicado la mayor parte de su carrera a tratar de solucionar feas disputas entre parejas enemistadas y con los años había ido desarrollando una intensa animadversión hacia las causas del divorcio. Alcohol, drogas, adulterio, juego... su relación con los peores vicios no tenía fin. Enseñaba en la escuela dominical de la iglesia metodista y tenía firmes convicciones sobre el bien y el mal. En su opinión el juego era una abominación y estaba encantado de intentar solucionarlo.

El abogado de Sidney arguyó alto y con contundencia que el casino estaba infracapitalizado y no guardaba suficientes reservas de efectivo; en consecuencia, implicaba una amenaza constante para los otros jugadores. Anunció que a las cinco de esa misma tarde entablaría un litigio en toda ley si el casino no pagaba la deuda a su cliente. Mientras, el casino debía permanecer cerrado.

El juez Bradshaw parecía apoyar la idea.

Igual que los espectadores. El público incluía a varios predicadores y sus seguidores, todos ellos, votantes registrados que siempre habían apoyado al juez Bradshaw y que parecían felices y emocionados ante la posibilidad de cerrar el casino. Era el milagro por el que habían estado rezando. Y aunque en silencio condenaban a Sidney Lewis por sus costumbres pecaminosas, no podían evitar admirar al tío —un chico del pueblo— por arruinar al casino. Ánimo, Sidney.

En el transcurso de la vista salió a relucir que el Lucky Jack tenía efectivo a mano por valor de unos cuatrocientos mil dólares, a los que había que sumar un fondo de reserva de quinientos mil dólares con fianza. Asimismo, Bobby admitió en el estrado de los testigos que el casino había obtenido unos beneficios medios de ochenta mil dólares mensuales durante los siete primeros meses de actividad y que la cifra iba creciendo de manera constante.

Tras cinco horas extenuantes de vista, el juez Bradshaw ordenó al casino pagar los novecientos cuarenta y cinco mil dólares inmediatamente y cerrar las puertas hasta haber satisfecho la deuda.

También dio instrucciones al sheriff para que bloqueara la entrada desde la carretera estatal y arrestara a cualquier jugador que intentara acceder al casino. Los abogados del Lucky Jack corrieron al tribunal federal de Oxford y presentaron una demanda de reapertura. Llevaría varios días organizar una vista. Como había prometido, Sidney acudió tanto a los tribunales estatales como a los federales.

Durante los días siguientes se presentaron más demandas. Sidney demandó a la aseguradora que había emitido la fianza y luego también al banco. El banco, súbitamente inquieto por los dos millones que había prestado al Lucky Jack, renegó del otrora excitante negocio del juego. Reclamó el préstamo y demandó a la Nación Yazoo, al Jefe Larry y a Bobby Carl Leach. La ráfaga de litigios despertó a los abogados locales, la mayoría de los cuales competía por un trozo del pastel.

Cuando Bobby Carl descubrió que el marido del que acababa de divorciarse Stella era Sidney, la acusó de conspiración y la despidió. Ella lo demandó. Los días pasaban y el Lucky Jack seguía cerrado. Dos docenas de trabajadores impagados presentaron una demanda. Los organismos federales emitieron citaciones. El juez federal no quería complicarse en semejante follón y desestimó los esfuerzos del casino para reabrir.

Tras un mes de frenéticas maniobras legales, se impuso la realidad. El futuro del casino pintaba muy negro. Bobby Carl convenció al Jefe Larry de que no les quedaba otra más que declararse en suspensión de pagos. Al cabo de un par de días, Bobby Carl, de mala gana, hizo otro tanto. Tras dos décadas maniobrando, negociando y operando en la cuerda floja, por fin había quebrado.

Sidney estaba en Las Vegas cuando recibió una llamada de su abogado con la buena nueva de que la empresa aseguradora pagaría la fianza: quinientos mil dólares. Además, las cuentas inmovilizadas del Lucky Jack se abrirían lo justo para emitir otro cheque de cuatrocientos mil dólares a su favor. Sidney saltó a la autocaravana y emprendió un viaje triunfal y placentero de regreso a Ford County, pero no sin pasar primero por tres casinos indios que quedaban de camino.

Los pirómanos favoritos de Bobby Carl eran una pareja de marido y mujer residentes en Arkansas. Contactaron y el dinero cambió de manos. Junto con un juego de llaves y los planos de un edificio. Se despidió a los guardas de seguridad nocturnos del casino. Se cortó el suministro de agua del local. El edificio carecía de

rociadores antiincendios porque ninguna normativa de edificación los exigía.

Para cuando la Brigada de Bomberos Voluntarios de Springdale apareció en escena, a las tres de la madrugada, todo el Lucky Jack estaba en llamas. Las estructuras metálicas se fundían. Después los inspectores sospecharían que se trataba de un incendio provocado, pero no encontrarían rastros de gasolina ni ningún otro acelerante. Decidieron que una fuga y explosión de gas había desencadenado el incendio. Durante el litigio posterior, los investigadores de la empresa aseguradora aportarían documentos que revelaban que, misteriosamente, los tanques de gas natural del casino se habían rellenado la semana anterior al suceso.

El Jefe Larry regresó a su tienda y cayó en una depresión grave. Una vez más, la codicia del hombre blanco había destruido a su tribu. La nación yazoo se había dispersado para no volver a reunirse jamás.

Sidney se quedó una temporada por Karraway, pero acabó cansándose de la atención y los cotilleos. Como había dejado el trabajo y reventado el casino la gente hablaba de él con total naturalidad como de un jugador profesional, toda una rareza en el Mississippi rural. Y aunque Sidney no encajaba en el molde de un pícaro de altos vuelos, el tema de su nuevo estilo de vida resultaba irresistible. Era bien sabido que Sidney era el único hombre de la ciudad con un millón de dólares, lo que le causaba ciertos problemas. Aparecieron viejos amigos. Solteras de todas las edades maquinaban planes para conocerlo. Todas las asociaciones benéficas le escribían para pedirle dinero. Su hija de Texas se inmiscuyó en su vida y se apresuró a disculparse por haber tomado partido en el divorcio de sus padres. Cuando Sidney colgó un cartel de SE VENDE en el patio delantero, se convirtió en la comidilla de todo Karraway. El rumor más extendido era que Sidney se mudaba a Las Vegas.

Él esperó.

Jugaba al póquer en internet durante horas y, cuando se aburría, se acercaba en la autocaravana a los casinos de Tunia, en la costa del Golfo. Ganaba más que perdía, pero se cuidaba mucho de no llamar demasiado la atención. Dos casinos de Biloxi le habían prohibido la entrada unos meses atrás. Siempre regresaba a Karraway, aunque en realidad quería irse para siempre.

Esperó.

El primer paso lo dio su hija. Una noche telefoneó y estuvo hablando una hora y, hacia el final de la intrincada conversación, dejó caer que Stella se sentía sola y triste, y echaba mucho de menos su vida junto a Sidney. Según su hija, a Stella la devoraban los remordimientos y desesperaba por reconciliarse con el único hombre

al que había amado. Mientras escuchaba parlotear a su hija, Sidney comprendió que necesitaba a Stella más de lo que le desagradaba. Con todo, no prometió nada.

La siguiente llamada telefónica fue más al grano. La hija inició sus esfuerzos por cerrar un encuentro entre sus padres, una especie de primer paso hacia una normalización de las relaciones. En caso necesario, estaba dispuesta a volver a Karraway para mediar en la cuestión. Lo único que quería era que sus padres estuvieran juntos. Qué raro, pensó Sidney, puesto que no había manifestado nada de ello antes de que su padre saltara la banca.

Tras una semana más o menos enfrentándose a adversarios imaginarios, Stella se presentó una noche para tomar una vaso de té. En un encuentro largo y emotivo, confesó sus pecados y suplicó el perdón. Se marchó y regresó a la noche siguiente para un nuevo debate. A la tercera noche, se acostaron y Sidney volvía a estar enamorado.

Sin hablar de boda, cargaron la autocaravana y partieron rumbo a Florida. Cerca de Ocala, la tribu seminola regentaba un nuevo casino muy famoso que Sidney se moría por atacar. Se sentía en racha.

La habitación de Michael

Probablemente el encuentro era inevitable en una ciudad de diez mil habitantes. Antes o después acabas encontrándote a casi todo el mundo, incluidos aquellos cuyos nombres olvidaste hace tiempo y cuyos rostros apenas te suenan. Algunos nombres y algunas caras se graban y se recuerdan, y resisten a la erosión del tiempo. Otros se descartan casi al instante, la mayoría por una buena razón.

En el caso de Stanley Wade el encuentro fue provocado en parte por la persistente gripe de su mujer y en parte por la necesidad de provisiones, además de por otras razones. Tras una larga jornada en la oficina, Stanley telefoneó a casa para comprobar cómo se encontraba su mujer y preguntar por la cena. Ella le informó en tono bastante abrupto de que no le apetecía cocinar ni comer y, si él tenía hambre, sería mejor que se pasara por la tienda. ¿Cuándo no había tenido hambre Stanley a la hora de cenar? Intercambiaron algunos comentarios y se decidieron por la pizza, prácticamente el único plato que Stanley sabía preparar y, curioso, lo único de lo que quizá su mujer picara un poco. Preferiblemente de salchicha y queso. «Entra por la puerta de la cocina y no alteres a los perros, por favor», le pidió su mujer. Quizá estuviera durmiendo en el sofá.

El ultramarinos más cercano era el Rite Price, un viejo local de saldos a escasas manzanas de la plaza, con pasillos sucios, precios bajos y regalos baratos que atraía a las clases populares. Casi todos los blancos con ínfulas compraban en Kroger, al sur de la ciudad, fuera de la ruta de Stanley. Pero solo quería pizza congelada. ¿Qué más daba? En esa ocasión no pensaba comprar el más fresco de los productos orgánicos. Tenía hambre, le apetecía comida basura y quería llegar a casa.

Obvió los carritos y los cestos de la compra y se encaminó directamente a la sección de congelados, donde eligió una creación de treinta y seis centímetros con nombre italiano y frescura garantizada. Estaba cerrando el cristal helado cuando notó que había alguien de pie pegado a él, alguien que lo había visto, lo había seguido y ahora prácticamente le echaba el aliento a la cara. Alguien mucho más corpulento que Stanley. Alguien a quien no le interesaban los congelados, al menos por el momento. Stanley giró

hacia la derecha y su mirada se topó con una cara malhumorada que había visto antes en alguna parte. El hombre tendría unos cuarenta años, aproximadamente diez menos que Stanley, le sacaba al menos diez centímetros y era mucho más ancho de pecho. Stanley era liviano, casi frágil, en absoluto atlético.

—El abogado Wade, ¿verdad? —dijo el hombre, más a modo de acusación que de pregunta. Incluso su voz resultaba vagamente familiar: un tono peculiarmente agudo para alguien tan corpulento, rural pero no ignorante. Una voz del pasado, no cabía duda.

Stanley supuso acertadamente que su encuentro anterior, cuando y dondequiera que ocurriera, tenía que ver con alguna demanda judicial y no hacía falta ser un genio para deducir que no habían estado del mismo bando. Encontrarse cara a cara con viejos adversarios de los tribunales tiempo después del juicio era uno de los riesgos que corrían los abogados de ciudades pequeñas. Por mucho que le tentara, Stanley no podía negar quién era.

—Sí —contestó, aferrando la pizza—. ¿Y usted es?

Al instante, el hombre pasó junto a Stanley y al hacerlo bajó ligeramente el hombro y golpeó con fuerza al abogado Wade, que se dio con la puerta helada que acababa de cerrar. La pizza cayó al suelo y Stanley, mientras recuperaba el equilibrio y la cena, se giró y vio al hombre alejarse por un pasillo y desaparecer a la vuelta de la esquina en dirección a los desayunos y los cafés. Stanley contuvo la respiración, miró alrededor y se dispuso a gritar algo provocador, pero enseguida se lo repensó, se incorporó y dedicó un momento a tratar de analizar el único contacto físico violento que recordaba en toda su vida adulta. Nunca había sido peleón, deportista, bebedor ni camorrista. Stanley, no. Había sido el pensador, el estudioso, el tercero de la promoción de derecho.

Era agresión pura y dura. El más mínimo roce airado de otra persona. Pero no había testigos y Stanley, sabiamente, decidió olvidarlo o al menos intentarlo. Dada la disparidad de tamaños y disposiciones, podría haber sido mucho peor.

Y lo sería, muy pronto.

Durante los diez minutos siguientes Stanley intentó serenarse mientras recorría cautelosamente el comercio atisban—do por las esquinas, leyendo etiquetas, inspeccionando carnes, estudiando a los otros clientes en busca de pistas de su agresor o, quizá, de otro asaltante. Cuando más o menos se convenció de que el tipo se había marchado, corrió a la única caja abierta, se apresuró a pagar la pizza y salió de la tienda. Se dirigió a su coche mirando en todas direcciones y ya estaba dentro, a salvo tras las portezuelas cerradas y con el motor en marcha, cuando comprendió que se avecinaban problemas.

Una camioneta se había detenido detrás del Volvo de Stanley y le cortaba la salida. Delante tenía una furgoneta aparcada que le impedía escapar de frente. Stanley se enfadó. Apagó el motor, abrió la portezuela de golpe y, estaba saliendo del coche, cuando vio al hombre que se acercaba con prisas desde la camioneta. Luego vio el arma, una pistola grande y negra.

Stanley consiguió pronunciar un débil «¿Qué cono?» antes de que la mano desarmada lo abofeteara y el abogado se golpeara contra la puerta del conductor. Durante un momento no vio nada, pero notó que lo agarraban, lo arrastraban, lo empujaban al interior de la ranchera y estiraban de él por el asiento delantero. La mano que lo cogía del cogote era gorda, fuerte, violenta. El cuello de Stanley era delgado y débil y, por alguna razón, en el horror del momento, Stanley admitió que aquel tipo podía partirle el cuello sin ningún problema, solo con una mano.

Conducía otro hombre, un chico muy joven, probablemente un niño. Se oyó un portazo. Stanley, con la cabeza pegada al suelo, notaba fríos martillazos metálicos en la nuca.

—Vamos —dijo el hombre, y la camioneta arrancó de una sacudida.

»No te muevas y no abras la boca o te vuelo los sesos —lo amenazó, en tono agudo y alterado.

—Vale, vale —farfulló Stanley.

Tenía el brazo izquierdo atrapado detrás de la espalda y, para asegurarse, el hombre tiró de él hasta que Stanley se estremeció de dolor. El dolor continuó durante un minuto más o menos; después, el hombre lo soltó de repente. Alejó la pistola de la cabeza de Stanley.

—Siéntese —ordenó el hombre, y Stanley se incorporó, sacudió la cabeza, se ajustó las gafas e intentó enfocar la mirada.

Estaban en las afueras de la ciudad, rumbo al oeste. Pasaron los segundos sin que nadie dijera nada. A la izquierda de Stanley el chico conducía, un adolescente de no más de dieciséis años, un chico delgado con flequillo y granos y ojos que revelaban sorpresa y perplejidad a partes iguales. De un modo extraño, su juventud e inocencia reconfortaron a Stanley: ¡al matón no se le ocurriría dispararle delante del chico! A la derecha, con sus piernas rozándole, iba el hombre de la pistola, que en ese momento llevaba apoyada en su carnosa rodilla derecha sin apuntar a nadie en particular.

El silencio continuó mientras dejaban Clanton atrás. El abogado Wade respiraba a bocanadas profundas y quedas, y consiguió serenarse un poco al tiempo que intentaba ordenar sus ideas y encarar la perspectiva de un rapto. Bien, abogado Wade, ¿qué has hecho en veintitrés años de ejercicio para merecer esto? ¿A

quién has demandado? ¿Quién quedó fuera de un testamento? ¿Tal vez un mal divorcio? ¿A quién le tocó el bando perdedor de un litigo?

Cuando el chico dejó la carretera y giró por un camino rural pavimentado, Stanley por fin se decidió a hablar.

—¿Le importa si le pregunto adónde vamos?

—Me llamo Cranwell —dijo el hombre, obviando la pregunta—. Jim Cranwell. Este es mi hijo Doyle.

Ese litigio. Stanley tragó saliva y se fijó por primera vez en el sudor que le empapaba el cuello de la camisa. Todavía llevaba su traje gris oscuro, la camisa blanca de algodón y la sosa corbata granate y, de pronto, aquel atuendo le daba calor. Estaba sudando y el corazón le latía a martillazos. Cranwell contra Trane, hacía ocho o nueve años. Stanley defendió al doctor Trane en un juicio desagradable, discutido, emotivo y, en última instancia, exitoso. Una amarga pérdida para la familia Cranwell. Una gran victoria para el doctor Trane y su abogado, pero Stanley ya no se sentía tan victorioso.

El hecho de que el señor Cranwell aireara tan despreocupadamente su nombre y el de su hijo solo podía significar una cosa, al menos para Stanley. El señor Cranwell no temía que lo identificaran porque su víctima no podría hablar. Al fin y al cabo, la pistola negra acabaría entrando en acción. Una oleada de náuseas sacudió el cuerpo de Stanley y, por un segundo, el abogado sopesó dónde descargar el vómito. Ni a la derecha ni a la izquierda. De frente, entre los pies. Apretó los dientes, tragó rápido y el apuro pasó.

—He preguntado adónde vamos —dijo, en un esfuerzo más bien débil de mostrar cierta resistencia. Pero sus palabras sonaron huecas y ásperas. Tenía la boca muy seca.

—Es mejor que se calle —aconsejó Jim Cranwell. Stanley, que no se encontraba en posición de discutir ni de plantear más preguntas, decidió callarse.

Fueron pasando los minutos mientras se adentraban en el condado por la Ruta 32, una carretera muy transitada durante el día pero desierta de noche. Stanley conocía bien la zona. Llevaba veinticinco años viviendo en Ford County y era un lugar pequeño. Su respiración volvió a ralentizarse, igual que el corazón, y Stanley se concentró en asimilar los detalles de su alrededor. La camioneta, pensó, era una Ford de finales de los años ochenta de media tonelada y exterior gris metalizado y con interior azul marino. El salpicadero era normal, sin nada destacable. En la visera del conductor una goma gruesa sujetaba papeles y recibos. Ciento noventa y cuatro mil kilómetros recorridos, nada extraño en esa zona del mundo. El chico conducía a una velocidad constante de ochenta

kilómetros por hora. Salió de la Ruta 32 y cogió Wiser Lane, un camino pavimentado más pequeño que serpenteaba por la parte occidental del condado y terminaba cruzando el río Tallahatchie en la frontera con Polk County. Las vías se iban estrechando, los bosques espesando y las opciones de Stanley mermando, sus probabilidades bajaban.

Echó una mirada a la pistola y pensó en su fugaz carrera como ayudante del fiscal hacía muchos años, en las ocasiones en que cogía el arma del asesinato etiquetada, la mostraba al jurado y la paseaba por la sala esforzándose en crear dramatismo, miedo, sensación de venganza.

¿Habría un juicio por su asesinato? ¿Algún día se blandiría esa pistola tirando a grande —suponía que se trataba de un Magnum 44, capaz de esparcir sus sesos por casi diez hectáreas de tierras de labranza— en un tribunal cuando el sistema abordara su truculento homicidio?

—¿Por qué no dice nada? —preguntó Stanley sin mirar a Jim Cranwell. Cualquier cosa menos aquel silencio. Si le quedaba alguna oportunidad, sería por sus palabras, por su habilidad para razonar, para suplicar.

—Su cliente, el doctor Trane, se marchó de la ciudad, ¿verdad? —dijo Cranwell.

Bueno, al menos Stanley tendría su juicio, lo que no le sirvió de ningún consuelo.

—Sí, hace años.

—¿Adonde se fue?

—No estoy seguro.

—Se metió en algún problema, ¿verdad?

—Sí, podría decirlo así.

—Acabo de hacerlo. ¿Qué clase de problema?

—No me acuerdo.

—Mentir no va a servirle de nada, letrado. Sabe perfectamente lo que le pasó al doctor Trane. Era un borracho y un drogadicto, incapaz de pasar sin su pequeña farmacia. Estaba enganchado a los calmantes, perdió la licencia, dejó la ciudad e intentó esconderse de vuelta en Illinois.

Detalló los pormenores como si fueran del dominio público, disponibles cada mañana en las cafeterías locales y diseccionados durante el almuerzo en los clubes de jardinería, cuando en realidad el bufete de Stanley había gestionado y enterrado discretamente la desintegración del doctor Trane. O eso creía

Stanley. El hecho de que Jim Cranwell lo hubiera vigilado todo tan de cerca después del juicio lo empujó a secarse la frente, recolocar su peso y pelearse, una vez más, contra las ganas de vomitar.

—Más o menos es correcto —admitió Stanley.

—¿Habla alguna vez con el doctor Trane?

—No. Hace años que no.

—Dicen que ha vuelto a desaparecer. ¿Lo sabía?

—No. —Era mentira. Stanley y sus socios estaban al corriente de los rumores sobre la desconcertante desaparición del doctor Trane. El médico había escapado a Peoría, su ciudad natal, donde recuperó la licencia y reanudó el ejercicio de la medicina, pero no pudo evitar buscarse problemas. Al cabo de un par de años, su mujer de entonces se había paseado por Clanton preguntando a viejos amigos y conocidos si lo habían visto.

El chico volvió a girar, esta vez por un camino sin señalizar, un camino por el que quizá Stanley había pasado de largo sin fijarse. También estaba pavimentado, pero difícilmente permitiría el paso de dos vehículos. Hasta el momento el chico no había emitido el menor ruido.

—Nunca lo encontrarán —dijo Jim Cranwell, casi para sí, pero con un tono brutalmente tajante.

A Stanley le daba vueltas la cabeza. Veía borroso. Parpadeó, se frotó los ojos, respiró hondo abriendo la boca y sintió que se le hundían los hombros mientras asimilaba y digería las últimas palabras del hombre de la pistola. ¿Debía suponer Stanley que esos catetos de las profundidades del condado habían localizado al doctor Trane y le habían dado el pasaporte sin que los pillaran?

Sí.

—Para ahí, junto a la verja de Baker —indicó Cranwell a su hijo.

Cien años más tarde, la camioneta se detuvo. Cranwell abrió la portezuela, blandió la pistola y ordenó: «Fuera». Cogió a Stanley de la muñeca y lo condujo frente al vehículo, lo despatarró de un empujón contra el capó y le advirtió: «No se mueva ni un pelo». Luego susurró ciertas instrucciones a su hijo, que volvió a la camioneta. Cranwell agarró otra vez al abogado y tiró de él hacia un lado del camino hasta una acequia poco profunda, en la que permanecieron mientras el vehículo se alejaba. Observaron cómo las luces traseras se perdían tras una curva.

Cranwell apuntó al camino con el arma y ordenó:

—En marcha.

—No se irá de rositas, lo sabe, ¿verdad? —dijo Stanley.

—Calle y camine.

Echaron a andar por el camino oscuro y lleno de baches. Stanley iba primero; Cranwell, metro y medio por detrás. Era una noche clara, con una media luna que daba luz suficiente para que no se salieran del camino. Stanley miró a derecha e izquierda y atrás, buscando en vano las luces lejanas de alguna granjita. Nada.

—Como eche a correr es hombre muerto —advirtió Cranwell—. Las manos fuera de los bolsillos.

—¿Por qué? ¿Cree que voy armado?

—Calle y siga andando.

—¿Hacia dónde iba a correr? —preguntó Stanley sin perder el paso. De repente, Cranwell embistió sin hacer el menor ruido y descargó un potente puñetazo en el dorso del esbelto cuello de Stanley, que acabó derribado en el asfalto. Volvía a tener la pistola contra la cabeza y a Cranwell encima de él, gruñendo.

—Es usted un listillo, ¿eh, Wade? Fue de listillo en el juicio y va de listillo ahora. Nació listillo. Seguro que su mamaíta era otra listilla y que sus hijos, los dos, también lo son. No puede evitarlo, ¿verdad? Pero, escúcheme bien, listillo, durante una hora va a dejar de ser listillo. ¿Entendido, Wade?

Stanley estaba atónito, aturdido y dolorido, y dudaba de poder reprimir el vómito. Al ver que no respondía, Cranwell le tiró del cuello de la camisa con tanta fuerza que Stanley terminó de rodillas.

—¿Unas últimas palabras, letrado? —Stanley tenía el cañón de la pistola clavado en la oreja.

—No lo haga, hombre —suplicó Stanley, súbitamente al borde de las lágrimas.

—Ah, y ¿por qué no? —susurró Cranwell desde arriba.

—Tengo familia. No lo haga, por favor.

—Yo también tengo hijos, Wade. Los conoce a los dos. Doyle iba conduciendo la camioneta. Michael es el que conoció en el juicio, el niño con daños cerebrales que nunca podrá conducir, ni andar, ni hablar, ni comer ni mear solo. ¿Por qué, abogado? Por su querido cliente, el doctor Trane, que ojalá se pudra en el infierno.

—Lo siento. De verdad. Me limitaba a hacer mi trabajo. Por favor.

La pistola empujó más, de manera que Stanley tuvo que inclinar la cabeza hacia la izquierda. Sudaba, jadeaba, buscaba

desesperadamente el comentario que pudiera salvarlo.

Cranwell agarró un puñado del pelo de Stanley y dio un tirón.

—Pues su trabajo da asco, Wade, porque implica mentir, intimidar, acosar, encubrir y no mostrar la más mínima compasión por las víctimas. Detesto su trabajo, Wade, casi tanto como a usted.

—Lo siento. Por favor.

Cranwell apartó la pistola de la oreja de Stanley, apuntó al camino y, con el arma a unos veinte centímetros de la cabeza del abogado, apretó el gatillo. En aquella calma, un cañón habría hecho menos ruido.

Stanley, al que nunca habían disparado, se encogió de terror y de dolor, de miedo a la muerte, y cayó al suelo con el cuerpo convulsionado y las orejas aullando. Pasaron varios segundos hasta que la espesura absorbió el eco del disparo. Pasaron varios más y Cranwell dijo:

—Levanta, gusano.

Poco a poco Stanley, al que seguían sin haber disparado aunque no lo tuviera demasiado claro, empezó a comprender lo sucedido. Se levantó, inseguro, todavía jadeante e incapaz de oír ni de hablar. Entonces se dio cuenta de que tenía los pantalones mojados. En el momento de morir, había perdido el control de la vejiga. Se tocó la bragueta, luego las piernas.

—Se ha meado —dijo Cranwell. Stanley lo oyó, pero muy flojo. Le estallaban los oídos, en particular el derecho—. Pobre—cito, mojadito de pis. Michael se mea encima cinco veces al día. A veces podemos permitirnos los pañales, otras no. Andando.

Cranwell volvió a empujarlo, sin miramientos, mientras apuntaba al camino con la pistola. Stanley trastabilló, a punto de caerse, pero recuperó el equilibrio y se tambaleó un poco más hasta que logró centrarse, equilibrarse y convencerse de que, en realidad, no le habían disparado.

—No está preparado para morir —dijo Cranwell desde atrás.

«Gracias a Dios», estuvo a punto de contestar Stanley, pero se contuvo porque seguro que Cranwell se lo tomaba como otro comentario de listillo. Mientras avanzaba dando tumbos por el camino, se juró evitar toda clase de comentarios de listillo y cualquier cosa remotamente parecida. Se metió un dedo en la oreja derecha para intentar parar el pitido. Tenía frío en la bragueta y las piernas por culpa de la humedad.

Caminaron durante diez minutos, aunque a Stanley le pareció una marcha eterna hacia la muerte. Al girar un recodo del camino, vio luces más adelante, una casita a lo lejos. Apretó un poco el paso

porque decidió que Cranwell no volvería a dispararle si alguien podía oírlo.

La casa era un pequeño edificio de ladrillo de dos plantas situado a unos noventa metros del camino, con una entrada de grava y primorosos setos bajo las ventanas delanteras. Había cuatro vehículos repartidos de cualquier modo por la entrada y el patio, como si los vecinos hubieran llegado con prisas a una cena. Uno era una ranchera Ford, la que había conducido Doyle, y estaba aparcada delante del garaje. Dos hombres fumaban bajo un árbol.

—Por aquí —indicó Cranwell, señalando con la pistola y empujando a Stanley hacia la casa. Pasaron frente a los dos fumadores—. Mirad lo que tengo. —Los hombres exhalaron nubes de humo, pero no dijeron nada—. Se ha meado —añadió Cranwell, y a los fumadores les pareció divertido.

Cruzaron el patio delantero, pasaron de largo frente a la puerta y el garaje, rodearon la casa y, en la parte de atrás, se dirigieron a un anexo de contrachapado barato y sin pintar que alguien había adosado como un tumor. Estaba unido a la casa pero desde la carretera no se veía. Tenía ventanas disparejas, tuberías a la vista, una puerta endeble y el aspecto deprimente de una habitación añadida lo más rápido y barato posible.

Cranwell plantó una mano en la magullada nuca de Stanley y lo empujó hacia la puerta. «Adentro», dijo, indicando la dirección siempre con el arma. La única entrada pasaba por una breve rampa para sillas de ruedas, tan destartalada como el resto de la habitación. La puerta se abrió desde dentro. Había gente esperando.

Hacía ocho años, durante el juicio, Michael tenía tres años. Lo habían mostrado al jurado solo una vez. Durante los emotivos alegatos finales del abogado, el juez había permitido que lo entraran en la sala en su silla especial solo un momento. Llevaba pijama, un babero grande, pero ni calcetines ni zapatos. La cabeza, oblonga, caía a un lado. La boca estaba abierta, los ojos cerrados, y su cuerpecillo contrahecho quería hacerse un ovillo. Tenía daños cerebrales graves, era ciego y su esperanza de vida era de pocos años. Daba pena verlo, aunque al final el jurado no tuvo compasión.

Stanley había aguantado aquel momento, igual que el resto de la sala, pero cuando se llevaron a Michael, volvió a lo suyo. Estaba convencido de que nunca volvería a ver a aquel niño.

Se equivocaba. Ahora estaba viendo una versión algo mayor de Michael, un poco más patética. Llevaba pijama y babero, pero ni

calcetines ni zapatos. La boca estaba abierta, los ojos seguían cerrados. La cara había crecido por arriba formando una frente larga e inclinada, cubierta en parte por pelo negro, grueso y apelmazado. Un tubo salía de la nariz hacia algún lugar escondido. Los brazos estaban doblados a la altura de las muñecas, encorvados hacia dentro. Las rodillas, recogidas contra el pecho. Tenía la barriga protuberante y, por un momento, a Stanley le recordó a esas tristes fotos de niños africanos famélicos.

Michael yacía en la cama, un resto viejo de algún hospital, apoyado en varias almohadas y amarrado mediante una cinta de velero que le rodeaba la cintura. A los pies de la cama estaba su madre, una pobre mujer demacrada y sufridora cuyo nombre Stanley no recordó en ese instante.

La había hecho llorar en el estrado.

Junto al otro extremo de la cama había un pequeño lavabo con la puerta abierta y, pegado a la puerta, un archivador metálico negro con dos cajones de medidas estándares y suficientes arañazos y abolladuras para probar que había pasado por una docena de mercadillos de segunda mano. La pared de junto a la cama no tenía ventanas, pero las dos de los laterales disponían de tres estrechas aberturas cada una. La habitación medía a lo sumo cuatro metros y medio de largo por tres y medio de ancho. Un linóleo barato de color amarillo cubría el suelo.

—Siéntese, Wade —dijo Jim, empujando a su prisionero a una silla plegable en el centro de la pequeña habitación. La pistola había desaparecido. Los dos fumadores de fuera entraron y cerraron la puerta. Se situaron junto a los otros dos hombres que había de pie junto a la señora Cranwell, a escasos metros de Wade. Cinco hombres, todos grandes y malcarados y aparentemente listos para la pelea. Y Doyle, en algún lugar detrás de Stanley. Y la señora Cranwell, Michael y el abogado Wade.

El cuadro al completo.

Jim se acercó a la cama, besó a Michael en la frente, se giró y preguntó:

—¿Lo reconoce, Wade?

Stanley solo pudo asentir.

—Ya tiene once años —dijo Jim, rozando delicadamente el brazo de su hijo—. Sigue ciego, sigue teniendo daños cerebrales. No sabemos hasta qué punto oye o entiende, pero no mucho. Sonríe una vez a la semana cuando oye la voz de su madre y, a veces, también sonríe cuando Doyle le hace cosquillas. Pero no responde demasiado. ¿Le sorprende verlo con vida, letrado?

Stanley miraba fijamente unas cajas de cartón metidas debajo

de la cama de Michael y así evitaba ver al niño. Escuchaba con la cabeza vuelta a la derecha porque de ese lado no oía. Todavía tenía los oídos traumatizados por el disparo y, de enfrentarse a una situación menos problemática, le habría preocupado la posibilidad de perder audición.

—Sí —contestó, sinceramente.

—Lo imaginaba —dijo Jim. Su aguda voz había bajado una o dos octavas. Ya no estaba alterado. Ahora estaba en casa, entre amigos—. Porque en el juicio le dijo usted al jurado que Michael no cumpliría los ocho años. Según uno de esos falsos expertos que paseó por la sala, era imposible que viviera diez años. Buscaba claramente acortarle la vida y minimizar así los daños, ¿verdad? ¿Lo recuerda, letrado?

—Sí.

Ahora Jim caminaba de un lado a otro, junto a la cama de Michael, hablando con Stanley, y lanzando miradas fugaces a los cuatro hombres apretujados contra la pared.

—Pues Michael tiene once años, así que se equivocó, ¿eh, letrado?

Discutir solamente empeoraría las cosas y ¿por qué negar la verdad?

—Sí.

—Mentira número uno —anunció Jim, y levantó un dedo índice. Luego se acercó a la cama y volvió a tocar a su hijo—. Casi toda la comida la recibe por un tubo. Es una fórmula especial que cuesta ochocientos dólares al mes. Becky consigue que coma algo líquido de vez en cuando. Cosas como flan instantáneo, helado, pero no gran cosa. Toma toda clase de medicinas para prevenir ataques, infecciones y demás. Los medicamentos nos cuestan unos mil dólares mensuales. Cuatro veces al año lo llevamos a Memphis al especialista, no sabemos muy bien por qué, porque no pueden hacer nada, pero de todos modos vamos porque nos dicen que vayamos. Mil quinientos pavos el viaje. Gasta un paquete de pañales cada dos días, a seis dólares el paquete, cien pavos mensuales, no mucho, pero cuando no siempre puedes permitírtelos, son carísimos. Ponle un poco por aquí y un poco por allá y calculamos que al año nos gastamos treinta mil dólares en cuidar de Michael.

Jim caminaba de nuevo, exponiendo su caso, y no lo hacía mal. El jurado que había elegido a dedo lo apoyaba. Las cifras sonaban mucho peor tan lejos del juzgado.

—Si no recuerdo mal, su experto se mofó de estas cifras y aseguró que los cuidados de Michael no llegarían a diez de los grandes por año. ¿Se acuerda, letrado?

—Creo que sí.

—¿Estamos de acuerdo en que se equivocó? Tengo las facturas que lo demuestran.

—Ahí mismo —terció Becky, señalando el archivador metálico de color negro. Sus primeras palabras.

—No. Acepto su palabra.

Jim levantó dos dedos.

—Mentira número dos. Bien, el mismo experto testificó que no necesitaríamos una enfermera a jornada completa. Hizo que pensaran que el pobre Michael se limitaría a estar tirado como un zombi en el sofá durante un par de años, luego se moriría y todo volvería a la normalidad. No consideraba que Michael fuera a necesitar atención constante. Becky, ¿querrías hablar sobre atenciones constantes?

La larga melena de Becky era completamente gris y la llevaba recogida en una coleta. La madre tenía la mirada triste y fatigada. No se esforzaba en disimular las negras ojeras. Se levantó y dio un paso hacia una puerta que había cerca de la cama. La abrió y sacó un pequeño catre plegable.

—Duermo aquí casi todas las noches. No puedo dejarle solo por culpa de los ataques. A veces se quedan Doyle o Jim, pero siempre tiene que haber alguien de noche. Los ataques siempre le dan de noche. No sé por qué. —Volvió a empujar el catre y cerró la puerta—. Le doy de comer cuatro veces al día, treinta gramos cada vez. Orina al menos cinco veces y va de vientre como mínimo dos. Es impredecible. Ocurre en cualquier momento. Ya han pasado once años y no. hay patrón que valga. Le baño dos veces al día. Le leo, le cuento cuentos. Rara vez salgo de esta habitación, señor Wade. Y cuando no estoy aquí, me siento culpable porque debería. La palabra «constante» se queda corta para describir los cuidados que necesita., —Volvió a sentarse en su viejo sillón a los pies de la cama de Michael y clavó la vista en el suelo.

Jim reanudó las explicaciones.

—Bien, como sin duda recordará, en el juicio nuestro experto dijo que necesitaríamos una enfermera a jornada completa. Usted le dijo al jurado que eso era una chorrada. Tontería, creo que dijo. Otro intento de afanar más dinero. Nos presentó como a un puñado de cabrones avariciosos. ¿Se acuerda, letrado?

Stanley asintió. No recordaba las palabras exactas, pero desde luego parecía algo que él habría dicho en el calor de un juicio.

Tres dedos.

—Mentira número tres —anunció Cranwell a su jurado, cuatro

hombres con complexión, color de pelo, expresión y petos gastados como los de Jim. Estaba claro que eran familia.

Jim continuó.

—Ganaba cuarenta mil al año, letrado, y pagaba mis impuestos. A mí no se me aplican esas excepciones a las que tienen derecho los tipos listos como usted. Antes de nacer Michael, Becky trabajaba de ayudante de maestra en una escuela de Karraway, pero ahora no puede, por razones evidentes. No me pregunte cómo salimos adelante, porque no sabría decírselo. —Señaló en dirección a los cuatro hombres—. Recibimos mucha ayuda de los amigos y las iglesias de por aquí. No recibimos nada del estado de Mississippi. No tiene sentido, ¿no? El doctor Trane se largó de rositas sin pagar un centavo. Su aseguradora, un montón de sinvergüenzas del Norte, se libró de pagar. Los ricos causan el daño y luego salen impunes. ¿Podría explicármelo, letrado?

Stanley negó con la cabeza. No ganaría nada intentando discutir. Estaba escuchando, pero también adelantándose al momento de un futuro cercano en que tendría que volver a suplicar por su vida.

—Hablemos de otra mentira —decía Cranwell—. Nuestro experto dijo que probablemente podríamos contratar a una enfermera a tiempo parcial por unos treinta mil dólares al año, y eso tirando bajo. Treinta por la enfermera, treinta por los otros gastos, en total sesenta anuales durante veinte años. Fácil de calcular: un millón doscientos mil. Pero la cifra asustó a nuestro abogado porque ningún jurado del país concedería un millón de dólares. El veredicto más alto por aquel entonces, hace ocho años, rondaba los doscientos mil y, según el abogado, lo recortaron en la apelación. Otros capullos como usted, señor Wade, las compañías de seguros para las que se prostituye y los políticos a los que compran con sus millones se aseguran de mantener en su sitio a la gente avariciosa como nosotros y los abogados que contratamos. Nuestro abogado nos dijo que pedir un millón de pavos era peligroso porque en Ford County nadie tenía un millón de dólares así que, ¿por qué iban a dárnoslo a nosotros? Lo hablamos durante horas antes del juicio y al final decidimos que debíamos reclamar algo menos de un millón. Novecientos mil, ¿lo recuerda, letrado?

Stanley asintió. Efectivamente, se acordaba.

Cranwell se acercó un paso y señaló a Stanley.

—Y usted, cabrón hijo de puta, le dijo al jurado que no teníamos el valor de pedir un millón de dólares, que en realidad queríamos un millón de dólares porque intentábamos aprovecharnos de nuestro niñito. ¿Cómo dijo, señor Wade? No fue «avaricia». No nos llamó avariciosos. ¿Qué palabra era, Becky?

—«Oportunistas» —contestó su mujer.

—Eso. Nos señaló, allí sentados con nuestro abogado, a tres metros de usted mismo y del jurado, y nos llamó oportunistas. Nunca había tenido tantas ganas de abofetear a un hombre. —E inmediatamente, Cranwell embistió y abofeteó a Stanley en la mejilla derecha con el dorso de la mano. Las gafas salieron volando hacia el suelo.

»Pedazo de mierda, miserable —gruñó Cranwell.

—Basta, Jim —dijo Becky.

Siguió una pausa larga y tensa mientras Stanley sacudía la cabeza para despejarse e intentaba enfocar la vista. Uno de los cuatro hombres le devolvió las gafas de mala gana. Por lo visto lo repentino de la agresión había dejado atónitos a todos, incluido el propio Jim.

Jim regresó junto a la cama y dio unas palmaditas en el hombro a Michael, luego se giró y clavó la vista en el abogado.

—Mentira número cuatro, letrado, y no estoy seguro de poder recordarlas todas. He leído la transcripción cientos de veces, más de novecientas páginas en total, y cada vez que la leo, encuentro una nueva mentira. Como cuando le dijo al jurado que los veredictos abultados son malos porque incrementan el coste de la sanidad y de los seguros, ¿se acuerda, Wade?

Stanley se encogió de hombros como si no estuviera seguro. Le dolían el cuello y los hombros, y le costaba incluso ese gesto. Le quemaba la cara, le pitaban los oídos, todavía tenía la entrepierna mojada y algo le decía que se encontraba solo en la primera ronda y que la primera iba a ser la más fácil.

Jim miró a los cuatro hombres.

—¿Te acuerdas, Steve?

—Sí.

—Steve es mi hermano, el tío de Michael. Oyó hasta la última palabra que se dijo en aquel juicio, Wade, y aprendió a odiarles tanto como yo. En fin, volvamos a las mentiras. Si los jurados dictan veredictos comedidos o de inocencia, se supone que disfrutaremos de cuidados sanitarios y de seguros baratos, ¿correcto, letrado? Ese fue su brillante argumento. El jurado se lo tragó. No podemos permitir que unos abogados avariciosos y sus clientes igual de avariciosos se aprovechen del sistema para enriquecerse. No, señor. Hay que proteger a las compañías de seguros. —Jim miró a su jurado —. Pues bien, amigos. Dado que el abogado Wade consiguió un veredicto de cero para su médico y su aseguradora, ¿cuánto habéis visto bajar el coste de los cuidados médicos?

Nadie del jurado contestó.

—Ah, a propósito, letrado. ¿Sabía usted que en el momento del juicio el doctor Trane tenía cuatro Mercedes? Uno para él, otro para su mujer y un par para sus hijos adolescentes. ¿Lo sabía?

—No.

—Vaya, ¿qué clase de abogado es usted? Nosotros lo sabíamos. Mi abogado hizo los deberes, lo sabía todo de Trane. Pero no pudo utilizarlo en el juicio. Demasiadas normas. Cuatro Mercedes. Supongo que un médico rico los merece.

Cranwell se dirigió al archivador, abrió el cajón superior y sacó un fajo de unos siete centímetros de papeles apretujados dentro de una carpeta de plástico azul. Stanley la reconoció de inmediato porque el suelo de su despacho estaba cubierto de carpetas de plástico azul. Transcripciones de los juicios. En algún momento, Cranwell había pagado unos cientos de dólares al taquígrafo del tribunal por una copia de todas las palabras pronunciadas durante el juicio contra el doctor Trane por mala praxis médica.

—¿Recuerda al jurado número seis, letrado?

—No.

Cranwell pasó unas cuantas páginas, muchas de ellas marcadas y con destacados en amarillo y verde.

—Estoy echando un vistazo a la selección del jurado, Wade. En cierto momento mi abogado preguntó a los preseleccionados si alguno trabajaba para una compañía de seguros. Una mujer dijo que sí y fue rechazada. Un caballero, un tal señor Rupert, no dijo nada y lo eligieron para el jurado. La verdad es que no trabajaba en una compañía de seguros porque acababa de jubilarse de una después de treinta años de servicio. Luego, después del juicio y de la apelación, descubrimos que el señor Rupert fue el gran defensor del doctor Trane durante las deliberaciones. Se pasó. Montaba en cólera cada vez que otro jurado mencionaba la posibilidad de dar algo de dinero a Michael. No le suena, ¿letrado?

—No.

—¿Está seguro? —Cranwell dejó de pronto la transcripción y dio un paso en dirección a Stanley—. ¿Seguro, Wade?

—Estoy seguro.

—¿Cómo es posible? El señor Rupert gestionó las reclamaciones a Southern Delta Mutual durante treinta años, trabajó en toda la zona norte de Mississippi. Su bufete ha representado a muchas aseguradoras, incluida Southern Delta Mutual. ¿Me está diciendo que no conocía al señor Rupert? —Otro paso. Se acercaba otro bofetón.

—No lo conocía.

Los dedos hendieron el aire.

—Mentira número cinco —anunció Cranwell y mostró los dedos al jurado—. ¿O son seis? Ya he perdido la cuenta.

Stanley se preparó para un puñetazo o un bofetón, pero no recibió ninguno. En su lugar, Cranwell regresó junto al archivador y sacó más carpetas del cajón superior. «Casi dos mil páginas de mentiras», sentenció mientras amontonaba las carpetas una sobre otra. Stanley cogió aire y respiró aliviado porque había escapado momentáneamente de un instante violento. Fijó la vista en el linóleo entre sus zapatos y volvió a admitir para sí que había caído en la trampa que tan a menudo atrapa a tantos lugareños educados y de las clases altas cuando se convencen de que el resto de la población es tonta e ignorante. Cranwell era más listo que la mayoría de los abogados de la ciudad y estaba muchísimo mejor preparado.

Armado con un puñado de mentiras, Cranwell iba a por más.

—Y, por supuesto, letrado, ni siquiera hemos tocado el tema de las mentiras que contó el doctor Trane. Supongo que me dirá que eso es asunto del doctor, no suyo.

—El doctor Trane testificó. Yo no —dijo Stanley, demasiado rápido.

Cranwell fingió una risa.

—Buen intento. Era su cliente. Lo llamó al estrado, ¿no?

—Sí.

—Y antes de que testificara, mucho antes, ¿lo ayudó a prepararse para enfrentarse al jurado, verdad?

—Es lo que debemos hacer los abogados.

—Gracias. De modo que se supone que los abogados deben ayudar a urdir mentiras. —No era una pregunta y Stanley no pensaba discutir. Cranwell hojeó unas páginas y añadió—: He aquí una muestra de las mentiras del doctor Trane, al menos según nuestro experto médico, un buen hombre que sigue ejerciendo y que no perdió la licencia y que no era un alcohólico ni un drogadicto y que no salió huyendo del estado. ¿Le recuerda, letrado?

—Sí.

—El doctor Parkin, un buen hombre. Lo atacó usted como a un animal, lo despedazó delante del jurado y, cuando por fin se sentó, parecía usted un cabrón petulante. ¿Te acuerdas, Becky?

—Pues claro que me acuerdo —contestó debidamente la mujer.

—Aquí está lo que el doctor Parkin dijo del bueno de Trane.

Dijo que no había diagnosticado bien los dolores de parto de Becky cuando mi mujer fue por primera vez al hospital, que no deberían haberla mandado a casa, donde aguantó tres horas antes de regresar al hospital mientras el doctor Trane iba a su casa a acostarse, que la mandó a casa porque la lectura del monitor fetal indicaba una ausencia de reacción cuando en realidad el doctor Trane había interpretado mal los resultados, que cuando Becky ingresó en el hospital y por fin el doctor Trane acudió a asistirla, le administró Pitocin durante siete horas, que no detectó el estrés fetal, volvió a interpretar mal las lecturas del cardiotocógrafo, que indicaban claramente que el estado de Michael iba deteriorándose y que padecía un estrés agudo, que no supo diagnosticar que el Pitocin estaba provocando hiperestimulación y un exceso de actividad uterina, que intentó una chapuza de parto con ventosa y que al final realizó una cesárea unas tres horas más tarde de lo que cualquiera hubiera hecho, y que al retrasarla demasiado hizo posibles la asfixia y la hipoxia, y que la asfixia y la hipoxia se podrían haber evitado con una cesárea a tiempo y correcta. ¿No le suena nada de todo esto, letrado?

—Sí, me acuerdo.

—¿Y recuerda decirle al jurado, como un hecho, porque usted, en tanto que brillante abogado, siempre da datos exactos, que nada de todo eso era verdad, que el doctor Trane se ciñó a la conducta profesional más exigente, etcétera, etcétera?

—¿Es una pregunta, señor Cranwell?

—No. Pero pruebe con esta. En sus alegatos finales, ¿dijo al jurado que el doctor Trane era uno de los mejores médicos que conocía, una estrella dentro de la comunidad, un líder, un hombre al que confiaría su familia, un magnífico doctor al que la buena gente de Polk County debía proteger? ¿Se acuerda, letrado?

—Han pasado ocho años. La verdad, no lo recuerdo.

—Bueno, pues consultemos la página mil quinientos setenta y cuatro del tomo cinco, ¿quiere? —Cranwell abrió una carpeta y hojeó el contenido—. ¿Quiere leer sus brillantes palabras, letrado? Están aquí mismo. Las leo constantemente. Echemos un vistazo y dejemos que las mentiras hablen por sí solas. —Le tiró la carpeta a la cara, pero el abogado sacudió la cabeza y desvió la mirada.

Tal vez fue el ruido, la sofocante tensión de la habitación o simplemente fueron los circuitos rotos de su cableado defectuoso, pero Michael volvió en sí de repente. Un ataque le dominó de la cabeza a los pies y al instante comenzaron las convulsiones rápidas y violentas. Becky saltó a su lado sin mediar palabra y con la determinación que da la experiencia. Jim se olvidó del abogado por un momento y se acercó a la cama, que chirriaba y se sacudía, las

juntas y los muelles necesitaban lubricante. Doyle se materializó desde el fondo de la habitación y los tres Cranwell se ocuparon de Michael y su ataque. Becky susurraba palabras de arrullo y le sujetaba las muñecas con delicadeza. Jim sostenía un mordedor de goma en la boca de su hijo. Doyle refrescaba la frente de su hermano con una toalla húmeda y repetía: «No pasa nada, hermanito, no pasa nada».

Stanley contempló la escena cuanto pudo, luego se apoyó en los codos y dejó caer la mandíbula entre las manos, mirándose los pies. Los cuatro hombres de la izquierda permanecieron como centinelas de rostros pétreos y Stanley dedujo que ya habían presenciado muchos ataques iguales. La habitación se caldeaba y Stanley volvía a notar el cuello sudado. No por primera vez, pensó en su mujer. Habían entrado ya en la segunda hora de secuestro y Stanley se preguntaba qué estaría haciendo su mujer. Podía estar dormida en el sofá, donde había pasado los últimos cuatro días combatiendo la gripe con reposo, zumos y más pastillas de lo normal. Había muchas posibilidades de que estuviera inconsciente, incapaz de darse cuenta de que Stanley llegaba tarde a cenar, por así decirlo. Si estaba consciente, probablemente lo habría llamado al móvil, pero Stanley se había olvidado el dichoso trasto en el maletín, dentro del coche, y además no solía hacerle caso cuando no estaba trabajando. Se pasaba varias horas al día al teléfono y detestaba que lo molestaran una vez fuera de la oficina. La posibilidad de que estuviera algo preocupada era remota. Un par de veces al mes Stanley se tomaba unas copas hasta tarde con los amigos en el club de campo y eso nunca había preocupado a su mujer. En cuanto los hijos se habían ido a la universidad, Stanley y su mujer no habían tardado en perder la costumbre de regirse por el reloj. Llegar una hora tarde (nunca antes) les parecía perfectamente normal.

De manera que, mientras la cama traqueteaba y los Cranwell atendían a Michael, Stanley decidió que las probabilidades de que una partida mandada por el sheriff anduviera buscándole por las carreteras secundarias eran bastante escasas. ¿Habría visto alguien el rapto en el aparcamiento del Rite Price y habría avisado a la policía, que ya estaría alertada? Stanley admitió que era posible, pero en ese momento no le encontrarían ni mil policías con sabuesos.

Pensó en su testamento. Estaba al día, gracias a un socio. Pensó en sus dos hijos, pero no podía detenerse ahí. Pensó en el final y confió en que fuera rápido e indoloro. Se resistió a la necesidad de discutir consigo mismo si lo que le ocurría era un sueño, porque semejante ejercicio significaría malgastar energía.

La cama se detuvo. Jim y Doyle retrocedieron mientras Becky se inclinaba sobre el chico, tarareando flojito y limpiándole la boca.

—¡Siéntese bien! —bramó de pronto Jim—. ¡Erguido y

mirándolo!

Stanley hizo lo que le mandaban. Jim abrió el cajón inferior del archivador y rebuscó entre otra colección de papeles. Becky se agazapó en silencio en su sillón, con una mano sobre el pie de Michael.

Jim extrajo otro documento y lo hojeó mientras todos los demás esperaban.

—Una última pregunta para usted, letrado. Tengo aquí el informe que presentó al Tribunal Supremo de Mississippi, un informe en el que echó el resto para defender el veredicto del jurado en favor del doctor Trane. Visto ahora, no entiendo qué le preocupaba. Según nuestro abogado, el Tribunal Supremo se pone del lado de los médicos en el noventa por ciento de los casos. Por eso no nos ofreció un acuerdo antes del juicio, ¿verdad? No le preocupaba la posibilidad de perder un juicio porque el Tribunal Supremo anularía el veredicto. Al final Trane y la compañía de seguros acabarían ganando. Michael tenía derecho a un acuerdo justo, pero usted sabía que el sistema no le permitiría perder. De todos modos, en su informe final, escribió lo siguiente. Son sus palabras, Wade; y cito: «Este juicio se condujo de manera justa, implacable y con escasas concesiones por ninguna de las partes. El jurado se mostró alerta, implicado, curioso e informado. El veredicto refleja una consideración sensata y reflexiva. El veredicto es pura justicia, una decisión de la que nuestro sistema debería enorgullecerse».

Dicho lo cual, Cranwell tiró la carpeta hacia el archivador.

—¿Y adivina el qué? Nuestro querido Tribunal Supremo estuvo de acuerdo. Nada para el pobrecito Michael. Ninguna compensación. Ningún castigo para el doctor Trane. Nada.

Se dirigió a la cama, frotó un momento a Michael y luego dio media vuelta y fulminó a Stanley con la mirada.

—Una última pregunta, letrado. Y será mejor que medite la respuesta, porque podría ser muy importante. Mire a este pobre niño, un niño cuyos males podrían haberse evitado, y díganos, ¿esto es justicia, letrado, o simplemente otra victoria judicial? Porque las dos cosas tienen poco que ver.

Todas las miradas estaban posadas en Stanley. Él seguía desplomado en la incómoda silla, con los hombros hundidos, remarcando su mala postura, con los pantalones todavía mojados, los zapatos de costura inglesa tocándose por las puntas y con las suelas manchadas de barro, y con la mirada inmutable, fijada al frente, en la mata de pelo negro apelmazado y rebelde que coronaba la espantosa frente de Michael Cranwell. Arrogancia, tozudez, negación… todo eso conseguiría que le pegaran un tiro, aunque no se hacía ilusiones pensando que vería el próximo amanecer. Tampoco

se sentía inclinado a atenerse a sus viejas ideas, a su formación. Jim tenía razón. La compañía aseguradora de Trane habría ofrecido gustosa un trato antes del juicio, pero a Stanley Wade no le habría tocado su parte. Stanley "Wade rara vez perdía un juicio con jurado en Ford County. Tenía fama de litigante duro, no de alguien que capitula y llega a acuerdos. Además, un tribunal supremo bien predispuesto reforzaba su orgullo.

—No tenemos toda la noche —dijo Cranwell.

«Oh, ¿por qué no? —pensó Stanley—. ¿Por qué debería apresurar mi ejecución?» Pero se quitó las gafas y se secó los ojos. No estaban húmedos por miedo, sino por la dura realidad de enfrentarse a una de sus víctimas. ¿Cuántas más corrían

por ahí? ¿Por qué había decidido dedicar su carrera a joder a esa gente?

Se limpió la nariz en la manga, volvió a colocarse las gafas y contestó:

—Lo siento. Estaba muy equivocado.

—Intentémoslo otra vez. ¿Justicia o victoria judicial?

—No es justicia, señor Cranwell. Lo siento.

Con cuidado y esmero, Jim devolvió las carpetas y el informe a sus lugares correspondientes de los cajones del archivador y los cerró. De repente la habitación se llenó de actividad, Jim murmuró algo a Becky y Doyle dijo algo al último hombre en salir. La puerta se abrió y se cerró. Jim agarró a Stanley del brazo, le levantó de un tirón y gruñó: «Vamos». Salieron rápidamente de la habitación y dieron la vuelta a la casa. Fuera estaba mucho más oscuro. Pasaron frente a los cuatro hombres, ocupados cerca de un cobertizo, y al mirar sus sombras, Stanley oyó con claridad la palabra «palas».

—Suba —ordenó Jim, empujándolo al interior de la misma camioneta Ford de antes. La pistola había regresado y Jim la blandió cerca de la nariz de Stanley al tiempo que prometía—: Cualquier movimiento extraño, y la uso. —Dicho lo cual, cerró la portezuela y habló con los otros hombres. Se oyeron varias voces susurrantes mientras organizaban la misión. La puerta del conductor se abrió y Jim subió de un salto, pistola en mano. Apuntó a Stanley —. Las dos manos en las rodillas, y como mueva alguna, le clavo esto en el riñón y aprieto el gatillo. Le abrirá un agujero de parte a parte. ¿Entendido?

—Sí —respondió Stanley, clavándose las uñas en las rodillas.

—No mueva las manos. No quiero dejar perdida la camioneta, ¿estamos?

—Vale, vale.

Recularon por el camino de grava y, mientras se alejaban de la casa, Stanley vio arrancar a otra camioneta detrás de ellos.

Estaba claro que Cranwell había hablado suficiente, porque ya no decía nada. Cruzaron la noche a toda velocidad, cambiando de camino a cada ocasión, de grava a asfalto, de nuevo a grava, de norte a sur, a este y a oeste. Aunque Stanley no miraba, sabía que la pistola estaba preparada en la mano derecha de Jim mientras la izquierda gobernaba el volante. El siguió agarrándose las rodillas, aterrado ante la posibilidad de que cualquier movimiento pudiera ser considerado en falso. De todos modos, le dolía el riñon izquierdo. Estaba seguro de que la puerta estaba bloqueada y de que cualquier torpe intento de abrirla no iba a funcionar. Eso, y que el miedo lo tenía paralizado.

En el retrovisor derecho había luces, los faros de la otra camioneta, la que transportaba al escuadrón de la muerte y sus palas, supuso Stanley. Desaparecía al doblar los recodos o subir las pendientes, pero siempre regresaba.

—¿Adónde vamos? —preguntó por fin.

—Tú, directo al infierno.

Semejante respuesta evitó nuevas preguntas, y Stanley sopesó lo que decir a continuación. Giraron por un sendero de grava, el más estrecho hasta el momento, y Stanley se dijo que todo había acabado. Los flanqueaban densas arboledas. No habían visto una casa desde hacía kilómetros. Una ejecución rápida. Un entierro rápido. Nadie lo sabría jamás. Cruzaron un arroyo y el camino se ensanchó.

Di algo, hombre.

—Haga usted lo que quiera, señor Cranwell, pero lamento sinceramente lo de Michael —dijo Stanley, convencido de que sus palabras sonaron insuficientes. Podían devorarlo remordimientos sinceros, que para los Cranwell no significarían nada. Sin embargo, solo le quedaban las palabras—. Me gustaría colaborar en los gastos.

—¿Nos ofrece dinero?

—Más o menos. Sí. ¿Por qué no? No soy rico, pero me va bien. Podría aportar algo, tal vez para costear una enfermera.

—A ver si lo he entendido. Lo llevo a su casa sano y salvo y mañana me paso por su despacho y charlamos sobre la preocupación que súbitamente le despierta la manutención de Michael. Podríamos tomar un café, tal vez unas rosquillas. Como un par de viejos amigos. Sin mencionar esta noche. Redacta usted un acuerdo, lo firmamos, nos damos la mano, me marcho y empiezan a llovemos talones.

Stanley ni siquiera pudo responder a una idea tan absurda.

—Es patético, un gusano, ¿lo sabía, Wade? Ahora mismo diría

cualquier mentira para salvar el pellejo. Si mañana me pasara por su despacho, habría diez policías esperando para esposarme. Cállese, Wade, solo empeora las cosas. Estoy harto de tantas mentiras.

¿Cómo podían empeorar las cosas? Pero Stanley no dijo nada. Echó un vistazo a la pistola. Estaba amartillada. Se preguntó cuántas víctimas llegaban a ver el arma del crimen en los últimos segundos, tan horribles.

De pronto el camino más oscuro del bosque más cerrado subió una ligera pendiente y a medida que la camioneta avanzaba los árboles empezaron a clarear y aparecieron luces a lo lejos. Muchas luces, las luces de una ciudad. El camino terminaba en una carretera y, cuando giraron al sur, Stanley vio una señal de tráfico que indicaba Estatal 374 y un viejo sendero serpenteante que conectaba Clanton con Karraway, una población menor. Pasados cinco minutos cogieron una calle urbana, luego zigzaguearon por la zona sur de la ciudad. Stanley se empapó de aquel paisaje familiar: una escuela a la derecha, una iglesia a la izquierda, un centro comercial barato a cuyo propietario había defendido una vez. Stanley estaba de vuelta en Clanton, de vuelta en el hogar, y casi le gana la euforia. Estaba confuso, pero emocionado de seguir vivo y de una pieza.

La otra camioneta no entró con ellos en la ciudad.

Una manzana detrás del Rite Price, Jim Cranwell se desvió a un solar de grava de una pequeña tienda de muebles. Aparcó de cualquier modo, apagó las luces, apuntó con la pistola y dijo:

—Escúcheme bien, letrado. No le culpo por lo que le pasó a Michael, le culpo por lo que nos ha pasado a nosotros. Es usted basura y no tiene ni idea de todo el sufrimiento que ha causado.

Un coche pasó a sus espaldas y Cranwell bajó un momento la pistola. Luego prosiguió.

—Puede llamar a la poli, hacer que me arresten, encarcelarme y todo eso, aunque no estoy seguro de que vaya a encontrar testigos. Puede buscarme problemas, pero esos tíos que hemos dejado atrás, están esperándolos. Cualquier movimiento tonto y lo lamentará.

—No haré nada, lo prometo. Déjeme marchar.

—Sus promesas no significan nada. Váyase, Wade, vuelva a casa y mañana regrese al despacho. Encuentre a otra pobre gente a la que aplastar. Nosotros tenemos una tregua hasta que Michael muera.

—¿Y luego?

Cranwell se limitó a sonreír y blandir más cerca el arma.

—Largo, Wade. Abra la puerta, baje y déjenos en paz.

Stanley dudó solo un instante y enseguida empezó a alejarse de la camioneta. Dobló una esquina, encontró una acera a oscuras y vio el cartel del Rite Price. Quería echar a correr, acelerar, pero nadie parecía seguirlo. Miró atrás una vez. Cranwell se había marchado.

Mientras Stanley se apresuraba a encontrar su coche, empezó a pensar en lo que le contaría a su mujer. Llegar tres horas tarde a la cena exigía una explicación.

Y sería mentira, eso seguro.

Remanso de Paz

El hogar para jubilados Remanso de Paz se encuentra a unos kilómetros de los límites de la ciudad de Clanton, junto a la principal carretera hacia el norte, escondido en un valle sombrío para que los automovilistas no lo vean al pasar. Esa clase de residencias situadas cerca de alguna carretera suponen riesgos importantes. Lo sé por experiencia porque yo trabajaba en Las Puertas del Cielo, en las afueras de Vicksburg, cuando el señor Albert Watson salió a pasear sin rumbo, llegó a una vía de cuatro carriles y murió atropellado por un camión cisterna. Tenía noventa y cuatro años y era uno de mis favoritos. Asistí a su funeral. Se presentaron demandas, pero ninguna prosperó. Estos pacientes a menudo vagan sin rumbo. Algunos intentan escapar, pero nunca lo consiguen. Aunque, la verdad, no les culpo por intentarlo.

En un primer vistazo a Remanso de Paz descubro el típico edificio de los años sesenta con aire de abandono, una sola planta de ladrillo rojo con varias alas de cubierta plana y, en conjunto, con aspecto de una pequeña prisión a la que envían a la gente a pasar en paz sus últimos días. Esos sitios antes solían llamarse residencias, pero ahora han ascendido a hogar de jubilados o villa de retiro o centros asistidos o cualquier otra inexactitud. «Mamá está en el hogar de jubilados» suena más civilizado que «La hemos metido en una residencia». Mamá está en el mismo sitio; simplemente ahora suena mejor, al menos para todos salvo mamá.

Comoquiera que se llamen, todos esos sitios son deprimentes. Pero son mi terreno, mi misión, y cada vez que veo uno, me emocionan los retos que me plantea.

Aparco mi viejo y maltrecho Volkswagen Escarabajo en el pequeño aparcamiento vacío de delante. No llevo chaqueta; me ajusto las gafas de empollón con montura negra años cincuenta y el grueso nudo de la corbata, y salgo del coche. En la entrada principal, debajo de la galería de puro metal, hay media docena de mis nuevos amigos sentados en hondas mecedoras de mimbre, mirando a nada. Sonrío y asiento, pero solo un par son capaces de responder. Dentro, me golpea el mismo olor antiséptico denso y pútrido que flota por los corredores y paredes de todos estos lugares. Me presento a la

recepcionista, una joven robusta con un falso uniforme de enfermera. Está detrás de un mostrador repasando un montón de papeles, casi demasiado ocupada para atenderme.

—Tengo una cita a las diez con la señora Wilma Drell —digo, dócilmente.

Ella me echa un repaso, no le gusta lo que ve y se niega a sonreírme.

—¿Su nombre?

El suyo, de acuerdo con la identificación de plástico barato que lleva encima de su inmenso seno izquierdo, es Trudy, y Trudy se acerca peligrosamente al primer puesto de mi nueva lista negra.

—Gilbert Griffin —digo, educadamente—. A las diez en punto.

—Siéntese —me dice, señalando con la cabeza hacia una hilera de sillas de plástico del vestíbulo.

—Gracias —contesto, y procedo a sentarme, nervioso como un niño de diez años. Me miro los pies, cubiertos por unas deportivas blancas viejas y unos calcetines negros. Los pantalones son de poliéster. El cinturón es demasiado largo para mi cintura. Soy, en pocas palabras, un hombre sin pretensiones, poca cosa, lo peor de lo peor.

Trudy sigue a lo suyo, reordenando montañas de papeles. El teléfono suena de vez en cuando y ella contesta con bastante educación. A los diez minutos de mi llegada, puntual, la señora Wilma Drell llega por el pasillo y se presenta. También ella viste de uniforme, completado con medias blancas y zapatos blancos de suela gruesa que se daban un buen tute porque Wilma es todavía más gorda que Trudy.

Me levanto, aterrado, y digo:

—Gilbert Griffin.

—Wilma Drell.

Nos damos la mano solo por obligación, luego ella da media vuelta y echa a andar, sus gruesas medias blancas rechinan y crean una fricción que se oye a cierta distancia. La sigo como un perrito asustado y, al doblar la esquina, echo un vistazo fugaz a Trudy, que me lanza una mirada cargada de desprecio y rechazo. En ese instante, su nombre alcanza el número uno de mi lista.

No tengo la menor duda de que Wilma ocupará el número dos, con potencial para seguir subiendo.

Nos metemos en una pequeña oficina de hormigón con las paredes pintadas de gris gubernamental, un escritorio metálico barato y un aparador de madera barata adornado con fotos del Wal-

Mart de sus rollizos hijos y su demacrado marido. Wilma se acomoda tras el escritorio en una silla giratoria de ejecutivo, como si fuera la directora general de este emocionante y próspero negocio. Yo me siento en una silla destartalada al menos treinta centímetros más baja que la suya. Alzo la vista. Ella la baja.

—Ha solicitado un empleo —dice recogiendo la solicitud que envié por correo la semana pasada.

—De celador. Como verá, tengo experiencia en hogares de ancianos.

—Sí, es cierto.

En mi solicitud he listado otros tres lugares como este. Me fui de los tres sin la menor controversia. Aunque hay otra docena más o menos que jamás mencionaría. La comprobación de las referencias, de llevarse a cabo, no presentará problemas. Normalmente consiste en un par de desganadas llamadas telefónicas. A las residencias no les preocupa contratar a ladrones o pederastas, ni siquiera a gente como yo, tipos con un pasado complicado.

—Necesitamos un celador para el turno de noche, de las nueve de la noche a las siete de la mañana, cuatro días a la semana. Se encargará de vigilar los pasillos, comprobar el estado de los pacientes y cuidar de ellos en general.

—Es lo que suelo hacer. —Y acompañarlos al lavabo, fregar los suelos cuando los ensucian, bañarlos, cambiarles de ropa, leerles cuentos, escuchar las anécdotas de su vida, escribir cartas, comprar felicitaciones de cumpleaños, tratar con las familias, mediar en sus disputas, colocar y limpiar las cuñas. Conozco el trabajo.

—¿Le gusta trabajar con gente? —preguntó, la misma estupidez que preguntan siempre. Como si toda la gente fuera igual. Los pacientes suelen ser encantadores. Son los otros empleados los que se abren paso hasta mi lista.

—Pues sí.

—Su edad...

—Treinta y cuatro años.

¿Es que no sabe calcularla? La fecha de nacimiento es el tercer dato del currículo. Lo que en realidad Wilma quiere decir es: «¿Por qué un hombre de treinta y cuatro años opta por una carrera tan degradante?». Pero nunca tienen redaños de preguntarlo.

—Pagamos seis dólares la hora.

Lo decía el anuncio. Me lo ofrece como un regalo. El sueldo mínimo actual es de 5,15 dólares la hora. La empresa propietaria de Remanso de Paz se esconde detrás de las siglas sin sentido Grupo

HVQH, una sórdida compañía a las afueras de Florida. HVQH posee una treintena de complejos similares en doce estados y un largo historial de malos tratos, denuncias, negligencia, discriminación laboral y problemas fiscales, pero a pesar de tantas adversidades ha conseguido valer un dineral.

—Me parece bien —digo. Y en realidad no está tan mal. La mayoría de las empresas que dirigen esta clase de cadenas pagan a los chicos de las cuñas el sueldo mínimo. Pero yo no estoy aquí por el dinero, al menos no por los modestos sueldos que ofrece HVQH.

Wilma sigue leyendo la solicitud.

—Bachillerato completo. ¿No fue a la universidad?

—No tuve esa suerte.

—Una lástima —responde, chasqueando la lengua y moviendo la cabeza en gesto compasivo—. Yo me saqué un diploma —dice con petulancia, y al instante la señora Wilma Drell alcanza el número dos de la lista. Subirá.

Me saqué la licenciatura en tres años, pero como esperan que sea imbécil, nunca lo digo. Complicaría demasiado las cosas. Concluí el posgrado en dos años.

—Sin antecedentes criminales —comenta, fingiendo admiración.

—Ni siquiera una multa por exceso de velocidad —digo. Si supiera. Cierto, jamás me han condenado, pero han estado a punto más de una vez.

—Ni juicios, ni bancarrotas —musita. Está todo en el papel, negro sobre blanco.

—Nunca me han demandado —contesto, corrigiendo los términos. Me he visto envuelto en varios juicios, pero nunca como parte.

—¿Cuánto hace que vive en Clanton? —me pregunta en un esfuerzo por alargar la entrevista y conseguir que dure más de siete minutos. Ella y yo sabemos que me dará el trabajo porque hace meses que publican el anuncio.

—Un par de semanas. Vine aquí desde Tupelo.

—¿Y qué le trae por Clanton? —Imposible no adorar el Sur. La gente rara vez duda en plantear preguntas personales. En realidad no quiere conocer la respuesta, pero siente curiosidad por el motivo que lleva a alguien como yo a mudarse de ciudad en pos de un trabajo de seis dólares la hora.

—Tuve problemas amorosos en Tupelo —miento—. Necesitaba un cambio de aires. —Lo de los problemas amorosos siempre

funciona.

—Lo lamento —dice, aunque claro, no es verdad.

Suelta la solicitud sobre la mesa.

—¿Cuándo podría empezar, señor Griffin?

—Llámeme Gill. ¿Cuándo me necesitan?

—¿Qué le parece mañana?

—Bien.

Normalmente me necesitan de inmediato, de modo que empezar al instante nunca me sorprende. Dedico la media hora siguiente al papeleo con Trudy. Ella lo hace todo dándose aires de importancia, poniendo cuidado en dejar claro que su rango, es superior al mío.

Mientras me alejo en el coche, echo un vistazo a las tristes ventanas de Remanso de Paz y me pregunto, como siempre, cuánto tiempo trabajaré aquí. La media ronda los cuatro meses.

Mi hogar temporal en Clanton es un piso de dos habitaciones en lo que en otro tiempo fue un albergue para vagabundos y ahora es un deteriorado bloque de apartamentos situado a una manzana de la plaza central. El anuncio lo describía como amueblado, pero durante la inspección inicial solo vi un catre de los excedentes del ejército en el dormitorio, un sofá de vinilo rosa en el cuarto de estar y un juego de comedor cerca del sofá, compuesto por una mesa redonda del tamaño aproximado de una pizza grande. También hay una cocinita que no funciona y una nevera muy vieja que rara vez enfría. Por semejante servicio prometí pagar a la propietaria, la señorita Ruby, la suma de veinte dólares semanales, en efectivo.

En fin. He visto sitios peores, pero no por mucho.

«Nada de fiestas», me dijo la señorita Ruby con una sonrisa cuando cerramos el trato con un apretón de manos. Ya ha tenido su buena dosis de fiestas. Su edad está comprendida entre los cincuenta y los ochenta años. Tiene el rostro demacrado no tanto por los años, como por la vida dura y el consumo exagerado de cigarrillos, pero lucha contra los estragos del tiempo a fuerza de varias capas de maquillaje, colorete, sombra, rímel, lápiz de ojos, pintalabios y baño diario de un perfume que, cuando se combina con el humo del tabaco, me recuerda a ese olor a orina seca y rancia que no es extraño detectar en las residencias de ancianos.

Por no mencionar el bourbon. Escasos segundos después del

apretón de manos, la señorita Ruby me ofreció «una copita de bourbon». Estábamos en el cuarto de estar de su piso, en la primera planta, y se encaminó al mueble—bar sin darme tiempo a contestar. Sirvió unos dedos de Jim Beam en dos vasos de whisky, añadió con destreza la soda y brindamos. «Un whisky con soda al desayuno es la mejor manera de empezar el día», afirmó, dando un sorbo. Eran las nueve de la mañana.

Encendió un Marlboro mientras pasábamos al porche delantero. Vive sola, y pronto me quedó claro que era una mujer muy solitaria. Solo quería a alguien con quien hablar. Yo rara vez bebo alcohol, y bourbon nunca, así que a los pocos tragos se me entumeció la lengua. Si el whisky tenía algún impacto en la señorita Ruby, no se notó, y la mujer siguió hablándome sin parar de gente de Clanton a la que yo nunca conocería. Pasados treinta minutos, agitó el hielo y preguntó: «¿Un poquito más de Jimmy?». Lo rechacé y me marché poco después.

La enfermera Nancy, una agradable anciana que lleva aquí treinta años, se encarga de orientar a los nuevos. Conmigo a remolque, vamos de puerta en puerta por el ala norte, deteniéndonos en cada habitación y saludando a los residentes. En la mayoría de habitaciones hay dos pacientes. He visto todas las caras antes: las iluminadas, contentas de conocer a alguien nuevo; las tristes, a las que les resulta indiferente; las amargadas, que se limitan a soportar otro día más de soledad; y las vacías, que ya no están en este mundo. Las mismas caras se repiten en el ala sur. El ala posterior es un poco distinta. Está separada por una puerta metálica y la enfermera Nancy teclea un código de cuatro dígitos en la pared para abrirnos paso.

—Aquí están los más difíciles —dice en voz baja—. Algunos casos de alzheimer y algunas otras demencias. Muy triste, la verdad.

Hay diez habitaciones con un paciente en cada una. Me presentan a los diez sin incidentes. Sigo a la enfermera a la cocina, a la minúscula farmacia, a la cafetería donde comen y se relacionan. En conjunto, Remanso de Paz es la típica residencia de ancianos, bastante limpia y eficiente. Los pacientes parecen todo lo felices que cabría esperar.

Luego consultaré la lista de casos del juzgado para ver si alguna vez han demandado a la residencia por malos tratos o negligencia. Comprobaré en la agencia de Jackson si se han presentado quejas o enviado citaciones. Tengo muchas comprobaciones pendientes, la investigación de rutina.

De vuelta en recepción, la enfermera Nancy está explicándome los horarios de visita cuando me sorprende la llamada de una especie de cuerno.

—Cuidado —dice la enfermera, y se acerca un paso más al mostrador. Desde el ala norte se aproxima una silla de ruedas a una velocidad impresionante. En ella va un viejo, todavía en pijama, que con una mano nos pide que le dejemos paso y con la otra aprieta la cámara de aire de una bocina de bici montada sobre la rueda derecha. Le empuja un loco no mayor de sesenta años con un barrigón enorme que le asoma por debajo de la camiseta, calcetines blancos sucios y sin zapatos.

—¡Silencio, Walter! —ladra la enfermera Nancy cuando los dos viejos pasan volando por el lado, ajenos a nuestra presencia. Se pierden a toda velocidad hacia el ala sur y veo a los demás pacientes corretear hacia las habitaciones para ponerse a salvo.

»A Walter le encanta su silla de ruedas.

—¿Quién es el que empuja?

—Donny Ray. Deben de recorrer más de quince kilómetros de pasillo al día. La semana pasada atropellaron a Pearl Dunavant y casi le rompen la pierna. Walter dijo que se olvidó de darle a la bocina. Todavía estamos en conversaciones con la familia de Pearl. Es un follón, pero ella disfruta siendo el centro de atención.

Oigo otra vez la bocina, luego los veo girar al fondo del ala sur y regresar hacia nosotros. Pasan como una exhalación. Walter tiene ochenta y cinco años, uno arriba uno abajo (con mi experiencia suelo acertarles la edad con un margen de tres años, a excepción del caso de la señorita Ruby) y se lo está pasando en grande. Lleva la cabeza gacha y entorna los ojos como si fuera a cientos de kilómetros por hora. Donny Ray tiene la misma mirada desorbitada, le gotea sudor de las cejas y le transpiran las axilas. Ninguno de los dos se fija en nosotros al pasar.

—¿No pueden controlarlos? —pregunto.

—Lo hemos intentado, pero el nieto de Walter es abogado y armó mucho jaleo. Amenazó con demandarnos. Una vez Donny Ray volcó la silla, Walter no se hizo mucho daño, pero pensamos que quizá sufriera una leve conmoción. Desde luego no se lo comunicamos a la familia. Si sufrió algún daño cerebral, es imperceptible.

Terminamos la ronda a las cinco en punto de la tarde, hora en que la enfermera Nancy acaba el turno. El mío comienza dentro de cuatro horas y no tengo adonde ir. Mi piso está en zona prohibida porque la señorita Ruby ya se ha acostumbrado a esperarme y, en cuanto me pilla, tengo que tomarme una copichuela de Jimmy con

ella en el porche. Da igual la hora del día, siempre le apetece una copa. Y a mí no me gusta el bourbon.

De modo que doy una vuelta. Me pongo la chaqueta blanca de vigilante y hablo con la gente. Saludo a la señora Wilma Drell, que está ocupada dirigiendo la institución. Paseo hasta la cocina y me presento a las dos mujeres de color que preparan la espantosa comida. La cocina no está todo lo limpia que me gustaría y empiezo a tomar nota mental. A las seis de la tarde, comienza la lenta llegada de comensales. Algunos pueden andar sin ningún tipo de ayuda y esas almas orgullosas y afortunadas se esfuerzan muchísimo en recordar al resto de los ancianos que están mucho más sanas que ellos. Llegan temprano, saludan a los amigos, ayudan a sentar a los que van en silla de ruedas y pasan de mesa en mesa lo más rápido posible. Algunos de los que usan bastón o andador lo dejan a la puerta de la cafetería para que sus colegas no lo vean. Los celadores los acompañan a las mesas. Me sumo el grupo, me ofrezco a echar una mano y de paso me presento.

En la actualidad Remanso de Paz acoge a cincuenta y dos residentes. Cuento treinta y ocho en la cena, luego el hermano Don se levanta a bendecir la mesa. De pronto se hace el silencio. Es un predicador retirado, me cuentan, que insiste en dar gracias antes de cada comida. Ronda los noventa años, pero conserva una voz clara y potente. Se alarga bastante rato y, antes de terminar, algunos de los comensales empiezan a hacer ruido con los cuchillos y los tenedores. La comida se sirve en bandejas de plástico como las que se usan en las escuelas de primaria. Esta noche toca pechuga de pollo al horno —deshuesada— con judías verdes, puré de patatas instantáneo y, por supuesto, gelatina. Esta noche es roja. Mañana será amarilla o verde. Está en todas las residencias de ancianos. No sé por qué. Es como si nos pasáramos la vida evitando la gelatina pero nos la encontráramos siempre al final, esperándonos. El hermano Don por fin se calla y se sienta y comienza el festín.

Para los que están demasiado delicados para el comedor y para los impredecibles del ala posterior, la comida se reparte en carritos. Me presento voluntario. A un par de pacientes no les queda mucho en este mundo.

El entretenimiento de esta noche para después de cenar corre a cargo de unos lobatos de los escoltas que llegan puntualmente a las siete y reparten bolsas marrones que han decorado y rellenado con galletas, pastelillos de chocolate y demás. Se reúnen en torno al piano y cantan «Dios bendiga a América» y un par de canciones de campamento. Los niños de ocho años no cantan voluntariamente, así que las jefas de grupo dirigen las canciones. El espectáculo termina a las siete y media, y los residentes se retiran a sus habitaciones. Yo empujo la silla de ruedas de uno, luego ayudo a recoger. Las horas

pasan lentas. He sido destinado al ala sur: once habitaciones con dos residentes cada una y una con un único ocupante.

La pastilla toca a las nueve y es uno de los momentos destacados de la jornada, al menos para los residentes. La mayoría nos reímos de nuestros abuelos por su interés desmesurado por los alimentos, tratamientos, pronósticos y medicamentos, y por lo rápido que se los describen a cualquiera que esté dispuesto a escuchar. Este extraño deseo de regodearse en los detalles solo se refuerza con la edad y, con frecuencia, da pie a bromas contadas a la espalda a pesar de que de todos modos los viejos no pueden oírlas. En una residencia es peor porque los pacientes han sido encerrados por sus familias y han perdido a su público. Por consiguiente, aprovechan cualquier ocasión para explayarse sobre sus aflicciones siempre que algún miembro del personal les queda a tiro. Y cuando un miembro del personal llega con una bandeja de pastillas, la excitación se palpa en el aire. Algunos fingen desconfianza, renuencia y miedo, pero también ellos se tragan las pastillas enseguida y las ayudan a bajar con agua. Todo el mundo recibe la misma pastillita para dormir, una que yo he tomado alguna vez sin notar ningún efecto. Y todo el mundo recibe unas cuantas pastillas más porque nadie estaría satisfecho con una sola dosis. La mayoría están justificadas, pero durante este ritual nocturno también se consumen muchos placebos.

Después de las pastillas, el lugar se va silenciando a medida que los residentes se acuestan. Las luces se apagan a las diez en punto. Tal como esperaba, tengo toda el ala sur para mí solo. Hay un celador en el ala norte y dos en el ala posterior, con los «casos más tristes». Bien pasada la medianoche, cuando todos duermen, incluidos los otros celadores, y me quedo solo, empiezo a fisgonear por recepción en busca de expedientes, diarios, archivos, llaves, cualquier cosa que pueda encontrar. En estos sitios la seguridad siempre es de risa. El sistema informático es, como era de esperar, el más común y no tardo en abrirme paso. Nunca trabajo sin una pequeña cámara en el bolsillo, una que empleo para documentar situaciones tales como habitaciones sucias, farmacias abiertas, ropa de cama manchada y sin lavar, diarios amañados, alimentos caducados, pacientes desatendidos, etcétera. La lista es larga y triste, y yo estoy siempre al acecho.

El juzgado de Ford County está rodeado de un césped precioso y bien cuidado en el centro de la plaza de Clanton. A su alrededor hay fuentes, robles viejos, bancos de parque, memoriales de guerra y

dos glorietas. De pie cerca de una de ellas casi oigo el desfile del Cuatro de Julio y los discursos de campaña de las elecciones. Un solitario soldado confederado de bronce se yergue sobre un pedestal de granito mirando al norte, en busca del enemigo, rifle en mano, recordándonos una causa gloriosa y perdida.

Dentro del juzgado, encuentro los registros de la propiedad en la cancillería, el mismo lugar en que se guardan en todos los juzgados del estado. Para tales ocasiones visto blazer azul marino con corbata, unos bonitos pantalones beige y zapatos de vestir, y con semejante atuendo paso perfectamente por otro abogado de fuera de la ciudad que ha venido a comprobar unas escrituras. Van y vienen. No hay ningún control a la entrada. No hablo con nadie a menos que me dirijan la palabra. El registro está abierto al público y los oficinistas apenas vigilan unos movimientos que no les interesan. Mi primera visita es simplemente para familiarizarme con el registro, con el sistema, para localizarlo todo. Escrituras, subvenciones, embargos, testamentos, toda clase de registros que necesitaré en un futuro cercano. El registro tributario está al fondo del pasillo, en la oficina de tasación. Los casos y las demandas interpuestas están en el registro civil de la primera planta. Y al cabo de un par de horas, me conozco el lugar y no he hablado con nadie. Soy solo otro abogado de fuera de la ciudad ocupado en sus quehaceres habituales.

En cada nuevo destino, mi primer reto consiste en encontrar a la persona que lleva varios años en él y está deseando compartir algún cotilleo. Esa persona acostumbra a trabajar en la cocina, a menudo es negra, con frecuencia mujer y, si efectivamente hay una mujer negra encargada de la cocina, entonces ya sé de dónde sacar los chismes. La adulación no funciona con ellas porque esas mujeres huelen los camelos a kilómetros de distancia. No puedes alabar la comida porque es una porquería y lo saben. No es culpa suya. A ellas les entregan los ingredientes y les dicen cómo prepararlos. Al principio, simplemente me paso a diario, saludo, pregunto cómo les va y esas cosas. El hecho de que otro empleado, uno blanco, desee mostrarse amable y pasar un rato en su terreno no es habitual. Después de tres días de amabilidad, Rozelle, de sesenta años, flirtea conmigo y yo le sigo el juego. Le he dicho que vivo solo, que no sé cocinar y que necesito algunas calorías extras. No pasa mucho tiempo antes de que Rozelle se ponga a prepararme huevos revueltos en cuanto llega, a las siete de la mañana, y que nos tomemos juntos el primer café. Yo ficho de salida a las siete, pero normalmente me quedo otra hora por ahí. Debido a mis esfuerzos para evitar a la

señorita Ruby, también llego al trabajo antes de tiempo y me apunto a todas las horas extras posibles. Como soy el nuevo me dan el turno de noche —de nueve de la noche a siete de la mañana— de viernes a lunes, pero no me importa.

Rozelle y yo estamos de acuerdo en que nuestra jefa, la señora Wilma Drell, es una babosa tonta y perezosa a la que deberían sustituir pero que seguramente conserva el puesto porque es harto improbable que alguien mejor aceptara el empleo. Rozelle ha sobrevivido a tantos jefes que no los recuerda a todos. La enfermera Nancy va subiendo escalafones. Trudy, en recepción, no. Antes de que concluya mi primera semana, Rozelle y yo hemos valorado a todos los empleados.

La diversión comenzó cuando llegamos a los pacientes. Le dije a Rozelle:

—¿Sabes que cada noche, cuando toca la pastilla, le doy a Lyle Spurlock una dosis de bromuro en un azucarillo? ¿De qué va esto, Rozelle?

—Ay, Señor —dijo con una mueca que revelaba sus enormes dientes. Levantó las manos fingiendo sorpresa. Puso los ojos en blanco como si de verdad acabara de abrir la lata de los gusanos—. Eres muy curioso, blanquito. —Pero había metido el dedo en la llaga y saltaba a la vista que Rozelle quería airear los trapos sucios.

—No sabía que todavía usaban bromuro.

Ella iba desenvolviendo despacio los paquetes tamaño industrial de gofres congelados.

—Verás, Gill, ese hombre ha perseguido a todas las mujeres que le han pasado por delante. Y ha cazado a unas cuantas, además. Pero hace unos años lo pillaron en la cama con una enfermera.

—¿Lyle?

—Piedad, Señor. Es el viejo más verde del mundo. Incapaz de mantener las manos alejadas de cualquier mujer, por vieja que sea. Soba a enfermeras, a pacientes, a celadoras, a las señoras de la iglesia que vienen a cantar villancicos. Antes lo encerraban cuando había visitas porque si no perseguía a las parientes jovencitas. Una vez se pasó por aquí a echar un vistazo. Cogí un cuchillo de carnicero y se lo enseñé. Desde entonces no he tenido problemas.

—Pero si tiene ochenta y cuatro años.

—Se ha calmado un poco. La diabetes. Le amputaron un pie. Pero conserva las dos manos y agarra a la primera que pilla. A mí no, no te pienses, pero las enfermeras escapan de él.

La imagen del viejo Lyle acostándose con una enfermera era demasiado buena para dejarla pasar.

—¿Y lo pillaron con una enfermera?

—Eso mismo. No era ninguna niña, no te pienses, pero aun así el viejo le sacaba treinta años.

—¿Quién los pilló?

—¿Conoces a Andy?

—Claro.

Rozelle miró alrededor antes de revelar algo que para ella ya era leyenda.

—Bueno, pues por entonces Andy trabajaba en el ala norte, ahora está en la posterior, y ¿sabes el almacén ese del fondo del ala norte?

—Claro. —No era cierto, pero quería conocer el resto de la historia.

—Bueno, pues antes allí había una cama, y Lyle y la enfermera no fueron los primeros en utilizarla.

—No me digas.

—Como te cuento. No te creerías las travesuras que ha visto esa cama, en especial cuando Lyle Spurlock estaba en forma.

—¿Así que Andy los pilló en el almacén?

—Eso mismo. Despidieron a la enfermera. Amenazaron con trasladar a Lyle, pero su familia se metió por medio y no lo hicieron. Menudo follón. Ay, Señor.

—¿Y empezaron a darle bromuro?

—Y mucho que tardaron. —Estaba repartiendo los gofres en un papel para hornearlos. Volvió a mirar alrededor, sintiéndose culpable por algo, pero nadie vigilaba. Delores, la otra cocinera, estaba peleándose con la cafetera y demasiado lejos para oírnos.

»¿Conoces al señor Luke Malone, de la habitación 14?

—Claro, está en mi ala. —El señor Malone tenía ochenta y nueve años, estaba postrado en cama, prácticamente ciego y sordo, y se pasaba el día entero mirando un pequeño televisor que colgaba del techo.

—Bueno, él y su mujer ocupaban la habitación 14. Ella murió el año pasado, de cáncer. Pero hará unos diez años, Mizz Malone y el viejo Spurlock estuvieron liados.

—¿Tuvieron una aventura? —Rozelle estaba deseando contármelo todo, pero necesitaba pequeños empujoncitos.

—Llámalo como quieras, pero lo pasaron estupendamente. Por entonces Spurlock tenía los dos pies y era rápido. Bajaban al señor

Malone en su silla de ruedas para que jugara al bingo y Spurlock se colaba en la habitación 14, colocaba una silla debajo del picaporte y saltaba al catre con Mizz Malone.

—¿Los pillaron?

—Varias veces, pero no el señor Malone. Ese no los habría pillado ni estando en la misma habitación. Además nadie se lo contó. Pobre hombre.

—Es horrible.

—Así es Spurlock.

Me echó porque tenía que preparar el desayuno.

Dos noches después, le doy a Lyle Spurlock un placebo en lugar del somnífero. Pasada una hora, regreso a su cuarto, compruebo que su compañero duerme profundamente y le regalo dos números de la revista *Playboy.* En Remanso de Paz no existe ninguna prohibición expresa de tales publicaciones, pero la señora Wilma Drell y los demás poderes fácticos desde luego se han encargado de eliminar todos los vicios. No hay alcohol en todo el recinto. Mucho jugar a cartas y al bingo, pero sin apostar. Los pocos fumadores vivos tienen que salir fuera. Y la idea de consumir pornografía es, sencillamente, inconcebible.

—Que nadie las vea —le susurro a Lyle, que agarra las revistas como un refugiado famélico la comida.

—Gracias —dice, entusiasmado. Enciendo la luz de junto a la cama, le doy una palmadita en el hombro y le digo:

—A pasarlo bien. —A por ellas, chico. Lyle Spurlock se ha convertido en mi más reciente admirador.

Mi dossier sobre él no para de crecer. Lleva once años en Remanso de Paz. A la muerte de su tercera mujer, la familia del señor Spurlock decidió que no podía cuidar de él y lo metió en «el hogar de jubilados» donde, según el registro de visitas, más o menos lo han dejado olvidado. En el último medio año se ha pasado a verlo un par de veces una hija de Jackson. Está casada con un constructor de centros comerciales bastante pudiente. El señor Spurlock tiene un hijo dedicado al transporte de mercancías por tren que no ve nunca a su padre. Tampoco le escribe ni le manda postales, según el registro del correo. Durante casi toda su vida el señor Spurlock dirigió un pequeño negocio de instalaciones eléctricas en Clanton y acumuló muy pocos activos. Sin embargo, su tercera esposa, una mujer que

también había pasado por dos matrimonios previos, heredó doscientas sesenta hectáreas de tierra en Tennessee cuando su padre murió a la edad de noventa y ocho años. Ella hizo testamento hace diez años en Polk County y, al formalizarse la sucesión, el señor Lyle Spurlock heredó las tierras. Es bastante probable que sus dos descendientes no estén al corriente.

Me lleva horas de tediosas investigaciones en el catastro del condado descubrir estos detalles tan valiosos. Muchas de mis búsquedas no conducen a ninguna parte, pero cuando encuentro un secreto así, la cosa se pone emocionante.

Esta noche libro, y la señorita Ruby insiste en que salgamos a comer una hamburguesa con queso. Su coche es un Cadillac sedán de 1972 que ocupa media manzana, de color rojo chillón y con espacio suficiente para ocho pasajeros. Mientras lo conduzco, ella va hablando, señalando cosas y sorbiendo Jimmy, todo ello con un Marlboro asomando por la ventanilla. Como he pasado de mi Escarabajo a un Cadillac me da la impresión de ir conduciendo un autobús. El coche apenas cabe en una plaza del Sonic Drive-In, una versión moderna de un clásico anterior y construido pensando en vehículos mucho más pequeños. Pero embuto el coche y pedimos hamburguesas, patatas y colas. La señorita Ruby insiste en comer allí mismo y yo la complazco encantado.

Después de varios whiskies calientes a última hora de la tarde y diversos bourbons con soda de buena mañana, me he enterado de que nunca tuvo hijos. A lo largo de los años la abandonaron diversos maridos. Todavía no ha mencionado hermanos, primos o sobrinos. Está increíblemente sola.

Y según Rozelle, de vuelta en la cocina, hasta hace unos veinte años la señorita Ruby regentaba el último burdel de Ford County. A Rozelle la impresionó que viviera con ella, como si el lugar estuviera infestado de espíritus malignos. «No es lugar para un joven blanco», me dijo. Rozelle va a misa al menos cuatro veces a la semana. «Será mejor que te vayas —me advirtió—. Satán se esconde entre esas paredes.»

Yo no creo que se trate de Satán, pero tres horas después de la cena estoy casi dormido cuando el techo empieza a vibrar. Se oyen ruidos: decididos, constantes, destinados a culminar en una pronta satisfacción. Se oye un chirrido que recuerda mucho a una cama metálica barata arrastrándose lentamente por el suelo. Entonces suena el suspiro del héroe conquistador. Fin de la épica.

Una hora más tarde, regresan los ruidos y la cama vuelve a dar saltitos por el suelo. Esta vez el héroe debe de ser más grande o más rudo, porque suena mucho más fuerte. Ella, quienquiera que sea, es más expresiva que antes y durante un rato largo e impresionante escucho con suma curiosidad y erotismo creciente a esos dos abandonar toda inhibición y afanarse con independencia de quién pueda estar escuchándolos. Cuando terminan prácticamente están gritando, y yo estoy tentado de aplaudir. Van serenándose. Igual que yo. Regresa el sueño.

Al cabo de una hora más o menos, nuestra trabajadora del piso de arriba acomete el tercero de la noche. Es viernes, y caigo en la cuenta de que se trata del primer viernes que paso en el piso. Debido a la acumulación de horas extras, la señora Wilma Drell me ha ordenado librar esta noche. No volveré a cometer el mismo error. Me muero de ganas de contarle a Rozelle que la señorita Ruby no se ha retirado de su oficio de madame, que el viejo albergue de vagabundos sigue usándose para los mismos menesteres y que, efectivamente, Satán está vivito y coleando.

El sábado por la mañana, ya tarde, voy paseando hasta una cafetería de la plaza y allí compro unos panecillos con salchicha. Me los llevo a casa de la señorita Ruby. Ella contesta a la puerta en albornoz, con el pelo cardado apuntando en todas direcciones y los ojos muy hinchados y rojos, y nos sentamos a la mesa de la cocina. La señorita Ruby prepara más café, un brebaje asqueroso de no sé qué marca que compra por correo, y yo rechazo repetidamente un poco de Jim Beam.

—Ayer tuvimos una noche movidita —digo.

—Y que lo digas. —Mordisquea el borde del panecillo.

—¿Quién vive en el piso de arriba?

—Está vacío.

—Anoche no estaba vacío. Había gente disfrutando ruidosamente del sexo.

—Ah, esa era Tammy. Una de mis chicas.

—¿Cuántas chicas tiene?

—No muchas. Antes eran un montón.

—Me han dicho que esto era un burdel.

—Ah, sí —contesta, con una sonrisa orgullosa—. Hará quince, veinte años, tenía una docena de chicas y nosotras cuidábamos de todos los muchachotes de Clanton: los políticos, el sheriff, los banqueros y los abogados. Jugaban al póquer en la cuarta planta. Las chicas trabajaban en las otras habitaciones. Fueron buenos tiempos. —Sonríe a la pared, con los pensamientos perdidos en tiempos

mejores.

—¿Y ahora con qué frecuencia trabaja Tammy?

—Trabaja los viernes, a veces también los sábados. Su marido es camionero, los fines de semana no está y ella necesita dinero.

—¿Quiénes son los clientes?

—Tiene varios. Es cuidadosa y selectiva. ¿Te interesa?

—No. Es solo curiosidad. ¿Debo suponer que cada viernes y sábado habrá el mismo ruido?

—Es más que probable.

—Pues no me lo advirtió cuando alquilé el piso.

—No preguntaste. Vamos, Gill, si en realidad no te molesta. Si quieres, podría hablarle bien de ti a Tammy. La tienes al ladito. Hasta podría bajar ella a tu habitación.

—¿Cuánto cobra?

—Todo es negociable. Yo te lo arreglo.

—Me lo pensaré.

Pasados treinta días, me convocan en el despacho de la señora Drell para una evaluación. Las grandes empresas adoptan estas políticas para rellenar sus numerosos manuales y guías y sentirse como si gestionaran de maravilla. HVQH quiere que se evalúe a todos los empleados nuevos a los treinta, sesenta y noventa días, y luego cada seis meses. La mayoría de las residencias siguen un discurso similar en la teoría pero rara vez se molestan en llevarlo a la práctica.

Pasamos por las tonterías de rigor acerca de qué tal me va, qué opino del trabajo y cómo me llevo con el resto de los trabajadores. Por el momento, sin quejas. La señora Drell alaba mi buena disposición por ofrecerme voluntario a hacer horas extras. Tengo que admitir que no es tan mala como pensé de primeras. Me he equivocado otras veces, aunque no muchas. Sigue estando en mi lista, pero ha bajado al puesto número tres.

—Parece que a los pacientes les gustas —dice.

—Son muy tiernos.

—¿Por qué pasas tanto rato charlando en la cocina?

—¿Va en contra de las normas?

—Bueno, no, es que no es habitual.

—No me importa dejar de hacerlo si le molesta. —No tengo ninguna intención de parar diga lo que diga la señora Drell.

—Huy, no. Hemos encontrado unos *Playboy* debajo del colchón del señor Spurlock. ¿Sabes de dónde han salido?

—¿Le han preguntado al señor Spurlock?

—Sí, y no ha dicho nada.

«Gran chico, Lyle.»

—No tengo idea de dónde han salido. ¿Van en contra de las normas?

—No nos gustan esas porquerías. ¿Estás seguro de que no tienen nada que ver contigo?

—A mí me parece que si el señor Spurlock, que tiene ochenta y cuatro años y paga la pensión completa, quiere mirar unos *Playboy* debería tener derecho a hacerlo. ¿Qué daño hace?

—No conoces al señor Spurlock. Hemos intentado evitar que se excite. De lo contrario, da mucho trabajo.

—Tiene ochenta y cuatro años.

—¿Cómo sabes que paga la pensión completa?

—Me lo ha dicho él.

Pasa una página como si mi expediente tuviera muchas entradas. Al cabo de un momento, lo cierra.

—De momento, bien, Gill. Estamos contentos con tu rendimiento. Puedes irte.

Excusado, me voy directo a la cocina y le cuento a Rozelle las novedades acontecidas en casa de la señorita Ruby.

Después de pasar seis semanas en Clanton, he completado mi investigación. He peinado todos los registros públicos y he estudiado cientos de números atrasados del *Ford County Times,* que también se almacenan en el juzgado. No se han presentado demandas contra Remanso de Paz. Solo constan dos quejas sin importancia en la agencia de Jackson y las dos se gestionaron por vía administrativa.

Solo dos residentes de Remanso de Paz tienen patrimonios destacables. El señor Jesse Plankmore posee ciento veinte hectáreas de pineda cerca de Pidgeon Island, en la zona noreste de Ford

County. Pero el señor Plankmore ya no lo sabe. Desconectó hace años y el menor día sucumbirá. Además, su mujer falleció hace once años y un abogado local autenticó el testamento. Lo he leído dos veces. Legó todos los bienes al señor Plankmore y, a su muerte, a los cuatro hijos en común. Puede suponerse que él tendrá un testamento similar cuyo original estará a buen recaudo en la caja fuerte del abogado.

El otro propietario es mi colega Lyle Spurlock. Con doscientas sesenta hectáreas de tierra sin gravar en su desatendida cartera, es uno de los casos más prometedores que he visto en años. Sin él, comenzaría a poner en marcha mi estrategia de salida.

Otras investigaciones resultan reveladoras y fuente de cotilleos, pero no son valiosas. En la actualidad la señorita Ruby tiene sesenta y ocho años, tres divorcios a sus espaldas, el más reciente de hace veintidós años, ningún hijo, cero antecedentes criminales y un edificio tasado por el condado en cincuenta y dos mil dólares. Hace veinte años, cuando era un albergue para vagabundos, valía el doble. Según una vieja historia del *Ford County Times,* hace dieciocho años la policía organizó una batida y arrestó a dos de sus chicas y un par de clientes, uno de ellos miembro del poder legislativo del estado, pero de otro condado. De ahí se derivaron otras historias. El legislador dimitió por la vergüenza y luego se suicidó. La mayoría moral montó un escándalo y la señorita Ruby tuvo que dejar el negocio.

Su única propiedad, al menos de interés para el estado, es el Cadillac de 1972. El año pasado el impuesto de circulación le costó veintinueve dólares.

Es en el Cadillac en lo que estoy pensando cuando permito que me pille al llegar a casa del trabajo a las ocho de la mañana. «Buenos días, Gill —grazna con los pulmones llenos de alquitrán—. ¿Un Jimmy?» Está en el estrecho porche delantero, vestida con un espantoso pijama rosa, albornoz lavanda, chancletas de goma rojas y un histriónico gorro negro que desviaría más lluvia que un paraguas. En otras palabras, con su indumentaria habitual.

Consulto el reloj de pulsera, sonrío y contesto: «Claro».

Ella entra en casa y regresa enseguida con dos vasos grandes de Jim Beam con soda. Un Marlboro asoma entre sus pegajosos labios rojos y, cuando la señorita Ruby habla, el cigarro oscila arriba y abajo.

—¿Qué tal la noche en la residencia, Gill?

—No he parado.

—Lo siento. —Ella no ha parado en toda la noche porque se pasa el día durmiendo, una costumbre de su vida anterior. Suele

aguantar el whisky hasta más o menos las once de la mañana, cuando se mete en cama y duerme hasta la noche.

Charlamos de esto y aquello, cotilleando de gente a la que nunca conoceré. Jugueteo con la copa, pero me da miedo no bebérmela toda. La señorita Ruby ha cuestionado mi hombría en más de una ocasión cuando intento darle sorbitos al bourbon sin acabar de encontrarle el gusto.

—Dígame, señorita Ruby, ¿conoce a un hombre llamado Lyle Spurlock? —pregunto durante una pausa.

Le lleva cierto tiempo recordar a todos los hombres que ha conocido, pero al final Lyle no aparece.

—Me temo que no, cariño. ¿Por qué?

—Es uno de mis pacientes, mi favorito, en realidad, y estaba pensando en sacarlo al cine esta noche.

—Qué tierno.

—Hay doble sesión en el autocine.

Está a punto de escupir el trago de whisky en el patio, luego se echa a reír hasta que no puede respirar. Al final, se tranquiliza y pregunta:

—¿Vas a llevar a un viejo a ver pelis guarras?

—Pues claro. ¿Por qué no?

—Qué gracia. —Todavía lo está pasando en grande, tiene todos los dientes, grandes y amarillos, a la vista. Un sorbo de Jimmy, una calada de cigarrillo y recupera el control.

Según consta en los archivos del *Ford County Times,* en 1980 el Autocine Daisy proyectó una versión al aire libre de *Garganta profunda* y la ciudad de Clanton entró en erupción. Se sucedieron protestas, manifestaciones, ordenanzas, pleitos contra las ordenanzas, sermones y más sermones y discursos de los políticos, y cuando pasó el revuelo y la tormenta amainó, el autocine siguió abierto, pasando películas guarras siempre que quería, refrendado por la interpretación de un tribunal federal de la Primera Enmienda. Aunque a modo de compromiso, el propietario se avino a pasar el material XXX solo las noches de los miércoles, cuando los más píos iban a misa. Las otras noches abundaban las películas de terror adolescente, pero prometió pasar todos los filmes de Disney que pudiera conseguir. Dio lo mismo. Los cristianos llevaban tanto tiempo boicoteándolo, que en general el Daisy estaba considerado un cáncer para la comunidad.

—¿No me prestaría el coche, verdad? —pido, en tono de disculpa.

—¿Por qué?

—Bueno —señalo a mi triste Escarabajo aparcado en el bordillo —. Es un poco pequeño.

—¿Por qué no te compras otro más grande?

Por pequeño que sea, sigue valiendo más que el tanque de la señorita Ruby.

—Lo he pensado. De todos modos, puede que haya mucha gente. Era solo una idea, no importa. Comprendo que no quiera prestármelo.

—Deja que me lo piense. —Agita el hielo—. ¿Te puedes creer que me tomaría otra copa? ¿Y tú?

—No, gracias.

Me arde la lengua y de pronto me siento grogui. Me voy a acostar. Ella se va a la cama. Tras un largo sueño, volvemos a encontrarnos en el porche, al anochecer, y la señorita Ruby continúa:

—Creo que me tomaré un Jimmy de nada. ¿Tú?

—No, gracias. Tengo que conducir.

Se prepara una copa y nos vamos. En ningún momento la he invitado a sumarse a nuestra noche de chicos, pero en cuanto he comprendido que no tenía intención de que el Cadillac se marchara sin ella, me he hecho a la idea. A Lyle Spurlock no le importará. La señorita Ruby confiesa, mientras surcamos la ciudad en ese vehículo (que debe de ser igual que descender por el río en gabarra a gasolina), que espera que las películas no sean demasiado picantes. Lo dice parpadeando de forma exagerada y me da la impresión de que la señorita Ruby es capaz de tragarse cualquier porquería que puedan proyectar en el Daisy.

Bajo un poco una ventanilla para que entre algo de aire fresco y atenúe los efluvios que emanan de la señorita Ruby. Para la salida nocturna ha decidido aplicarse una dosis extra de sus diversos perfumes. Enciende un Marlboro, pero no baja la ventanilla. Por un segundo temo que la llama prenda en los vapores que envuelven el asiento delantero y que los dos nos quememos vivos. El momento pasa.

Mientras vamos camino de Remanso de Paz, obsequio a la señorita Ruby con todos los cotilleos que he ido recabando en la cocina sobre el tema del señor Lyle Spurlock y cómo se le van los ojos y las manos detrás de las mujeres. Ella afirma haber oído hablar, hace años, de un anciano caballero al que pillaron encamado con una enfermera y parece sinceramente entusiasmada ante la idea de conocer a semejante personaje. Otro traguito de Jimmy y anuncia que puede que, después de todo, recuerde a Spurlock, un viejo

cliente de los buenos tiempos.

El segundo turno lo supervisa la enfermera Angel, una mujer dura y pía que actualmente ocupa el puesto número dos de mi lista y muy posiblemente se convierta en la primera persona que despida de la residencia. De inmediato me informa de que no aprueba mis planes de llevar a Lyle al cine. (Solo le he contado a Lyle, y ahora a la señorita Ruby, a qué cine vamos.) Replico que no importa que lo desapruebe porque la señora Wilma Drell, la abeja reina número uno, ha dado su permiso, permiso que no se ha otorgado voluntariamente hasta que el señor Spurlock y su hija (por teléfono) han montado más revuelo del que la Reina podía soportar.

—Está por escrito —digo—. Compruébelo. Visto bueno de W. Drell.

Ella rebusca entre papeles, farfulla de manera incoherente y frunce el ceño como si tuviera un ataque de migraña. A los pocos minutos, Lyle y yo arrastramos nuestros pies bajo la puerta principal. Él lleva sus pantalones más bonitos y su única chaqueta, un viejo blazer azul marino brillante que tiene desde hace décadas, y cojea con determinación. Fuera del edificio, lo agarro del hombro y le digo:

—Verá, señor Spurlock, nos acompaña una invitada sorpresa.

—¿Quién?

—Se llama señorita Ruby. Es mi casera. Le he pedido prestado el coche y se ha apuntado; digamos que iba el paquete completo. Lo siento.

—Está bien.

—Es maja. Le gustará.

—Creía que íbamos a ver pelis guarras.

—Y así es. No se apure, la señorita Ruby no se molestará. No es exactamente una dama, no sé si me comprende.

Lyle me comprende. Con un destello en los ojos, Lyle lo comprende perfectamente. Nos detenemos junto a la portezuela delantera del acompañante y los presento, luego Lyle sube al tenebroso asiento trasero. Antes de salir del aparcamiento, la señorita Ruby se gira.

—Lyle, querido, ¿te apetece una copita de Jim Beam?

Ha sacado de su enorme bolso rojo una botella de tres cuartos.

—Diría que no —contesta Lyle, y yo me relajo. Una cosa es sacar a Lyle a ver un poco de pomo, pero si lo devuelvo borracho a la residencia, podría buscarme problemas.

La señorita Ruby se inclina hacia mí y dice:

—Es mono.

Arrancamos. Imagino que la señorita Ruby mencionará el Sonic, y a los pocos minutos dice:

—Me gustaría cenar hamburguesa con patatas, Gill. ¿Qué te parece si nos pasamos por el Sonic?

No sin esfuerzo, consigo encajar la gabarra a gasolina en una de las estrechas plazas del Sonic. El lugar está atestado, y pillo a los otros clientes mirándonos, sentados todos ellos en vehículos considerablemente más pequeños y modernos. No sé si les divierte el Cadillac rojo brillante que apenas cabe en el aparcamiento o el espectáculo del extraño trío de su interior. No es que me importe.

Ya lo he hecho antes, en otras residencias. Uno de los grandes regalos que puedo ofrecer a mis amigos favoritos es la libertad. He llevado a viejas damas a la iglesia, a clubes de campo, bodas y funerales y, por supuesto, a centros comerciales. He llevado a ancianos a salones de excombatientes, partidos, bares, iglesias y cafeterías. Todos responden con agradecimiento infantil a estas pequeñas excursiones, a estos sencillos actos de amabilidad que les sacan de sus habitaciones. Y, lamentablemente, estas incursiones en el mundo real siempre comportan ciertos problemas. A los otros empleados, mis estimados colegas, les contraría que esté dispuesto a dedicar tiempo extra a los residentes y los otros residentes sienten muchos celos de los afortunados que han escapado durante unas horas. Pero los problemas no me preocupan.

Lyle dice que está lleno, sin duda de pollo gomoso y gelatina verde. Yo pido un perrito caliente y zarzaparrilla y enseguida volvemos a ponernos en marcha, con la señorita Ruby mordisqueando una patata frita y Lyle sentado detrás, saboreando los espacios abiertos. De pronto dice:

—Me apetece una cerveza.

Aparto en el solar de un veinticuatro horas.

—¿Qué marca?

—Schlitz —contesta, sin dudar.

Compro un paquete de seis latas de medio litro, se las entrego y arrancamos de nuevo. Oigo abrirse una lata, después un sorbetón.

—¿Quieres una, Gill?

—No, gracias. —Odio el olor y el sabor de la cerveza. La señorita Ruby echa un poco de bourbon en su Dr. Pepper y se lo bebe a sorbos. Va sonriendo, supongo que porque tiene alguien con quien beber.

En el Daisy compro tres entradas a cinco pavos cada una, mis

compañeros no se ofrecen a pagar; avanzamos por el solar de grava y elegimos un sitio de la tercera fila, alejado de cualquier otro vehículo. Cuento seis coches. La película está empezada. Coloco el altavoz en la ventanilla, ajusto el volumen para que Lyle oiga todos los gemidos y luego me acomodo en el asiento. La señorita Ruby sigue mordisqueando la hamburguesa con queso. Lyle se desliza en el asiento trasero hasta colocarse justo en el centro para que nada se interponga en su línea de visión.

El argumento se hace evidente de inmediato. Un comercial intenta vender aspiradoras puerta a puerta. Cualquiera esperaría que un vendedor puerta a puerta fuera arreglado o al menos intentara resultar agradable. El tipo va engomina—do de los pies a la cabeza, lleva pendientes, tatuajes, una camisa de seda estrecha y con pocos botones, y luce una expresión de sorna que asustaría a cualquier ama de casa respetable. Por supuesto, en esta película no hay amas de casa respetables. En cuanto nuestro viscoso vendedor cruza el umbral arrastrando tras él un aspirador inservible, la esposa lo embiste, los dos se desnudan y retozan de todas las formas imaginables. El marido los pilla en el sofá y, en lugar de pegar al tipo con un mango de la aspiradora hasta dejarlo sin sentido, el maridito se apunta a la fiesta. Pronto aquello se convierte en un asunto familiar, con gente desnuda entrando en la sala de estar desde todas las direcciones. Se trata de una de esas familias pornográficas donde los hijos son de la misma edad que los padres y a nadie le importa. Llegan los vecinos y la escena deriva en una cópula frenética de maneras y posturas que pocos mortales podrían imaginar.

Me hundo más en el asiento, lo justo para seguir viendo por encima del volante. La señorita Ruby sigue mordisqueando, riéndose de algo que ha visto en la pantalla, en absoluto cohibida, y Lyle abre otra lata, el único sonido que llega desde atrás.

Algún cateto de una camioneta aparcada dos filas más allá pita cada vez que se llega al clímax en la película. Por lo demás, el Daisy es un lugar bastante tranquilo y vacío.

Tras la segunda orgía, me aburro y desaparezco para ir al lavabo. Camino por la grava hacia un edificio pequeño y cochambroso donde venden tentempiés y tienen servicio. La sala de proyección está en el endeble anexo de la primera planta. Desde luego el Autocine Daisy ha visto tiempos mejores. Compro una ración de palomitas rancias y no me doy prisa por regresar al Cadillac rojo. De camino, ni siquiera considero la posibilidad de levantar la vista hacia la pantalla.

¡La señorita Ruby ha desaparecido! Una fracción de segundo después de descubrir que su asiento está vacío, oigo sus risillas en el asiento de atrás. Por supuesto la luz del techo no funciona, probablemente desde hace un par de décadas. Dentro está oscuro y

yo no me giro.

—¿Están los dos bien? —pregunto, casi como una niñera.

—Tú dirás —dice Lyle.

—Hay sitio de sobras, si quieres —ofrece la señorita Ruby.

Pasados diez minutos, me excuso otra vez y salgo a dar un largo paseo, cruzo todo el solar hasta la última fila, cruzo la vieja cerca, subo a los pies de un viejo árbol donde hay una mesa de picnic rota rodeada de latas de cerveza vacías, restos dejados atrás por adolescentes demasiado jóvenes o demasiado pobres para comprar las entradas del cine. El que está más próximo al Cadillac de la señorita Ruby sigue pitando en los momentos oportunos. El Cadillac brilla bajo los reflejos de la pantalla. Por lo que puedo ver, el coche está quieto.

Mi turno empieza a las nueve de la noche y nunca llego tarde. La reina Wilma Drell confirmó por escrito que el señor Spurlock tenía que regresar puntualmente a las nueve, de modo que media hora antes, me dirijo sin prisas al coche, interrumpo lo que sea que esté pasando en el asiento trasero, si es que pasa algo, y anuncio que es hora de irse.

—Yo me quedo atrás —dice la señorita Ruby, riéndose por lo bajo, arrastrando un poco las palabras, algo inusual en ella puesto que es inmune al alcohol.

—¿Todo bien, señor Spurlock? —pregunto mientras enciendo el motor.

—Tú dirás.

—¿Les ha gustado la película?

Los dos se parten de risa y me doy cuenta de que están borrachos. No paran de reír durante todo el trayecto hasta casa de la señorita Ruby y resulta muy divertido. Ella nos desea buenas noches mientras nos cambiamos al Escarabajo y, mientras el señor Spurlock y yo ponemos rumbo a Remanso de Paz, pregunto:

—¿Lo ha pasado bien?

—De miedo. Gracias. —Tiene una Schlitz en la mano, la tercera que yo sepa, y se le cierran los ojos.

—¿Qué estaban haciendo en el asiento de atrás?

—No gran cosa.

—Es maja, ¿verdad?

—Sí, pero huele mal. Apesta a perfume. Jamás pensé que acabaría en el asiento trasero con Ruby Clements.

—¿La conoce?

—He deducido quién era. Hace mucho que vivo aquí, hijo, y ya casi no me acuerdo de nada. Pero hubo un tiempo en que todo el mundo la conocía. Uno de sus maridos era primo de una de mis esposas. Creo que iba así. Ha pasado mucho tiempo.

Imposible que no te gusten las ciudades pequeñas.

Nuestra siguiente excursión, dos semanas más tarde, es al campo de batalla de la guerra civil situado en Brice's Crosrroads, a una hora de Clanton. Como la mayoría de los sureños viejos, el señor Spurlock afirma tener antepasados que lucharon valerosamente por la Confederación. Todavía guarda algún rencor y puede mostrarse muy resentido con el tema de la reconstrucción («jamás ocurrió») y los oportunistas políticos yanquis («putos ladrones»).

Un martes lo saco a primera hora y, bajo la mirada vigilante y crítica de la reina Wilma Drell, huimos en mi pequeño Escarabajo y dejamos atrás Remanso de Paz. Paro en una tienda abierta las veinticuatro horas para comprar dos vasos grandes de café rancio, bocadillos y refrescos, y partimos a repetir la guerra.

La verdad es que la guerra civil no podría importarme menos y no entiendo que despierte tanta fascinación. Nosotros, el Sur, perdimos y perdimos de mala manera. Hay que superarlo. Pero el señor Spurlock quiere pasar sus días postreros soñando con la gloria confederada y lo que podría haber sido y no fue, así que haré cuanto esté mi mano. Este mes me he leído una docena de libros sobre la guerra sacados de la biblioteca de Clanton y tengo otros tres en la habitación, en casa de la señorita Ruby.

Lyle a veces recuerda con precisión los detalles —batallas, generales, movimientos de tropas— y otras tiene lagunas. Ciño la conversación a mi último tema de interés: la conservación de los campos de batalla de la guerra civil. Despotrico contra la destrucción de terrenos sagrados, sobre todo en Virginia, donde el desarrollo inmobiliario ha diezmado los campos de Bull Run, Fredericksburg y Winchester. Así Lyle se calienta, pero luego se queda dormido.

Ya sobre el terreno, visitamos algunos monumentos e hitos del campo de batalla. Lyle está convencido de que su abuelo Joshua Spurlock fue herido en el curso de alguna maniobra heroica durante la batalla de Brice's Crossroads. Nos sentamos en una valla doble y almorzamos un bocadillo, y Lyle mira a lo lejos tristemente embelesado, como si esperara escuchar el ruido de los cañones y los caballos. Habla de su abuelo, que murió en 1932 o 1934, cuando rondaba los noventa años. Cuando Lyle era niño, su abuelo lo

entretenía con historias sobre matar yanquis y recibir disparos y luchar con Nathan Bedford Forrest, el más grande de todos los comandantes sureños.

—Estuvieron juntos en Shiloh. Mi abuelo me llevó una vez a ver el sitio.

—¿Le gustaría volver?

Lyle dibuja una mueca y queda claro que le encantaría volver a ver el campo de batalla.

—Sería un sueño —dice, con los ojos húmedos.

—Podría prepararlo.

—Quiero ir en abril, cuando se libró la batalla, así podré ver Peach Orchard, Bloody Pond y Hornet's Nest.[1]

—Tiene usted mi palabra. Iremos el próximo abril. —Faltan cinco meses para abril y, visto mi historial, dudo que siga empleado en Remanso de Paz. Pero si no, nada me impedirá que visite a mi amigo Lyle y lo saque otra vez de viaje.

Duerme casi todo el trayecto de regreso a Clanton. Entre cabezadas, le explico que participo en un grupo nacional que trabaja para preservar los campos de batalla de la guerra civil. Es un grupo privado, sin subvenciones del gobierno, y por tanto depende de las donaciones. Yo, como evidentemente gano poco dinero, mando un pequeño cheque anual, pero mi tío, mejor situado, envía grandes sumas siempre que se lo pido.

Cosa que intriga a Lyle.

—Siempre podría incluirlos en el testamento —le digo.

Sin reacción. Nada. Lo dejo estar.

Regresamos a Remanso de Paz y lo acompaño a la habitación. Mientras se quita el suéter y los zapatos, me da las gracias por «un día estupendo». Le doy unas palmaditas en la espalda, luego le digo lo mucho que he disfrutado y, cuando me dispongo a salir, me dice:

—Gill, no he hecho testamento.

Finjo sorpresa, pero claro, no me sorprende. La cantidad de personas, en particular en las residencias de ancianos, que jamás se han preocupado por testar resulta pasmosa. Pongo cara de estupefacción y luego de decepción, y le digo:

—Ya hablaremos de eso en otro momento, ¿de acuerdo? Sé lo que hay que hacer.

—Claro —contesta Lyle, aliviado.

[1] En castellano: la Huerta de los Melocotones, la Laguna Sangrienta y el Avispero. *(N. de la T.)*

A la mañana siguiente a las cinco y media, con los pasillos desiertos, las luces todavía apagadas y todo el mundo dormido o supuestamente dormido, estoy en recepción leyendo sobre la campaña sureña del general Grant cuando me sorprende la repentina aparición de la señora Daphne Groat. Tiene ochenta y seis años, sufre demencia y está confinada en el ala posterior. Nunca sabré cómo ha conseguido cruzar la puerta de seguridad.

—¡Rápido, ven! —me susurra, desdentada, con voz débil y hueca.

—¿Qué ocurre? —pregunto levantándome de un salto.

—Es Harriet. Está en el suelo.

Corro al ala posterior, introduzco el código, cruzo la enorme puerta y acelero por el pasillo que lleva a la habitación 158, donde la señora Harriet Markle reside desde mi pubertad. Enciendo la luz de su cuarto y la veo tirada en el suelo, inconsciente y desnuda salvo por los calcetines negros, en medio de un repugnante charco de vómito, orina, sangre y su propio desecho. La peste me doblega las rodillas, y mira qué he sobrevivido a olores impresionantes. Como ya he pasado antes por esta situación, reacciono de manera instintiva. Cojo inmediatamente la camarita, saco unas fotos, vuelvo a guardármela en el bolsillo y voy en busca de ayuda. La señora Daphne Groat está ilocalizable, y no hay nadie más despierto en todo el ala.

No hay ningún celador de servicio. Hace ocho horas y media, cuando empezó el turno, una mujer de nombre Rita fichó en recepción, donde yo estaba en ese momento, y se dirigió al ala posterior. Estaba de servicio, sola, lo cual contraviene las normas porque allí tiene que haber siempre dos celadores. Rita ha desaparecido. Corro al ala norte, agarro a un celador llamado Gary y juntos pasamos a la acción. Nos ponemos guantes de goma, mascarillas protectoras y botas, y nos apresuramos a levantar a la señora Harriet del suelo y devolverla a la cama. Respira, pero muy débilmente, y tiene un corte profundo encima de la oreja izquierda. Gary la lava mientras yo friego la porquería. Una vez adecentado el lugar, llamo a la ambulancia y luego a la enfermera Angel y a la reina Wilma. Para entonces, se han despertado varios residentes y hemos atraído una multitud.

Rita no está. Somos dos celadores, Gary y yo, para cincuenta y dos residentes.

Le vendamos la herida, le ponemos ropa interior y un camisón

limpios y, mientras Gary hace guardia junto a su cama, yo corro a la recepción del ala posterior para comprobar el papeleo. Nadie ha dado de comer a la señora Harriet desde el mediodía de ayer —hace casi dieciocho horas— y tampoco ha recibido la medicación. Fotocopio rápidamente todas las anotaciones y entradas porque las habrán manipulado en cuestión de horas. Doblo las copias y me las embuto en un bolsillo.

Llega la ambulancia y se lleva a la señora Harriet. La enfermera Angel y la señora Drell se apiñan nerviosas para revisar el papeleo. Yo regreso al ala sur y guardo las pruebas en un cajón bajo llave. Dentro de unas horas me las llevaré a casa.

Al día siguiente llega un hombre trajeado de no sé qué agencia regional y quiere entrevistarme sobre lo ocurrido. No es abogado, como se demostrará más tarde, y tampoco particularmente espabilado. Empieza explicándonos a Gary y a mí lo que cree que vimos e hicimos exactamente durante la crisis, y nosotros lo dejamos hablar. A continuación nos asegura que la señora Harriet estaba debidamente alimentada y medicada —así consta en las anotaciones — y que Rita simplemente había salido a fumar un cigarrillo y se sintió mal, por lo que había tenido que pasar un momento por su casa antes de volver a la residencia y descubrir la «desafortunada» situación de la señora Harriet.

Me hago el tonto, es mi especialidad. Gary también; a él le sale más natural, pero además le preocupa el trabajo. A mí no. El idiota trajeado termina por irse y lo hace con la impresión de que ha llegado a nuestra pequeña ciudad de paletos y, con gran habilidad, ha apagado otro fuego para el entrañable Grupo HVQH.

La señora Harriet pasa una semana en el hospital con el cráneo abierto. Ha perdido mucha sangre y quizá sufra daños cerebrales, aunque ¿cómo podrían valorarse? Pese a ello, en manos de la persona adecuada, promete una bonita demanda.

Debido a la popularidad de tales demandas y al gran número de buitres que sobrevuelan las residencias de ancianos, he aprendido que hay que actuar con celeridad. Mi abogado es un viejo amigo llamado Dexter Ridley, de Tupelo, un hombre al que acudo de vez en cuando. Dex ronda los cincuenta años, tiene un par de mujeres y va siempre apurado de dinero, y hará unos años decidió que no podía sobrevivir en el negocio de la abogacía redactando escrituras y presentando demandas de divorcios amistosos. Dex subió un peldaño y se hizo abogado litigante, aunque en realidad casi nunca va a juicio. Su gran talento es demandar grandes sumas y luego vociferar y desgañitar—se hasta que la otra parte cede. Ha repartido vallas publicitarias con su cara sonriente por toda la zona norte de Mississippi.

Un día que no trabajo voy en coche a Tupelo, le enseño las fotos a color de la señora Harriet desnuda y desangrándose, le muestro las fotocopias de las anotaciones de los celadores, antes y después de manipular, y cerramos un trato. Dex mete la directa y contacta con la familia de Harriet Markle y, la semana después del incidente, notifica a HVQH que tienen un problema gordo. No mencionará mi persona, mis fotos y mis anotaciones sustraídas hasta que tenga que hacerlo. Con semejante información desde dentro, se llegará a un acuerdo rápidamente y yo volveré a quedarme en el paro.

Por orden de la oficina central, de pronto la señora Wilma Drell se vuelve encantadora. Me manda llamar y me cuenta que mi rendimiento ha mejorado tanto que se me ha concedido un aumento de sueldo. De seis a siete dólares la hora, pero no debo contárselo a nadie de la residencia. Me deshago en agradecimientos y la mujer se queda convencida de que somos uña y carne.

Esa misma noche, tarde, le leo al señor Spurlock un artículo de una revista sobre un constructor de Tennessee que intenta meter los buldóceres en un olvidado campo de batalla de la guerra civil para poder construir otro centro comercial más y algunas casas baratas. Los lugareños y las asociaciones de protección intentan luchar contra el proyecto, pero el constructor tiene al dinero y los políticos de su lado. A Lyle le inquieta la noticia y hablamos largo y tendido sobre posibles maneras de ayudar a los buenos. No menciona su testamento, y es demasiado pronto para que yo mueva ficha.

En los hogares de jubilados los cumpleaños son un gran acontecimiento, por razones evidentes. Mejor celebrarlos mientras se pueda. Siempre se organiza una fiesta en la cafetería con pastel, velas y helado, fotos, canciones y demás. Nosotros, el personal, nos esforzamos en crear alegría y jolgorio y hacemos cuanto podemos para alargar los festejos hasta un mínimo de media hora. Más o menos la mitad de las veces aparece algún pariente, y eso elevaba la moral. Si no acude la familia, trabajamos aún más duro. Cada cumpleaños podría ser el último, pero supongo que lo mismo podría decirse de todos nosotros. Aunque, para algunos es más cierto.

Lyle Spurlock cumple ochenta y cinco años el 2 de diciembre y la gritona de su hija viene desde Jackson acompañada de dos de sus hijos y tres de sus nietos, y de la habitual retahíla de quejas, exigencias y propuestas, todo ello en un esfuerzo vano y escandaloso por convencer a su querido padre de que se preocupa tanto por él que no le queda otra que subirse por las paredes con nosotros. Traen

globos y gorros ridículos, un pastel de coco comprado en una tienda (el favorito de Lyle) y varios regalos baratos en cajas chillonas, cosas como calcetines y pañuelos y bombones pasados. Una nieta instala un equipo de música y pone Hank Williams (supuestamente, el favorito de Lyle) de fondo. Otra organiza una muestra de fotografías en blanco y negro de Lyle de joven, en el ejército, caminando hacia el altar (la primera vez) y posando así o asá hace un montón de décadas. La mayoría de los residentes están presentes, así como la mayor parte de los empleados, incluida Rozelle, de la cocina, aunque yo sé que ella ha venido por el pastel y no por cariño hacia el chico del cumpleaños. En un momento dado Wilma Drell se acerca demasiado a Lyle y, este, que ya no toma bromuro, alarga torpe y llamativamente la zarpa hacia su abundante culo. Agarra con toda la mano. Ella suelta un gritito horrorizado y casi todos los demás se ríen como si formara parte de la celebración, pero para mí está claro que a la Reina Wilma no le hace gracia. Luego la hija de Lyle sobreactúa rezongando, pegándole en el brazo y regañándole y, durante unos segundos, se tensa el ambiente. Wilma desaparece y no se la vuelve a ver en todo el día. Dudo que lo haya pasado tan bien en años.

Al cabo de un hora la fiesta pierde fuelle y varios de nuestros amigos empiezan a dar cabezadas. La hija y su prole recogen rápidamente sus cosas y se marchan enseguida. Abrazos, besos y demás, pero Jackson está muy lejos, papá. La celebración del octogésimo quinto cumpleaños de Lyle acaba rápido. Lo acompaño de vuelta a su habitación, cargado con los regalos y hablando de Gettysburg.

Justo antes de la hora de acostarse, me paso por su habitación y le doy mi regalo. Unas horas de investigación, algunas llamadas a las personas adecuadas y he descubierto que, efectivamente, existió un tal capitán Joshua Spurlock que luchó en el Décimo Regimiento de Infantería de Mississippi en la batalla de Shiloh. Era de Ripley, Mississippi, una ciudad no muy lejos del lugar de nacimiento del padre de Lyle, según mis comprobaciones. Encuentro un negocio en Nashville especializado en recuerdos de la guerra civil, tanto auténticos como falsos, y les pago ochenta dólares por su trabajo. Mi regalo es un avejentado Certificado al Valor expedido a nombre del capitán Spurlock y flanqueado, a la derecha, por una bandera confederada y, a la izquierda, por la insignia oficial del Décimo Regimiento. No pretende ser más de lo que es —una recreación muy bonita y muy falsa de algo que, para empezar, nunca existió—, pero para alguien tan obsesionado por la gloria pasada como Lyle, es el mejor de los regalos. Se le empañan los ojos al cogerlo. Ya puede morirse a gusto, aunque no tan rápido.

—Es bonito —dice—. No sé qué decir. Gracias.

—De nada, señor Spurlock. Fue un soldado valiente.

—Sí, lo sé.

A la medianoche en punto le entrego mi segundo regalo.

El compañero de habitación de Lyle es el señor Hitchcock, un caballero frágil y apagado un año mayor que Lyle pero en mucho peor forma. Me cuentan que ha llevado una vida pura, sin alcohol ni tabaco ni otros vicios, aunque ya le queda poco. Lyle ha perseguido mujeres toda la vida, ha atrapado a muchas de ellas y tuvo su etapa de fumar como un carretero y darle a la botella con ganas. Después de tantos años en esto, estoy convencido de que el ADN es la mitad de la solución, o la mitad del problema.

En cualquier caso, a la hora de la pastilla noqueo al señor Hitchcock con un somnífero más fuerte y el hombre entra en otro mundo. No se enterará de nada.

La señorita Ruby, de quien no dudo que ha estado dándole al Jimmy con su fidelidad acostumbrada, sigue mis instrucciones a la perfección y aparca su inmenso Cadillac cerca de los contenedores, frente a la entrada trasera de la cocina. Sale por un lado del coche, entre risitas y con una copa en la mano. En el lado del acompañante veo por primera vez a Mandy, una de las «mejores» chicas de la señorita Ruby, pero no es momento de presentaciones. «Chis», susurro, mientras me siguen a oscuras hasta la cocina y la cafetería en penumbras, donde nos detenemos un segundo.

—Pues bien, Gill, esta es Mandy —dice la señorita Ruby, con orgullo.

Nos damos la mano.

—Un placer —digo.

Mandy apenas simula una sonrisa. Su cara dice: «Acabemos con esto». Tiene unos cuarenta años y está algo rellenita y va muy maquillada, aunque no consigue esconder los estragos de una vida dura. La media hora siguiente me costará doscientos dólares.

Todas las luces de Remanso de Paz están atenuadas y echo un vistazo al pasillo sur para comprobar que no hay nadie despierto. Luego Mandy y yo nos dirigimos a buen paso a la habitación 18, donde el señor Hitchcock permanece, comatoso pero el señor Spurlock va de un lado a otro, esperando. Él la mira, ella lo mira. Yo le felicito rápidamente el cumpleaños, cierro la puerta y regreso a donde estaba.

La señorita Ruby y yo esperamos en la cafetería, bebiendo. Ella se toma su bourbon caliente. Yo voy dándole sorbos a su botella y debo admitir que, después de tres meses, el bourbon no me sabe tan mal como antes.

—Es un cielo —me está diciendo la señorita Ruby, encantada de haber reunido de nuevo a la gente.

—Una buena chica —digo, ausente.

—Empezó a trabajar para mí cuando abandonó el instituto. Una familia terrible. Y luego dos matrimonios desafortunados. No ha tenido un respiro. Ojalá pudiera darle más trabajo. Son tiempos difíciles. Las mujeres son tan libertinas que ya no cobran por hacerlo.

La señorita Ruby, una madame profesional e impenitente, se lamenta del libertinaje de la mujer moderna. Lo medito un segundo, luego bebo otro sorbo y me olvido.

—¿Cuántas chicas tiene en la actualidad?

—Solo tres, todas a tiempo parcial. Solía tener una docena y siempre andaban ocupadas.

—Qué tiempos.

—Sí, qué tiempos. Los mejores años de mi vida. ¿Dirías que podría salimos más trabajo aquí, en Remanso de Paz? Sé que en la cárcel reservan un día a la semana para las visitas conyugales. ¿Aquí se han planteado algo así? Podría traer a un par de chicas una noche a la semana, seguro que estaría tirado.

—Diría que es la peor idea que he oído en los últimos cinco años.

Sentados en la penumbra, veo sus ojos rojos girarse hacia mí.

—¿Cómo dices? —susurra.

—Tome un trago. Aquí hay confinados quince hombres, señorita Ruby, con una media de edad de, eh, digamos ochenta años. Ahora improviso, pero calculo que cinco están postrados en cama, tres clínicamente muertos y tres no pueden abandonar la silla de ruedas, lo que nos deja a cuatro ambulatorios. De los cuatro, me apostaría bastante dinero a que solo Lyle Spurlock es capaz de funcionar a cierto nivel. No se puede vender sexo en una residencia de ancianos.

—Lo he hecho antes. No es mi primer rodeo. —Dicho lo cual, me deleita con uno de sus cacareos patentados de fumadora y luego le da la tos. Al final recupera la respiración, lo justo para terminar de arreglarlo con un lingotazo de Jim Beam—. Sexo en una residencia de ancianos —repite, desternillándose—. Lo que me depara el futuro.

Me muerdo la lengua.

Cuando concluye la sesión, pasamos por una incómoda ronda de despedidas rápidas. Vigilo el Cadillac hasta que abandona el complejo sin problemas y se pierde de vista, y por fin me relajo. Lo cierto es que ya había organizado una cita similar otra vez. Tampoco es mi primer rodeo.

Lyle duerme como un bebé cuando entro a comprobarlo. Sin la dentadura postiza, con la boca abierta y los labios dibujando una sonrisa plácida. Si el señor Hitchcock se ha movido en las últimas tres horas, yo no me he dado cuenta. Nunca sabrá lo que se ha perdido. Compruebo el resto de las habitaciones y continuó a lo mío y, como todo está en calma, me instalo en recepción con unas revistas.

Dex dice que la empresa ha mencionado en más de una ocasión la posibilidad de cerrar el caso de Harriet Markle antes de que se presente la demanda. Dex les ha insinuado claramente que posee información desde dentro relativa a un encubrimiento: documentos modificados y otras pruebas que Dex sabe mencionar hábilmente por teléfono cuando habla con los abogados que representan a tales empresas. HVQH dice que le gustaría evitar la publicidad que comportaría un juicio tan desagradable. Dex les asegura que será mucho más desagradable de lo que creen. Toma y daca, lo habitual entre abogados. Pero resulta que yo tengo los días contados. Si mi declaración jurada, mis fotografías y los documentos que he birlado aceleran un buen trato, que así sea. Mostraré gustoso las pruebas y pasaré a otra cosa.

El señor Spurlock y yo jugamos al ajedrez casi todas las noches a las ocho, en la cafetería, mucho después de la cena y una hora antes de que termine oficialmente mi turno. Normalmente estamos solos, aunque los lunes se reúne en un rincón un club de ganchillo, los martes uno de la Biblia en otro rincón y, de vez en cuando, una pequeña rama de la Sociedad Histórica de Ford County dondequiera que puedan juntar tres o cuatro sillas. Incluso las noches que libro, suelo pasarme a las ocho para echar la partida. Es eso o beber con la señorita Ruby y atragantarme con el humo de sus cigarrillos.

Lyle gana nueve de cada diez partidas, pero no me importa. Desde su cita con Mandy el brazo izquierdo le da molestias. Se le duerme el brazo y le cuesta más encontrar las palabras. Le ha subido un poco la tensión y se queja de dolores de cabeza. Como yo tengo una llave de la farmacia, le he suministrado Nafred, un anticoagulante, y Silerall para prevenir la apoplejía. He visto docenas

de apoplejías, y ese es mi diagnóstico para el señor Spurlock. Una ligera apoplejía, imperceptible para los demás, aunque nadie se fija en él. Lyle es un viejo duro que no se queja y al que no le gustan los médicos, preferiría que le pegaran un tiro a llamar a su hija para lloriquearle sobre su estado de salud.

—Me dijo usted que no ha hecho testamento —digo de pasada con la vista fija en el tablero. Hay cuatro damas jugando a las cartas a unos trece metros y estoy segurísimo de que no nos oyen. Apenas se oyen unas a otras.

—He estado pensando en ello. —Tiene los ojos cansados. Lyle ha envejecido desde su cumpleaños, desde Mandy, desde la apoplejía.

—¿Qué patrimonio tiene? —pregunto, como si no pudiera importarme menos.

—Algunas tierras, nada más.

—¿Muchas?

—Doscientas sesenta hectáreas en Polk County. —Sonríe al conseguir un doble salto.

—¿Valen mucho?

—No lo sé. Pero están libres de impuestos.

No he pagado por una tasación oficial, pero según un par de agentes especializados en el tema, las tierras valen unos doscientos dólares la hectárea.

—Comentó algo de apartar una cantidad para colaborar con la preservación de los campos de batalla de la guerra Civil.

Es justo lo que Lyle quiere oír. Se anima, me sonríe y dice:

—Una gran idea. Es justo lo que quiero hacer. —De momento, se ha olvidado de la partida.

—La mejor organización es una de Virginia, el Fondo de Defensa Confederado. Hay que andarse con ojo. Algunas de estas organizaciones sin ánimo de lucro destinan la mitad del dinero a monumentos en honor de las fuerzas de la Unión. No creo que sea lo que tiene en mente.

—Para nada.

Los ojos le destellan un segundo y Lyle vuelve a estar listo para la batalla.

—No con mi dinero —añade.

—Ejerceré gustoso como su fiduciario —digo, y muevo una ficha.

—¿Y eso qué significa?

—Usted nombra al Fondo de Defensa Confederado destinatario de su patrimonio y, a su muerte, el dinero va a un fideicomiso para que yo, o cualquiera de su elección, pueda controlar el dinero y asegurarse de que se la da un buen uso.

Lyle está sonriendo.

—Justo lo que yo quiero, Gill. Clavado.

—Es la mejor manera…

—No te importa, ¿verdad? Quedarías a cargo de todo cuando yo muera.

Le cojo la mano derecha, se la aprieto, lo miro directamente a los ojos y digo:

—Será un honor, Lyle.

Movemos unas cuantas piezas en silencio, luego ato los cabos sueltos.

—¿Y su familia?

—¿Qué les pasa?

—Su hija, su hijo, ¿qué patrimonio les dejará?

Su respuesta es un cruce entre un suspiro, un bufido y un resoplido, y cuando se combinan con unos ojos en blanco, sé al instante que sus queridos hijos están a punto de quedar fuera. Algo perfectamente legal en Mississippi y otros muchos estados. Cuando haces testamento puedes excluir a todos menos al cónyuge que te sobreviva. Y hay quien de todos modos lo intenta.

—Hace cinco años que no tengo noticias de mi hijo. Mi hija tiene más dinero que yo. Nada. No recibirán nada.

—¿Saben que tiene esas tierras en Polk County?

—No creo.

No necesito más.

Dos días después, corren rumores por Remanso de Paz. «¡Que vienen los abogados!» Gracias sobre todo a mí, se ha corrido la voz de que hay abierto un importante pleito en el que la familia de la señora Harriet Marckle sacará todo a la luz y recibirá una millonada. En parte es cierto, pero la señora Harriet no sabe nada. Ella está de vuelta en su cama (una cama limpísima), bien alimentada y adecuadamente medicada, cuidada como es debido y, en esencia, ajena a este mundo.

Su abogado, el honorable Dexter Ridley de Tupelo, Mississippi, llega un día a última hora de la tarde con un pequeño séquito

compuesto por su fiel secretaria y dos procuradores, ambos vestidos con trajes tan oscuros como el de Dexter y con cara de pocos amigos, en la mejor tradición de la abogacía. Forman un equipo impresionante, y yo nunca había visto Remanso de Paz tan alterado. Tampoco lo había visto tan reluciente y espectacular. Hasta las flores de plástico de recepción han sido reemplazadas por flores naturales. Órdenes de la oficina central.

Dex y su equipo son recibidos por un ejecutivo intermedio de la empresa que es todo sonrisas. La razón oficial de la visita es dar a Dexter la ocasión de inspeccionar, examinar, fotografiar, valorar y, en general, fisgar en Remanso de Paz, cosa que realiza con suma pericia durante más o menos una hora. Es su especialidad. Necesita «tomarle el pulso al lugar» antes de demandarlo. En fin, es puro teatro. Dex está convencido de que el tema se zanjará de forma discreta y generosa, sin necesidad de presentar ninguna demanda.

Aunque mi turno no comienza hasta las nueve de la noche, me paso por la residencia como de costumbre. A estas alturas el personal y los residentes están acostumbrados a verme a todas horas. Es como si no me fuera nunca. Pero me voy, podéis creerme.

Rozelle, que ha alargado la jornada, está preparando la cena, no cocinando, me recuerda, solo preparándola. Me quedo en la cocina, molestándola, cotilleando y echando una mano de vez en cuando. Quiere saber qué hacen aquí los abogados y, como de costumbre, yo solo puedo especular, pero lo hago con montones de teorías. A las seis en punto de la tarde los residentes comienzan a llegar a la cafetería y yo me pongo a repartir las bandejas de gachas humeantes que les servimos. Esta noche la gelatina toca amarilla.

A las seis y media exactas, entro en acción. Salgo de la cafetería y me dirijo a la habitación 18, donde encuentro al señor Spurlock sentado en la cama, leyendo una copia de su testamento. El señor Hitchcock está al final del pasillo, cenando, de modo que podemos hablar.

—¿Alguna pregunta? —digo. Son solo tres páginas, a ratos escritas de forma comprensible y a ratos cargadas de suficientes términos legales para aturdir a un catedrático de derecho. Dex es un genio redactando esas cosas. Añade la cantidad justa de lenguaje claro para convencer a la persona que debe firmarlo de que, aunque no lo entienda del todo, en esencia el documento es correcto.

—Supongo —dice Lyle, inseguro.

—Hay mucha jerga legal —explico, servicial—. Pero es necesaria. En esencia dice que le deja todo al Fondo de Defensa Confederado, en un fideicomiso que yo debo supervisar. ¿Es lo que usted quería?

—Sí, gracias, Gill.

—Es un honor. Vamos.

Nos tomamos nuestro tiempo —Lyle se mueve mucho más despacio desde la apoplejía—y al final llegamos a la zona de recepción justo al lado de la entrada principal. La reina Wilma, la enfermera Nancy y Trudy, la recepcionista, se fueron hace casi dos horas. Se oye un murmullo apagado mientras sirven la cena. Dex y su secretaria están esperando. Los dos procuradores y el representante de la empresa se han marchado. Hago las presentaciones. Lyle toma asiento y yo me sitúo de pie a su lado, luego Dex repasa metódicamente un breve resumen del documento. Lyle pierde el interés enseguida y Dex se da cuenta.

—¿Es lo que usted quiere, señor Spurlock? —pregunta el compasivo asesor.

—Sí —responde Lyle, asintiendo. Ya está harto de tanto legalismo.

Dex saca una estilográfica, le muestra a Lyle dónde firmar y luego añade su firma como testigo e indica a su secretaria que haga lo mismo. Están dando fe de que Lyle está «en pleno uso de sus facultades». A continuación Dex firma la pertinente fe notarial y la secretaria saca su sello de notaría y lo estampa en el documento dando sus bendiciones oficiales. He pasado varias veces por esta situación y, creedme, esta mujer otorgaría notarialmente cualquier cosa. Le plantas una fotocopia de la Carta Magna ante las narices, le juras que es el original y ella le pone su sello notarial.

A los diez minutos de firmar su testamento, Lyle Spurlock está cenando en la cafetería.

Una semana después, Dex telefonea para informarme de que está a punto de reunirse con los importantes abogados de la oficina central e iniciar serias negociaciones para fijar un acuerdo. Está decidido a mostrarles las fotografías, considerablemente ampliadas, que saqué de la señora Harriet Marckle tirada en medio de sus propios fluidos corporales, desnuda. Y describirá las entradas robadas de los registros, pero no les entregará copias. Todo ello conducirá a un acuerdo, pero también revelará a la empresa mi complicidad en los hechos. Yo soy el topo, la filtración, el traidor, y aunque no me despedirán inmediatamente —Dex los amenazará— la experiencia me ha enseñado que es mejor largarse.

Es muy probable que la empresa despida a la Reina Wilma y puede que también a la enfermera Angel. Que así sea. Rara vez abandono un proyecto sin que haya despidos.

Al día siguiente Dex telefonea para comunicarme que se ha cerrado un acuerdo, confidencial, claro, de cuatrocientos mil dólares. Podría parecer poco, dada la mala conducta de la empresa y su situación vulnerable, pero no es un mal trato. En estos casos cuesta demostrar los daños. No es como si la señora Harriet estuviera ganando dinero y por tanto se enfrentara a grandes pérdidas financieras. Ella no verá un duro del dinero, pero apuesto a que sus seres queridos ya han empezado a pelearse entre ellos. Mi recompensa es una comisión del diez por ciento de la cifra inicial.

Al día siguiente llegan dos hombres de traje oscuro y el miedo se apodera de Remanso de Paz. Se organizan largas reuniones en el despacho de la Reina Wilma. Se palpa la tensión. A mí me encantan estas situaciones, así que paso casi toda la tarde escondido en la cocina con Rozelle mientras vuelan los rumores. Estoy lleno de teorías descabelladas, y la mayoría de los chismes parecen originarse en la cocina. La señora Drell acaba despedida y escoltada fuera del edificio. La enfermera Angel es despedida y escoltada fuera del edificio. A última hora del día nos llega el rumor de que me buscan, de modo que me escapo por una puerta lateral y desaparezco.

Regreso al cabo de una semana más o menos, para despedirme de Lyle Spurlock y otros amigos. Remato los rumores con Rozelle, le doy un abrazo y prometo visitarla de vez en cuando. Me paso a ver a la señorita Ruby, arreglamos cuentas, recojo mis cosas y me tomo un último bourbon caliente en el porche. Será difícil despedirse, pero lo hago a menudo.

De modo que me voy de Clanton a los cuatro meses de llegar y, de camino a Memphis, no puedo evitar sucumbir a la petulancia. Otro de mis proyectos exitosos. Solo la comisión equivale a un buen año. Efectivamente el señor Spurlock me lo lega todo en su testamento, aunque él no lo sepa. (El Fondo de Defensa Confederado cerró hace años.) A la muerte del señor Spurlock, algo que sabremos enseguida porque la secretaria de Dex repasa las esquelas a diario, su hija acudirá rauda, descubrirá el testamento y alucinará, luego se apresurará a contratar a unos abogados que presentarán una demanda para invalidar el testamento. Alegarán toda clase de lindezas en mi contra, y no puedo culparlos.

Las impugnaciones de testamento se deciden en juicios con jurado en Mississippi y no estoy dispuesto a someterme al escrutinio de doce ciudadanos medios e intentar negar que le chupé la sangre al pobre viejo durante sus últimos días en una residencia de ancianos. No, señor. Nunca iremos a juicio. Nosotros, Dex y yo, cerramos estos casos mucho antes de llegar a juicio. La familia suele comprarnos por el veinticinco por ciento del patrimonio. Es más barato que pagar a los abogados que necesitan para el juicio,

además, la familia no quiere pasar por la vergüenza de un juicio auténticamente implacable en el que se les acribilla a preguntas acerca del tiempo que no pasaron con su amantísimo difunto.

Tras muchos meses de arduo trabajo, estoy exhausto. Pasaré un par de días en Memphis, mi base de operaciones, y luego cogeré un vuelo a Miami, donde tengo una casa en South Beach. Me concentraré unos días en mi bronceado, descansaré y luego empezaré a pensar en el siguiente proyecto.

El rarito

Como la mayoría de rumores que circulan por Clanton, este nació en la barbería, la cafetería o la oficina del secretario del juzgado y, una vez en la calle, echó a correr sin control. Un rumor candente da la vuelta a la plaza a una velocidad que desafía a la tecnología y a menudo regresa al punto de partida en una forma tan modificada o distorsionada que desconcierta a su fuente original. Tal es la naturaleza de los rumores, pero de vez en cuando, al menos en Clanton, uno resulta ser cierto.

A la barbería, en la cara norte de la plaza, donde el señor Félix Upchurch lleva casi cincuenta años cortando el pelo y ofreciendo consejos, el rumor lo trajo una mañana temprano un hombre que no solía andarse con rodeos.

—He oído que el hijo pequeño de Isaac Keane vuelve a casa —dijo.

Se hizo una pausa en los cortes, en las lecturas de periódicos, en el fumar cigarrillos, en las riñas sobre el partido de los Cardinals de la noche anterior. Entonces alguien dijo:

—¿Ese era el rarito?

Silencio. Luego el chasquido de las tijeras, el pasar de las páginas, alguna tos por aquí y algún carraspeo por allá. Cuando se sacaban a relucir temas delicados en la barbería, se recibían con una cautela momentánea. Nadie quería cargar primero, no fueran a acusarlo de cotilla. Nadie quería confirmar y negar nada, porque un dato incorrecto o una suposición errónea podían difundirse rápidamente y resultar perjudiciales, sobre todo en cuestiones relacionadas con el sexo. En otros lugares de la ciudad, la gente se mostraba menos dubitativa. No cabía duda, eso sí, de que la noticia del regreso del pequeño de los Keane iba a ser diseccionada desde una docena de direcciones pero, como siempre, los caballeros procedieron con cautela.

—Bueno, siempre he tenido entendido que no le tiran las chicas.

—Y has entendido bien. La hija de mi primo fue al colegio con

él y el chico siempre ha tenido su lado mariposón, un mariquita, vaya, y en cuanto pudo se largó de aquí y huyó a la gran ciudad. Creo que a San Francisco, pero eso no podría jurarlo.

(«No podría jurarlo» era una estratagema defensiva destinada a desautorizar lo que acababa de decirse. Una vez desautorizado, los otros eran libres de repetir lo que acababa de decirse, pero si la información resultaba ser falsa, no podía hacerse responsable al cotilla original.)

—¿Cuántos años tiene?

Siguió una pausa para los cálculos.

—Puede que treinta y uno o treinta y dos.

—¿Y por qué vuelve?

—Bueno, pues no lo sé seguro, pero dicen que está muy enfermo, en las últimas, y que en la gran ciudad nadie puede cuidar de él.

—¿Ha venido a morirse?

—Eso dicen.

—Isaac se revolverá en su tumba.

—Dicen que la familia lleva años mandándole dinero para mantenerlo alejado de Clanton.

—Creía que se habían pulido todo el dinero de Isaac.

Con lo cual se inició una digresión acerca del tema del dinero de Isaac y su patrimonio, sus activos y pasivos, sus esposas, hijos y parientes y las misteriosas circunstancias que rodearon su muerte, y se concluyó de general acuerdo que Isaac había muerto en buena hora puesto que la familia que dejaba detrás no era más que un puñado de idiotas.

—¿Qué enfermedad tiene el chico?

Rasco, uno de los grandes parlanchines de la ciudad con reconocida tendencia a adornar los comentarios, dijo:

—Dicen que una enfermedad de maricas. No tiene cura.

Bickers, que con cuarenta años era el más joven de todos los presentes esa mañana, preguntó:

—No estarás hablando de sida, ¿no?

—Eso dicen.

—El chico tiene sida y vuelve a Clanton.

—Eso dicen.

—No puede ser.

El rumor se confirmó pocos minutos después en la cafetería del lado este de la plaza, donde una camarera muy fresca llamada Dell servía desayunos desde hacía años. La clientela de primera hora se componía de la habitual colección de ayudantes del sheriff fuera de servicio y trabajadores de las fábricas, mezclados con algún que otro oficinista. Uno de ellos dijo:

—Oye, Dell, ¿sabes algo de eso que cuentan que el pequeño de los Keane vuelve a casa?

Dell, que con frecuencia originaba rumores inofensivos por puro aburrimiento pero que solía disponer de fuentes fiables, contestó:

—Ya está aquí.

—¿Y tiene sida?

—Algo tiene. Está pálido, consumido, parece la muerte andante.

—¿Cuándo lo has visto?

—No lo he visto. Pero el ama de llaves de su tía me lo contó ayer por la tarde. —Dell estaba detrás de la barra, esperando a que el cocinero le pasara la comida mientras hasta el último cliente de la cafetería escuchaba sus comentarios—. Está enfermo, eso sí. No tiene cura, no hay nada que hacer. Como en San Francisco nadie se hacía cargo de él, ha venido a casa a morir. Muy triste.

—¿Dónde está viviendo?

—Bueno, en la casa grande no, eso seguro. La familia se reunió y decidió que allí no podía quedarse. Lo que tiene es tremendamente contagioso y mortal, de modo que lo mandarán a una de las casas que Isaac tenía en Lowtown.

—¿Con la gente de color?

—Eso dicen.

Ese dato tardó un poco en asimilarse, pero empezó a cobrar sentido. Costaba aceptar la idea de que Keane viviese al otro lado de las vías del tren, en la sección negra, pero por otra parte era lógico que no se permitiera la entrada en la zona blanca de la ciudad a alguien enfermo de sida.

Dell continuó:

—Sabe Dios cuántas chozas y casuchas compró y construyó el viejo Keane en Lowtown. Creo que todavía quedan varias docenas.

—¿Sabes con quién vivirá el chico?

—La verdad, no me importa. Me basta con que no se me presente por aquí.

—A ver, Dell. ¿Qué harías si entrara ahora mismo y te pidiera desayunar?

Dell se secó las manos en un trapo, clavó la mirada en el hombre que le había hecho la pregunta, apretó la mandíbula y contestó:

—Mira, puedo negarme a servir a quien me dé la gana.

Créeme que, con los clientes que tengo, no pienso en otra cosa. Pero si viene, le pediré que se vaya. No te olvides de que lo que tiene el chico es altamente contagioso, y no estamos hablando de un resfriado común. Si le sirvo, a cualquiera de vosotros podría tocaros su plato o su vaso la próxima vez que vengáis. Piénsalo.

Todos lo pensaron durante un rato largo.

Por fin, alguien habló:

—¿Sabes cuánto le queda de vida?

El tema estaba debatiéndose al otro lado de la calle, en la segunda planta de los juzgados, en las oficinas del secretario de la división de equidad, donde los cafeteros madrugadores mordisqueaban pastitas y se ponían al día de las últimas noticias. Myra, que se encargaba de archivar escrituras, había terminado la secundaria un año antes que Adrian Keane y, por supuesto, ya por entonces se sabía que el chico era diferente. Myra tomó la palabra.

Diez años después de graduarse, Myra y su marido estaban de vacaciones en California cuando se le ocurrió telefonear a Adrian. Quedaron para almorzar en Fisherman's Wharf, el muelle del pescador, con el Golden Gate y Alcatraz de telón de fondo, y lo pasaron estupendamente recordando los viejos tiempos en Clanton. Myra le aseguró a Adrian que en su ciudad natal todo seguía igual. Adrian habló con libertad de su estilo de vida. Corría el año 1984, Adrian había salido del armario, pero no tenía pareja fija. Le preocupaba el sida, una enfermedad de la que Myra, en 1984, nunca había oído hablar. La primera oleada de la epidemia asolaba la comunidad gay de San Francisco y el número de bajas resultaba aterrador y descorazonados Se abogaba por cambiar de estilo de vida. Algunos enfermos morían en cuestión de meses, les explicó Adrian a Myra y su marido. Otros aguantaban años. Él ya había perdido a varios amigos.

Myra describió otra vez el almuerzo con todo lujo de detalles ante un público embelesado compuesto por una docena de funcionarios. El hecho de que Myra hubiera estado en San Francisco y hubiera cruzado el puente la convertía en alguien especial. Todos habían visto las fotografías, más de una vez.

—Dicen que ya está aquí —apuntó otro administrativo.

—¿Cuánto tiempo le queda?

Pero Myra no lo sabía. Desde el almuerzo de hacía cinco años, no había vuelto a tener contacto con Adrian y, evidentemente, ahora tampoco lo quería.

El primer avistamiento fue confirmado minutos después cuando el señor Rutledge entró en la barbería para su retoque semanal. Su sobrino repartía del diario de Tupelo todas las mañanas al amanecer y todas las casas del centro de Clanton recibían el suyo. El sobrino conocía los rumores y estaba al acecho. Condujo la bicicleta lentamente por la calle Harrison, y aún más despacio al acercarse a la vieja casa de los Keane, y, cómo no, esa misma mañana, no hacía ni dos horas, se había topado cara a cara con un desconocido al que no olvidaría.

El señor Rutledge describió el encuentro.

—Joey dice que nunca había visto a un hombre tan enfermo, débil y demacrado, con la piel pálida como la de un cadáver, con manchas en los brazos, las mejillas chupadas, el pelo, ralo. Dice que parecía un finado. —Rutledge rara vez encontraba un hecho que él no pudiera mejorar, cosa harto sabida por el resto. Pero le prestaron atención. Nadie se atrevió a cuestionar que Joey, un chaval de trece años con limitaciones, empleara la palabra «finado».

—¿Qué le ha dicho?

—Joey le ha dado los buenos días y el tipo le ha contestado: «Buenos días», y Joey le ha entregado el periódico, pero con cuidado de mantener las distancias.

—Chico listo.

—Y luego se ha montado en la bici y se ha largado. La cosa esa no se pillará por el aire, ¿no?

Nadie se atrevió a especular.

A las ocho y media Dell ya estaba al corriente del avistamiento y comenzaba a especularse sobre la salud de Joey. A las ocho y cuarenta y cinco, Myra y los otros funcionarios charlaban animadamente acerca de la fantasmagórica figura que había asustado al chico de los periódicos delante de la casa del viejo Keane.

Una hora después, un coche patrulla pasó por la calle Harrison con dos agentes en su interior tratando de ver al fantasma. A mediodía, todo Clanton sabía que tenían entre ellos a un moribundo de sida.

El acuerdo se cerró con una breve negociación. Dadas las circunstancias no servía de nada seguir discutiendo. Las partes no estaban en igualdad de condiciones y, por tanto, no sorprendió a nadie que la mujer blanca se saliera con la suya.

La mujer blanca era Leona Keane; para algunos, la tía Leona, para el resto, la Leona, la anciana matriarca de una familia en largo declive. La mujer negra era la señorita Emporia, una de las dos únicas solteronas negras de Lowtown. Emporia también tenía sus años, unos setenta y cinco, creía ella, aunque carecía de partida de nacimiento. La familia Keane era propietaria de la casa que Emporia había alquilado toda la vida y, como consecuencia del privilegio de la propiedad, se llegó rápidamente a un acuerdo.

Emporia cuidaría del sobrino y, a la muerte de este, recibiría una escritura de propiedad con garantía de título. La casita rosa de la calle Roosevelt pasaría a ser suya, libre de gravámenes. Dicha transferencia apenas significaría nada para la familia Keane, puesto que llevaban varios años diezmando el patrimonio de Isaac. Pero para Emporia, lo significaba todo. La idea de ser propietaria de su querido hogar compensaba con creces las reservas que le despertaba cuidar de un blanco moribundo.

Como la tía Leona jamás se plantearía dejarse ver del otro lado de las vías del tren, dispuso que el jardinero llevara al chico en coche hasta su destino final. Cuando el viejo Buick de la tía Leona se detuvo frente a la casa de Emporia, Adrian Keane miró la casa rosa con el porche blanco, los helechos colgantes, las macetas rebosantes de pensamientos y geranios y el minúsculo jardincito bordeado de una cerca de estacas, y miró también la casa de al lado, una casita pintada de color amarillo claro e igual de bonita y primorosa. Miró calle abajo, hacia una fila de alegres casitas adornadas con flores y mecedoras y puertas que invitaban a entrar. Luego volvió a mirar la casa rosa y decidió que prefería morir allí que en la miserable mansión que acababa de dejar, a menos de un par de kilómetros de allí.

El jardinero, todavía con los guantes puestos para evitar cualquier posibilidad de contagio, se apresuró a descargar las dos maletas de cuero caro que contenían todas las pertenencias de Adrian y se marchó sin una despedida ni un apretón de manos. Tenía órdenes estrictas de la señorita Leona de devolver el Buick a casa y frotar el interior con desinfectante.

Adrian miró calle arriba y calle abajo, se fijó en algunos vecinos sentados a la sombra del porche, luego recogió el equipaje y cruzó el jardín delantero por el camino de ladrillos hasta los escalones de la entrada. La puerta de la casa estaba abierta y la señorita Emporia se

presentó, sin sonreír.

—Bienvenido, señor Keane —dijo.

—Ahórrate el «señor», por favor. Encantado de conocerte. —En ese momento la cortesía exigía darse la mano, pero Adrian comprendía el problema. Se apresuró a añadir—: Darse la mano es seguro, pero mejor nos lo saltamos.

A Emporia le pareció bien. Leona le había advertido del alarmante aspecto del muchacho. Repasó rápidamente las mejillas y los ojos hundidos, la piel más blanca que jamás hubiera visto, y fingió no percatarse del cuerpo huesudo y envuelto en prendas que se le habían quedado demasiado grandes. Sin dudarlo, gesticuló hacia una mesita del porche y preguntó:

—¿Le apetece un té helado?

—Sí, gracias.

Las palabras del chico sonaban secas; hacía años que había perdido el acento sureño. Emporia se preguntaba qué más habría perdido por el camino. Se acomodaron alrededor de la mesa de mimbre y Emporia sirvió té azucarado. Había un plato con galletas de jengibre. Emporia cogió una; él no.

—¿No tiene hambre?

—Ya no. Cuando me marché hace años, perdí mucho peso. Me alejé de los fritos y ya nunca he vuelto a comer lo mismo. Y ahora, con esto que tengo, no me queda mucho apetito.

—¿Así que no tendré que cocinar demasiado?

—Supongo que no. ¿A usted le parece bien este apaño? O sea, da la impresión de que mi familia se lo ha impuesto, que es lo que suelen hacer. Si está a disgusto, puedo buscarme otro sitio.

—El apaño me va bien, señor Keane.

—Llámeme Adrian, por favor. ¿Y yo cómo debo llamarla?

—Emporia. Mejor nos tuteamos.

—Hecho.

—¿Dónde irías si no?

—No lo sé. Ahora todo es temporal. —Tenía la voz ronca y hablaba despacio, como si le exigiera cierto esfuerzo. Llevaba una camisa de algodón azul y sandalias.

Emporia había trabajado en un hospital y había visto muchos pacientes de cáncer en fase terminal. Su nuevo amigo le recordaba a aquellos pobres desgraciados. Aunque, enfermo como estaba, saltaba a la vista que en otro tiempo había sido un joven apuesto.

—¿A ti te parece un buen apaño?

—¿Por qué no iba a parecérmelo?

—Un caballero blanco de una familia importante viviendo aquí, en Lowtown, con una solterona negra...

—Puede ser divertido —dijo él y consiguió esbozar su primera sonrisa.

—Seguro que nos llevamos bien.

El agitó el té. Su sonrisa se esfumó en cuanto pasó ese momento de frivolidad. Emporia también agitó su té y pensó: «Pobre chico. No tiene muchas razones para sonreír».

—Me fui de Clanton por muchos motivos —dijo el chico—. No es un buen sitio para la gente como yo, para los homosexuales. Y tampoco es ninguna maravilla para la gente como tú. Detesto la educación que me han dado. Me avergüenza el modo en que mi familia ha tratado a los negros. Odiaba la intolerancia de esta ciudad. No veía el momento de largarme. Además, quería ver la gran ciudad.

—¿San Francisco?

—Primero fui a Nueva York, viví allí unos años, y luego conseguí trabajo en la costa oeste. Al final me mudé a San Francisco. Luego enfermé.

—¿Por qué has vuelto si sientes tanto odio por la ciudad?

Adrian exhaló como si pudiera llevarle una hora responder o como si en realidad no supiera la respuesta. Se secó el sudor de la frente, sudor causado no por la humedad, sino por la enfermedad. Bebió un poco del vaso. Y al final contestó:

—No estoy seguro. Últimamente he presenciado muchas muertes, más de las que me tocaban. No podía soportar la idea de que me enterraran en un frío mausoleo de una lejana ciudad. Quizá sea una cosa sureña. Al final todos regresamos al hogar.

—Tiene sentido.

—Y, sinceramente, me quedé sin dinero. Las medicinas son muy caras. Necesitaba a la familia, al menos sus recursos. Hay otras razones. Es complicado. No quería cargar a mis amigos con otra muerte lenta.

—¿Y pensabas quedarte en casa de la familia en lugar de aquí, en Lowtown?

—De verdad, Emporia, prefiero estar aquí. Mi familia no quería que volviera a Clanton. Han estado pagándome durante años para mantenerme lejos de aquí. Me han repudiado, me han desheredado, se niegan a pronunciar mi nombre. Así que decidí fastidiarles la vida una última vez. Hacerlos sufrir un poco. Hacerlos gastar algo de

dinero.

Un coche patrulla recorrió despacio la calle. Ninguno de los dos lo mencionó. Cuando hubo pasado, Adrian dio otro sorbo al té y dijo:

—Necesitas que te ponga en antecedentes, la información básica. Hace unos tres años que tengo sida y no viviré mucho más. En general es seguro estar conmigo. El único modo de coger la enfermedad es por el intercambio de fluidos corporales, así que será mejor que decidamos desde ya no mantener relaciones sexuales.

A Emporia le dio un ataque de risa al que enseguida se sumó Adrian. Rieron hasta que los ojos se les llenaron de lágrimas, hasta que el porche se movió, hasta que acabaron riéndose de lo mucho que se reían. Algunos vecinos se asomaron a atisbar desde lejos. Cuando todo estuvo de nuevo bajo control, Emporia dijo:

—Hace tanto tiempo que no tengo relaciones sexuales que ya ni me acuerdo.

—Bueno, señorita Emporia, puedo asegurarle que yo he tenido suficientes por mí, por ti y por la mitad de Clanton. Pero se acabó.

—Para mí también.

—Bien. Tú mantén las manos quietecitas, que yo haré lo mismo. Por lo demás, sería recomendable que tomáramos ciertas precauciones.

—Ayer vino una enfermera a explicarme cuatro cosas.

—Bien. Colada, platos, comida, medicinas, normas para compartir el baño. ¿Todo eso?

—Sí.

Adrian se arremangó la manga izquierda y señaló un cardenal negro.

—A veces estas cosas se abren y tengo que vendarlas. Cuando ocurra, te lo diré.

—Creía que no íbamos a tocarnos.

—Ya, pero por si acaso no puedes resistirte.

Ella volvió a reírse, pero solo un momento.

—En serio, Emporia, no soy peligroso.

—Comprendo.

—Seguro que sí, pero no quiero que vivas conmigo si me tienes miedo. Acabo de pasar cuatro días con lo que queda de mi familia y me han tratado como si fuera radiactivo. Y toda la gente de por aquí hará lo mismo. Te agradezco que hayas aceptado cuidar de mí, pero

no quiero que te preocupes. No va a ser agradable. Ya parezco prácticamente muerto y la cosa irá a peor.

—Lo has visto en otros, ¿verdad?

—Sí. Muchas veces. He perdido docenas de amigos en los últimos cinco años. Es horrible.

Emporia tenía muchas preguntas, sobre la enfermedad y sobre su estilo de vida, sobre sus amigos y demás, pero las dejó para luego. De repente Adrian parecía cansado.

—Ven, que te enseño la casa —dijo Emporia.

El coche patrulla volvió a pasar, despacio. Adrian lo vio y preguntó:

—¿Con qué frecuencia pasa la poli por aquí?

Casi nunca, quiso responder Emporia. Había otras zonas de Lowtown donde las casas no eran tan bonitas y los vecinos menos de fiar. Había garitos varios, unos billares, una licorería, grupos de jóvenes desempleados vagando por las esquinas, y allí se veía al coche patrulla varias veces al día.

—Bueno, de vez en cuando —dijo Emporia.

Entraron en la casa, en la sala de estar.

—Es una casa pequeña —dijo Emporia, casi a modo de defensa. Al fin y al cabo el chico se había criado en una buena casa de una calle arbolada. Ahora se encontraba en una casita construida por su padre y propiedad de su familia.

—Es el doble de grande que el apartamento donde vivía en Nueva York.

—No me digas.

—En serio, Emporia. Es muy bonita. Estaré muy bien.

Los suelos de madera relucían. Los muebles estaban perfectamente centrados en las paredes. Las ventanas eran brillantes y claras. No había nada desordenado, y todo reflejaba cuidados constantes. Detrás de la sala de estar había dos dormitorios pequeños y una cocina. El de Adrian tenía una cama doble de hierro que ocupaba la mitad del suelo. Había además un armarito, un tocador demasiado pequeño para un niño y un aparato de aire acondicionado en la ventana.

—Es perfecto, Emporia. ¿Cuánto hace que vives aquí?

—Hum, unos veinticinco años.

—Me alegro mucho de que vaya a ser para ti, y pronto.

—Yo también, pero no nos apresuremos. ¿Estás cansado?

—Sí.

—¿Te gustaría echar una cabezadita? La enfermera dijo que tienes que dormir mucho.

—Un sueñecito estaría muy bien.

Emporia cerró la puerta y la habitación quedó en silencio.

Mientras el chico dormía, un vecino de la acera de enfrente pasó a sentarse con Emporia en el porche. Se llamaba Herman Grant y tendía a pecar de curioso.

—¿Qué hace aquí ese blanco?

Emporia tenía la respuesta preparada, una que había planeado durante días. Confiaba en que las preguntas y los careos se fueran igual que habían llegado.

—Se llama Adrian Keane, es el benjamín del señor Isaac Keane, y está muy enfermo. He aceptado cuidar de él.

—Si está enfermo, ¿por qué no está en el hospital?

—No es de esas enfermedades. En el hospital no pueden hacer nada por él. Tiene que descansar y tomarse una carretada de pastillas todos los días.

—¿Se va a morir?

—Probablemente, Herman. Irá empeorando hasta que se muera. Es muy triste.

—¿Tiene cáncer?

—No, no es cáncer.

—¿Qué es?

—Otra enfermedad, Herman. Algo que tienen en California.

—No tiene sentido.

—Muchas cosas no lo tienen.

—No entiendo por qué vive contigo, aquí, en nuestro lado de la ciudad.

—Como ya te he dicho, Herman, voy a cuidar de él.

—¿Te obligan a hacerlo porque la casa les pertenece?

—No.

—¿Te pagan?

—Métete en tus asuntos, Herman.

Herman se marchó y se dirigió calle abajo. Al poco tiempo, había corrido la voz.

El jefe de policía se pasó por la cafetería a comprar crepés y Dell no tardó en acorralarlo.

—Sencillamente no entiendo por qué no pueden poner al chico en cuarentena —dijo en voz alta, para todos, y todos estaban escuchando.

—Hace falta una orden judicial, Dell —contestó el policía.

—¿Así que puede pasearse por toda la ciudad, ir esparciendo gérmenes por todas partes?

El jefe de policía era un hombre paciente que había manejado muchas crisis a lo largo de los años.

—Todos podemos pasearnos libremente, Dell. Lo dice la Constitución.

—¿Y si infecta a todo el mundo? Entonces, qué dirás, ¿eh?

—Hemos consultado al departamento de sanidad del estado. El sida mató a setenta y tres personas el año pasado en Mississippi, de modo que saben de lo que hablan. El sida no es como la gripe. Solo puede contagiarse por los fluidos corporales.

Silencio, mientras Dell y el resto de los clientes se estrujaban los sesos pensando en todos los fluidos que podía producir el cuerpo humano. Durante la pausa, el jefe de policía masticó unas crepés y, después de tragar, dijo:

—Mira, no hace falta perder los nervios. Lo tenemos vigilado. El chico no se mete con nadie. Básicamente se pasa el día sentado en el porche con Emporia.

—Pues tengo entendido que los vecinos no están contentos.

—Eso dicen.

En la barbería, un cliente habitual dijo:

—He oído que a los de color no les gusta tenerlo allí. Ha corrido la voz de que hay un chaval rarito escondido en una de las casas de alquiler de su difunto padre. Están que trinan.

—No les culpo. ¿Y si se mudara al lado de tu casa?

—Sacaría la escopeta y me aseguraría de que se queda a su lado de la valla, eso seguro.

—No hace daño a nadie. ¿A qué viene tanto follón?

—Anoche leí un artículo. Creen que el sida se convertirá en la

enfermedad más mortífera de la historia mundial. Matará a millones de personas, sobre todo en África, donde evidentemente todo el mundo se folla a todo el mundo.

—Creía que eso era en Hollywood.

—Allí también. California es el estado con más casos de sida.

—¿No fue allí donde lo pilló el chico de los Keane?

—Eso dicen.

—Cuesta creer que tengamos sida aquí, en Clanton, en 1989.

En la oficina del secretario del juzgado, una damisela llamada Beth atraía más atención que los donuts porque su marido era agente de la policía municipal y el día anterior lo habían mandado a ver qué tal marchaban las cosas por Lowtown. El hombre pasó con el coche frente a la casita rosa de Emporia Nester y, efectivamente, tal como se rumoreaba, sentado en el porche delantero había un joven blanco, pálido y descarnado. Ni el policía ni su mujer conocían a Adrian Keane, pero como media ciudad había estado escarbando hasta dar con los viejos anuarios del Instituto Clanton, circulaban varias fotos suyas del colegio. El policía había sido entrenado para la rápida identificación de sospechosos, por lo que estaba bastante seguro de que había visto a Adrian Keane.

—Y la policía ¿por qué lo vigila? —preguntó Myra, algo irritada.

—Bueno, mi marido estaba allí porque se lo mandaron —contestó Beth, en tono tajante.

—No es un crimen estar enfermo, ¿no? —replicó Myra.

—No, pero se supone que la policía debe proteger a la población, ¿no?

—De modo que vigilando a Adrian Keane y asegurándose de que se quede en el porche, el resto estaremos más a salvo, ¿es eso lo que dices, Beth?

—Yo no he dicho eso, no pongas en mi boca palabras que no he dicho. Sé hablar solita.

Y así siguieron.

Durmió hasta tarde y se quedó mucho rato en cama, mirando fijamente al techo de madera blanca y preguntándose cuántos días le quedaban. Luego volvió a preguntarse por qué estaba donde estaba, pero ya sabía la respuesta. Había visto agonizar a demasiados amigos. Meses atrás había tomado la decisión de que aquellos

amigos que todavía vivían no cargarían con el peso de verlo morir. Era más fácil despedirse con un beso fugaz y un fuerte abrazo mientras todavía podía darlos.

La primera noche en la casita rosa había consistido en la habitual sucesión de escalofríos y sudores, recuerdos y pesadillas, breves cabezadas y largos períodos de fijar la vista en la oscuridad. Se despertó cansado y sabiendo que la fatiga no desaparecería nunca. Al final, salió de la cama, se vistió y se enfrentó a las medicinas. Tenía más de una docena de frascos con pastillas, todos alineados en fila recta, todos en el orden decretado por los médicos. La primera descarga incluía ocho medicamentos, y se los tragó con ayuda de un vaso de agua. A lo largo del día regresaría varias veces para nuevas combinaciones y, mientras volvía a tapar los frascos, pensó en la futilidad de todo aquello. Las pastillas no estaban lo bastante avanzadas para salvarle la vida —la cura quedaba muy lejos —, solo estaban pensadas para prolongarla. Quizá. ¿Para qué molestarse? Costaban mil dólares mensuales, dinero que su familia aportaba a regañadientes. Dos amigos suyos se habían suicidado, y la idea siempre le rondaba por la cabeza.

La casa ya estaba caliente y Adrian recordó los largos y húmedos días de su infancia, el calor, los veranos bochornosos que había pasado en su otra vida.

Oyó a Emporia en la cocina y fue a saludarla.

Adrian no comía carne ni lácteos, así que terminó sirviéndose un plato de tomates del huerto. «Extraño desayuno», pensó Emporia, pero la tía Leona le había dicho que le diera de comer lo que el chico quisiera. «Ha estado fuera mucho tiempo», había dicho. Después, se prepararon unas tazas de café de achicoria instantáneo con azúcar y salieron al porche delantero.

Emporia quería saberlo todo de Nueva York, un lugar sobre el que solo había leído o visto imágenes en televisión. Adrian se lo describió, le habló de los años que había pasado allí, de la universidad, el primer empleo, las calles concurridas, las tiendas y centros comerciales sin fin, los barrios étnicos, las masas de gente y la vida nocturna desenfrenada. Una señora tan vieja al menos como Emporia se plantó frente a la casa y saludó:

—Hola, Emporia.

—Buenos días, Doris. Ven a sentarte con nosotros.

Doris no lo dudó. Se hicieron las presentaciones, sin apretones de manos. Doris era la mujer de Herman Grant, del otro lado de la calle, y muy amiga de Emporia. Si la presencia de Adrian la inquietaba, no traslució. A los pocos minutos las dos mujeres charlaban del nuevo predicador, un hombre sobre el que no tenían claro que les gustara, y de ahí pasaron a cotilleos de iglesia. De vez

en cuando se olvidaban de Adrian, que disfrutaba escuchándolas. Cuando acabaron con los asuntos de la iglesia, pasaron a las familias. Emporia, por supuesto, no tenía hijos, pero Doris había tenido por las dos. Ocho, la mayoría desperdigados por el norte, con treinta y pico nietos y otros aún más jóvenes. Se debatieron aventuras y conflictos de todo tipo.

Al cabo de una hora de escucharlas, Adrian intervino durante una pausa.

—Oye, Emporia, tengo que ir a la biblioteca a sacar unos libros. Imagino que queda demasiado lejos para ir a pie.

Emporia y Doris lo miraron raro, pero se mordieron la lengua. Incluso la mirada más casual revelaba que Adrian estaba demasiado débil para llegar al final de la calle. Con el calor que hacía el pobre chico se desmayaría a un tiro de piedra de la casita rosa.

—¿Cómo te mueves? —preguntó Adrian. Era obvio que Emporia no tenía coche.

—Llamo a Blanco y Negro.

—¿A quién?

—Taxis Blanco y Negro —explicó Doris—. Los usamos constantemente.

—¿No conoces los Blanco y Negro? —preguntó Emporia.

—He estado fuera catorce años.

—Sí, eso parece. Es una larga historia —dijo Emporia, al tiempo que se recolocaba el peso y se acomodaba para contar la historia.

—Sí que es larga, sí —añadió Doris.

—Hay dos hermanos, y los dos se llaman Hershel. Uno negro y otro blanco, más o menos de la misma edad. Unos cuarenta, ¿no, Doris?

—Cuarenta, más o menos.

—Mismo padre, madres distintas. Una de aquí. Otra de allá. El padre se marchó hace tiempo y los Hershel sabían la verdad pero no podían asimilarla. Al final se juntaron y aceptaron lo que ya sabía toda la ciudad. Se dan un aire, ¿no te parece, Doris?

—El blanco es más alto, pero el otro hasta tiene los ojos verdes.

—De modo que montaron un servicio de taxis. Tienen un par de Ford viejos con un millón de kilómetros. Los pintaron de blanco y negro, y es el nombre de la empresa. Recogen a clientes aquí y los llevan al otro lado a limpiar casas y a comprar y, a veces, recogen clientes al otro lado y los traen aquí.

—¿A qué? —preguntó Adrian.

Emporia miró a Doris, que primero le sostuvo la mirada y luego la desvió. Adrian se olía alguna maravillosa porquería de ciudad pequeña y no pensaba recular.

—A ver, señoras. ¿Por qué los taxis traen a los blancos desde el otro lado de las vías?

—Aquí juegan al póquer —admitió Emporia—. O eso dicen.

—Y por las mujeres —añadió en voz baja Doris.

—Y el whisky ilegal.

—Ya veo —dijo Adrian.

Ahora que la verdad había salido a la luz, los tres contemplaron a una joven madre que pasaba por la calle con una bolsa marrón de la compra.

—¿O sea que llamo a uno de los Hershel y me llevan a la biblioteca?

—Ya los llamo yo. Me conocen.

—Son buena gente —añadió Doris.

Emporia dejó el porche y entró en la casa. Adrian sonrió para sí e intentó creerse la historia de los dos hermanos llamados Hershel.

—Es un encanto de mujer —dijo Doris, abanicándose.

—Desde luego.

—Solo que no encontró al hombre adecuado.

—¿Cuánto hace que la conoce?

—No mucho. Unos treinta años.

—¿Treinta años no es mucho?

Una risa.

—Puede que para ti sí, pero yo me crié con esta gente, y me crié hace mucho tiempo. ¿Cuántos años me echas?

—Cuarenta y cinco.

—No digas chorradas. Cumpliré ochenta dentro de tres meses.

—No.

—Palabrita del Niño Jesús.

—¿Cuántos años tiene Herman?

—Dice que tiene ochenta y dos, pero no te lo creas.

—¿Cuánto llevan casados?

—Yo tenía quince años cuando nos casamos. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Y tienen ocho hijos?

—Teníamos ocho. Herman tiene once.

—¿Herman tiene más hijos que usted?

—Tiene tres hijos externos.

Adrian decidió no explorar el concepto «hijos externos». Quizá cuando vivía en Clanton lo entendía, quizá no. Emporia regresó con una bandeja de vasos y una jarra de agua helada. Para tranquilizarla, Adrian había insistido amablemente en usar siempre el mismo vaso, plato, cuenco, taza, cuchillo, tenedor y cuchara. Emporia sirvió el agua helada con limón en el vaso de Adrian, un viejo recuerdo de la feria rural de 1977.

—Me ha contestado el Hershel blanco. Vendrá en un minuto —dijo Emporia.

Bebieron agua helada, se abanicaron y hablaron del calor.

—Se creía que tengo cuarenta y cinco años, Emporia. ¿Qué te parece?

—Los blancos no se enteran. Ahí está el taxi.

Evidentemente, el martes por la mañana no había mucho trabajo porque cuando llegó el coche todavía no hacía cinco minutos que Emporia había llamado. Era un viejo Ford Fairlane negro con las puertas y el capó blancos, limpio, con las ruedas relucientes y los números de teléfono escritos en el guardabarros.

Adrian se levantó y se estiró poco a poco, como si tuviera que analizar cada movimiento.

—Bueno, volveré dentro de una hora más o menos. Solo voy a la biblioteca a sacar algunos libros.

—¿Estarás bien? —preguntó, muy preocupada, Emporia.

—Claro. Estupendamente. En fin, encantado de conocerla, señorita Doris —dijo, casi como un auténtico sureño.

—Nos vemos —dijo Doris con una gran sonrisa.

Adrian bajó del porche por la escalera y, a medio camino de la calle, el Hershel blanco salió del coche y bramó:

—¡Ah, no! ¡Tú no entras en mi taxi! —Se dirigió al morro del taxi y, enfadado, señaló a Adrian—. ¡He oído hablar de ti!

Adrian se quedó paralizado, atónito, mudo.

—¡No vas a arruinarme el negocio! —añadió Hershel.

Emporia estaba en la escalera.

—No pasa nada, Hershel. Te doy mi palabra.

—Ya basta, señorita Nester. Esto no va con usted. Este tío no entra en mi taxi. Debería haber dicho que era él.

—Hershel.

—Toda la ciudad lo conoce. De ninguna manera. Ni por todos los santos. —Hershel corrió a abrir la portezuela del conductor, se metió en el coche, dio un portazo y se marchó a toda velocidad. Adrian contempló cómo el taxi se alejaba por la calle, luego dio media vuelta y subió la escalera, pasó frente a las dos mujeres y se metió en la casa. Estaba cansado y necesitaba echar una cabezada.

Los libros llegaron a última hora de la tarde. Doris tenía una sobrina en la escuela primaria que se avino a sacar todo lo que Adrian necesitara. Este finalmente había decidido atacar el mundo ficticio de William Faulkner, un autor que le habían impuesto en el instituto. Por entonces, Adrian, como todos los estudiantes de Mississippi, creía que una ley estatal obligaba a los profesores de literatura a incluir a Faulkner en el temario. El se había peleado con *Una fábula, Réquiem por una monja, Los invictos* y otras obras que había intentado olvidar y al final se había rendido, perplejo y derrotado, a medio leer *El ruido y la furia.* Ahora, en sus días postreros, estaba decido a entender a Faulkner.

Después de la cena se sentó en el porche mientras Emporia fregaba los platos y empezó por el principio, con *La paga de los soldados,* publicada en 1926, cuando Faulkner tenía solo veintinueve años. Leyó unas páginas y paró para descansar. Escuchó los sonidos de su alrededor: las risas apagadas de los otros porches, los gritos de los niños jugando a lo lejos, un televisor tres puertas más allá, la voz chillona de una mujer enfadada con el marido. Contempló el lánguido tráfico peatonal de la calle Roosevelt, consciente de las miradas curiosas de todo el que pasaba por delante de la casita rosa. Él siempre sonría y saludaba con la cabeza cuando las miradas se encontraban y obtenía algunos titubeantes «hola» como respuesta.

Al anochecer, Emporia salió al porche y se acomodó en su mecedora favorita. Durante un rato nadie dijo nada. No hacía falta hablar porque ya eran viejos amigos.

—Me ha sabido muy mal lo de Hershel y el taxi —dijo por fin Emporia.

—No te preocupes. Lo comprendo.

—Es un ignorante.

—Los he visto peores, Emporia, y tú también.

—Supongo. Pero eso no significa que esté bien.

—No.

—¿Te traigo un poco de té helado?

—No. Me apetece algo más fuerte.

Ella lo meditó un momento y no supo qué responder.

—Mira, Emporia, sé que tú no bebes, pero yo sí. No soy un borracho, pero la verdad, me apetece una copa.

—Nunca tengo alcohol en casa.

—Pues me lo beberé en el porche. Aquí mismo.

—Soy cristiana, Adrian.

—Conozco a un montón de cristianos que beben. Puedes leer Timoteo 1, capítulo 5, versículo 23, donde Pablo le recomienda un vasito de vino a Timoteo para aposentar el estómago.

—¿Tienes problemas de estómago?

—Tengo problemas de todo. Necesito un poco de vino para sentirme mejor.

—No sé.

—Tú también te sentirías mejor.

—Mi estómago está perfectamente.

—Bien. Pues tú bebe té y yo me tomaré un vino.

—¿De dónde vas a sacar el vino? Las licorerías están cerradas.

—Cierran a las diez. Por ley estatal. Apuesto a que hay una no muy lejos de aquí.

—Mira, no puedo decirte lo que debes hacer, pero cometerías un gran error si vas a la licorería a estas horas. Es posible que no vuelvas. —No conseguía imaginarse a un blanco, en especial uno en el estado de Adrian, recorriendo las cuatro manzanas que faltaban hasta la licorería de Willie Ray, donde los jóvenes gamberros merodeaban por el aparcamiento, compraban la bebida y luego regresaban a casa—. Me parece mala idea, la verdad.

Pasaron unos minutos en silencio. Un hombre se acercaba a pie por mitad de la calle.

—¿Quién es ese? —preguntó Adrian.

—Carver Sneed.

—¿Buen tipo?

—No está mal.

Adrian lo llamó:

—¡Señor Sneed!

Carver estaba a punto de cumplir treinta años y vivía con sus padres al final de la calle Roosevelt. No iba a ninguna parte, de hecho paseaba por allí con el único propósito de echar un vistazo al «fantasma» que estaba muriéndose en el porche de Emporia Nester. No tenía pensado hablarle cara a cara. Se desvió hacia la cerca de estacas y saludó:

—Buenas noches, señorita Emporia.

Adrian estaba de pie en el último escalón.

—Este es Adrian —dijo Emporia, a quien no agradaba aquel encuentro.

—Encantado de conocerte, Cárter —saludó Adrian.

—Igualmente.

No tenía sentido perder el tiempo, pensó Adrian.

—¿Por casualidad no irías hacia la licorería, verdad? Me gustaría beber algo, pero la señorita Emporia no acostumbra a tener licores.

—En mi casa no hay gota de whisky. Nunca la ha habido.

—Te invitaría a un paquete de seis cervezas por las molestias —se apresuró a añadir Adrian.

Carver se acercó a la escalera y echó un vistazo a Adrian, luego miró a Emporia, que estaba sentada con los brazos cruzados sobre los pechos y las mandíbulas apretadas.

—¿Me lo creo? —le preguntó a Emporia.

—Todavía no ha dicho ninguna mentira —contestó ella—, lo cual no significa que no vaya a hacerlo.

—Me apetecería un vino, a ser posible, un chardonnay.

—¿Un qué?

—Un vino blanco cualquiera ya me está bien.

—Willie Ray no tiene muchos vinos. No hay demanda.

De pronto a Adrian le preocupó cuál podría ser la definición de vino a ese lado de las vías del tren. Del otro lado, la selección ya era bastante pobre. Ya veía la botella de zumo carbonatado con tapón de rosca.

—¿Willie Ray tiene algún vino que lleve un corcho en la botella?

Carver lo pensó un momento.

—¿Para qué es el corcho? —preguntó Carver.

—¿Cómo abres las botellas de vino de Willie Ray?

—Desenroscas el tapón.

—Ya. ¿Y cuánto cuesta más o menos una botella de vino en la tienda de Willie Ray?

Carver se encogió de hombros.

—Yo no suelo comprar vino. Prefiero la cerveza.

—Aproximadamente. ¿Cuánto dirías?

—Un Boone's Farm saldrá por unos cuatro pavos la botella.

Adrian sacó algo dinero del bolsillo derecho de los pantalones.

—Olvidémonos del vino. Quiero que compres la botella más cara de tequila que puedas encontrar en la tienda. ¿Entendido?

—Lo que tú digas.

—Cómprate el paquete de cervezas para ti y tráeme el cambio. —Adrian le tendió el dinero, pero Carver no se movió. Miró el dinero, miró a Adrian y luego miró a Emporia en busca de ayuda.

—No pasa nada—dijo Adrian—. No puedes contagiarte por tocar el dinero.

Carver siguió quieto, no conseguía obligarse a estirar la mano y coger los billetes.

—No te preocupes, Carver —dijo Emporia, súbitamente ansiosa por colaborar en la transacción—. Confía en mí.

—Te juro que no te pasará nada —dijo Adrian.

Carver empezó a negar con la cabeza y a recular.

—Lo siento —musitó, casi para sí.

Adrian devolvió el dinero al bolsillo mientras veía a Car—ver perderse en la noche. Le fallaban las piernas y necesitaba sentarse, tal vez irse a dormir. Poco a poco se agachó y se sentó en un escalón, después apoyó la cabeza en la barandilla y permaneció un rato callado. Emporia se movió a sus espaldas y entró en la casa.

Cuando regresó al porche, preguntó:

—¿Tequila se escribe con q?

—Déjalo, Emporia.

—¿Con q o con k? —Pasó por el lado de Adrian y bajó la escalera hasta el camino de entrada.

—No, Emporia. Por favor. Ya no tengo sed.

—Creo que va con q, ¿verdad? —Emporia estaba en la calle, calzada con un par de deportivas blancas y alejándose a una velocidad pasmosa.

—Con q —gritó Adrian.

—Lo sabía —replicó la mujer, dos puertas más allá.

Y a menudo los rumores eran completamente falsos, puras invenciones obra de quienes se divertían viendo cómo sus mentirijillas se difundían por la ciudad o disfrutaban causando problemas.

El más reciente comenzó en el juzgado, en la segunda planta, en el despacho del secretario de equidad, donde los abogados iban y venían a todas horas. Cuando un grupo de abogados se reunía para registrar títulos de propiedad, nunca faltaban los cotilleos. Como en ese momento la familia Keane ocupaba el centro de atención, lo natural era que los abogados desempeñaran un papel activo en el debate. Y todavía resultaba más natural que ellos causaran los problemas.

Aunque inmediatamente surgieron diversas variantes, en esencia el rumor decía lo siguiente: Adrian tenía más dinero de lo que muchos creían porque su abuelo había creado unos complejos fideicomisos mucho antes de que el nieto hubiera nacido y, cuando cumpliera cuarenta años, Adrian heredaría una suma impresionante de dinero, pero como no llegaría a cumplir los cuarenta, el chico podía transferir dicha cantidad a quien él quisiera mediante un testamento. Y lo mejor: Adrian había contratado a un abogado de nombre desconocido para redactar el testamento, ordenando que su misteriosa herencia futura se entregara a: *a)* Emporia Nester, *b)* un grupo en defensa de los derechos de los homosexuales que intentaba organizarse en Tupelo, *c)* su novio de San Francisco o *d)* un fondo de becas para estudiantes de color. A elegir.

Debido a su complejidad, el rumor atrajo escasa atención y casi murió sepultado por su propio peso. Cuando la gente murmuraba acerca de, por ejemplo, quién se veía con la mujer de quién, el tema estaba claro y se entendía sin problemas. Pero la mayoría de la gente no tenía experiencia en fideicomisos y herencias que se saltaban generaciones ni demás inventos de los abogados y los pormenores se enredaban más de lo habitual. Para cuando Dell terminó con el rumor en la cafetería, el chico iba a heredar una fortuna, de la que Emporia recibiría la mayor parte, y su familia amenazaba con una demanda.

Solo en la barbería una voz de la razón planteó la pregunta más evidente.

—Si tiene dinero, ¿por qué está muriéndose en una choza en Lowtown?

Lo que dio pie a una discusión acerca de la cantidad de dinero que tenía en realidad. La opinión mayoritaria defendía que poco, pero que contaba con la herencia de los fideicomisos. Un valiente sabía a ciencia cierta que todo el clan Keane era «más pobre que una rata».

—Mirad la casa vieja —dijo—. Son demasiado pobres para pintarla y demasiado orgullosos para encalarla.

A finales de junio, el calor subió a niveles desconocidos y Adrian se quedaba en su cuarto, cerca del ruidoso aparato de aire acondicionado que apenas funcionaba. Las fiebres se volvieron más recurrentes y sencillamente el joven no podía soportar el calor sofocante y bochornoso del porche. En el cuarto iba en ropa interior, empapada de sudor. Leía a Faulkner y escribía docenas de cartas a los amigos de su otra vida. Y dormía, a ratos, todo el día. Una enfermera lo visitaba cada tres días para hacerle un examen rápido y entregarle las pastillas, que ahora Adrian tiraba por la taza del váter.

Emporia trabajaba duro para engordarle un poco, pero él no tenía apetito. Como la mujer nunca había tenido que cocinar para una familia, su experiencia en la cocina era limitada. Su pequeño huerto daba suficientes tomates, calabacines, guisantes, judías blancas y melones para mantenerla durante el año, y Adrian intentaba disfrutar de las comidas que Emporia le preparaba. Ella lo convenció para comer pan de maíz a pesar de su contenido en mantequilla, leche y huevos. Emporia nunca había conocido a nadie que no comiera carne, pescado, pollo ni lácteos y, en más de una ocasión, preguntó:

—¿En California todo el mundo come así?

—No, pero hay muchos vegetarianos.

—A ti te criaron mejor.

—No hablemos de cómo me criaron, Emporia. Mi infancia fue un infierno.

Emporia ponía la mesa tres veces al día, a las horas que Adrian decidía, y juntos se enfrentaban a las largas comidas. El sabía que para ella era importante asegurarse de que estaba bien alimentado y

por tanto comía cuanto podía. Aunque saltaba a la vista que, pasadas dos semanas, seguía perdiendo peso.

El predicador telefoneó durante el almuerzo. Emporia, como siempre, contestó al teléfono, que colgaba de una pared de la cocina. Desde luego Adrian tenía derecho a utilizar el teléfono, pero rara vez lo hacía. En Clanton no tenía con quién hablar. Adrian no telefoneaba a la familia y la familia no lo telefoneaba a él. Tenía amigos en San Francisco, pero casi todos habían desaparecido, y no le apetecía oír sus voces.

—Buenas tardes, reverendo —contestó Emporia, luego se giró y alargó el cable al máximo. Hablaron brevemente y Emporia colgó con un amable—: Le veo a las tres. —Se sentó y cogió un trozo de pan de maíz.

—¿Cómo está el reverendo? —preguntó Adrian.

—Bien.

—¿Se pasará esta tarde a las tres?

—No. Iré a la iglesia. Dice que quiere hablar conmigo.

—¿Sabes de qué?

—Últimamente eres muy curioso.

—Bueno, Emporia, ya llevo dos semanas viviendo en Lowtown y me doy cuenta de que aquí todo es asunto de todos. Casi es de mala educación no curiosear. Además, los gays somos más cotillas que los heteros. ¿Lo sabías?

—No lo había oído nunca.

—Es verdad. Está demostrado. Así que ¿cómo es que el reverendo no viene a hacerte una visita? Forma parte de su trabajo, ¿no?, eso de pasarse de visita a ver cómo le va a su rebaño y a dar la bienvenida a los recién llegados como yo. Hace tres días lo vi charlando con Doris y Herman en el porche. No me quitaba ojo, como si fuera a darle fiebre. No te gusta mucho, ¿verdad?

—Prefería al de antes.

—Yo también. No voy a ir contigo a misa, Emporia, así que no vuelvas a pedírmelo.

—Solo te lo he pedido dos veces.

—Sí, y te lo agradezco. Es muy amable por tu parte, pero no me interesa ninguna iglesia. Además, no estoy seguro de que fuera bien recibido.

Ella no comentó nada.

—La otra noche tuve un sueño. Había una misa de renacimiento en una iglesia, una iglesia blanca, aquí, en Clanton, uno

de esos servicios bulliciosos sobre infiernos, fuegos y azufre con la gente rodando por los pasillos y desmayándose y el coro cantando «Nos reuniremos en el río» a pleno pulmón, y el predicador en el altar rogando y suplicando por la rendición de todos los pecadores. Ya te haces una idea.

—Lo veo todos los domingos.

—Y yo entraba vestido de blanco, todavía con peor aspecto que ahora, y echaba a andar por el pasillo hacia el predicador. Él tenía cara de terror, no podía articular palabra. El coro se callaba a media estrofa. Todos estaban paralizados mientras yo seguía andando por el pasillo, que no se acababa nunca. Al final, alguien gritaba: «¡Es él! ¡El tío del sida!». Otro gritaba «¡Corred!» y todo el mundo se ponía a chillar. Y se armaba la de Dios. Menuda estampida. Las madres cogían a sus hijos. Yo seguía adelante. Los hombres saltaban por las ventanas. Yo seguía andando. Había unas mujeronas enormes vestidas con las togas del coro que se caían de culo mientras intentaban huir del santuario. Y yo seguía caminando hacia el predicador y, al final, cuando llegaba, alargaba una mano. El no se movía. No hablaba. La iglesia estaba vacía, en silencio. —Adrian bebió un sorbo de té y se secó la frente.

—Sigue. ¿Qué pasaba luego?

—No lo sé, me desperté y me eché unas risas. Los sueños parecen muy reales. Supongo que algunos pecadores se han pasado demasiado.

—Eso no es lo que dice la Biblia.

—Gracias, Emporia. Y gracias por la comida. Ahora necesito acostarme.

A las tres en punto Emporia se reunió con el reverendo Biler en el despacho de este, en la iglesia. Semejante reunión en semejante lugar solo podía significar que había algún problema y, tras las cortesías de rigor, el reverendo fue directo al grano o, al menos, a uno de ellos.

—Creo que te han visto en la licorería de Willie Ray.

No la cogió por sorpresa, de modo que Emporia estaba preparada.

—Tengo sesenta y cinco años, le saco al menos treinta, y si decido comprarle medicinas a un amigo es asunto mío.

—¿Medicinas?

—El lo llama así y yo le aseguré a su familia que le daría la medicación.

—Llámalo como quieras, Emporia, pero los mayores están

molestos. Una de nuestras ancianas en una licorería. ¿Qué clase de ejemplo estás dando a la juventud?

—Es mi trabajo, y un trabajo que no va a durarme mucho.

—Se rumorea que le has invitado a rezar con nosotros.

«Gracias, Doris», pensó Emporia, pero no lo dijo. Doris era la única persona a la que había contado que había invitado a Adrian a misa.

—Invito a todos a que vengan con nosotros a alabar al Señor, reverendo. Es lo que usted quiere. Y lo dice la Biblia.

—Bueno, este caso es diferente.

—No se preocupe. No va a venir.

—Alabado sea el Señor. El pecado se paga con la muerte, Emporia, y ese joven está pagando por sus pecados.

—Sí, señor.

—¿Y tú estás a salvo, Emporia? Esta enfermedad está asolando el país, el mundo entero. Es muy contagiosa y, para serte sincero, nuestra comunidad está muy preocupada por tu salud. ¿Por qué te arriesgas así? ¿Por qué correr semejante peligro? No parece propio de ti.

—La enfermera dice que no corro peligro. Lo limpio y lo alimento, le doy las medicinas y me pongo guantes para hacerle la colada. El virus se contagia por la sangre y las relaciones sexuales y evito ambas cosas. —Emporia sonrió. Él no.

El pastor cruzó las manos y las apoyó en la mesa, en gesto muy pío.

—Algunos miembros de la comunidad —dijo con expresión severa— están incómodos a tu lado.

Emporia se lo esperaba todo, pero eso, cuando comprendió lo que significaba, la dejó sin habla.

—Tocas lo que él toca. Respiras el mismo aire, comes la misma comida, bebes la misma agua y el mismo té y sabe Dios qué más últimamente. Le lavas la ropa y las sábanas y te pones guantes por culpa del virus. ¿Acaso no te indica eso lo grave del peligro, Emporia? Luego traes los gérmenes aquí, a la casa del Señor.

—No soy peligrosa, reverendo. Sé que no soy peligrosa.

—Puede, pero la percepción lo es todo. Algunos de tus hermanos y hermanas creen que estás loca por hacer esto y tienen miedo.

—Alguien tiene que cuidar de él.

—Hablas de blancos pudientes, Emporia.

—No tiene a nadie más.

—No hablemos de eso. Mi preocupación es mi iglesia.

—También es mi iglesia. Yo ya estaba aquí mucho antes de que usted apareciera y ¿ahora me pide que no venga?

—Quiero que consideres una ausencia temporal, hasta que el joven nos deje.

Pasaron los minutos sin que se pronunciara palabra. Emporia, con los ojos llorosos pero la cabeza alta, miraba fijamente por la ventana, contemplando las hojas de un árbol. Biler permaneció inmóvil, estudiándose las manos. Cuando por fin Emporia se levantó de la silla, dijo:

—Pues llamémosle ausencia temporal, reverendo. Empieza ahora y acabará cuando yo lo decida. Y durante mi ausencia, entraré en la licorería cuando me plazca, y usted y sus espías pueden cotillear todo lo que quieran.

El reverendo la siguió hasta la puerta.

—No exageres, Emporia. Todos te queremos.

—Ya lo veo.

—Y rezaremos por ti, y por él.

—Seguro que estará encantado.

El abogado se llamaba Fred Mays y el suyo fue el único nombre de las páginas amarillas que Adrian reconoció. Adrian habló brevemente con él por teléfono y le escribió una larga carta. A las cuatro en punto de un viernes por la tarde, Mays y su secretaria aparcaron delante de la casita rosa. Mays bajó un maletín. También bajó del coche una caja de vino de la mejor licorería del otro lado de las vías. Emporia cruzó la calle para hacerle una visita a Doris y que de este modo los asuntos legales pudieran tratarse en privado.

En contra de lo que aseguraban varios rumores, Adrian no tenía patrimonio. No existía ningún fideicomiso misterioso creado por parientes fallecidos hacía tiempo. El testamento preparado por Mays ocupaba una sola página y los restos de los menguantes recursos económicos de Adrian se legaban a Emporia. El segundo documento, el más importante, estipulaba los preparativos para el entierro. Cuando todo estuvo firmado y sellado, Mays se quedó a tomar una copa de vino y conversar un rato sobre Clanton. El vino no

duró mucho. Mays y su secretaria parecían ansiosos por finalizar la visita. Se marcharon, se despidieron con un gesto de la cabeza pero sin darle la mano y en cuanto estuvieron de vuelta en el despacho de la plaza, se pusieron a describir el lamentable estado del joven.

El domingo siguiente Emporia se quejó de dolor de cabeza y anunció que no iría a misa. Estaba lloviendo y el tiempo también le sirvió de excusa para quedarse en casa. Comieron galletas en el porche y miraron la tormenta.

—¿Qué tal el dolor de cabeza? —preguntó Adrian.

—Mejor. Gracias.

—Una vez me dijiste que no te has saltado una misa en cuarenta años. ¿Por qué hoy te quedas en casa?

—No me encuentro demasiado bien, Adrian. Así de simple.

—¿Te has peleado con el pastor?

—No.

—¿Seguro?

—Te he dicho que no.

—Desde que te reuniste el otro día con él no pareces la misma. Creo que te dijo algo que te ofendió y creo que tiene que ver conmigo. Doris cada vez viene menos. Herman no viene nunca. Hace una semana que Isabelle no viene. Ya no llaman tanto al teléfono. Y ahora no vas a misa. Yo diría que Lowtown está haciéndote el vacío y todo por mi culpa.

Emporia no discutió. ¿Cómo iba a hacerlo? Adrian decía la verdad y cualquier objeción por parte de ella sonaría a falsa.

Los truenos hacían vibrar las ventanas y el viento soplaba, empujando la lluvia hacia el porche. Entraron, Emporia a la cocina y Adrian al dormitorio, con la puerta cerrada. El se quedó en ropa interior y se recostó en la cama. Casi había terminado *Mientras agonizo,* la quinta novela de Faulkner y una que había pensado muy seriamente saltarse por razones evidentes. Pero la encontró más accesible que las otras y, sorprendentemente, divertida. La terminó al cabo de una hora y se durmió.

A última hora de la tarde había parado de llover; el aire estaba limpio, era agradable. Tras una cena ligera compuesta de guisantes y pan de maíz, los dos regresaron al porche, donde Adrian se apresuró a anunciar que tenía el estómago revuelto y necesitaba algo de vino, de acuerdo con Timoteo 1, capítulo 5, versículo 23. Su vaso de vino era una taza de café agrietada con manchas permanentes de achicoria. Le había dado algunos sorbos cuando Emporia habló.

—¿Sabes? Creo que yo también tengo el estómago un poco

revuelto. Quizá debería probar un poquito de eso.

Adrian sonrió.

—Genial. Yo te lo traigo.

—No. Quédate sentado. Ya sé dónde está la botella.

Emporia regresó con una taza parecida y se sentó en la mecedora.

—Salud —dijo Adrian, contento de tener alguien con quien beber.

Emporia dio un sorbito, se relamió y dijo:

—No está mal.

—Es chardonnay. Bueno, pero no demasiado. El mejor que tenían en la tienda.

Después de la segunda taza, Emporia empezó a reírse tontamente. Era de noche y la calle estaba en silencio.

—Hay algo que quería preguntarte —dijo Emporia.

—Lo que sea.

—¿Cuándo te diste cuenta de que eras, bueno, diferente? ¿Cuántos años tenías?

Una pausa, un trago largo de vino, una historia que ya había contado, pero solo a aquellos que podían entenderla.

—Todo fue bastante normal hasta más o menos los doce años. Escoltas, béisbol y fútbol, campamentos, pesca, lo normal en un niño, pero la pubertad asomaba al final del camino y empecé a darme cuenta de que no me interesaban las chicas. Los otros hablaban de chicas sin parar, pero a mí me daban igual. Perdí el interés por los deportes y empecé a leer sobre arte, diseño y moda. A medida que crecía, los chicos se fueron relacionando más con las chicas, pero yo no. Sabía que algo iba mal. Tenía un amigo, Matt Mason, un chaval guapísimo que las volvía locas. Un día comprendí que yo también estaba enamorado de él pero, claro, no se lo dije a nadie. Fantaseaba con él. Me volvía loco; luego empecé a mirar a los otros chicos y a pensar en ellos. Cuando tenía quince años, por fin admití que era gay. Para entonces, los otros chicos empezaban a murmurar sobre mí. No veía el momento de salir de aquí y vivir como yo quería.

—¿Te arrepientes de algo?

—¿Arrepentirme? No, no me arrepiento de ser lo que soy. Desearía no estar enfermo, pero como cualquiera que tiene una enfermedad terminal.

Emporia dejó la taza vacía en la mesa de mimbre y miró hacia la oscuridad. La luz del porche estaba apagada. Se quedaron

sentados a oscuras, balanceándose despacio.

—¿Puedo contarte algo íntimo?

—Por supuesto. Me lo llevaré a la tumba.

—Bueno, yo era más o menos como tú, solo que nunca me gustaron los chicos. Nunca se me ocurrió que fuera diferente, nunca pensé que algo fuera mal. Pero nunca he querido estar con un hombre.

—¿Nunca has tenido novio?

—Bueno, una vez. Había un chico que rondaba por mi casa y yo tenía la impresión de que necesitaba un novio, ya sabes. La familia empezaba a preocuparse porque casi tenía veinte años y seguía soltera. Nos acostamos algunas veces, pero no me gustó. De hecho, me daba asco. No soportaba que me tocara. Prométeme que no lo contarás.

—Lo prometo. ¿A quién iba a contárselo?

—Confío en ti.

—Tu secreto está a salvo. ¿Se lo has contado a alguien más?

—No, por Dios. No me atrevería.

—¿Alguna vez has tonteado con una chica?

—Ay, hijo, antes las cosas no se hacían así. Te metían en el loquero.

—¿Y ahora?

Negó con la cabeza mientras lo meditaba.

—Ahora igual que antes; se rumorea sobre algún chaval que no acaba de encajar, pero se mantiene muy en secreto. Oyes comentarios, ya sabes, pero nadie se atreve a vivirlo abiertamente, ¿entiendes a lo que me refiero?

—Perfectamente.

—Pero nunca he oído de ninguna mujer de por aquí a la que le vayan las mujeres. Supongo que guardan el secreto, se casan y nunca se lo dicen a nadie. O hacen como yo: siguen el juego y dicen que no han encontrado el hombre adecuado.

—Qué triste.

—No estoy triste, Adrian. He tenido una vida feliz. ¿Un poquito más de vino?

—Buena idea.

Se alejó rápidamente, ansiosa por dejar la conversación.

Las fiebres volvieron y no remitieron. Goteaba sudor, luego

empezó a toser, una tos dolorosa y áspera que lo atenazaba como un ataque y lo dejaba demasiado débil para moverse. Emporia lavaba y planchaba sábanas todo el día y por la noche solo oía los lastimosos ruidos que salían de su dormitorio. Preparaba comidas que Adrian no podía comer. Se ponía guantes y lo bañaba con agua fría y a ninguno le incomodaba su desnudez. Los brazos y las piernas se le habían quedado como palos de escoba y ya no tenía fuerzas para caminar hasta el porche. Ya no quería que lo vieran los vecinos, de modo que se quedaba en cama, esperando. En esos momentos la enfermera acudía a diario, pero no hacía nada salvo tomarle la temperatura, ordenar los frascos de las pastillas y mirar a Emporia negando con la cabeza, con gesto grave.

La última noche, Adrian consiguió ponerse unos pantalones de sarga y una camisa blanca de algodón. Colocó cuidadosamente los zapatos y la ropa en sus dos maletas de cuero y, una vez todo estuvo en su sitio, se tomó la pastilla negra y la ayudó a bajar con vino. Se estiró sobre la cama, miró a su alrededor, dejó un sobre en su pecho, esbozó una sonrisa y cerró los ojos por última vez.

A las diez de la mañana siguiente, Emporia se dio cuenta de que no había oído a Adrian. Se asomó a la puerta del dormitorio y, al entrar, se encontró al jovial primorosamente vestido, todavía sonriendo, descansado eternamente.

La carta decía:

Querida Emporia:

Destruye esta carta en cuanto la hayas leído, por favor. Siento que hayas tenido que encontrarme así pero, al fin y al cabo, era inevitable. La enfermedad había seguido su curso y me había llegado la hora. Yo solo he acelerado un poco las cosas.

Fred Mays, el abogado, se ha encargado de las disposiciones finales. Llámalo a él primero, por favor. Él telefoneará al juez de instrucción, que vendrá a declararme oficialmente muerto. Dado que ninguna de las dos funerarias de la ciudad estaba dispuesta a ocuparse de mi cadáver, una ambulancia de salvamento me llevará a un crematorio de Tupelo. Allí incinerarán mi cadáver y meterán las cenizas en un contenedor especial. Fred traerá las cenizas de vuelta a Clanton y se las entregará al señor Franklin Walker, de la funeraria del Lowtown. El señor Walker ha aceptado, a regañadientes, enterrarme en el sector del cementerio reservada a los negros, lo más lejos posible de mi familia.

Todo acabará enseguida y, espero, sin que mi familia se entere. No quiero que esa gente se involucre, aunque tampoco creo que les apetezca. Fred tiene mis instrucciones por escrito para tratar con ellos en caso de ser necesario.

Una vez enterradas mis cenizas, consideraría un honor que dijeras algunas palabras, aunque fuera en silencio. Y pasa siempre que gustes por mi rinconcito a dejarme algunas flores. Una vez más, nada demasiado llamativo.

Quedan cuatro botellas de vino en la nevera. Por favor, bébetelas en mi memoria.

Muchísimas gracias por tu amabilidad. Has conseguido hacer soportables mis últimos días, a veces hasta agradables. Eres un ser humano maravilloso y mereces ser lo que eres.

Con amor,

ADRIAN

Emporia permaneció largo rato sentada al borde de la cama, secándose los ojos y dándole palmaditas en la rodilla a Adrian. Luego se recompuso y fue a la cocina, donde tiró la carta a la basura y descolgó el teléfono.

Fin